



VNIVERSITATIS VALÈNCIAE

Departament de Psicologia Evolutiva
i de l'Educació

**“Estatus adulto, consolidación de identidad,
religiosidad y trascendencia como predictores del bienestar
psicológico en la adultez emergente”**

Tesis doctoral presentada por: D^a. Francisca Torres Jiménez

Dirigida por: Dr. D. Juan José Zacarés González
Dra. D^a. M^a Dolores Sancerni Beitia

Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación
Facultad de Psicología
Universitat de València

Valencia, 2015



VNIVERSITAT  VALÈNCIA

Departament de Psicologia Evolutiva
i de l'Educació

**“Estatus adulto, consolidación de identidad,
religiosidad y trascendencia como predictores del bienestar
psicológico en la adultez emergente”**

Tesis doctoral presentada por: D^a. Francisca Torres Jiménez

Dirigida por: Dr. D. Juan José Zacarés González
Dra. D^a. M^a Dolores Sancerni Beitia

Programa de Doctorado 305E
“Nuevas perspectivas en Psicología del Desarrollo y de la Educación”

Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación
Facultad de Psicología
Universitat de València

Valencia, 2015

A mis padres, Vicente (*in memoriam*) y Pastora

AGRADECIMIENTOS

Al Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación de la Universitat de València, donde he tenido la oportunidad de aprender y crecer como investigadora y como persona a lo largo de todo este tiempo, gracias.

Gracias a la Universidad CEU – Cardenal Herrera, donde a lo largo de ya casi 22 años he podido ejercer mi vocación de psicóloga y docente.

Gracias a la Dra. Emilia Serra, por su acogida, su sabiduría y su paciencia. Ella ha conocido bien mis ritmos y mis necesidades, y ha sabido acompañarme. Con ella he aprendido qué es la generatividad, y a ser capaz de lanzar globos al cielo.

Gracias a mi maestro y director, el Dr. Juan José Zacarés, por todo lo que me ha enseñado. De su mano comencé esta aventura. Ha sido infinitamente generoso con su conocimiento, con su escucha y con su delicadeza. Ojalá supiera parecerme a él.

Gracias a mi directora, la Dra. M^a Dolores Sancerni. Sin su valioso criterio no me hubiera sido posible afrontar con éxito los aspectos metodológicos de esta tesis. Su codirección fue un regalo inesperado y providencial.

Gracias todos los que se brindaron a participar en esta investigación, permitiéndome asomarme a su alma. Es caminar sobre Tierra Sagrada.

Gracias a Santiago e Ignacio, por la paz, la alegría y el sentido que dan a mi vida.

Y gracias a Dios, por el don de la fe.

ÍNDICE

Introducción.....	1
Parte teórica.....	7
Capítulo 1. Contexto social y cultural de la transición a la adultez en la España actual.....	9
1.1. Dimensiones sociales, económicas y demográficas actuales	10
1.2. Configuración del sistema de valores de los jóvenes españoles.....	17
Capítulo 2. La adultez emergente: una nueva fase del ciclo vital	29
2.1. Un marco teórico para el estudio del desarrollo humano: La Psicología del Desarrollo del Ciclo Vital	29
2.2. El concepto de “adultez emergente”	33
2.2.1. Un espacio evolutivo nuevo y distinto	34
2.2.2. Tareas evolutivas en la adultez emergente	50
2.2.2.1. Conseguir la autonomía.....	50
2.2.2.2. Expresar la propia individualidad.....	51
2.2.2.3. Las posibilidades de la etapa	52
2.2.2.4. El <i>recentramiento</i> como tarea evolutiva.....	53
2.2.2.5. La búsqueda de sentido	55
2.2.3. Adultez emergente como estadio propio de la teoría psicosocial de Erikson: la aportación de Patterson	57
Capítulo 3. Críticas a la teoría de Arnett sobre la adultez emergente.....	63
3.1. Bynner y la falta de consideración de factores estructurales.....	63
3.2. ¿Sufridores, egoístas y vagos?	65
3.3. Hendry y Kloep versus Arnett: ¿el emperador o el elefante?.....	67
3.4. El <i>peligroso mito</i> de la adultez emergente, según James E. Côté.	70
3.5. Conclusión provisional sobre el debate en torno a la adultez emergente	73
Capítulo 4. Criterios para la adultez	75
4.1. Criterios de adultez.....	75
4.2. Acerca de la universalidad de los criterios para la adultez y la etapa de la adultez emergente	79
4.3. El problema de la identidad.....	89
4.4. La madurez.....	98

Capítulo 5. Trazando perfiles	105
5.1. Autopercepción de la identidad adulta	105
5.2. Hacia una posible tipología de estatus adulto	108
5.3. Un apunte sobre otros modelos	113
Capítulo 6. Optimización evolutiva y desarrollo positivo en la adultez emergente	117
6.1. Optimización evolutiva y desarrollo positivo	118
6.1.2. Optimización evolutiva	118
6.1.3. Desarrollo positivo	123
6.2. Bienestar en la adultez emergente	130
6.3. Religiosidad, espiritualidad y trascendencia	136
Parte empírica.....	151
Capítulo 7. Objetivos e hipótesis	153
7.1. Punto de partida y objetivos generales	153
7.2. Objetivos específicos e hipótesis.....	154
Capítulo 8. Método	157
8.1. Diseño y Procedimiento	157
8.2. Participantes	158
8.3. Instrumentos	162
8.3.1 Cuestionario de datos sociodemográficos	162
8.3.2 Estatus adulto	163
8.3.3 Consolidación de identidad	163
8.3.4 Madurez personal	165
8.3.5 Bienestar psicológico	165
8.3.6 Religiosidad, espiritualidad y trascendencia	166
Capítulo 9. Análisis y resultados	169
9.1. Análisis y resultados de datos descriptivos de las variables objeto de estudio.	169
9.2. Puesta a prueba de las hipótesis	172
9.2.1. Análisis y resultados para las hipótesis 1A y 1B.....	172
9.2.2. Análisis y resultados para las hipótesis 2A y 2B.....	176
9.2.3. Análisis y resultados para la hipótesis 3.....	180
9.2.3.1. Validación del cuestionario ASPIRES: Estudio de su validez y fiabilidad	180
9.2.3.2. Validez de constructo	184
9.2.3.3. Fiabilidad	185
9.2.4. Análisis y resultados para las hipótesis 4A y 4B.....	188
9.2.5. Análisis y resultados para la hipótesis 5.....	191
Capítulo 10. Discusión.....	199
10.1. Comportamiento general de la muestra.....	199

10.1.1. Estatus adulto	199
10.1.2. Madurez e identidad	200
10.1.3. Bienestar.....	201
10.1.4. Religiosidad y trascendencia.....	202
10.2. Discusión sobre las hipótesis de investigación.....	203
10.2.1. Hipótesis 1A y 1B	203
10.2.2. Hipótesis 2A y 2B	206
10.2.3. Hipótesis 3.....	208
10.2.4. Hipótesis 4A y 4B	209
10.2.5. Hipótesis 5.....	211
Capítulo 11. Conclusiones. Limitaciones y prospectiva	215
11.1. Conclusiones	215
11.2. Limitaciones y prospectiva de la investigación.....	218
Referencias bibliográficas.....	223
Anexo	245
Índice de tablas	255
Índice de figuras	257

INTRODUCCIÓN

La tesis doctoral que se presenta descansa sobre una serie de puntos de partida que es necesario comentar. Nos proponemos hacerlo conectando nuestros intereses personales y de investigación con el desarrollo de las diferentes partes y capítulos que la componen: una primera parte teórica, que incluye los capítulos del 1 al 6, y la parte empírica, de los capítulos 7 al 11.

En primer lugar, en el fundamento de nuestro trabajo se encuentra una inclinación connatural por los temas relacionados con la madurez personal y las tareas de madurez en la etapa adulta, desde la perspectiva de la Teoría del Ciclo Vital del desarrollo humano. Este interés, junto a nuestro desarrollo profesional en un entorno de jóvenes universitarios, nos llevó a profundizar en el estudio de la transición de la adolescencia a la edad adulta y posicionarnos en la línea de reflexión y trabajo de Jeffrey Jensen Arnett. Este autor fue el primero en proponer y definir una nueva etapa del ciclo vital, la *adulthood emergente*, en la que el individuo puede encontrar un espacio privilegiado donde avanzar en sus tareas evolutivas, de modo que quede definitivamente conformada su propia identidad (Arnett, 1998, 2000). Esta nueva etapa sería producto de un efecto de adaptación psicológica y sociológica, existencial quizá, a las nuevas condiciones socioeconómicas y culturales de los jóvenes de hoy, inmersos en el mundo posmoderno o que, incluso, ha superado el posmodernismo. Nuestro trabajo de investigación se dedicó íntegramente a este tema (Torres, 2012).

Convenimos, entonces, en que el contexto sociocultural, económico y demográfico de nuestros días, así como la configuración del sistema de valores que rige el mundo occidental, ha ido gestando, desde hace décadas, un nuevo perfil en la juventud. Precisamente este cambio global exige la necesidad de definir el efecto que tiene sobre los procesos de maduración e identidad de los sujetos. De alguna manera, frente a un “mundo hostil” (lleno de inseguridades, de incertidumbres, de riesgos, de conocimientos

y relaciones frágiles), crecen las reivindicaciones identitarias, ya que aumenta el deseo de seguridad que proporcionan las comunidades locales (ya sean étnicas, religiosas, nacionales) (Bauman, 2003). Según este autor, la búsqueda incansable y desesperada de identidad (de fuente de sentido y significado, de seguridad y protección) aparece como una reacción frente a los cambios sociales, políticos y culturales del mundo actual. La identidad es relevante no porque nos habla del pasado o del presente, sino del futuro (quiénes queremos ser). El capítulo 1 de nuestro trabajo está dedicado al análisis del contexto sociocultural que acoge la búsqueda y constitución de identidad de los sujetos.

También asumimos que la adolescencia, como etapa evolutiva que tiene en la construcción de la identidad el núcleo de su tarea de madurez, es especialmente sensible a los efectos de estos cambios. Sin embargo, esta tarea no queda exclusivamente relegada a dicha etapa. Como hemos indicado más arriba, desde el marco teórico de la Psicología del Desarrollo del Ciclo Vital, surge con fuerza, desde los últimos años 90, la propuesta de una teoría que defiende la existencia de una nueva fase del ciclo vital, como efecto de todo un conjunto de cambios socioeconómicos en el acceso al estatus adulto: la *adultez emergente*. Expondremos en profundidad las características de esta etapa en el capítulo 2 de esta tesis, presentando las características evolutivas y psicológicas que le son propias, tratando de aportar algunos datos clarificadores sobre ella, así como las tareas evolutivas cuya resolución es necesaria para alcanzar la edad entendida como edad adulta. El capítulo 3, por su parte, está íntegramente dedicado a las críticas que la teoría de Arnett recibió en su día, y aún hoy, acompañadas de sus contraargumentos.

En el capítulo 4 se presentarán y discutirán los criterios para la adultez, incorporando algunos datos que se desprenden de estudios realizados en distintos países y contextos culturales, así como el papel que la autopercepción desempeña en el logro de la identidad adulta. Dado el carácter mayoritariamente interno de estos criterios, y la naturaleza del propio proceso de la autopercepción, será imprescindible aludir a los conceptos de identidad, a cuyo proceso de constitución ya nos hemos referido, y madurez personal.

El trabajo sobre la autopercepción de la identidad adulta nos condujo a la propuesta de una posible tipología de estatus adulto inspirada en el estudio de Nelson (2009). La

presentamos en el capítulo 5, junto a otros modelos basados esencialmente, por contra al nuestro, en la asunción de roles psicosociales.

El segundo pilar sobre el que se fundamenta esta tesis queda especialmente reflejada en su capítulo 6, donde damos desarrollo a estas reflexiones, aunando nuestros marcos de referencia relativos al desarrollo óptimo e integral de la persona, el bienestar, y las variables relacionadas con la trascendencia (religiosidad, espiritualidad y la trascendencia misma).

Desde siempre nos hemos sentido especialmente atraídos por las posibles relaciones de la Psicología con la espiritualidad y la religión, pues entendemos que el aspecto trascendente de la persona, sea como fuere que se viva y exprese, es irrenunciable para proponer un modelo de desarrollo óptimo e integral del ser humano.

Efectivamente, conseguir bienestar y la satisfacción vital son objetivos centrales y comunes a todos los seres humanos, y cada uno de nosotros recorre diversos y múltiples caminos para alcanzarlos. La Psicología ha sido capaz de identificar los factores centrales de la personalidad humana, y muchas motivaciones y características asociadas al bienestar. Sin embargo, opinamos que sin incluir otro tipo de variables no sería posible ofrecer un modelo integral del desarrollo humano. Piedmont (2009) nos recuerda que

“Allport (1950) asserted that numinous qualities were central, organizing aspects of an individual’s psychological world; spirituality and religiosity represented the core of the individual. One’s spirituality reflected the fundamental manner in which a person positioned himself/herself adaptively to the world at large. As such, spirituality should be related to a wide range of psychosocially salient constructs [...]” (p. 95)¹,

defendiendo, a su vez, que las variables religiosidad y espiritualidad representan constructos *adicionales* que contribuyen al sentido personal de bienestar. También Steger y Frazier (2005), como veremos más adelante, se habían pronunciado en este mismo sentido.

¹ El autor hace referencia a la importancia otorgada por Allport a los constructos espirituales para la conformación de una personalidad saludable y adaptativa, otorgando un papel relevante tanto a la espiritualidad como a la religiosidad. Lo espiritual estaría, pues, relacionado con un amplio espectro de constructos psicosociales significativos.

Consideramos que la religiosidad, la espiritualidad y la trascendencia desempeñan su propio rol en la transición a la adultez. La construcción de una cosmovisión propia por parte de los adultos emergentes va a determinar, en gran medida, el establecimiento de sus compromisos posteriores, y su forma de ser y estar en el mundo, dada su forma particular de interpretarlo. Ello no es posible sin los procesos de comprensión y pensamiento crítico, del mismo modo que no lo es sin la asunción de un sistema nómico que cree en el sujeto un eje axiológico de razonamiento y conducta.

Actualmente, es innegable la sustitución del sistema de valores de la modernidad por el propio de la postmodernidad. Entre todos ellos se observa el enfrentamiento entre la espiritualidad y la religión institucional, que se opone a la anterior confrontación entre secularización y religión. Donde había habido un proceso de construcción de significados, aparece ahora un proceso de deconstrucción de la cosmovisión. De hecho, en el orden jerárquico otorgado por los jóvenes a una serie de valores propuestos, aspectos como el compromiso y la trascendencia conseguían muy baja puntuación (Comas, Aguinaga, Orizo, Espinosa y Ochaita, 2003; FAD, 2014). La religión, por su parte, sólo era “importante” para el 6% de los jóvenes y “bastante importante” para el 16% según el estudio “Jóvenes Españoles 2010”. Como interesados en el desarrollo del ser humano, consideramos que la dimensión religiosa y la trascendente o espiritual de la persona no puede obviarse (Torralba, 2011). Benson, Roehlpartain y Scales (2012) observaron un claro vínculo entre compromiso religioso y espiritual y resultados de desarrollo positivo en los jóvenes. Creemos que es tiempo de que la Psicología reclame el desarrollo espiritual de la persona como un proceso de desarrollo esencial que merece un tratamiento equitativo en el conjunto de los procesos considerados universales.

No podemos olvidar que, muy a menudo, los valores que fundamentan y conforman la vida del ser humano dimanan de las creencias y el sistema espiritual del individuo. Son, efectivamente, el sistema de normas que rigen al/a los sujeto/s, que determinan, en cualquier caso, las actitudes que adoptamos ante lo que nos circunda, ante la realidad, entendiendo la actitud como un sistema estable de percepciones y evaluaciones, de sentimiento y emociones, de tendencias a la acción, organizado en relación a una situación significativa o a un objetivo propuesto.

Si aceptamos que las actitudes son expresión del sistema de valores, y que las primeras,

a su vez, orientan la conducta proporcionándole dirección, sentido, tensión y fuerza, cabe al menos preguntarnos si es necesario atender el desarrollo de los procesos de desarrollo espiritual y trascendente, en ocasiones plasmados a través de prácticas religiosas, que los sustentan. Benson, Roehlkepartain y Scales (2012) proponen que muchas personas utilizan o acceden a la religión como una suerte de “guía narrativa” de sus vidas. Cuando esto ocurre, el desarrollo espiritual personal puede estar íntimamente ligado a las creencias religiosas, los procesos de identidad y la cosmovisión particular de cada sujeto.

Sabemos que la formación de la identidad tiene lugar en la intersección entre el desarrollo y la cultura. El desarrollo del sentido de uno mismo está inevitablemente entrelazado con, y a su vez refleja, el contexto cultural propio. Por ello, cabe decir que la construcción de la identidad de los adultos emergentes, como la de cualquier otro sujeto en cualquier otra etapa de su ciclo vital, no es culturalmente neutra, o imparcial, ni puede serlo. No puede serlo en su génesis, pero tampoco en sus objetivos. Va a depender de las opciones disponibles para el sujeto en su contexto en un momento dado, y de los valores reinantes en ese momento de su desarrollo.

Entendemos, pues, que dado que este proceso de construcción de la identidad no es neutro, promoverá diferentes niveles de bienestar, en función de cuál sea el avance madurativo particular en la transición a la adultez de cada individuo. También la religiosidad y la trascendencia permiten el desarrollo positivo del individuo y, por tanto, tiene sentido vincularlos al estudio de la identidad y la madurez personal.

La parte empírica de nuestra tesis comprende, en el capítulo 7, la presentación de nuestros objetivos generales y específicos, así como de las hipótesis que pretendemos contrastar. A la explicación del método e instrumentos, los análisis realizados y la discusión de los resultados obtenidos se dedican los capítulos 7, 8, 9 y 10. Por último, y después de presentar un modelo global explicativo de la relación entre todas las variables estudiadas, la tesis se cierra con el capítulo 11, donde aportamos las principales conclusiones, tanto a nivel teórico como empírico, reconociendo aquellos aspectos susceptibles de mejora que ha alumbrado nuestra investigación, y proponemos nuevos caminos para seguir creciendo en ella, con la esperanza de poder aportar datos nuevos y significativos sobre el desarrollo integral del ser humano.

PARTE TEÓRICA

CAPÍTULO 1

CONTEXTO SOCIAL Y CULTURAL DE LA TRANSICIÓN A LA ADULTEZ EN LA ESPAÑA ACTUAL

No podemos negar que el desarrollo humano es una realidad especialmente sensible a los efectos diferenciales de los distintos contextos de desarrollo. Una conducta toma significado en la medida en que se desarrolla en una realidad cultural, y para poder explicarla necesitamos estudiarla en su particular ubicación, concebida en continuidad con su propio contexto. Se hace palmaria la importancia de las coordenadas socioculturales para el desarrollo de la persona, puesto que las demandas y expectativas, e incluso el desempeño de roles esperado, varía en cada una de las sociedad para determinados estratos de edad.

Debemos reconocer que existen dos importantes ejes sobre los cuales pivotan nuestras vidas en la actualidad: la globalización económica, por una parte y la pluralización de las formas de vida, por otra.

No podríamos, por tanto, estudiar cualquier aspecto relativo al desarrollo de la identidad del ser humano sin tener en cuenta las características del mundo de hoy, incierto, global y lleno de riesgos, pero también de nuevas posibilidades. Dado que una teoría psicológica cultural de la identidad implica comprender la sociedad y la cultura (incluso la historia) que afectan a los modos específicos en que nos definimos a nosotros mismos, a través de los que, en definitiva, conformamos nuestra propia identidad, cabe pensar y reflexionar sobre la realidad y las circunstancias en que nuestras vidas se desarrollan. Si lo hacemos, puede suponer un replanteamiento del proyecto de vida individual, y la formulación de preguntas acerca de quiénes somos, cuál es nuestro lugar en el mundo, con quién queremos estar o en qué queremos trabajar. Se trata, en

definitiva de cuestiones que sitúan en primer plano de atención el tema de la identidad personal (Esteban, 2008).

Planteamos en este punto el análisis de una serie de datos sociales, demográficos, económicos y culturales, incluyendo los relativos a valores, que nos van a permitir ubicar en mejor medida cuál es el contexto al que los jóvenes, ya no adolescentes, todavía no adultos, se enfrentan.

1.1. Dimensiones sociales, económicas y demográficas actuales

La juventud actual se desenvuelve en una sociedad caracterizada, en rasgos culturales y socioeconómicos, incluso demográficos, por rápidos cambios y necesidades de ajuste por parte de los individuos. En términos no solamente circunscritos a nuestro contexto, puede decirse que estos cambios son los responsables, en parte, de la variabilidad en la formas de transición a la adultez, y reflejan también el tipo de proceso de socialización al que son sometidos los individuos (Arnett, 1993).

No obstante, parece que en nuestro entorno inmediato se dan una serie de características generales –no queremos decir que permanentes- que nos permitirían situar de forma más acertada y concreta la realidad de los jóvenes en nuestro país.

De la revisión de los sucesivos informes elaborados por el Instituto de la Juventud de nuestro país, (INJUVE 2000, 2004, 2008, 2012) y otras entidades dedicadas al análisis sociológico de la juventud española (Fundación de Ayuda contra la Drogadicción, 2014; Consejo de la Juventud de España, 2014) se desprenden datos bastante significativos. En el informe INJUVE 2008 por ejemplo, se afirma que en el transcurso de los últimos cuatro decenios, en los países europeos occidentales, se da un consenso científico sobre el retroceso de los vínculos familiares y religiosos y sobre la pérdida de fuerza de orientación de las tradiciones. Los comportamientos tradicionales, que hasta hace poco constituían un criterio referente para el acceso a la vida adulta, han perdido fuerza y han sido liberalizados tanto en el ámbito sexual como en las formas de configurar la vida.

Concluye este trabajo que las generaciones jóvenes se encuentran, desde un punto de vista existencial, entre varios niveles de condicionamiento: la posibilidad de independizarse del hogar familiar es difícil, por el elevado coste económico que comporta. De otro lado, para muchos jóvenes el proceso de encontrar un trabajo – máxime hoy en día- deviene más que ardua, y ni siquiera una más prolongada formación, que a veces se extiende durante largos períodos de tiempo, les garantiza la posibilidad de encontrarlo. La realidad es que estas dificultades se acentúan sobre todo cuando no están basadas en opciones personales sólidas, claras y fundamentadas.

Efectivamente, como hace notar Esteban (2008), bajo el eufemismo de la flexibilidad, la precariedad laboral es evidente; es difícil plantearse fundar una familia por los requerimientos económicos que supone, incluso a la hora de conseguir una vivienda donde formar un hogar. También a nivel de riesgos medioambientales y catástrofes se ha generado un cierto ambiente global de inquietud. Estas condiciones dificultan que el individuo pueda ocupar con seguridad su espacio, su rol, que en otros tiempos estaba sólidamente establecido, era conocido, seguro y duradero. Ciertamente hoy se vive en un contexto que presenta mayores inseguridades, pero no solamente sociales, sino que también afectan al plano individual.

Aunque algunas decisiones se adelantan (INJUVE, 2008), como la de convivir con una pareja, la independencia real es difícil de conseguir, y algunas posibilidades, como la ya apuntada de abandonar el hogar familiar y llevar una vida independiente, puede ser algo que se retrase mucho si al sujeto se le presentan mayores exigencias –incluidas las económicas- y necesidades de compromiso. El dato concreto en este sentido que aporta el Observatorio de emancipación del Consejo de la Juventud de España, 2014, es especialmente significativo: en el cuarto trimestre de 2014, sólo el 21.5% de la población joven de menos de 30 años se encuentra residencialmente emancipada, lo que representa un 5.21% menos que en el mismo periodo de 2013. El 64.5% de la población de esa edad no dispone de la autosuficiencia económica necesaria para afrontar la salida del su hogar de origen, mientras que el 35.5%, aunque tienen ingresos, no son suficientes para afrontar los gastos que comporta un proceso de independización en solitario. También la creación de una familia propia acontece mucho más tardíamente. Según datos de 2015 del Instituto Nacional de Estadística, relativos al periodo de 2014,

la media de nupcialidad se sitúa, en general, en 35.23 años de edad, siendo de 36.82 años para los varones y de 33.71 para las mujeres. En cuanto a la maternidad, la media de edad se sitúa en 31.06 años en el momento del nacimiento del primer hijo, y no supone necesariamente el matrimonio, que, como en otros países europeos, puede llegar con posterioridad o como algo asociado a la consolidación de la pareja ante la llegada de un hijo. Es evidente que, para seguir el paradigma socioeconómico actual, se hace imprescindible asegurar el propio bienestar, y tanto las dificultades como los costes de la vida moderna lo dificultan en extremo, suponiendo la necesidad de intensificar los esfuerzos no solo familiares y económicos, sino también los sociopolíticos.

De la situación dibujada por los autores de los informes del INJUVE se desprende, además, un aspecto de relevancia considerable por su repercusión en el aspecto psicológico de los jóvenes: la generación de los padres, responsables de las familias de origen de estos jóvenes, ya no se centra en construir una existencia, sino en asegurar un estándar de vida. Destacan estos autores que las relaciones emocionales de estos padres con sus hijos son generalmente buenas. Son los progenitores, en más de una ocasión quienes suplen los recursos que los jóvenes necesitan para poder empezar una vida independiente a falta de los suyos propios. También en el informe Jóvenes Españoles 2010 de la Fundación SM se refleja que la relaciones con los padres han mejorado considerablemente con respecto a épocas pasadas. En el informe FAD 2014 queda reflejado como, dentro de los valores finalistas, es decir, aquellos que configuran el marco de referencia para la conducta personal, el tener unas buenas relaciones familiares es valorado, sobre 10, con un 8.67 de media, sólo por debajo de “Tener personas en quien confiar”. De hecho, la familia, cada vez más, se constituye en lugar privilegiado no sólo para la gestación de ideas e interpretaciones del mundo, generadora de una posible cosmovisión del joven, sino también como espacio de búsqueda de apoyo (a veces incluso económico) y consejo. Sin embargo, esta situación no ha constituido una relación de sometimiento de los hijos respecto a los padres: su familia es ahora su primer y fundamental espacio de libertad y autonomía. También en cuanto a cultura familiar hay más cosas compartidas, por ejemplo la tolerancia, la secularización o la importancia que se le otorga a la propia familia. Los jóvenes reconocen que, en general, las relaciones familiares se enmarcan en un estilo menos autoritario y más democrático. Las nuevas generaciones han aumentado su poder dentro del hogar

familiar al tiempo que su propia autonomía. Así, éste se ha convertido en un espacio extraordinariamente cómodo para los jóvenes, del que tal vez tiendan a independizarse más tarde.

En otro lugar, en cuanto a la situación de los jóvenes con sus familias, se pueden identificar algunas características a las que se enfrentan: (INJUVE 2008, Tomo 1, p. 131 y ss.):

“Diversos aspectos normativos tradicionales (distribución de roles de género, comportamiento sexual, formas de vida, orientaciones de valores) se han liberalizado. También en el seno de las familias se ha individualizado la vida: está menos vinculada a la comunidad y se han desarrollado pautas familiares que derivan en “hogares dentro de hogar”. Los vínculos familiares están menos condicionados por la autoridad y los jóvenes son suspicaces al control. Maduros desde el punto de vista emocional, exigen a sus padres que la familia funcione en armonía (sin conflictos), también en su vertiente material. Los padres no se arriesgan a generar conflictos que puedan poner en peligro los vínculos emocionales. La familia tiene que ser una pensión pacífica y un lugar seguro en un mundo donde las perspectivas de futuro materiales son inseguras.

Los jóvenes realizan su transición desde el entorno familiar, carrera educativa, incorporación al trabajo, relaciones de pareja y relaciones familiares condicionados por las características especiales que se dan, actualmente, en la organización de la vida social: una amplia libertad en las relaciones, conlleva nuevas inseguridades y la obligación de posicionarse socialmente en el contexto de estas nuevas inseguridades. Donde antes había una imagen relativamente estable de las ocupaciones y las carreras profesionales que ofrecían orientación y sentimientos de pertenencia, donde los valores transmitidos institucionalmente ofrecían estabilidad, ahora se impone la movilidad, la fugacidad, la brevedad de los valores, las modas y las técnicas más modernas, las perspectivas de empleo poco estables (dependiendo también de las cualificaciones y del lugar donde se trabaja o se está dispuesto a trabajar) y servicios “comercializados” (que podemos obtener a través del mercado)”.

Se observa cómo, en nuestra sociedad actual, lo que venía siendo cierto se cuestiona cada vez más; las estructuras sociales clásicas parecen envejecer, al no responder a las inquietudes y necesidades reales de los jóvenes. Los criterios psicosociales que indicaban la culminación de una nueva etapa evolutiva también han cambiado: hace unos 50 años la mayor parte de los jóvenes de nuestra sociedad asumían estables roles adultos (relativos sobre todo al trabajo y la familia) como tarde en los primeros años de

su tercera década de vida. Sin embargo, esto ya no es así. El informe INJUVE 2012 viene a corroborar que la crisis consolida en España la tendencia clásica a la emancipación residencial y familiar tardía, como también hemos visto en los datos reflejados por el INE, aunque sin una dependencia familiar tan grande como se esperaba. Este dato vendría a confirmar la doble explicación del fenómeno de la emancipación juvenil tardía aportada por González-Anleo (2015): de un lado, la tardía entrada en el mercado laboral de calidad y la dificultad para acceder a una vivienda propia se debe, efectivamente, a una cuestión estructural debida a la ampliación de la fase formativa de la juventud,. Por otro, sin embargo, podríamos hablar de una perspectiva cultural, según la cual lo *juvenil* se posiciona como un auténtico valor social de referencia, frente al *envejecimiento*, y se acepta y permite que el joven viva y disfrute lo más intensa y duraderamente posible su propia juventud.

Los jóvenes del siglo XXI, a los que nos estamos refiriendo en esta tesis, sufren y necesitan enfrentarse, pues, a ciertos cambios socioculturales más que significativos. Estos jóvenes necesitan culminar su inserción en una sociedad que Cerezo y Gómez-Serrano (2006, p. 39 y ss.) describen como

- satisfecha: una sociedad del bienestar, del consumo, de la abundancia, que impone la lógica del mercado a las formas de vivir y los horizontes de sentido;
- individualista y proxémica, en la que el mundo gira en torno al yo, su realización y satisfacción, un yo atento a sí mismo pero que busca la calidez en los entornos próximos;
- secularizada, con un declive acentuado de lo religioso y una débil socialización religiosa de los jóvenes;
- pragmática, basada en intereses compartidos, pero en frágil equilibrio;
- permisiva, defensora de una “ética indolora”, el relativismo y situacionismo ético;
- tolerante, siempre que no se invada el territorio personal. Aparecen también algunos fenómenos de “tolerancia cero”;

a lo que añaden la característica de “estar instalada en la intrascendencia” (p. 123), lo cual implica que la mayoría de las personas –no sólo los jóvenes, según los autores– no llega a interrogarse, en el desarrollo de su vida cotidiana, por los motivos, el sentido, el fundamento, la orientación, la meta y valor de la vida misma. Lógicamente, este contexto dificulta en extremo que el sujeto se abra a la dimensión de la religiosidad, la espiritualidad y la trascendencia.

En un sentido muy similar se pronuncian Cerezo y Gómez-Serrano (2006), proponiendo que nos encontramos ante

“[...] una sociedad económicamente más rica, con más posibilidades y medios que nunca en ningún momento de la historia; con más avances y adelantos técnico-científicos; con mayor capacidad y mejores medios de comunicación. Una sociedad desconfiada, pero acrítica; descreída ante las referencias religiosas, pero construyendo sus credibilidades sobre pequeños relatos. Una sociedad lejanamente solidaria, con una solidaridad mayor hacia los lejanos que hacia los que están cerca; individualista y proxémica, pero indiferente e incluso desconfiada ante los cercanos, los otros, que se presentan como extraños y ajenos. Una sociedad global y globalizada; libre pero sometida al imperio de superestructuras económicas, sociales y mediáticas” (p. 41).

En estas condiciones, los jóvenes tienen que vivir y desarrollarse. En términos del INJUVE 2012 (p. 309), tienen que *ubicarse en el entorno* de manera adecuada, es decir adaptarse con éxito a todo el conjunto de asuntos que conforman el espacio de la realidad juvenil, que viene determinado por los modos y maneras mediante los que los jóvenes se insertan en el conjunto social: las ideologías, los valores, la relación con los demás, el consumo, los medios de comunicación, etc.

Actualmente, los procesos de socialización a los que están sometidos son débiles. Los perfiles resultantes son de bastante satisfacción con su vida, mientras buscan posicionarse en un entramado económico-social complejo. De hecho, preguntados sobre su nivel de satisfacción con su vida en general, lo puntúan con un 8.1 de media sobre 10 (FAD, 2014). Un estudio sobre el resultado de estos procesos en el contexto descrito refleja seis cambios a los que los jóvenes han necesitado adaptarse, y que han dejado huella en su generación (Smith, Christoffersen, Davidson, y Herzog, 2011):

1. Lo que en principio supuso un avance innegable, la democratización de la formación superior. Actualmente, gran número de jóvenes tienden a alargar su formación académica mediante posgrados o masters para lograr una mejor preparación y empleabilidad. Independientemente de la situación del mercado laboral actual, este hecho posterga el acceso al mundo laboral y los compromisos que ello conlleva.
2. Como hemos visto, se accede al matrimonio a edades más tardías. Ciertamente, los factores económicos tienen mucho que decir a este respecto, pero no puede obviarse que también juega un importante papel el miedo al compromiso y el deseo de vivir diversas experiencias románticas antes de establecer un vínculo definitivo.
3. A pesar de los avances y conquistas relacionadas con la libertad y el bienestar material, los jóvenes de nuestra cultura nunca antes habían hecho tanta referencia a vivencias de desorientación y ansiedad, términos que aparecen frecuentemente en el estudio de Smith y colaboradores. Tal vez estos sentimientos intensifiquen las conductas relacionadas con la búsqueda y la experimentación, con el deseo de encontrar una cosmovisión convincente por parte de nuestros jóvenes.
4. El cuarto cambio estaría relacionado con lo que podría denominarse el “hiperproteccionismo económico” por parte de sus padres. Como hemos comentado más arriba, en las familias de origen de nuestros jóvenes, actualmente los esfuerzos se concentran en tratar de mantener un estándar de vida.
5. En relación a las conductas sexuales, y a partir de la ya nada novedosa revolución sexual, un permisivismo que va en aumento.
6. Finalmente, y con consecuencias especialmente significativas por su influencia en lo relativo al sistema de valores, el impacto que en las dos décadas finales del siglo XX tuvieron las teorías postmodernistas después. Es más que posible que nuestros jóvenes no conozcan sus fundamentos, ni sus postulados, pero no

puede negarse que algunas de las ideas defendidas por esta corriente han tenido una profunda influencia en su manera de pensar y comportarse, y, en definitiva, en los criterios en los que se han basado para conformar su identidad.

Es este último cambio al que vamos a referirnos y que vamos a desarrollar en el punto siguiente de este capítulo.

1.2. Configuración del sistema de valores de los jóvenes españoles

Entendemos necesario hacer un análisis, aunque sea sucinto, del sistema de valores que en los últimos años ha venido rigiendo –y rige aún– en la sociedad en la que nuestros jóvenes se desenvuelven. Los valores están en la raíz de la identidad personal, en tanto determinan nuestras creencias, actitudes y comportamientos.

Cierto es que los “jóvenes de hoy” no son los de antes, ni viven como los de antes, ni comparten o asumen los valores que antes conformaban una sólida red nómica en cuya seguridad el sujeto progresaba en su desarrollo personal.

Si es cierto, como venimos indicando desde la introducción a este trabajo, que se observa un retroceso respecto a los jóvenes de la generación anterior, en prácticamente todos los aspectos, incluyendo la cultura, el civismo o la moral, también lo es que en algunos casos sentimos la tentación de pensar que este fenómeno se reproduce generación tras generación, y que, como decía Azorín, “vivir es ver volver”.

Sin embargo, no podemos olvidar que si los jóvenes ahora son (y queremos subrayar el “son”, por ser verbo de identidad) distintos a los de antes, es, también, porque las condiciones en las que han crecido son diferentes. Y no sólo las condiciones sociales, culturales, económicas o demográficas, sino también las referidas a los valores vigentes en nuestra sociedad.

La sociedad occidental avanzada en la que nuestra historia nos incardina viene vertebrada por una serie de valores que constituyen lo que entendemos por *postmodernidad*, una cosmovisión que nos afecta a todos.

Tal como hemos indicado más arriba, indudablemente, la postmodernidad ha venido a significar un cambio fundamental en el sistema de valores de nuestra sociedad, cambio que, tal vez inconsciente pero inevitablemente, ha afectado a nuestros jóvenes. Así, en términos generales, se puede hablar de una pérdida de confianza en la razón, auge del emotivismo, la idea de que cada cual puede construirse a sí mismo al margen de los lazos familiares y sociales, e incluso de la biología, el relativismo moral, etc. (Meseguer, 2011).

Debe darse por cierto que, según los estudios sociológicos más relevantes (p.e. Elzo, 2006, sucesivos informes INJUVE, y FAD, 2014), hoy en día se observa una sustitución del sistema de valores de la modernidad por el propio de la postmodernidad. Así, lo holístico ha dado paso a lo fragmentario, lo absoluto a lo relativo; la diversidad sustituye a la unidad y el pequeño relato –tanto de las historias personales como de la historia del hombre- al gran relato; lo particular rige donde antes regía lo universal; impera lo subjetivo donde antes lo hacía lo objetivo; la búsqueda continuada del placer oculta el valor del esfuerzo; el pensamiento, e incluso la personalidad “light” ha sustituido al pensamiento y la personalidad fuerte. El presentismo domina tanto por encima del valor y los aprendizajes del pasado como por encima de la perspectiva de futuro. Se buscan emociones intensas y fáciles antes que atender a la razón. La estética se considera más importante que la ética. La duda se impone a la certeza de las referencias constructivas. Se procura diluir la responsabilidad personal, o diferirla, antes que formarse y actuar desde la autorresponsabilidad. El enfrentamiento entre la espiritualidad y la religión institucional se opone a la anterior confrontación entre secularización y religión. El ocio y la vida nocturnos dominan a las costumbres del trabajo y la vida a la luz del sol. Se vive en una quimera irreal, mientras que en etapas anteriores se perseguía una utopía; donde había habido un proceso de construcción de significados, aparece ahora un proceso de deconstrucción de la cosmovisión.

En otro orden de cosas, y aunque la situación de los jóvenes en España no es homogénea y no se pueden hacer generalizaciones, podríamos plantearnos si es lícito,

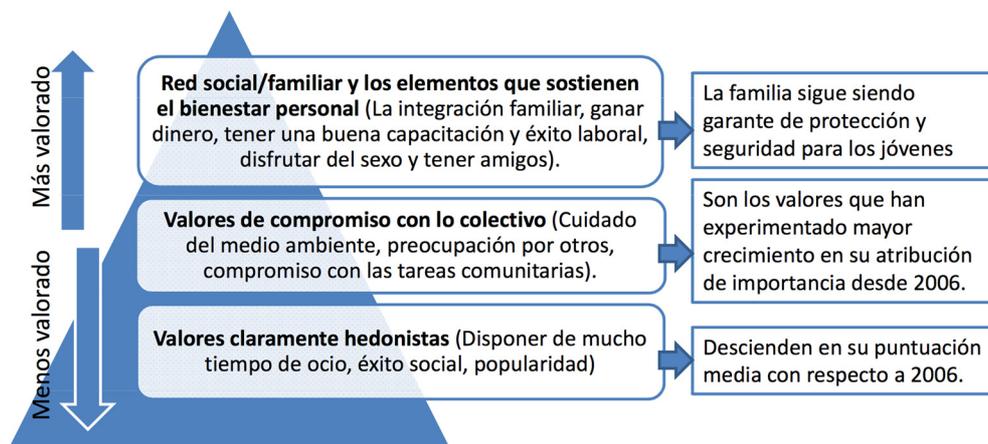
desde este punto de partida general, hablar de características que tiñan el sistema de valores específico de los jóvenes. Siguiendo a Javier Elzo (2000), encontraríamos una propuesta de lo que constituiría un sistema nómico, con impactos significativos procedentes de fuerzas “macro-culturales (Esteban y Ratner, 2010), que tienen una clara influencia en la conformación de la identidad. Entre ellas estarían, por ejemplo, el capitalismo, el consumismo, los medios de comunicación, el liberalismo, el marketing, la publicidad y el comercio; el pluralismo; el relativismo, con importantes manifestaciones de un subjetivismo sentimental que evita chocar con las opiniones de los demás (Smith et al., 2011); el presentismo, con manifiesta dificultad para proyectarse en el futuro y centrado en lo inmediato y el corto plazo, sin apenas tolerancia a las frustración; el antimilitarismo; la inseguridad ante el futuro, en parte por las condiciones socioeconómicas en las que intuyen que les corresponderá vivir su edad adulta, con la consiguiente valoración del dinero y del poder adquisitivo; *aceptación de la dependencia con respecto a la familia* de origen, datos que hemos analizado más arriba, sin despreciar la responsabilidad de la ausencia de políticas socioeconómicas adecuadas para favorecer la posibilidad de independización de los jóvenes en nuestro país hoy en día (Martín-Serrano y Velarde, 2001, INJUVE 2008; INJUVE 2012; CJE, 2014); abiertos a toda clase de sensaciones sensitivas, emocionales, con ausencia de límites, aceptando algunas conductas de riesgo; *utilitaristas* en cuanto a la concepción del trabajo, como medio de acceso al poder adquisitivo deseado, no como recurso para la realización personal y el servicio a los demás; *sobrevaloración de la emoción sobre la razón*, o lo que Bautista (2015) llama *generación transracional*, cuando cada vez más se hace necesaria la formación de una inteligencia integral que aúne la razón, los sentimientos y la emoción. Reina, efectivamente, un subjetivismo sentimental que a veces les confunde, debido a la costumbre de plantear la ética y la moral según sus propios sentimientos, en vez de posicionarse, en diferentes circunstancias que lo requieran, basándose en sólidos principios objetivos.

Cabe añadir, además, que según el INJUVE 2012, el consumo se ha constituido en un modo de integrarse socialmente y de construir la propia identidad. Usando de nuevo los términos de Bauman (2007), se trataría de un consumo líquido, totalmente transitorio, que viene a ser inmediatamente sustituido por otro.

Hemos querido resumir brevemente el perfil de los jóvenes españoles trazado por Elzo en su trabajo del año 2000, porque es precisamente este autor quien codirige el último informe de la FAD de 2014, ya mencionado, en el que se vuelve a dibujar el patrón de los jóvenes de nuestro país entre los 16 y los 24 años. En este estudio se han analizado tanto los valores finalistas, es decir, el marco de referencia general para la conducta personal como los valores morales, que los jóvenes utilizan para justificar algunas conductas concretas. También se han estudiado aquellos valores que definen prioridades vitales, así como los que reflejan actitudes y principios personales. Además, se ha indagado en las preferencias de modelos sociales y políticos de los jóvenes, y en qué les influye a la hora de elaborar un proyecto existencial, que incluya su integración personal a nivel social y comunitario. Se ha observado cómo, en definitiva, todas estas condiciones han dado lugar a “tipos de jóvenes”, y qué es lo que les caracteriza.

En cuanto a los valores finalistas, la Figura 1 representa la dualidad que aparece entre las cuestiones personales y privadas y aquellas de corte público o más relacionadas con valores hedonistas. Lo más valorado sigue siendo la red social y familiar, frente a los considerados valores hedonistas, que han retrocedido considerablemente en su puntuación en apenas una década.

Figura 1: Dualidad entre el dominio personal/privado y el público en el sistema de valores de los jóvenes de hoy.



Fuente: *Jóvenes y valores (I) Un ensayo de tipología*. FAD, 2014.

Entendemos que, lógicamente, es interesante plantearse cuál es la importancia que le dan los jóvenes a estos valores finalistas, y cómo han variado a lo largo de los años. Proporcionamos ambos datos en las Figura 2 y Figura 3.

Figura 2: Importancia otorgada por la juventud actual a los valores finalistas.

Valores Finalistas		
Importancia de diferentes Valores Finalistas. Datos en medias, en la escala 1-10 y porcentajes escala agrupada (7-10) que conceden Alta importancia. (Excluidos NS/NC)		
IMPORTANCIA: 1 "NADA IMPORTANTE" A 10 "MUY IMPORTANTE"	MEDIA	% MUY IMPORTANTE
Tener personas en quien confiar	8,71	94,4
Tener unas buenas relaciones familiares	8,67	93,2
Ganar dinero	8,51	93,9
Tener éxito en el trabajo	8,48	93,9
Tener una vida sexual satisfactoria	8,08	87,2
Obtener un buen nivel de capacitación cultural y profesional	8,04	87,5
Tener muchos amigos y conocidos	7,92	83,9
Ser una persona creativa y emprendedora	7,81	82,3
Cuidar el medio ambiente	7,66	78,4
Respetar las normas y la autoridad	7,23	69,6
Disponer de mucho tiempo libre/ocio	7,20	71,2
Tener éxito social y popularidad	7,04	67,2
Preocuparse por lo que ocurre en otros lugares del mundo	6,66	60,7
Hacer cosas para mejorar el barrio o la comunidad	6,63	57,7
Poder confiar en los responsables públicos	6,61	61,9
Vivir al día sin pensar en el mañana	5,67	41,1
Interesarse por temas políticos	4,93	32,3
Preocuparse por cuestiones religiosas o espirituales	4,20	23,9

Fuente: Jóvenes y valores (I). Un ensayo de tipología, FAD, 2014.

Figura 3: Evolución en la última década de la importancia concedida por los jóvenes españoles a los valores finalistas.

Evolución de los Valores Finalistas				
Evolución de la importancia concedida a determinados valores finalistas. Datos en medias. Población de 15 a 24 años.				
IMPORTANCIA EN SU VIDA (1. NADA IMPORTANTE / 10. MUY IMPORTANTE)	VALORES 2006*	VALORES 2010**	VALORES 2014***	Diferencia 2006-2014
Hacer cosas para mejorar el barrio o la comunidad	5,92	5,93	6,63	0,71
Interesarse por temas políticos	4,37	3,97	4,93	0,56
Preocuparse por cuestiones religiosas o espirituales	3,7	3,42	4,2	0,5
Preocuparse por lo que ocurre en otros lugares del mundo	6,26	6,14	6,66	0,4
Ganar dinero	8,29	8,63	8,51	0,22
Cuidar el medio ambiente	7,47	8,02	7,66	0,19
Obtener un buen nivel de capacitación cultural y profesional	7,9	8,04	8,04	0,14
Tener unas buenas relaciones familiares	8,64	9,03	8,67	0,03
Tener éxito en el trabajo	8,49	8,32	8,48	-0,01
Tener una vida sexual satisfactoria	8,21	8,52	8,08	-0,13
Vivir al día sin pensar en el mañana	6,07	7,09	5,67	-0,4
Tener muchos amigos y conocidos	8,36	8,96	7,92	-0,44
Disponer de mucho tiempo libre/ocio	7,85	8,47	7,2	-0,65

*"Jóvenes, Valores y Drogas", FAD, 2006 ** "Valores Sociales y Drogas", FAD, 2010 (datos 15-24, desagregados) *** Estudio actual

Fuente: Jóvenes y valores (I). Un ensayo de tipología, FAD, 2014.

Analizando los datos, observamos que no hay ningún valor finalista que varíe significativamente su grado de importancia con respecto a estudios anteriores de la misma entidad, o de otros. En el trabajo de Comas et al. (2003), observamos cuál era el orden jerárquico otorgado, a través de un cuestionario, a distintos valores propuestos:

Tabla 1: Orden jerárquico otorgado por los jóvenes a una serie de valores propuestos. Puntuaciones medias sobre 10. Adaptado de Comas et al., 2003.

Valor propuesto	Puntuación media
Valores sociales de integración (y de inserción social, en los que se incluyen el ascenso social y el dinero)	8,31
Sociabilidad (la relación con los demás, que es realmente importante para la formación de su identidad)	8,23
Disfrute (hedonismo) y libertad de vida	8,18
Orden moral y disciplina	6,74
Compromiso y trascendencia	4,81

Podemos apreciar que, curiosamente, el orden moral y la trascendencia ocupan las últimas posiciones, tal como hoy en día “Preocuparse por cuestiones religiosas o espirituales”. De hecho, en los datos aportados por el informe de la FAD, se ve que solamente el interés por la política y la religión no alcanzan el nivel medio de importancia en la escala (4.93 y 4.20, respectivamente, cuando la media es de 5.5). Son los temas en los que encontramos mayor polarización entre nuestros jóvenes: En cuanto a la política, no es importante para el 42% y tiene la máxima importancia para el 32%. La religión, por su parte, no es nada importante para más de la mitad de los jóvenes (54%) y tiene una importancia extrema para apenas la cuarta parte (24%) de los sujetos en esta horquilla de edad (FAD, 2014). Aguinaga et al. en el INJUVE 2004, ya indicaban que

“[...] es muy importante la desubicación ideológica de los jóvenes, superior a la de los jóvenes de nuestro entorno europeo [...] Los jóvenes están poco interesados en participar en la política activa [...] La identificación religiosa de los jóvenes está muy fragmentada e individualizada. Hay un importante número que se declara creyente, pero hay un número más importante todavía que se declara no practicante” (p. 535).

A pesar de la larga década transcurrida desde entonces, presentamos estos datos generales porque no hay variación significativa hoy en día. Algunos extractos del INJUVE 2012, nos permiten corroborarlo:

“La gradación de los aspectos que más satisfacción producen en la vida está íntimamente relacionada con la estructura de valores finalistas, en una jerarquía que no ha variado sustancialmente en las últimas décadas.

En términos de valores, lo más importante para las personas jóvenes, y de forma casi universal, es la familia, la amistad y la salud, seguidas por el trabajo, el tiempo libre, los estudios, dinero y sexualidad.

La escala de valores juveniles prioriza los referentes más individuales o del entorno más íntimo, incluidos los necesarios para la integración socioeconómica personal, frente a los que se proyectan al espacio comunitario y/o colectivo.

No obstante, y a pesar de la estabilidad de la serie longitudinal, es reseñable el incremento en los últimos años de la importancia otorgada a la implicación comunitaria, el interés por lo que ocurre en otros lugares del mundo, e incluso a la política formal.

La jerarquía valorativa de las personas jóvenes no difiere sustancialmente de la del conjunto de la población adulta, con el matiz de que es la población adulta la que se acerca cada vez más a los valores tradicionalmente considerados como de jóvenes (hedonismo, presentismo...).

La valoración de la familia y el entorno personal guarda estrecha relación con el soporte que las estructuras afectivas suponen desde el punto de vista económico y de integración: la percepción de las personas jóvenes muestra claramente la creencia en que el éxito está mucho más garantizado por el estatus, la influencia de la familia y los contactos que por el esfuerzo, el trabajo, los estudios o la inteligencia.

Los y las jóvenes europeos, y los españoles con más énfasis, se muestran muy cercanos a las ideas de lealtad, igualdad de trato y solidaridad, siempre desde el punto de vista del reconocimiento de la libertad, la creatividad personal y la experimentación, y muy especialmente del mantenimiento de las garantías de seguridad.

La enfatización de los comportamientos que expresan el desarrollo de la libertad individual y la laicidad aumenta entre las personas jóvenes en España, y descienden los que justifican la intromisión en la esfera personal [...]” (p. 310).

En definitiva, aunque ha habido una relativa mejora de los valores relacionados con la integración social y el interés por los aspectos comunitarios, sigue faltando una dimensión de interés por la mejora psicoespiritual de uno mismo, por el desarrollo personal, una dimensión de proyección hacia los demás y de proyección hacia la trascendencia. Sin embargo, este hecho, que puede dar lugar a auténticas formas incoherentes de vivir, no parece generar grandes conflictos en los jóvenes.

Elzo (2006) refería como, ya en el estudio de Jóvenes españoles de 1999, el 82% de los jóvenes españoles daban como respuesta al grado de satisfacción con su vida la de “mucho” o “bastante”. En otro lugar, estudiosos del fenómeno sociológico (Aguinaga et al., INJUVE 2004, p. 15) indicaban que

“Los jóvenes españoles no manifiestan grandes preocupaciones vitales, su grado de optimismo y felicidad ante la vida es alto. Se muestran más felices que sus mayores y con unos grados de felicidad por encima de la media europea, sólo superados por los jóvenes de los países escandinavos. Las causas de la felicidad de la juventud española se deben fundamentalmente a la armonía de sus relaciones interpersonales con amigos y familiares [...]”.

Sin embargo, el INJUVE 2012 (p. 310) nos apunta que aunque el nivel de satisfacción con la vida en general sigue siendo elevado entre nuestros jóvenes, se ha apreciado un descenso del mismo en todos los grupos poblacionales, especialmente entre los jóvenes. Aun así, tres de cada cuatro jóvenes dice sentirse muy o bastante satisfecho con su vida, por encima de lo que manifiestan las personas jóvenes del resto del entorno europeo. A pesar de ello, como hemos mencionado anteriormente, el valor satisfacción global lo sitúan en un 8.1, concediendo, además, a la relación con los padres y con los amigos un valor de 8.4 sobre 10 (FAD, 2014).

Por otro lado, en el mundo global de hoy en día, tendríamos que decir, con Arnett (Arnett, 2005), que los jóvenes están en transición no sólo entre la infancia y la edad adulta, sino en transición entre dos formas de vida. Ciertamente, “globalización” sea probablemente el término que mejor refleja las condiciones del mundo en estos primeros años del siglo XXI.

La globalización ha supuesto el auge del individualismo, la economía basada en el libre mercado, la democracia, e incluye libertad de elección, derechos individuales, apertura

al cambio y aceptación de las diferencias. De hecho, como el propio Arnett (2005, p. 23) indica, “los valores de la cultura global se definen, en parte, por lo que *no* son: no son dogmáticos, no son excluyentes, no eliminan personas o grupos que tengan un punto de vista o un modo diferente al de la mayoría”.

Necesitamos, pues, saber cómo situarnos ante esta realidad, y cómo ayudar a que los jóvenes puedan releerla para que no se vean absorbidos por ella.

En definitiva, del estudio FAD 2014 se desprendería una tipología de los jóvenes españoles en función de todos los valores que fueron analizados. Los resumimos más que brevemente:

- Tipo 1. *Conservadores por la integración* (22,1% de los jóvenes): Predominio de valores tradicionales, política y éticamente correctos, buscan entornos seguros que y donde se garanticen la ley y el orden. No son rupturistas ni parecen querer liderar cambios.
- Tipo 2. *Despreocupados por lo ajeno: instalados en el presente* (28,2%). Ni son ni pretenden ser especialmente conflictivos, no gustan de sobresaltos. Se conforman con lo que tienen y la despreocupación por lo de fuera parece servirles de concha protectora.
- Tipo 3. *Rebeldes con causa y un tanto confusos* (21%): Menos individualistas de lo que dicen ser, tienen una actitud crítica y buena formación que quisieran emplear en la configuración de otra realidad, aunque no se constituyen como colectivo que lidere ni motive el cambio.
- Tipo 4: *Incívicos despreocupados: los que sostienen el tópico* (14,4%): Pasivos, incívicos, faltos de total compromiso e incapaces de asumir responsabilidades.
- Tipo 5: *Conservadores altruistas: escasos recursos y religiosos* (8%): Católicos, de bajo nivel socioeconómico, de ética conservadora, orientados al servicio y a los demás, y políticamente escorados a la derecha.

Un 6,3% de los jóvenes que participaron en el estudio no se ubicaban en ninguno de estos perfiles, que dibujan una realidad heterogénea, donde, en general, puede apreciarse que los jóvenes se han hecho algo más ortodoxos, formalmente correctos, algo más proactivos frente a lo comunitario, más dispuestos a comprometerse.

¿Es éste, el contexto que hemos presentado, el ideal para el desarrollo personal del ser humano? Smith y colaboradores, una vez más, sugieren que los jóvenes necesitan una mayor formación cultural y ética, que, necesariamente pasa por una dedicación y atención reales a sus necesidades (Smith et al., 2011).

Ante la situación que nos dibuja nuestro análisis previo, cabe plantearse que, quizá, el gran reto que se nos presenta lo constituye la tarea de la individuación, entendida como la construcción del individuo como persona, la constitución de una identidad restaurada, en tanto que necesita recuperarse entre las dificultades que supone el contexto social y cultural del sujeto. Y, posiblemente, una primera exigencia en esta tarea de restauración de la identidad humana tiene que ver con la autonomía del individuo.

Bautista (2015) hace un optimista balance de la que él llama, como contraposición a la conocida *generación X* (Arnett, 2000a), la *generación Y*. La componen, según Bautista, los sujetos nacidos entre 1980 y 2000. Se trata de una generación de *alta definición* (en clara alusión a lo tecnológico), transracional (como ya hemos dicho más arriba), divergente, disruptiva, una generación “app”, cautivada por lo táctil, la multipantalla, lo mediático. Una generación ya no posmoderna, sino *poslibro*, se atreve a decir. Una generación que se caracteriza por el autoaprendizaje y por su ser social. Sin embargo, hay que ser capaz de organizar sus oportunidades y contextos para que puedan llegar a alcanzar su desarrollo óptimo.

En definitiva, y, recurriendo, con Cerezo y Gómez-Serrano (2006), a los mitos clásicos, tal y como en la modernidad se imponía el modelo de Prometeo, con la subordinación del sujeto a la racionalidad técnico-instrumental, pareciera que la posmodernidad ha hecho germinar un modelo del mito de Narciso: se ha originado un nuevo tipo de ser humano, que se dedica, de alguna manera, a la contemplación estética de su propia vida. Se trataría de un nuevo proceso de personalización en el que el protagonismo lo gana lo privado, y el valor supremo sería el individuo en sí, que tiene el derecho máximo tanto a

buscar y cultivar su autonomía como a buscar su autorrealización. Convendría aquí no confundir esta contemplación estética de la propia vida con el cultivo de la interioridad. Esta última supone una dimensión trascendente de la persona y la realidad misma (Melloni, 2013), que tiene que ver con el desarrollo sano de los individuos, con alcanzar su auténtica identidad, con el bienestar y la felicidad.

Nosotros consideramos que una buena metáfora de esta peculiar representación del mito narcisista es lo que González-Anleo (2015) ha dado en llamar *generación selfie*: un autorretrato como ejemplo de la máxima expresión del individuo centrado en sí mismo, trazando un círculo en el que incluye/excluye lo que es de su interés o no lo es, exponiendo lo que el autor llama su *extimidad*, es decir, su intimidad para el consumo exterior, efímero, breve, o, como diría Bauman (2007), líquido. De alguna manera, han evolucionado hacia una pérdida de pudor, hacia formas extremas de exhibicionismo de la intimidad. Y lo hace como respuesta a su necesidad de afrontar una serie de transiciones frustradas (emancipación, trabajo, vivienda), una evidente desconfianza en lo social e institucional, una cierta apatía y un proceso de secularización que le dificultan la búsqueda de un sentido último de sus vidas. Sus guaridas, sus refugios, sus zonas de confort, concluye González-Anleo (2015) las constituirían sus grupos primarios (familia y amigos), ocio, tecnología y consumo.

Ya hemos hablado del individualismo extremo de nuestra civilización. Pero si lo miramos con más atención, dicho individualismo es la expresión egocéntrica de una reivindicación. Es el grito de alguien que, en realidad, no se siente plenamente reconocido como individuo. Por la perversa lógica de la competencia y del presentismo, el inmediatismo, la falta de tolerancia a la frustración que hemos comentado, el individuo siempre se compara y se siente insatisfecho de sí mismo.

Es en este contexto donde el joven va avanzando hacia la adultez, en un proceso de transición a la vez individual y social, generándose un nuevo espacio evolutivo y de resolución de tareas de madurez e identidad que desarrollamos en el siguiente capítulo de nuestro trabajo.

CAPÍTULO 2

LA ADULTEZ EMERGENTE: UNA NUEVA FASE DEL CICLO VITAL

A lo largo de este capítulo analizamos el concepto de *adultez emergente* como una fase evolutiva nueva y distinta. Lo hacemos a la luz de la Psicología del Desarrollo del Ciclo Vital, que nos proporciona una perspectiva amplia del desarrollo humano, necesaria para su comprensión global.

2.1. Un marco teórico para el estudio del desarrollo humano: La Psicología del Desarrollo del Ciclo Vital

Es una realidad que en nuestra vida se producen cambios. Cambios a nivel fisiológico, corporal; en nuestra personalidad, nuestra forma de pensar; en nuestras emociones y en nuestra conducta; en nuestro modo de relacionarnos con los demás, y en el papel que desempeñamos en distintos momentos de nuestra existencia.

Estos cambios, lógicamente, no se producen en un momento puntual de nuestro desarrollo, sino a lo largo de toda nuestra vida, ni se producen en un entorno aséptico y aislado, sino inscritos en un contexto personal y social cambiante, y es necesario explicarlos.

Como ya hemos dicho anteriormente, desde la Psicología del Desarrollo se entiende actualmente que es necesario situarse en una perspectiva que abarque el estudio de la persona en todo su ciclo vital, desde el momento de su concepción hasta su muerte, como un proceso dialéctico, en el que el sujeto está continuamente sometido a

interacciones con su contexto. El desarrollo se entiende como un continuo cambio que persigue el equilibrio. El individuo crece y madura en la progresión de esa dialéctica que planteábamos entre sujeto y contexto, como también apunta Erikson en su Teoría del Desarrollo Psicosocial (1971, 1972).

La asunción del modelo del ciclo vital como marco teórico supone una forma concreta de entender el desarrollo humano. De forma más que esquemática, aunque siguiendo a Baltes et al. (Baltes et al., 1998, 1999; en Zacarés, 1999), éste deberíamos entenderlo:

- a. Como proceso que dura toda la vida y que abarca tanto aspectos continuos como discontinuos;
- b. como selección y optimización selectiva en capacidad adaptativa;
- c. como dinámica entre ganancias y pérdidas;
- d. bajo la influencia de múltiples factores contextuales;
- e. con cambios asociados a la edad en los niveles de plasticidad.

Vamos a procurar desarrollar estos y otros aspectos característicos de esta teoría a continuación.

La Psicología del Desarrollo del Ciclo Vital, en palabras de Paul B. Baltes (1987), implica el estudio de lo constante y el cambio en el comportamiento del ser humano a lo largo del transcurso de su vida, desde su concepción hasta su muerte (en lo que él denomina la ontogénesis), y no debe reducirse a una teoría unificadora.

Baltes propone y defiende una serie de proposiciones teóricas, relativas a determinados principios, como característicos de la Psicología del Desarrollo del Ciclo Vital, (Baltes, 1987). Las presentamos a continuación:

1. Continuidad y discontinuidad en el desarrollo a lo largo del ciclo vital

El desarrollo ontogenético es un proceso que dura toda la vida. Ninguna etapa tiene la supremacía a la hora de regular la naturaleza del desarrollo. Durante el mismo, y en todas las etapas, funcionan a la vez procesos continuos (acumulativos) y discontinuos (innovadores). El desarrollo se ve como un sistema de diversos patrones de cambio que pueden diferir en distintos

aspectos, entre ellos, el momento en que se producen, si suponen la aparición de un nuevo patrón de conducta o la desaparición de uno anterior o si son cambios considerados de tipo normativo. Del mismo modo podremos distinguir entre cambios entendidos como transformación y cambios entendidos como variación.

2. Multidireccionalidad y multidimensionalidad

Ambos conceptos están relacionados con la concepción del desarrollo como selección y optimización selectiva en capacidad adaptativa, puesto que los diferentes recursos biopsicosociales de los que dispone el sujeto se desarrollan y gestionan para conseguir niveles superiores de funcionamiento, hacer frente a los retos y resolver o regular las pérdidas sufridas. Podemos, por tanto, encontrar una considerable diversidad o pluralismo de recursos, incluso dentro de la misma dimensión de desarrollo. El sujeto, además, seleccionará sus recursos en función de la dirección que quiera darles, las metas y resultados que persiga.

3. Desarrollo como ganancia / pérdida

Estamos de acuerdo con Baltes en que el proceso de desarrollo no es un simple movimiento hacia una mayor eficacia, como un avance. Más bien, a lo largo de la vida, el desarrollo siempre consiste en la existencia conjunta de ganancias (avance) y pérdidas (retroceso) en la capacidad adaptativa del sujeto. Apariciones de nuevos recursos y desapariciones de otros previamente existentes necesariamente habrán de confluir en un balance que resulte positivo al sujeto.

4. Plasticidad (con cambios asociados a la edad)

En el desarrollo psicológico se observa gran plasticidad intraindividual (modificabilidad o maleabilidad intrapersonal). Según las condiciones de vida y experiencias de un individuo dado, su desarrollo puede adoptar muchas formas. Pero no sólo eso, sino que hace también referencia al potencial del sujeto para el cambio, para pasar de su nivel actual a otro nivel o formas de conducta. Aunque esta plasticidad no es absoluta, sino relativa, justifica

sobradamente la posibilidad de una intervención evolutiva en cualquier momento del desarrollo, en busca de una optimización del mismo, que permita adquirir, mejorar o mantener los recursos del sujeto que se entienden adecuados para conseguir las metas deseadas y, al mismo tiempo, evitar los resultados o conductas indeseados.

5. Condicionamiento histórico y contextualización como paradigma

El desarrollo ontogenético está también bajo la influencia de múltiples factores contextuales, es decir, puede cambiar sustancialmente según cuáles sean las condiciones socio-histórico-culturales del individuo, ya que está muy influenciado por ellas, y además, no tan sólo según tal cómo se den en un momento dado, sino que también se ve influenciado por cómo tales condiciones evolucionen en el tiempo. Desde esta visión, los contextos en los que los individuos se encuentran insertos crean oportunidades y limitaciones para las trayectorias evolutivas individuales.

6. Interdisciplinariedad del desarrollo

Dado que el desarrollo humano es multidimensional, hay que estudiar el desarrollo psicológico dentro del contexto interdisciplinar proporcionado por otras ciencias, como la antropología, la sociología, la biología. Esta apertura del ciclo vital a la perspectiva interdisciplinar supondría que un punto de vista psicologicista sería una representación parcial del desarrollo de la conducta desde la concepción a la muerte.

7. Influencias normativas y no normativas en el desarrollo

Cualquier caso particular de desarrollo puede entenderse como el resultado de la interacción dialéctica entre las influencias normativas relacionadas con la edad, las influencias normativas relacionadas con la historia de la sociedad en que el individuo está inserto, y las influencias de lo no normativo, que deja huella en la vida del sujeto, revelando la capacidad (o dificultad) del sujeto para poner en juego los recursos necesarios para afrontar dichos sucesos (Zacarés, 1999; Serra, 2013).

Como vemos, el planteamiento de Baltes parte de que el desarrollo es multidimensional e interdisciplinar, en cuanto que comprende todas las dimensiones básicas del ser humano, con una gran interdependencia entre todas ellas; es continuo a lo largo del ciclo vital; recibe influencias importantes tanto de la herencia como del ambiente; refleja tanto continuidad como discontinuidad, en función del aspecto del que se trate; es acumulativo y puede reflejar al mismo tiempo estabilidad y cambio. Se trata de un desarrollo de balances, variable, que puede ser incluso cíclico y repetitivo (por ejemplo, un individuo puede enfrentarse a una crisis de identidad significativa en varios momentos de su vida), y que refleja tanto diferencias individuales como culturales.

2.2. El concepto de “adultez emergente”

Desde la teoría psicosocial del desarrollo de Erikson, siempre se ha hablado de la “moratoria” concedida al adolescente, como un espacio de espera, una concesión a las dificultades que podrían estar encontrando a la hora de culminar las tareas de madurez propias de su etapa. Este autor argumentaba que podría ser psicosocialmente beneficioso que los individuos disfrutaran de un periodo de experimentación relativamente libre, para tener la oportunidad de explorar diversos aspectos de su identidad antes de asumir responsabilidades duraderas (Erikson, 1971, 1972). Creía, de hecho, que esta moratoria psicosocial constituye el territorio natural de la adolescencia.

Las tareas a resolver, según esta teoría, correspondientes a esta fase evolutiva son (1) la construcción de su identidad, como persona y como rol de género, (2) la toma de decisiones sobre sus principios y metas vitales –fundamentalmente en lo que respecta al desarrollo ocupacional y el estilo de vida- y (3) la autonomía, creando un estilo de vida propio, independiente, en gran medida, de los contextos en los que el sujeto se desenvuelve (Serra y Zacarés, 1991).

Cabría esperar, entonces, en principio, que una vez superado este espacio de prolongación, los jóvenes hubieran completado sus procesos madurativos, sociales y, desde luego, psicológicos. Sin embargo, ha quedado ampliamente demostrado que no es así (Arnett, 2000): la mayor parte de los individuos consultados al respecto a través de

cuestionarios responden que aún no se consideran adultos definitivamente, indicando que consideraban que habían alcanzado la adultez en algunos aspectos únicamente, pero no en otros, o bien que aún no se consideraban adultos. Viene en concederse que existen una serie de pasos intermedios muy característicos de sociedades occidentales e industrializadas. Conocemos ya el concepto de “moratoria”. Para que pueda existir, deben darse determinadas condiciones favorecedoras de la misma o bien que el contexto general la favorezca (Johnson et al., 2011). Para Arnett, la moratoria a estos jóvenes que ha podido dar lugar a la adultez emergente ha sido en parte posible debido al fenómeno de la globalización (Arnett, 2005), ya que la adultez emergente sólo es posible en sociedades cuyo desarrollo económico es suficientemente alto como para no necesitar de mano de obra joven. Pueden dedicar su tiempo a la moratoria porque no necesitan sacar adelante a sus familias, y tienen que permanecer más tiempo estudiando porque necesitan adaptarse a las nuevas demandas laborales del mercado, que ha pasado de demandar incorporación inmediata de mano de obra para un floreciente sector industrial a buscar expertos en información y tecnología en unas pocas décadas.

En otro orden de cosas, los jóvenes también necesitan una cierta seguridad emocional, no sólo económica, para poder disfrutar de este tiempo de moratoria. Las relaciones entre los jóvenes y sus familias han cambiado, como resultado de su más tardía emancipación y establecimiento de una familia propia, pero se desarrollan en condiciones de mayor igualdad. Como ejemplo, cabe mencionar el trabajo de Delgado, Oliva y Sánchez-Queija (2011), en el que los autores ponen de relieve que el hecho de que el individuo se encuentre en lo que podría denominarse un contexto de apego seguro le facilita un entorno adecuado que le permite realizar las exploraciones necesarias para llegar a la conformación de su identidad.

Las implicaciones en el estudio del desarrollo humano son múltiples. Vamos a tratar de explicar, pues, a continuación, algunos de los aspectos implicados en esta propuesta.

2.2.1. Un espacio evolutivo nuevo y distinto

Arnett (1998, 2000) define un espacio evolutivo de transición entre la adolescencia y la adultez, situado cronológicamente entre los 18 y los 25 años (aunque puede hacerse extensivo hasta los 30, y ésta será nuestra referencia cronológica).

Arnett denomina a este “nuevo” (en cuanto que distinto) periodo evolutivo “adultez emergente”, argumentando que no es la adolescencia, pero tampoco la adultez (ni siquiera la adultez temprana), y defiende que es teórica y empíricamente distinta de estos dos momentos evolutivos. Concretamente, ubica a los adultos emergentes habiendo abandonado la dependencia de la niñez y la adolescencia, y sin haber entrado aún en las responsabilidades normativas permanentes de la adultez.

Surge, inmediatamente, una primera cuestión: ¿qué podemos entender como transición? ¿Qué implicaciones tiene en el desarrollo de la persona?

El propio Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, en su primera acepción, nos dice, sobre transición:

1. f. Acción y efecto de pasar de un modo de ser o estar a otro distinto.

Queremos poner especial énfasis en la utilización del verbo ser, que marca identidad, y el de estar, que puede referirse no sólo a un estado, sino también a un comportamiento del sujeto en un contexto determinado. Sin embargo, especialmente relevante es la reflexión acerca del “pasar de un modo [...] a otro distinto”. Se refleja aquí claramente la idea de la continuidad y el cambio que nos sugería Baltes en su Teoría del Desarrollo del Ciclo Vital, especialmente la del cambio. Pero, a menos que los cambios sean bruscos, siempre comportan cierta continuidad con el modo o estado anterior.

En palabras de Zacarés (1999, p. 149), las transiciones son, ante todo “procesos acotados en el tiempo que constituyen elementos integrados en las trayectorias evolutivas individuales y que conllevan algún tipo de cambio que exige esfuerzo adaptativo en el sujeto”. Querría destacar, en esta definición, ciertos aspectos:

- Que se trata de un proceso **acotado en el tiempo**: en condiciones de desarrollo saludable, una transición no se perpetúa en el tiempo, aunque se trate de un proceso a largo plazo. Dentro de la teoría del Ciclo Vital, una transición nos lleva de un estadio evolutivo a otro. La transición no es el fin del desarrollo, sino, probablemente, su medio.

- Está integrada en una **trayectoria** evolutiva, un recorrido del sujeto, reflejando de nuevo la idea del cambio, el dinamismo, la transformación.
- La trayectoria evolutiva es **individual**: corresponde a un sujeto y sólo a él. Un sujeto concreto, con unas coordenadas sociobiográficas concretas, inserto en un contexto concreto. Podríamos estar haciendo referencia al contextualismo presentado por Baltes.
- Conllevan algún tipo de **cambio**, que puede adoptar distintas formas: el surgimiento de nuevas conductas antes no existentes, la supresión o disminución de otras que sí existían, la alteración o distorsión de algunos patrones de comportamientos o la reconfiguración de otros. De nuevo aparece la idea de la dialéctica entre el cambio y la continuidad.
- El cambio exige un **esfuerzo adaptativo** en el sujeto, entendiéndose que se trata de una adaptación al contexto y sus requerimientos.

Zacarés propone, además, una clasificación en niveles de distintos conceptos relacionados con la transición, desde los más amplios y generales en el nivel 1 hasta los más específicos, particulares y/o subjetivos en el nivel 4. Así, la ordenación quedaría de la siguiente forma, por niveles: (1) Ciclo Vital y Curso Vital; (2) Trayectorias Evolutivas; (3) Transiciones y (4) Sucesos, Eventos o Acontecimientos.

Serra (2013), en una presentación actualizada de estos conceptos transicionales, propone un primer nivel que incluiría el *Curso Vital*, como lo propio, individual y único del sujeto, y el *Ciclo Vital*, que incluiría los cambios que vive el ser humano desde el comienzo de su vida hasta su momento presente; un segundo nivel constituido por las *Trayectorias Evolutivas*, como “patrones de cambio estructurado a través del tiempo que podrían incorporar varias transiciones para un individuo concreto o grupo de individuos” (p. 104) y los *Períodos Transicionales*, que enmarcarían la transición en una etapa determinada del desarrollo. En un tercer nivel se incluirían las *Transiciones* y los *Puntos de Giro*. Las primeras hacen referencia a los procesos de cambio que se integran en las trayectorias evolutivas del nivel 2, suponiendo para el individuo un esfuerzo de adaptación. En palabras de Serra,

“[...] se considera que toda Transición implica: a) pérdidas y ganancias, b) una mayor menor reconfiguración de nuestra existencia diaria, c) una redefinición de nuestros roles, d) una reconceptualización de nuestra imagen, e) un replanteamiento de cómo reconducir nuestra propia vida y f) la incorporación de cambios desafiantes de pequeña y gran magnitud en nuestra vida” (p. 105)

Además, las considera *evolutivas* cuando son más o menos esperables o previsibles en el curso vital, o *circunstanciales* si son inesperadas y/o no normativas. Los *Puntos de Giro* de este tercer nivel, por su parte, suponen algún cambio o discontinuidad en la trayectoria evolutiva de un individuo, pudiendo ser provocados por factores internos o externos, y conllevando en el sujeto una actividad para recuperar la consonancia emocional y/o cognitiva en el curso de su vida.

Para Serra, en el nivel 4 se situarían los *Sucesos*, *Crisis* y *Microtransiciones*. Los *Sucesos* producen cambios en el curso vital de la mayor parte de los sujetos, pero no necesariamente por efecto de la edad cronológica y sin ser necesariamente normativos. Las *Crisis* aparecen cuando el sujeto se ve sobrepasado por alguna circunstancia y es incapaz de afrontarla y superarla, fracasando en el necesario proceso de adaptación al que antes aludíamos. En cuanto a las *Microtransiciones*, son acontecimientos significativos para la persona que los experimenta, aunque no tienen una repercusión relevante en su *Curso Vital*.

En la completa revisión que realiza, la autora incluye el *Trauma* como concepto transicional a considerar. Quedaría situado entre los niveles tercero y cuarto, ya que puede suponer un *Punto de Giro* en la trayectoria del sujeto y al mismo tiempo tiene la naturaleza de un suceso vital con gran impacto y mayor permanencia temporal en la vida de quien lo experimenta.

En definitiva, toda transición, sea cual sea su naturaleza, supone una cierta discontinuidad en las trayectorias de vida de cualquier sujeto, así como una reorganización cualitativa tanto de la vida interna como de la conducta externa, es decir, implicará un cambio significativo tanto en la mirada interna del individuo hacia sí (por ejemplo, la comprensión de uno mismo y de su cosmovisión) como en su proyección hacia los demás, lo que podría denominarse la mirada externa. Esta realidad nos remite

a dos conceptos relacionados también con la adultez emergente, como son la autofocalización y el recentramiento, que más adelante abordaremos.

Convenimos, entonces, en que nos encontramos en una etapa de transición. Analizándolo desde la teoría psicosocial de Erikson (1971, 1972), veremos que se trata de una transición que se produce entre la adolescencia y la adultez. Como tal, pues, tendría algunas características aún adolescentes, o al menos no adultas, que representarían la continuidad en la trayectoria evolutiva del sujeto, y características propias, o al menos similares, a las de la adultez, que, en este sentido, representarían el cambio o discontinuidad, por pertenecer a la etapa que podríamos denominar “de destino”. De forma gráfica podríamos expresar que “A veces *permanezco* adolescente, a veces *me convierto* en adulto”.

Y aparece, por supuesto, la segunda y definitiva cuestión: entonces, ¿qué es la adultez emergente, cuáles son sus rasgos propios y características distintivas?

Según Arnett (2005), el fenómeno de la globalización mundial ha dado lugar a un contexto particular para el desarrollo de los individuos. Por todas partes, pero sobre todo en los países industrializados y aquellos en vías de desarrollo, los jóvenes crecen en un entorno, un mundo, muy diferente a aquél en el que vivieron sus padres o abuelos, hace una generación, o dos. La transición a la adultez se ha hecho tan larga, que ha llegado a constituirse como una etapa en sí misma, sin dejar de anteceder a la adultez (Arnett, 2007a).

En su trabajo junto a Tanner (Tanner y Arnett, 2009), proponen, como en otros trabajos (Arnett, 1998, 2006), que la adultez emergente es una etapa históricamente arraigada y culturalmente construida, debido principalmente a tres factores: En primer lugar, el cambio que ya hemos mencionado anteriormente, de una economía básicamente industrial, que requería la incorporación inmediata de mano de obra joven, a una economía basada en tecnología y la información. Esta situación ha dado lugar a que sea necesario una más larga formación académica y, a su vez, permanecer más tiempo en la educación post-obligatoria ha retrasado algunos eventos estructurales que hasta ahora marcaban típicamente el acceso a la adultez: el matrimonio, el acceso al mundo profesional, tener un hijo. En segundo lugar, en lo anteriormente mencionado ha jugado

un papel crucial el rol desempeñado por la mujer en nuestra sociedad en las últimas décadas: también ella ha querido, lógicamente, intentar conseguir un mayor grado de educación, y acceder al mundo laboral en igualdad de condiciones que los hombres, lo cual ha influido igualmente en el retraso del matrimonio y el momento de tener hijos.

El propio Arnett aportaba, en una presentación para los alumnos consejeros de su universidad (la Clark University), en marzo de 2012, una serie de datos entonces actuales sobre la edad media del matrimonio tanto en países desarrollados como en vías de desarrollo, que vemos en la Tabla 2. Vemos cómo, en el dato correspondiente a España, el acceso a la nupcialidad se ha retrasado en apenas un trienio, de los 30 años que anota Arnett en el 2012 a los 33,71 para mujeres que hemos citado más arriba como dato actualizado del INE en 2015.

Tabla 2: Edad media de acceso al matrimonio en mujeres de países desarrollados y en vías de desarrollo (Arnett, 2012).

Países industrializados	Edad	Países en vías de desarrollo	Edad
Estados Unidos	26	Egipto	19
Suecia	32	Marruecos	20
Alemania	30	Ghana	19
Francia	29	Nigeria	17
España	30	India	20
Japón	28	Indonesia	19
Australia	28	Brasil	21

Por último, el aumento de la tolerancia, desde hace bastantes décadas, hacia la relaciones pre-matrimoniales ha permitido a los jóvenes de muchos países tener una vida sexual activa sin plantearse el matrimonio y fundar una familia.

Así, insisten Tanner y Arnett, en el último medio siglo los cambios relacionados con el periodo de edad comprendido entre el final de la segunda década de vida y a lo largo de toda la tercera (es decir, de los 18 hasta los 25 o 30 años, aproximadamente), han sido radicalmente definitivos en el surgimiento de una nueva realidad y un nuevo contexto que, lógicamente, y desde la perspectiva del marco teórico en el que nos movemos, ha generado una nueva forma de interactuar con el mundo, de dar respuesta a sus

demandas desde la realidad personal, y, por consiguiente, dada la necesidad de enfrentarse a nuevos retos, ha dado lugar a una nueva fase evolutiva: la adultez emergente.

Arnett (2004) propone cinco rasgos principales para esta nueva etapa: es la edad de las exploraciones de la identidad, la etapa de la inestabilidad, de la focalización en lo personal, la edad del “sí, pero no”, y el tiempo de las posibilidades. Presentamos cada uno de estos rasgos a continuación.

a) La adultez emergente es la edad de la exploraciones de la identidad, examinando varias posibilidades, especialmente en cuanto al amor, el trabajo y su cosmovisión del mundo.

Arnett (2007a) llama también a este rasgo “Persiguiendo el ideal”: es la etapa que ofrece las mayores oportunidades para la exploración de opciones *reales* de identidad en los ámbitos del amor, el trabajo y la visión del mundo. Es fundamental el carácter de “realidad” que, para los adultos emergentes, tienen estas opciones, pues es otra gran diferencia con respecto a los adolescentes, que pueden fabular o fantasear con distintas posibilidades de desarrollo de sus vidas, pero sólo los adultos emergentes están en situación de experimentarlas realmente.

Esta exploración permite a los adultos emergentes clarificar su identidad, es decir, aprender en realidad quiénes son ellos mismos y qué es lo que quieren de la vida, dado que hacen sus elecciones basándose en su propio juicio acerca de sus intereses y preferencias, valorando cómo cada una de esas opciones se ajustan a ellos (Arnett, 2001). Una circunstancia que favorece especialmente que puedan permitirse este tiempo de exploración es precisamente esa independencia que han ganado respecto a sus padres en comparación a cuando eran adolescentes, pero sin tener aún los compromisos estables y permanentes típicos de la vida adulta, como un trabajo a tiempo completo, haberse casado o tener hijos. Por eso podemos decir que en la adultez emergente se prolonga la moratoria típica de la edad adolescente.

En las “exploraciones” que un adulto emergente lleva a cabo en cuanto al amor, tienden a mantener un mayor nivel de compromiso e intimidad. Como afirma Meil (2004, p. 53), en la conclusiones de uno de sus estudios,

“A pesar de los profundos cambios que se están registrando en todas las dimensiones de la vida familiar, la formación de una pareja con vocación de futuro sigue estando presente en el horizonte vital de las nuevas generaciones de forma generalizada, aunque las representaciones sociales sobre los tránsitos a la vida en pareja se han pluralizado y el modelo tradicional de entrada directa a través del matrimonio ha perdido su hegemonía como modelo de referencia”.

La pregunta que subyace en cuanto a su identidad en estas experiencias es “¿qué tipo de persona soy y con qué tipo de persona quiero hacer mi proyecto definitivo de pareja?. Los adultos emergentes pueden ir aprendiendo acerca de cuáles son las cualidades y características que más aprecian en una persona que pudiera ser su pareja en un proyecto de vida común.

En cuanto al trabajo, así como es más típico de los adolescentes y de los primeros años de la adultez emergente ocupar trabajos para conseguir algo de dinero destinado a sus propios gastos, poco a poco el adulto emergente va buscando trabajos (prácticas –remuneradas o no-, trabajos a tiempo parcial, etc.) que le ayuden a iniciar su vida profesional y preparen el camino hacia un trabajo “adulto”. Es el momento de preguntarse acerca de la vocación y las habilidades desarrolladas, su grado de competencia y ajuste, su validez profesional, su nivel de satisfacción con el proyecto laboral que ha comenzado.

En cualquier caso, tanto en el amor como en el trabajo, las “exploraciones” que puede realizar un adulto emergente a menudo incluyen la experiencia del fracaso y la desilusión. Pero en ambos casos, pueden suponer experiencias iluminadoras para conocerse y comprenderse a uno mismo y llegar a establecer la identidad buscada.

Otro de los campos de exploración del adulto emergente es su interpretación y cosmovisión del mundo (Nelson y Barry, 2005). También en este aspecto reflejan su búsqueda de independencia con respecto a las creencias de sus

padres como algo bueno, necesario y absolutamente incontestable. Sus creencias son muy diversas, y, en ocasiones, muy eclécticas. En lo religioso, por ejemplo, existe una gran diversidad, en parte por la sociedad plural en la que estos adultos emergentes han crecido. Les suele interesar más la creencia en sí que la práctica de cualquier rito, y, en ocasiones, forman combinaciones únicas con creencias de varias tradiciones religiosas mezcladas con elementos de la cultura popular (Arnett y Jensen, 2002).

Tampoco cabe desconocer que, en este momento, algunas conductas de riesgo sufren una clara expansión. El hecho de que se atribuyan a una “conducta experimental” explicaría en parte que sus consecuencias se hubieran reducido. Por otra parte, el abandono de estas conductas de riesgo, directamente relacionado con la definitiva consecución del control de impulsos (Arnett, 1993), está claramente percibido como criterio importantísimo para ser considerado adulto.

Este rasgo de la adultez emergente puede fácilmente relacionarse con la multidireccionalidad y multidimensionalidad aludidas por Baltes como características del desarrollo humano. Las opciones son múltiples y variadas, y es en varias dimensiones de la vida en las que se producen. Por otra parte, elegir unas y renunciar a otras implica de nuevo la idea de ganancia y pérdida que hemos mencionado ya en varias ocasiones.

En definitiva, y siguiendo a Bautista (2015) en su reflexión sobre la *generación Y* que mencionábamos en el capítulo anterior, “su identidad está en saber qué tipo de persona son” (p. 53).

Cabe decir, en cualquier caso, que el adulto emergente se encuentra en el momento de clarificar su identidad, tarea que tradicionalmente se adjudicaba a los adolescentes (Arnett, 2007a). Quizá sea éste también un efecto de la asincronía que caracteriza esta etapa.

b. La etapa de la inestabilidad

Las cambiantes experiencias vividas por un adulto emergente en este momento de su vida lo convierten en un periodo vital excepcionalmente intenso, intensidad reflejada por Arnett (2007a) en su denominación de “el tiempo del estrés”, pero también excepcionalmente inestable. Su plan vital es constantemente revisado en función de sus experiencias. Con cada una de estas revisiones, pueden aprender algo de sí mismos y dar un paso más hacia el futuro que desean.

Podemos decir que en la etapa de la adultez emergente disminuye la ansiedad típica de la adolescencia, pero la inestabilidad la sustituye, convirtiéndose en una nueva fuente de disrupción, y, a veces, generadora de angustia.

Otro indicador de esta inestabilidad lo constituyen lo que llamaríamos las “transiciones yoyó”. Así las describe Pedro Simón (2005) en su artículo periodístico:

“Un día se van de casa y otro vuelven. Un día son despedidos de un trabajo temporal y otro consiguen uno nuevo. Buscan pareja y cambian hasta encontrarla... Son ciudadanos yoyó [...] con ese subir y bajar que da la inestabilidad. Para lo bueno y para lo malo, así es la cuarta parte de la población española”.

Patterson (2012) describe una de las más características transiciones yoyó, que viene en llamar “boomerangers”: son los adultos emergentes que vuelven a casa de sus padres después de haber vivido fuera de ella durante al menos 6 meses. Este efecto boomerang puede ser único o repetido en diversas ocasiones.

En general, la adultez emergente es un período vital que se vive con bastante bienestar y optimismo. Sin embargo, los cambios frecuentes que generan esta inestabilidad en ocasiones pueden vivirse de forma estresante y generar sentimientos de desajuste (Arnett, 2007a; Nelson y Barry, 2005).

c. La focalización en lo personal (“self-focused” o “self-focusing”)

Metafóricamente, creemos que el término *generación selfie* de González-Anleo (2015) representa muy plásticamente esta característica de los adultos emergentes. Están centrados en sí mismos y otras personas y cuestiones se mantienen (o más bien “son mantenidas”), *fuera de foco*. En palabras de este autor,

“el joven actual, a través del selfie, traza en torno a sí un círculo impenetrable que le separa del mundo que le rodea, deslindando su territorio privado y su propia experiencia de la colectividad. Un círculo en el que solamente pueden entrar, a lo sumo, las personas más cercanas [...]” (p. 9).

Al referirnos a la adultez emergente como una etapa focalizada en las cuestiones personales, es decir, en que el individuo está centrado en sí mismo, no lo hacemos peyorativamente. No hay nada preocupante en estar centrado sobre uno mismo durante esta etapa. Antes bien, es normal, saludable y temporal. Arnett se refiere a esta etapa como “la cúspide de la libertad”.

Durante la niñez y la adolescencia, un individuo siempre cuenta con sus padres, familiares y, a veces, sus iguales, para ayudarlo a buscar las respuestas y tomar las decisiones que necesita. Sin embargo, tomar decisiones por sí mismo, tanto en lo cotidiano como en lo más trascendente y ser autónomo en el establecimiento definitivo de su sistema de creencias y valores es un rasgo absolutamente característico de la adultez emergente. Por eso es necesario, a veces, adoptar esa perspectiva “egocéntrica”: concentrarse en sí mismo para poder dar respuesta a sus interrogantes en todos los ámbitos de la vida. Y pueden hacerlo ahora, dice Arnett (2011), que no tienen obligaciones diarias que atender, ni en lo relativo a responsabilidades familiares ni a las laborales. Están liberados de las demandas y obligaciones “regladas”, de manera que se abre ante ellos la mayor libertad de oportunidad para tomar decisiones teniéndose en cuenta sólo a sí mismos.

De esta manera, los adultos emergentes aprenden a desarrollar desde sencillas pautas para la vida diaria hasta un mayor nivel de comprensión y conocimiento

de ellos mismos, de lo que son, de lo que quieren de la vida, y empiezan a construir una base fundamental para sus vidas adultas. El objetivo es una bien entendida autonomía, no una destructiva autosuficiencia. Es un paso previo al establecimiento de relaciones de compromiso permanente con los otros (por ejemplo, en el amor o en el trabajo).

Aunque es cierto que las referencias útiles para la vida pasan a transformarse en referencia para la vida privada (Meulemann, 2003), sólo puede entenderse esta focalización, este “estar centrado sobre uno mismo”, como un punto de partida para una proyección hacia los demás (incluso hacia la trascendencia), como una piedra angular sobre la que construir lo que más arriba conceptualizábamos como una individualización “fuerte”.

Esta característica de la adultez emergente no debe ser confundida, como algunos critican (Twenge, 2006; Trzesniewski y Donnellan, 2010), en ningún caso, con egoísmo. Los adultos emergentes son mucho menos egocéntricos que los adolescentes, y los superan considerablemente en su capacidad de ser empáticos. Esta es una de las razones, por ejemplo, de que las relaciones de los adultos emergentes con sus padres sean mucho mejores de lo que suelen ser las de los adolescentes (Moore, 1987; Arnett, 2007b; Nelson, Padilla-Walker, Carroll, Maden y Badger, 2007).

En cualquier caso, la adultez emergente va a ser el momento en que mayor libertad va a tener el sujeto para decidir por sí mismo, mucho más de lo que lo ha hecho hasta ahora y de lo que lo hará en adelante, cómo quiere vivir.

d. La edad del “sí, pero no”: sentirse entre dos mundos

Curiosamente, este rasgo de la adultez emergente es el responsable del propio término en sí. Como ya hemos indicado anteriormente, normalmente, cuando se pregunta a un adulto emergente si considera que ha alcanzado la edad adulta, sus respuestas son a menudo ambiguas. Suelen contestar “sí en algunos aspectos, pero no en otros”. Como sería de esperar, la mayor parte de los sujetos adolescentes no creen haber alcanzado la edad adulta, del mismo modo

en que sí lo creen aquellos que alcanzan y/o superan la treintena. Sin embargo, la mayor parte de los jóvenes consultados que se encuentran en la veintena se perciben y ubican a sí mismos en algún lugar “entre la adolescencia y la adultez” (Arnett, 2000b). La respuesta mayoritaria, cuando se les pregunta si creen que han alcanzado la edad adulta es un “en algunos aspectos sí, en otros no” (Arnett, 2000a).

Es un fenómeno que se extiende no solamente a los estudios realizados en Estados Unidos, a través de diferentes clases sociales, regiones y grupos étnicos (Arnett, 2003; Arnett y Brody, 2008), sino también en estudios llevados a cabo en Canadá, Austria, Argentina, Israel, y diversos países de Europa (Galambos, Barker y Tilton-Weaver, 2003; Sirsch, Dreher, Mayr y Willinguer, 2009; Facio y Micocci, 2003; Mayseless y Scharf, 2003). Esto se debe, en parte, a que algunos de los criterios más importantes para los propios adultos emergentes para considerar que una persona ya es adulta son graduales (por ejemplo, el *aceptar la responsabilidad por las propias acciones*, o el *tomar decisiones por uno mismo*), no se alcanzan de forma completa de un día para otro. Por otro lado, los adultos emergentes pueden tener mayor control sobre las conductas que reflejen los criterios internos, más psicologizados (como pueden ser los anteriores, o bien *tener autocontrol sobre las emociones*), pero no tanto sobre los criterios basados en aspectos socioeconómicos o psicosociales (por ejemplo, *ser propietario de una casa, acceder a un trabajo a tiempo completo o independizarse de los padres*).

En otro orden de cosas, también hay evidencias de que los padres tratan de modo distinto a los hijos adolescentes, adultos emergentes o adultos (Nelson et al., 2007). Esto vendría a reforzar el sentimiento de encontrarse entre dos mundos, sin pertenecer a ninguno de ellos.

El llamado “feeling in-between” quizá sea el aspecto que mejor refleje la relación entre pérdidas y ganancias defendida por Baltes. Los adultos emergentes tal vez son conscientes de que avanzando en su desarrollo ganan en algunos aspectos, pero pierden en otros. El término que hemos usado en inglés, “feeling in-between”, que podríamos traducir por “sentirse entre dos aguas”

refleja perfectamente que la fase de la adultez emergente coincide con el momento en que los sujetos reconocen que no son ya adolescentes, pero sin llegar a ser aún adultos (Arnett, 2000, 2004, 2011).

Quizá podríamos decir, con Nelson y Barry (2005) que es el rasgo fundamental de la adultez emergente, una de las evidencias más convincentes acerca de la unicidad y distintividad este periodo del ciclo vital con respecto a otros: la ambivalencia que los propios adultos emergentes tienen con respecto a su estatus adulto.

e. El tiempo de las posibilidades

A pesar de lo dicho hasta ahora, sin duda, la adultez emergente es el tiempo, la edad de las posibilidades. El tiempo de los “sí mismos posibles” o “futuros deseados” (Markus y Nurius, 1986; en Gifre, Monreal y Esteban, 2011). Permanecen distintas posibilidades de cara al futuro. Normalmente, es una edad de grandes esperanzas y grandes expectativas, en parte, es cierto, porque todavía no han accedido al difícil mundo del adulto de forma definitiva, y conservan parte de los recursos externos (por ejemplo, el apoyo económico de sus padres) que les pueden brindar una solución en caso necesario.

Es cierto que las esperanzas son altas porque aún no se les han cerrado demasiadas puertas, y eso permite que sus sueños permanezcan prácticamente intactos. Sin embargo, hay que indicar que los sueños de los adultos emergentes son más realistas que los de los adolescentes. Raramente sueñan ya con ser una estrella de cine, o deportista de élite. Sus pies están en mayor medida sobre la tierra (Arnett, 2007c). De hecho, aunque las cosas se les pongan difíciles, no dejan de esperar que tarde o temprano podrán conseguir al menos algo parecido a lo que sueñan.

Además de estos rasgos, en el orden cognitivo, podemos decir que los adultos emergentes se caracterizan por un perfeccionamiento de sus capacidades para el pensamiento abstracto, es decir, el desarrollo del pensamiento postformal, lo cual derivaría en un perfeccionamiento del pensamiento reflexivo y crítico. Algunos autores han remarcado que este pensamiento postformal prácticamente adulto tiene lugar en un

sistema abierto en el que muchas de las variables intervinientes son de corte social, y por tanto los problemas que se plantean suponen para el sujeto un alto grado de ambigüedad o imprecisión, por ejemplo cuando tiene que tomar alguna decisión al respecto de un tema referido a la amistad, compañeros de trabajo o amigos (Arnett y Taber, 1994). Esto se explica porque el pensamiento de estos sujetos incluye no solamente la capacidad del razonamiento lógico, sino también elementos emocionales y de experiencia personal. Definitivamente, la adultez emergente se constituye en un momento determinante para comprender el desarrollo cognitivo adulto. Son muchos los autores que reconocen que la etapa de la adultez emergente marca el comienzo de una manera de pensar distinta. Van a ser capaces de afrontar una mayor contradicción y diversidad, así como asumir y manejar adecuadamente el rol que les corresponde en la gestión de su conocimiento (Labouvie-Vief, 2005).

En cuanto al desarrollo emocional, queda demostrado que en esta etapa se establece la autonomía emocional con respecto a los padres (Arnett, 2003; Aquilino, 2005). No se trata de una separación total, sino más bien de la construcción de una relación de intercambio mutuo y reciprocidad, en un trato de adulto a adulto. Dado que la mayor parte de nuestros adultos emergentes no han podido aún independizarse de sus padres, circunstancia que conlleva una nueva dimensión en el sistema relacional familiar, no siempre exenta de conflictos, esta nueva posibilidad de relación entre padres e hijos gana especial interés: es la nueva perspectiva que adoptan los adultos emergentes como hijos hacia sus padres: empiezan a verles “como personas”, y mantener con ellos una relación de igual a igual.

Por otra parte, es también el momento en que los adultos emergentes experimentarán diversas opciones con respecto a las relaciones de pareja, llegando finalmente a establecer la intimidad emocional y física propia de las relaciones estables. Las relaciones próximas (amistad y pareja) durante la adultez emergente, en los diferentes grados de intimidad requeridos, están dominadas por la exploración y la incertidumbre, hasta llegar a la resolución de la tarea evolutiva propia de esta fase (Collins y Manfred van Dulmen, 2006; Lefkowitz y Gillen, 2006).

Tanner y Arnett (2009) recogen los resultados de múltiples estudios que demuestran que hay aspectos cognitivos, emocionales y conductuales que diferencian a los adultos emergentes de los estadios anteriores y posteriores del desarrollo.

En concreto, con respecto a la adolescencia, podemos aportar algunos rasgos especialmente distintivos:

1. En los adultos emergentes, el foco de preparación para el logro del considerado estatus adulto es mucho más intensivo que en los adolescentes. Los adolescentes, sí, tienen como tarea de desarrollo típica de su etapa vital la consecución de su identidad. Pero los adultos emergentes persiguen una *identidad específicamente adulta*.
2. Del criterio anterior se deriva el siguiente: los adultos emergentes tienen una mayor conciencia de evaluación según criterios culturales o personales respecto a si se es o no “adulto”. Les preocupa e interesa cuáles sean esos criterios, y la autopercepción juega un papel fundamental en el establecimiento de su identidad.
3. Los adultos emergentes tienen una mayor independencia respecto a su familia, se viva o no bajo el mismo techo. Los adolescentes (a pesar de los posiblemente frecuentes enfrentamientos con sus padres) son dependientes de ellos a todos los niveles. Los adultos emergentes, aunque no se hayan independizado del hogar familiar, pueden ser incluso económicamente cuasi-independientes. Además, no necesitan en tan gran medida como los adolescentes la aquiescencia de sus padres para tomar decisiones o construir su sistema de valores y su cosmovisión.
4. Según los estudios realizados hasta el momento (Arnett, 1998, y réplicas de sus trabajos), la adultez emergente se da tan sólo en algunas culturas y sociedades occidentales industrializadas que posponen la entrada en la adultez, aunque está aumentando en los países en desarrollo.

En general, parece, pues, que puede definirse a esta etapa como un momento de transición hacia la adultez, siendo esta transición claramente percibida por los propios

sujetos implicados, y utilizando para definirla criterios intangibles, graduales, psicológicos e individuales, en vez de eventos, marcadores sociológicos habitualmente utilizados hasta ahora. (Arnett, 1997).

2.2.2. Tareas evolutivas en la adultez emergente

La teoría de la adultez emergente se sostiene, además de sobre los cambios socioculturales ya apuntados, en una serie de creencias de tipo cultural que, a su vez, están en la base del carácter prescriptivo de las que podrían considerarse como principales tareas evolutivas de esta etapa y que, además, subyacen a los patrones de pensamiento y comportamiento característicos de la misma. Según Arnett (2011), hablaríamos de la necesidad de hacerse autónomo, de expresar su propia individualidad (con ciertos matices que comentaremos), y disfrutar de las posibilidades que ofrece esta etapa. Todas ellas están en la base de lo que Arnett plantea como una de las tareas centrales de la adultez emergente: dirigirse gradualmente hacia el establecimiento de compromisos duraderos en el amor y el trabajo. Otras tareas evolutivas propias de la adultez emergente, derivadas de las anteriores, serán el llamado *recentramiento* y la búsqueda de sentido.

2.2.2.1. Conseguir la autonomía

En cuanto a la autonomía, podemos decir que los adultos emergentes se encuentran en el momento de independizarse de sus padres (no necesariamente en lo económico) y demostrar, tanto a los demás como a sí mismos, que pueden gestionar su vida de forma autónoma, que han aprendido a manejarse por sí mismos (Arnett, 1998).

Es solamente después de haber alcanzado esta meta, después de haber resuelto esta tarea evolutiva, cuando sienten que están preparados para adquirir compromisos definitivos tales como el matrimonio, la paternidad/maternidad y una trayectoria profesional estable.

Esta realidad descansa sobre otra que va más allá en la teoría de la adultez emergente: sobre los considerados criterios propios de la adultez, referidos todos ellos a la independencia y la autonomía. Éste ha sido contrastado en múltiples trabajos de diversos ámbitos geográficos y culturales como uno de los criterios de adultez más

relevantes. Por ejemplo, Arnett (2003) en EEUU; Facio y Micocci (2003) en Argentina; en Austria (Sirsch, Dreher, Mayr y Willinger, 2009), China (Nelson, Badger y Wu, 2004), Israel (Maysseless y Scharf, 2003), y muchos otros. Efectivamente, con una notable consistencia entre países y culturas, aparecen los criterios que componen el trípode esencial sobre el que descansa la teoría de la adultez emergente: para alcanzar la adultez, dicen los propios interesados, hay que aceptar la responsabilidad personal, tomar decisiones por uno mismo y ser económicamente independiente. Como podemos observar, todos ellos podrían ser considerados criterios de corte individualístico. Sin embargo, en algunos casos, el efecto cultural provoca que se dé también importancia a criterios de tipo colectivo. Resultados encontrados en los estudios mencionados realizados entre los estudiantes chinos, y asiático-americanos, por ejemplo, demuestran que estos adultos emergentes, además de reconocer como criterios propios de la adultez los que acabamos de mencionar, se refieren también de forma relevante a la capacidad de cuidar de los otros (por ejemplo, sostener económicamente a sus padres). Esta preocupación por los demás también aparece en los estudios realizados en Argentina, y, en otro sentido en Israel, donde los compromisos de corte cívico con el país son altamente reconocidos.

2.2.2.2. Expresar la propia individualidad

La adultez emergente es la fase del ciclo vital en el que la tarea central es la de acercarse de forma gradual a los compromisos permanentes que el sujeto va a mantener, al menos en teoría, durante el resto de su vida (Arnett, 2011).

Como hemos comentado en las características propias de la etapa, destaca la exploración tanto en el campo del amor como en el del trabajo.

Respecto a las relaciones de pareja, esta autofocalización característica de los adultos emergentes les conduce a buscar no solamente una pareja, sino lo que podríamos llamar un “alma gemela” (Arnett, 2011; Tanner y Arnett, 2011). Buscan a alguien que les complete y complemente de una manera plena, que encaje a la perfección con su manera de ver la vida. Ésta es precisamente una de las razones de que el matrimonio llegue más tarde, porque una alma gemela es esquiva y difícil de encontrar.

Con respecto al trabajo, podríamos decir que, junto a los cambios económicos y el creciente individualismo típico de esta etapa, el convencimiento del adulto emergente es que el trabajo tiene que ser atractivo, y permitirles explotar todas sus cualidades y aptitudes. Debe permitirles autorrealizarse. En algunas ocasiones, cuando las ofertas de trabajo abundan, pueden llegar a permitirse abandonar un puesto de trabajo por considerar que necesitan una opción laboral distinta, que cumpla sus expectativas de ajustarse a ellos a la perfección.

Sin embargo, es de justicia reconocer que, aunque sus expectativas son muy altas, no son tan irreales como solían ser en la adolescencia, como ya hemos dicho anteriormente, y en torno al final de la tercera década de vida, tanto en lo laboral como en el aspecto romántico, pasan a ajustarse en mayor medida a la realidad.

2.2.2.3. Las posibilidades de la etapa

“Días de gloria” (Arnett, 2011, p. 271). Así llama el autor, lúdicamente, a esta creencia que subyace al desarrollo de los adultos emergentes.

Durante esta etapa de su ciclo vital, el sujeto es perfectamente consciente de que va a poder vivir y experimentar cosas que nunca hasta ahora ha podido experimentar y que nunca va a poder volver a vivir: disfrutar de la amistad y del tiempo libre como le plazca, viajar (aunque sea con presupuestos muy reducidos), e incluso experimentar con algunas conductas entendidas como de riesgo (por ejemplo, el consumo de determinadas sustancias).

Saben que una vez alcancen los compromisos definitivos característicos de la vida adulta no van a tener la posibilidad de tener estas vivencias. Por eso, a veces, incluso planean para “después”, “más adelante”, los entendidos durante tanto tiempo como ritos de paso a la edad adulta: el acceso a un trabajo formal, el matrimonio, el tener hijos.

En este punto entendemos que es interesante retomar la idea de la dialéctica entre ganancias y pérdidas de Baltes (1987). Pareciera que los adultos emergentes quisieran disfrutar especialmente de estos “días de gloria” porque, en este momento de su vida les supone una ganancia con respecto a la pérdida de los mismos que les supondrá el acceso “definitivo” a la vida adulta. Sin embargo, no podemos descartar la reversibilidad de

esta idea: también son sin duda conscientes de los que ganarán accediendo al estatus adulto. En definitiva, este momento del desarrollo se vive con una cierta ambivalencia (Arnett, 2011).

2.2.2.4. El recentramiento como tarea evolutiva

El trabajo de Arnett (Arnett, 1993, 1998, 2000) y todos los de su propuesta derivados, presentan un retrato de la adultez emergente como una nueva etapa del ciclo vital. Tanner (2006) viene a complementar la teoría de Arnett, argumentando que no se trata tan sólo de una nueva etapa del ciclo vital, sino de un momento crítico en el desarrollo del ser humano.

Según esta autora, desde una perspectiva de la Teoría Psicosocial del Ciclo Vital, lo que ella viene a llamar “recentering”, y que podríamos traducir como “recentramiento” es lo que constituye la principal tarea evolutiva del adulto emergente (Tanner, 2006; Tanner y Arnett, 2009). Fiel a los principios del marco teórico en el que se sustenta, Tanner sostiene que el concepto de “recentramiento” asume la interdependencia (vista en Baltes, 1987, como principio de desarrollo) y considera al sujeto unido indisolublemente a su contexto. La unidad de análisis, pues, sería el cambio considerado a través del tiempo. Desde nuestro punto de vista, podría decirse que el sujeto, centrado en unas coordenadas sociobiográficas concretas en su adolescencia, y disfrutando de las ganancias que esta posición le proporciona, es desplazado, por los continuos cambios, a otra situación, que le *des-centra* y pasa a suponerle pérdidas. La tarea evolutiva consistiría en recuperar ese *centramiento*, el equilibrio y de nuevo las ganancias que suponen la consecución de la siguiente etapa, de ahí el concepto de *re-centramiento*, y su utilización para tratar de expresar gráficamente este complejo proceso. En definitiva, se trataría de un recorrido en el ciclo vital, a modo de desplazamiento a través de las distintas fases.

El recentramiento, como tarea evolutiva, se desarrollaría en tres fases (Tanner, 2006; Tanner y Arnett, 2009), a saber:

1. Transición de los adolescentes a la adultez emergente propiamente dicha. Las relaciones y roles del sujeto, si antes les identificaban como dependientes, receptores de orientación, apoyo y recursos, sufre un cambio en su dinámica

hacia relaciones en las que el poder es compartido, la ayuda es mutua y la responsabilidad del apoyo y el cuidado hacia el otro gana reciprocidad.

2. El sujeto se involucra en las experiencias de desarrollo propias de la adultez emergente. Las responsabilidades con los roles adultos y relaciones personales son connaturalmente temporales en esta fase. Los sujetos exploran, como hemos visto, toda una serie de posibilidades para saber cuáles son sus opciones, y cuáles se adaptan mejor a su realidad, sus cualidades y sus intereses, y lo hacen, sobre todo, como hemos dicho anteriormente, en el amor y el trabajo.
3. En esta tercera fase, tras la de exploración, el adulto emergente alcanza una serie de compromisos duraderos y responsabilidades más propias de la adultez, ya definidos.

Algunos estudios longitudinales apoyan esta teoría. Hay evidencia de que la adultez emergente adolece de linealidad, presentando momentos de progresión junto a otros de regresión en su avance hacia la adultez (Cohen et al. 2003). Se refuerza así la idea de la alternancia entre cambio y discontinuidad en el desarrollo ontogenético según la Teoría del Ciclo Vital.

Por otro lado, y siguiendo de nuevo a Tanner (2006), esta tarea permite trabajar en la optimización del desarrollo del sujeto. Ciertamente, los adultos emergentes avanzan hacia el recentramiento identificando, seleccionando y priorizando sus recursos de cara a una meta personal, tanto en lo referente a lo académico como a la amistad, al amor, y a su propia conducta, en un ejercicio de lo que podríamos denominar “competencia identitaria”, entendiendo la competencia, en general, como la selección, movilización y gestión sincronizada de conocimientos, cualidades, capacidades y actitudes que, de forma interrelacionada permiten al individuo una intervención reflexiva, creativa, eficaz y adaptada a las distintas situaciones, complejas o novedosas, que se le presentan en el transcurso de su existencia, tanto en el ámbito personal como en el social (González et al., 2011).

2.2.2.5. La búsqueda de sentido

Ya hemos comentado más arriba cómo Arnett (2004, 2007a) propone que una de las características de la adultez emergente como etapa evolutiva es la de la exploración de las diferentes posibilidades en dominios específicos como el amor y el trabajo que contribuyan a la constitución de su identidad de adultos, pero también, no lo olvidemos, la búsqueda de un modelo de cosmovisión que se ajuste a sus convicciones, valores y creencias. En esta cosmovisión será necesario que el adulto emergente incluya algo en lo que poder fundamentar su vida, dotarla de una razón para vivir, para luchar, para amar, para sufrir, e, incluso, para morir (Ávila, 2013).

Filósofos y teólogos han abordado a lo largo de la historia la cuestión de la búsqueda de sentido de la vida. Las grandes cuestiones como ‘¿Hay algo más?’, o, en particular ‘¿Tiene mi vida sentido? ¿Cuál?’ han recibido respuestas diversas por parte de diferentes culturas, religiones y tradiciones.

También desde el ámbito psicológico se están haciendo esfuerzos para integrar los conceptos más existenciales a la teoría y la práctica de nuestra disciplina. Uno de nuestros autores de referencia en el campo de la espiritualidad y la trascendencia, Piedmont (2012), sostiene que las respuestas que el sujeto da a estas cuestiones existenciales pueden enmarcarse en tres categorías principales: (1) las relativas a su contexto inmediato, (2) las que le ayudan a dar una explicación de su vida como parte de una generación o cohorte, y (3) la perspectiva de la vida como parte de un camino trascendente del ser, que lo implica y vincula con los demás, en el aquí y ahora, pero también para siempre, a pesar de la muerte (entendemos, p.e., el recuerdo y respeto hacia los fallecidos). Según este autor, cuanto más amplio sea el espectro de experiencias en que el individuo trata de encontrar sentido a su vida, más posibilidades tiene de experimentar estabilidad, resiliencia y satisfacción personal (Piedmont, 2012, p. 106).

Pero, ¿qué se entiende por ‘sentido’? Ávila (2013) concluye una revisión de posibles significados de este término diciéndonos que

“En definitiva, las distintas acepciones de la palabra ‘sentido’ nos aportan un carácter complementario según el cual el sentido de la vida es algo que hace referencia a lo sentido y experimentado, que señala la dirección que tiene la vida de la persona y cómo esta se representa su futuro, la meta hacia la que se dirigen sus pasos; y es precisamente esta meta y el discurrir de los pasos lo que le permiten descubrir su sentido de la vida, entendido este como coherencia interna y como un valor que merece la pena ser buscado, vivido y defendido” (p. 135).

En palabras de Bernabé (2012), “La percepción de sentido vital presupone la capacidad de valorar los aspectos de la existencia, tanto los positivos como los negativos (p. e., la conciencia de la propia muerte, el sufrimiento en su sentido más amplio), e integrarlos en la propia vida, dándoles un significado existencial” (p.109). Nosotros creemos también que la necesidad y capacidad de dar un sentido a la vida son inherentes al ser humano.

Efectivamente, el sujeto humano es esencial, genuina e incondicionalmente, un ‘ser abierto al mundo’, y son tres las palabras que determinan su núcleo personal y manifiestan una personalidad sana y madura: responsabilidad, libertad y sentido (Frankl, 1979). Y cada individuo necesita no solamente hacerse la pregunta sobre el sentido de la vida en general, porque es difícil definirlo en términos abstractos, sino ir encontrando respuestas concretas a la pregunta sobre el sentido ‘de *su* propia vida’. Frankl propone que existen una serie experiencias que pueden constituir fuentes para dotar de sentido a nuestras vidas. En esencia, el trabajo (o creación), el amor y el sufrimiento, este último no por su valor en sí, sino por las actitudes que podemos desplegar frente al mismo. Observamos, en los dos primeros (trabajo y amor) la coincidencia con los campos específicos de exploración propuestos por Arnett que hemos mencionado más arriba.

Pero, por otra parte, además de lo que podríamos llamar el ‘sentido cotidiano’ de la vida, el ser humano necesita encontrar el sentido profundo de la existencia. En términos de Frankl, es una fe existencial, que fortalece al ser humano y hace que, en el fondo, nada carezca de sentido. De aquí se desprende inevitablemente, una concepción activa y creativa de la vida, impregnada de un sentido de trascendencia.

Por su parte, Dezutter, Waterman, Schwartz, Luyckx, Beyers, Meca et al. (2013)

encontraron evidencias de que adultos emergentes con perfil de alto reconocimiento de un sentido en sus vidas presentaban un funcionamiento psicosocial más adaptativo que aquellos que referían mayor ausencia de sentido. Aparece una vez más este concepto como algo necesario para el desarrollo completo del individuo.

2.2.3 Adultez emergente como estadio propio de la teoría psicosocial de Erikson: la aportación de Patterson

Erikson (1971, 1972) desarrolló una teoría del desarrollo humano más amplia que las existentes hasta ese momento, que abarca todo el ciclo vital, una teoría del desarrollo psicosocial que trazaba el proceso del desarrollo humano a lo largo de toda la vida. Para él, el desarrollo de la identidad es el producto de las interacciones entre la persona y su contexto, y propuso que la personalidad se desarrolla, a lo largo del ciclo vital, gracias a esas interacciones entre impulsos e instintos internos y demandas culturales y sociales. El concepto clave de esta teoría es que el sentido de la identidad va emergiendo de forma progresiva, siguiendo una progresión gradual, en un plan básico y preprogramado. Propone, además, que el desarrollo saludable en cada una de las fases tiene como punto de partida la adecuada resolución del precedente.

Erikson dividió el desarrollo humano en ocho etapas, afirmando que en cada una el individuo tenía una tarea psicosocial que resolver, una crisis o dilema. Enfrentarse a cada tarea genera un conflicto emocional entre dos fuerzas opuestas, que puede resolverse positiva o negativamente. Si es de modo positivo, surge una fuerza del Yo emergente, la personalidad del sujeto adquiere una cualidad positiva y el desarrollo progresa. De lo contrario, se incorpora una cualidad negativa al yo, que resulta vulnerado, y el desarrollo no sigue un curso constructivo. En realidad, para Erikson, la resolución óptima es la que combina los dos tipos de cualidades del Yo, con dominio del polo positivo. Así, un equilibrio saludable entre ambas generará un desarrollo positivo pero también, por ejemplo, la capacidad de afrontar y gestionar adecuadamente las situaciones y emociones negativas propias de esa fase.

Tabla 3: Visión general de la Teoría del desarrollo psicosocial de Erikson (1971, 1972).

Etapa	Crisis Psicosocial	Fuerza emergente del Yo
Infancia (0 a 1 año)	Confianza frente a desconfianza	Esperanza
Niñez temprana (1 a 2 años)	Autonomía frente a vergüenza y duda	Voluntad
Preescolar (3-5 años)	Iniciativa frente a culpa	Propósito
Edad escolar (6 a 11 años)	Industria frente a inferioridad	Competencia
Adolescencia (12 a 19 años)	Identidad frente a confusión de roles	Fidelidad
Jóvenes adultos (los 20 y los 30)	Intimidad frente a aislamiento	Amor
Adultez media (los 40 y los 50)	Generatividad frente a estancamiento	Cuidado
Vejez (de 60 en adelante)	Integridad frente a desesperación	Sabiduría

Existe, además, una tarea global, que es la de conseguir una identidad positiva a medida que vamos pasando de una fase a la siguiente, identidad que nos permitirá tener una vida significativa y productiva. De hecho, no podríamos hablar de resolución óptima de un estadio sin presuponer la resolución positiva de los que le han precedido.

Como ya hemos dicho más arriba, Erikson propone la idea de una “moratoria”, una “adolescencia prolongada”, refiriéndose al tiempo entre la adolescencia y la adultez joven, estadios consecutivos en su teoría. Describía esta etapa como un momento de experiencias contradictorias que recuerdan a lo que Arnett describe en su teoría de la adultez emergente.

Sin embargo, Erikson centró su teoría más bien en describir lo que ocurría antes de ese “espacio de nadie” (la adolescencia) y lo que ocurría después (la joven adultez) que en lo que ocurría *durante* esa moratoria (Patterson, 2012).

Arnett (2000, 2004) fue quien vino a centrarse en el aquí y ahora de los jóvenes que estaban viviendo esta experiencia y enfatizó la importancia de la etapa como nueva fase del ciclo vital, distinta y propia, a la que denominó adultez emergente.

Tratar de reconciliar las teorías de Erikson y Arnett nos lleva a plantear una pregunta clave ineludible, que Patterson (2012) se atreve a realizar: ¿cuál es la crisis psicosocial propia de la adultez emergente? Su trabajo es el único, a día de hoy, que trata de testar

las características de la etapa de la adultez emergente utilizando los criterios de la teoría psicosocial del desarrollo propuesta por Erikson.

De forma más que resumida, adelantaremos la respuesta de esta autora: los adultos emergentes afrontan las posibilidades y límites de sus vidas enfrentándose a la crisis denominada por ella “*incarnation versus impudence*”.

Patterson, en su trabajo, aporta la definición del término “incarnation” proporcionada por el Oxford English Dictionary, que podríamos traducir como “el proceso de expresar una idea u otro concepto abstracto de una forma concreta o definida”. En efecto, cuando un adulto emergente alcanza la “incarnation”, está expresando su idea de lo que supone crecer y madurar, y entonces reconciliar esta a menudo elevada expectativa con la propia realidad personal. En nuestro propio Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, el término “encarnación”, en su tercer acepción nos dice: “personificación, representación o símbolo de una idea, doctrina, etc.”. Quizá podríamos utilizar el término “personificación”, para expresar algo que toma forma concreta en una realidad concreta, y evitar el efecto extraño del uso del término “encarnación”, que en nuestro idioma tiene una connotación religiosa quizá demasiado evidente para este efecto.

Nos proporciona también la autora la definición de “impudence”, como “falta de vergüenza, decencia y modestia”. En castellano contamos con el término “impudencia”, que según la RAE corresponde a “descaro, desvergüenza”, o que podríamos traducir también por “insolencia, osadía”. De momento, mientras se profundiza, en esta ocasión optaremos por los términos “personificación frente a insolencia”, a mejor criterio del lector.

Según esta autora, los adultos emergentes tan pronto tienen que asumir la responsabilidad de afrontar problemas propios de adultos y hacer planes concretos y realistas para el futuro, como se encuentran a sí mismos desconcertados actuando como chiquillos, como adultos inmaduros, en realidad, con sueños irreales y de grandiosidad, y totalmente incapaces de actuar para asumir retos de propósitos reales (Patterson; 2012; Johnson et al., 2010).

La propuesta de Patterson es que para resolver con éxito la crisis de la adultez emergente, los jóvenes deben aceptar las obligaciones del mundo “real”, comprender que los propios actos tienen reales y a veces serias consecuencias, empezar a plantearse metas tangibles y realistas, y demostrar que se esfuerzan por conseguir esas metas, dejando de lado los sueños poco realistas. Si los adultos emergentes resultan incapaces de alcanzar la personificación, se encontrarán en un estado de insolencia, con sueños totalmente fantasiosos y con una imagen omnipotente de sí mismos, pero sin ninguna estrategia concreta para hacer realidad sus grandes sueños (Patterson, 2012). Simplemente, pueden esperar que las cosas funcionen por sí mismas, sin poner ningún interés en cómo las elecciones que hagan en cada momento pueden tener un impacto real no solamente en sus vidas, sino también en la de los que los rodean.

En términos generales, podemos decir que en esta fase de su desarrollo, el hecho de enfrentarse a la realidad de sus vidas les permite aprender a aceptar y asumir lo que tienen, quiénes son, y un futuro posible. Así, cuando están preparados para afrontar la adultez de forma constructiva, puede decirse que han alcanzado la personificación, que, en términos eriksonianos constituiría el elemento sintónico de la crisis, o resultado positivo, mientras que la insolencia sería el elemento distónico o resultado negativo. Este resultado, efecto de la abrumadora carga que pueden haber sentido los adultos emergentes en su recorrido hacia la meta de la personificación, puede hacer que se les vea como presuntuosos, exigentes, atrevidos e incluso irrespetuosos. Algunos de estos sujetos podrían llegar a mirar más adelante hacia sus “días de gloria” de la adultez emergente llenos de bravuconerías y actitud despreocupada.

Siguiendo con la teoría de Erikson, debería haber también una fuerza del yo emergente resultante de la resolución positiva de la crisis de esta etapa. Patterson la propone también: sería la de “*interdependencia y autonomía*”. Habla de interdependencia, y no independencia, porque supone –creemos que acertadamente- que la independencia puede definirse por tomar decisiones por uno mismo, mientras que la interdependencia implica tomar decisiones por uno mismo pero considerando las necesidades de los demás. En este sentido, el adulto emergente resolvería su tarea evolutiva adoptando no solamente criterios individualísticos, sino también colectivos. Es aquí importante el papel de los padres, quienes no abandonan, quizá por la propia necesidad de resolver su

crisis de generatividad frente a estancamiento, una parcial responsabilidad sobre sus hijos adultos emergentes, quienes vuelven a ellos en busca de ayuda no sólo financiera, sino también emocional.

Y, enfrentadas a esta fuerza del yo emergente, se encuentran la dependencia y la desesperanza. Erikson sugiere que la frustración y la desilusión en una etapa del desarrollo puede conducir a una regresión o retroceso a estadios anteriores (Stevens, 2008; en Patterson, 2012). Así, cuando un adulto emergente no consigue experimentar con la independencia, puede volver a comportamientos adolescentes, que pueden incluir permitir o solicitar a los padres que continúen con su rol protector de entonces.

Según esta autora, la crisis se resolverá, como en todas las desarrolladas en la teoría de Erikson, como consecuencia de la interacción del individuo con su contexto, a través de distintas experiencias, como la psicosexualidad (en este caso la experimentación sexual), las relaciones con los otros, las fortalezas (interdependencia y autonomía, como hemos visto) y debilidades (dependencia y desesperanza), la percepción del orden social y la cosmovisión.

Pese a aceptar la teoría de Arnett como punto de partida, Patterson apunta que una de las lagunas de la misma es que no conceptualiza la adultez emergente como una fase del ciclo vital que progrese hacia la siguiente, sino simplemente, que la antecede. Así, en la línea de la teoría de Erikson, critica que la fase de la adultez emergente adolecería de un sentido madurativo.

En este sentido, entiende que, durante esta fase, las cosas “les pasan” a los adultos emergentes, pero no “son conseguidas” por ellos. Es como si Patterson argumentara que la teoría de la adultez emergente carece, en realidad, de una tarea evolutiva propia. Su trabajo, sin embargo, está dedicado precisamente a definirla, y define con claridad que los adultos emergentes son sujetos activos de su propio desarrollo.

En conclusión, además de otras hipótesis de su trabajo que no han sido analizadas aquí, el estudio de Patterson concluye que la adultez emergente puede ser considerada como una etapa efectivamente única y distintiva de la teoría psicosocial de Erikson.

CAPÍTULO 3

CRÍTICAS A LA TEORÍA DE ARNETT SOBRE LA ADULTEZ EMERGENTE

El éxito y la rápida propagación de la teoría de la adultez emergente de Jeffrey Arnett desde que presentó por primera vez el esbozo general de la misma (Arnett, 2000), y después su desarrollo completo (Arnett, 2004), sorprendió al propio autor. En sus propias palabras (Arnett, 2007c, p. 68) –con traducción elaborada por nosotros mismos–,

“La rápida propagación del término y de la idea me ha sorprendido porque normalmente cualquier nueva idea teórica encuentra una resistencia inicial por parte de los defensores del paradigma reinante. Quizá la aceptación de la adultez emergente ha sido tan rápida porque realmente no existía paradigma reinante”.

Ello no quiere decir, sin embargo, que desde entonces, no haya recibido diversas críticas. Intentaremos a continuación presentar algunas de ellas, en combinación con las correspondientes réplicas de Arnett.

3.1. Bynner y la falta de consideración de factores estructurales

John Bynner reconoce a la teoría de la adultez emergente el mérito de prestar atención al impacto que factores psicológicos e individuales, las transformaciones tecnológicas - y, por ende, económicas- y el fenómeno de la globalización comentadas por Arnett (Bynner, 2005; Arnett, 2006) pueden tener en la vida de los jóvenes. Sin embargo,

considera que no reconoce suficientemente el efecto que pueden tener otros factores (Bynner, 2005).

Según este autor, el proceso de individualización del sujeto, en el que dice que está basada la teoría de Arnett, está también limitado por fuerzas procedentes de lo social, lo cultural y lo normativo por naturaleza, por ejemplo, el género, la raza, la nacionalidad y el lugar de residencia (elementos distales, en términos de Bronfenbrenner) o también los elementos que podrían denominarse proximales, como las interacciones cotidianas en el ámbito familiar, de ocio o laboral. Insiste, Bynner, en que es necesario reconocer la influencia que aún tienen lo que él llama las “rutas tradicionales hacia la adultez”, que, desde su punto de vista, siguen mucho más vigentes de lo que Arnett propone.

Arnett (2006) replica a Bynner sobre todo en dos sentidos. En primer lugar, critica que su estudio adolece de actualización, pues la muestra utilizada por Bynner dista más de dos décadas de las utilizadas en los últimos trabajos de Arnett, e insiste en que no pueden obviarse todos los cambios acontecidos durante ese período de tiempo.

Por otra parte, Arnett utiliza un trabajo de Douglas (Douglas et. al, 2005; en Arnett, 2006a) para recordar a Bynner que, efectivamente, en toda Europa se da una gran diversidad, pero los jóvenes disfrutan y desean disfrutar, en términos generales, de esa moratoria concedida entre la adolescencia y el momento de asumir los roles adultos que se espera de ellos. Los adultos emergentes europeos, insiste Arnett, no difieren de los que él ha descrito en sus estudios referidos a adultos emergentes norteamericanos (Arnett, 1998, 2000, 2004).

En otro orden de cosas, otro de los temores que Bynner pone de manifiesto es que el establecimiento de la fase de adultez emergente haga que se describa a todo el mundo de forma homogénea, sin prestar atención a aquellos aspectos estructurales que hemos comentado o a las diferencias individuales que los distinguen. Arnett, por su parte, pone siempre énfasis, en todos sus trabajos desde el origen de su teoría, en que la heterogeneidad es precisamente uno de los aspectos que más caracteriza a los adultos emergentes (Arnett, 1998, 2000, 2004, 2006a, 2007a, 2007b, 2007c, 2007d, 2011).

Para terminar, diremos que Bynner reflexiona acerca de que muchos otros autores han comentado y observado los cambios sociales acontecidos en las últimas décadas, y que quizá no era necesario acuñar un nuevo término para reflejarlo. Arnett, por su parte, continúa defendiendo la oportunidad del nuevo término, “adultez emergente”, porque, frente a otras utilizadas hasta el momento (adolescencia tardía, post-adolescencia, adultez joven), refleja una nueva realidad: el salto temporal existente entre el acceso a la maduración biológica de los individuos y su acceso real al mundo adulto (Arnett, 2004, 2006).

3.2. ¿Sufridores, egoístas y vagos?

Algunos autores han basado sus críticas a la teoría de la adultez emergente de Jeffrey Arnett en la percepción negativa que dicen se refleja de la que llaman la “Generation Me”. Ya hemos presentado más arriba la teoría de la *Generación Selfie*, de González-Anleo (2015). Unos plantean que si los adultos emergentes son más seguros de sí mismos, más asertivos y tienen mayores expectativas, por qué, entonces, se sienten más desgraciados que nunca (Twenge, 2006). Otros, defienden que, aunque los jóvenes de hoy en día no son tan diferentes de los de hace 30 años en cuanto a aspectos como autoestima, satisfacción con su vida, soledad o comportamiento antisocial, si la percepción que se tiene de ellos es negativa no puede más que deberse a que haya en ello un fundamento real (Trzesniewski y Donnellan, 2010). Y otros bien hacen una apuesta sorprendentemente optimista (Bautista, 2015) o les acusan de convertir su intimidad en *extimidad* a veces exhibida en exceso (González-Anleo, 2015).

Como el propio Arnett replica (Arnett, 2007c), los adultos emergentes sufren, por parte de algunos autores, la misma estigmatización que en su día sufrieron los adolescentes, considerados durante mucho tiempo como desgraciados, hiperemocionales y en constante guerra con sus padres y con el mundo entero.

Reconoce Arnett que existen numerosos mitos acerca de cómo son en realidad los adultos emergentes, acerca de su nivel de bienestar, su supuesto egoísmo y su también

supuesta falta de voluntad de crecer. Uno a uno, Arnett trata de romper estos mitos (Arnett, 2007c).

En primer lugar, se encarga de argumentar que, a pesar de la popularidad y aceptación alcanzada por el término “la crisis del primer cuarto de vida”, acuñada por Robbins y Wilner (2001), los adultos emergentes no son desgraciados, ni ansiosos, ni se sienten intimidados por la falta de perspectivas, ni abatidos. Las posibles contradicciones en las que viven los adultos emergentes responden, simplemente, al aplazamiento, de la crisis de identidad que hasta hace poco se adjudicaba a los adolescentes, crisis que ahora tiene lugar más adelante, en la llamada moratoria. A los retos que se les plantean en cuanto a su identidad, los adultos emergentes responden sin temor, pero haciendo un camino gradual para construir sólidamente las bases de su vida adulta. Quizá esto pueda provocar un cierto grado de ansiedad, pero no un paralizante miedo (Arnett, 2007c). Ante la acusación de Twenge de un mayor grado de tristeza, Arnett argumenta que en general nos encontramos en un momento global en el que la incidencia de la depresión es mayor, pero no que los adultos emergentes la padezcan más por el hecho de encontrarse en esta fase de su ciclo vital. Al contrario, la evidencia demuestra que los adultos emergentes tienen un aceptable aumento de bienestar general (Schulenberg y Zarrett, 2006).

En cuanto al egoísmo, se acusa a los adultos emergentes de esperar lo más posible para asumir responsabilidades que incluyan a otros, y que toman sus decisiones centrándose en sí mismos, Se les acusa de ser auto-indulgentes, materialistas y poco preocupados por el mundo a su alrededor. Ya hemos dicho más arriba, al explicar las características de la adultez emergente, que no se puede confundir el estar focalizado sobre uno mismo con ser egoísta. De hecho, hay evidencia de que son considerablemente menos egocéntricos y más empáticos que los adolescentes (Arnett, 2004; Labouvie-Vief, 2006). Es más, entre sus criterios para considerar que se ha alcanzado la adultez plenamente puede encontrarse estar menos orientado hacia uno mismo y tener más presentes a los demás (Arnett, 2003).

Se les acusa, también, de ser vagos, de alargar voluntariamente su permanencia en esta etapa para no tener que hacerse cargo de las responsabilidades propias de los adultos, convirtiéndose así en una suerte de “Peter Pan” modernos. Bolinches (2010) describe

acertadamente los signos de inmadurez que pueden aparecer y propone un posible método para abordar este problema en adultos emergentes que ya lo manifiesten. En realidad, como ya hemos analizado, los cambios en el escenario económico y social atrasan inevitablemente la asunción de roles adultos. Aunque no niega que los adultos emergentes tengan sentimientos de ambivalencia sobre el hecho de abandonar su estatus, Arnett plantea que se deba posiblemente a que intuyen las pérdidas y no saborean aún las ganancias de dar ese paso en su desarrollo (Arnett, 2006b).

3.3. Hendry y Kloep versus Arnett: ¿el emperador o el elefante?

Hendry y Kloep (2007a, 2007b, 2011) y Kloep y Hendry (2011a, 2011b) hacen, en sus trabajos, prácticamente una enmienda a la totalidad a la teoría de la adultez emergente de Arnett como una nueva fase del ciclo vital. En sus propias palabras (Hendry y Kloep, 2007a, p. 76),

“la teoría de la adultez emergente es una mera descripción que se limita a cierta cohorte de edad en ciertas sociedades y en determinados momentos históricos con unas condiciones socioeconómicas determinadas”.

Una de sus principales razones para no estar de acuerdo con el modelo es que, desde su punto de vista, se trata de una teoría descriptiva, no explicativa, del comportamiento de los adultos emergentes, y eso no permite avanzar en el conocimiento ni la comprensión del desarrollo humano. Reconocen que Arnett utiliza una serie de variables estructurales, en sus trabajos (género, clase social, grupo étnico, por ejemplo), que pueden describir, pero no explicar ni predecir esta realidad. Según estos autores, los marcadores utilizados y las experiencias no normativas aludidas en la teoría de la adultez emergentes son causas, no consecuencias, de haber alcanzado la adultez. Están de acuerdo con Bynner (2005) en que el término adultez emergente no puede reflejar una fase universal, sino que depende en todo caso del contexto cultural en el que los jóvenes se desarrollan y las instituciones sociales con las que se encuentran.

Del mismo modo, critican que el tiempo de moratoria concedido a los adultos emergentes, es más, la moratoria en sí, sea algo positivo. Dependerá, en gran medida, del grupo social al que pertenezca el sujeto y de cómo use esa moratoria. Entienden que es algo que puede suponer nuevas oportunidades para algunos individuos, pero que muchos otros pueden quedar excluidos, según sea su clase social, su grupo étnico, su género, salud o su educación. Esta es su segunda gran crítica: la adultez emergente adolece de universalidad (Hendry y Kloep, 2007a, 2011). Además, Hendry y Kloep dudan de si los adultos emergentes, en su tiempo de moratoria, exploraciones, autofocalización, acceso tardío a los roles adultos y demás características definidas, no suponen para el grupo social en el que están insertos una carga añadida, sin poder determinar qué beneficios aportan.

Curiosamente, Arnett, en su réplica (Arnett, 2007d), analiza detenidamente cuáles son los puntos de acuerdo con estos autores. Están de acuerdo en que los cambios significativos de la sociedad existen e influyen en los adultos emergentes. Están de acuerdo también en la existencia de trayectorias personales diversas en función de las características y la realidad de cada sujeto. Y, del mismo modo lo están en asumir un elevado grado de diversidad tanto intra como intersociocultural. En términos generales, según el propio Arnett, cree que Hendry y Kloep y él están describiendo diferentes aspectos de una misma realidad (Arnett, 2007d, p. 80).

Arnett defiende que la fase correspondiente a la adultez emergente responde al principio de plasticidad de Baltes. Es decir, puede estudiarse el desarrollo como lineal en un dominio específico, pero también como no lineal y reversible, de modo que nos sirva para explicar el desarrollo en términos de periodos globales, no solo de aspectos concretos o momentos puntuales.

En cuanto a la crítica relativa a la universalidad, la respuesta nos la da el propio Arnett (Arnett, 2007d, p. 81):

“¿Es la adultez emergente un periodo de vida restringido a ciertas culturas y a ciertos momentos (históricos)? La respuesta a estas cuestiones parece ser afirmativa [...] La adultez emergente no es, pues, un periodo universal, sino una fase que existe solo en las culturas que posponen el acceso a los roles adultos y a las responsabilidades (formales) hasta bien pasado el final de la segunda década de vida”.

Arnett, desde el inicio de su teoría, ha reconocido que es una teoría con base cultural. Sus primeras aportaciones (1993, 1997, 1998) reflejaban ya la insistencia en que la adultez emergente era una realidad observada en las sociedades característicamente occidentales, en países industrializados, aunque hoy en día se ha hecho evidente también en países en vías de desarrollo que están accediendo rápidamente a la economía global, al menos en parte de su población:

“De China a Sudáfrica, de India a Chile, está teniendo lugar el mismo patrón en las vidas de los jóvenes: educación más larga, matrimonios más tardíos, y más tardío también el acceso a la paternidad. Estos son los indicadores del aumento del periodo de la adultez emergente.

Actualmente, en los países en desarrollo, la adultez emergente está siendo experimentada por una minoría de su población, principalmente la clase media urbana, pero tal como sus economías sigan desarrollándose, es esperable que la adultez emergente se incremente y devenga una fase normativa, tal como en los países industrializados” (Arnett, 2007d, p. 81).

En una contrarréplica de Hendry y Kloep (2007b), éstos vuelven a reconocer la utilidad de inventar un término que responda a una realidad, pero insisten en que eso no quiere decir que equivalga a una teoría explicativa y predictiva, que pudiera generalizarse y ser resistente a tendencias y modas en la investigación y el entorno académico, reiterando su crítica acerca de que el trabajo de Arnett es meramente descriptivo. Del mismo modo, reconocen el mérito de Arnett de haberse dedicado a estudiar un momento evolutivo prácticamente inexplorado y hacer notar, en sus trabajos, el papel que ha jugado la práctica desaparición de los considerados cambios normativos en el desarrollo del ciclo vital, y el terreno ganado por los cambios no normativos. Pero eso, al mismo tiempo, conlleva una enorme variabilidad intra e interindividual que Hendry y Kloep ven como una evidencia más de que es necesario centrarse no en el momento de acceso, sino en los procesos y mecanismos de cambio que se producen.

Otra de las críticas de estos autores es que la característica de “in-between”, sentirse entre dos mundos, otorgada a esta fase del ciclo vital podría considerarse igualmente válida para cualquier otro momento del desarrollo a lo largo de la vida, y no tiene porqué ser considerada específica de la adultez emergente. Por último, estos autores

ponen en tela de juicio el hecho de que la existencia de la adultez emergente sea un beneficio para la sociedad.

A pesar del intercambio de críticas y réplicas, Hendry, Kloep y Arnett comparten un acuerdo final no carente de importancia, en la medida en que acerca las posturas de unos y otro y abre la posibilidad de un trabajo conjunto: con las aportaciones de ambas perspectivas se puede perseguir una tarea común, que es la de trabajar adecuadamente en la intervención con los sujetos para ayudarles a conseguir un buen ajuste, un balance positivo, entre los recursos que tienen disponibles y los retos que se les plantean.

Arnett cierra esta controversia acerca de su teoría acogiéndose a la idea inicial que planteábamos en el inicio de nuestro trabajo: tiene los rasgos típicos de una buena teoría; ha generado investigación, ideas y críticas que han permitido avanzar, y siguen haciéndolo en medida más que significativa, en la ciencia y el conocimiento (Arnett, 2007d).

3.4. El *peligroso mito* de la adultez emergente, según James E. Côté.

Si en el principio de nuestro trabajo aludíamos a la mitología para explicar la realidad de los jóvenes actuales, utilizando las figuras de Prometeo y Narciso, nos encontramos ahora con la crítica más amplia e intensa a la teoría de Arnett haciendo uso también de la mitología: James Côté tilda a la *adultez emergente* de ser en sí misma un *peligroso mito* para la teoría del desarrollo, y trata de rebatir la propuesta de Arnett en términos de evidencia y metodología (Côté, 2014).

En efecto, desde el principio de su artículo, Côté tacha a la teoría de la adultez emergente de insustancial y sin fundamento. Según él, la adultez emergente ha sido un concepto que ha venido a cubrir una necesidad explicativa teórica, pero que carece de evidencia científica suficiente que lo sostenga (de ahí su consideración de *mito*), y que puede suponer una amenaza (de ahí su consideración de *peligro*), tanto epistemológicamente, para la ciencia psicológica en su concepción del desarrollo

humano como a los propios sujetos considerados “adultos emergentes”. La creación del concepto, dice, ha llevado incluso a generar el interés de los medios de comunicación y a desarrollar políticas específicas para ellos (Henig, 2010; Gaudet, 2007) que, según Côté, a medio y largo plazo, dificultarán que estos jóvenes accedan, emocional y estructural o psicosocialmente al estatus adulto que les corresponde, dadas las dificultades socioeconómicas actuales, y, por ende, contribuirá a minar significativamente el bienestar de muchos jóvenes adultos de esta generación e incluso de las generaciones venideras (Côté, 2014., p. 177-178), llegando a darse como natural que los jóvenes tengan dificultades de acceso al mundo del trabajo e independencia económica.

A nivel conceptual, Côté argumenta que lo que empezó usándose como un término con sentido neutro, como mera descripción de un periodo transicional, haya acabado nominando una etapa distinta del desarrollo del ciclo vital, cuando, según su criterio, hubiera sido suficiente utilizar el término de “adulto joven” (p. 178).

La crítica que este sociólogo hace a Arnett no se queda en el aspecto conceptual, si no que afecta también al aspecto metodológico de su trabajo. En un principio, pudiera parecer que Côté no apreciara el uso de la metodología cualitativa narrativa, pero no es así. En realidad, acepta sin problemas el uso de la metodología que él llama “metanarrativa”, pero acusa a Arnett de presentar unas narrativas (las que se ajustan a las cinco características básicas de los adultos emergentes) y no otras (íbid., p. 179). Por otra parte, acusa a Arnett de utilizar, cuando le interesa, marcadores psicosociales, y cuando no, la metanarrativa de los sujetos.

Otra de las acusaciones de James Côté a la teoría de la adultez emergente es la de la universalidad. Sin embargo, consideramos que esta es una de las menos agresivas, puesto que Arnett alude, una y otra vez, a la circunscripción del fenómeno de la adultez emergente a países desarrollados de cultura occidental, si bien es cierto que viene observando su propagación en otros países que compartan si no todas, al menos sí algunas de sus características (Arnett, 1993, 1997, 1998, 2000, 2007d). Como podrá verse más adelante en este trabajo, multitud de estudios transculturales están tratando de cubrir las posibles lagunas de la teoría de Arnett en este aspecto, aunque siempre queda un camino abierto a la investigación en este sentido.

Según Côté, hubiera sido necesaria una revisión de la teoría de Arnett, que no se ha llevado aún a cabo. Cree que hubiera sido más razonable admitir desde un principio que solo un subconjunto de los jóvenes se ajustan a sus metanarrativas. Es cierto, para él, con Erikson (1980), que las sociedades ofrecen, según lo requieren sus individuos, un periodo intermedio más o menos admitido entre la infancia y la adultez, una moratoria institucionalizada, durante la cual está programado que se complete un patrón definitivo de ‘identidad personal’. En esta moratoria es donde Arnett encuentra el germen de su teoría de la adultez emergente. Sin embargo, para Côté (2006), sería necesario actualizar también el concepto de “moratoria”, dado que antes, aunque aceptada por la sociedad, era voluntaria, según la necesidades de formación de identidad del sujeto, mientras que hoy en día es prácticamente obligatoria, dadas las dificultades de acceso a determinados aspectos psicosociales propios de la adultez, sobre todo en los relacionado con lo económico y la autonomía del individuo respecto a su familia de origen.

Abundando en los criterios metodológicos, Côté se refiere también a la validación estadística del trabajo de Arnett, reconociéndola solo como parcial, y objetándole que se basara en autopercepciones de los sujetos. Desde nuestro punto de vista, muy difícilmente podríamos trabajar el tema de la “identidad adulta” y el peso de los factores internos y psicológicos en la misma si prescindiésemos del uso de los autoinformes, lo cual no obsta para aceptar la importancia de que instrumentos y constructos sean convenientemente validados. A este respecto, quisiéramos aportar humildemente el dato de que, nosotros, en un trabajo previo (Torres, 2012), nos planteábamos que era esperable que entre los jóvenes españoles se repitiera el patrón de la adultez emergente propuesto por Arnett, aunque sería necesario estar atentos a los matices diferenciales que los diferentes contextos culturales aportan a la definición psicosocial de la adultez, y encontrábamos apoyo estadístico significativo para nuestra hipótesis.

Finalmente, antes de proceder a la presentación de algunas alternativas a las metanarrativas propuestas por Arnett, Côté concluye su crítica alegando importantes déficits de consideración de variables estructurales, demográficas y sociológicas, haciendo especial énfasis en la clase social (p. 181), en un recuerdo de la crítica de Bynner (2005) que comentábamos más arriba.

Las alternativas que Côté presenta a la teoría de la adultez emergente de Jeffrey Arnett son, por una parte, las de Osgood, Ruth, Eccles, Jacobs y Barber (2005) y la de Schoon y Schulenberg (2013), más centradas en marcadores psicosociales, y que comentaremos más adelante, y, por otro, la formulación ya presentada anteriormente de Hendry y Kloep (2010) y la de Silva (2012). Dado que ya hemos hecho una revisión de la propuesta de Hendry y Kloep, en el capítulo 5 de esta tesis, dedicado a los perfiles de estatus adulto, nos detendremos en la de Silva (2012), centrada en jóvenes de clase trabajadora, otra de los aspectos de los que, según Côté, adolece la teoría de Arnett.

Aunque en este momento Côté no da a la teoría de Arnett sino la categoría de “borrador” (Côté, 2014, p. 183), cabe recordar que él mismo aceptó el uso del término *adultez emergente*, si bien nunca llegó a pensar que iría más allá de su acepción neutral y puramente descriptiva, sin alcanzar una connotación que nos hiciera hablar de “desarrollo” y mucho menos de “etapa”. Para él, en realidad, la *adultez emergente* sería a la adultez lo que la moratoria a la consecución de la identidad en la adolescencia.

3.5. Conclusión provisional sobre el debate en torno a la adultez emergente

Sin duda, la transición de la adolescencia a la adultez gana hoy en día una naturaleza compleja y ambivalente, debido a la necesidad de responder a los cambios sociales, demográficos, económicos y culturales globales que vienen produciéndose desde la segunda mitad del siglo XX.

En concreto, la teoría de la adultez emergente como fase específica del desarrollo humano dentro del Ciclo Vital, y de la que puede darse razón siguiendo todos sus elementos explicativos, es, a pesar de las críticas que ha ido recibiendo desde que surgió, una teoría sólida y consolidada, que se ha ido extendiendo y generalizando. Y que acepta desde el inicio sus condicionamientos culturales, que están en la propia raíz del desarrollo humano.

Ciertamente, no está exenta de problemas. El núcleo del conflicto lo constituye el hecho de que, como hemos visto, autores de referencia en el campo de la identidad, como Côté, acepten utilizar el término *adultez emergente* para referirse a una mera fase en el ciclo vital caracterizada por determinados marcadores sociodemográficos, por oposición a la formulación de Arnett, quien, basándose en sus sucesivos estudios, le otorga a esta etapa el rango de estadio evolutivo de pleno derecho con características propias.

Así las cosas, y dada tanto nuestra propia investigación con adultos emergentes, como la repercusión que esta teoría ha tenido en la reformulación de las fases evolutivas dentro de la Psicología del Desarrollo del Ciclo Vital, nosotros quedamos posicionados a favor de la teoría de Arnett, con la intención de seguir profundizando en el estudio de la adultez emergente y descubrir sus posibilidades y, tal vez, sus límites.

Asimismo, nos apoyamos en el hecho de que, a pesar de la diversidad intra e intercultural de la adultez emergente, las características que la definen presentan una más que considerable consistencia en multitud de estudios realizados. Lo mismo ocurre con las tareas evolutivas propias de esta etapa.

La característica definitoria de la adultez emergente por excelencia es el llamado “feeling in-between”, “sentirse entre dos mundos”, que refleja perfectamente la indefinición de los sujetos adultos emergentes en cuanto a su identidad en ese momento evolutivo. Al mismo tiempo, se vincula especialmente a la dialéctica entre pérdidas y ganancias que Baltes propone en su Teoría del Desarrollo del Ciclo Vital, que da fundamento teórico a esta etapa, mientras nos deriva a analizar los criterios que llevan a definir la etapa de la adultez, y a analizar en profundidad el proceso de autopercepción, criterio interno y psicológico fundamental para que los sujetos se consideren ya adultos.

CAPÍTULO 4

CRITERIOS PARA LA ADULTEZ

En este punto de nuestro trabajo vamos a tratar de dar respuesta a una serie de interrogantes. Si nos encontramos ante un periodo, la adultez emergente, cuyo culmen es la consecución de la etapa adulta, ¿qué es, entonces, lo que determinará que ya se ha alcanzado este objetivo? ¿Cuáles serían los criterios que definirían el momento evolutivo de la adultez?

Definidos los criterios, surge una cuestión no menos relevante: ¿son los mismos para todos los contextos culturales? Aportamos datos procedentes de estudios de muy diversos países que pueden ayudarnos a dilucidar la cuestión de la universalidad de la adultez emergente y de los criterios para la adultez.

Y, por otro lado, ¿de qué depende que un sujeto considere que ya es adulto? ¿Cuál es el papel que juega el proceso de la autopercepción en el logro de esta identidad, y cómo se vincula al concepto de madurez?

4.1. Criterios de adultez

Siguiendo a Zacarés (1999) no podemos, hoy día, plantear un criterio único para determinar el acceso a la edad adulta, sino que se impone adoptar una perspectiva en la que la entrada a la adultez se considere progresiva y multifacética. Así, aunque tradicionalmente, y en muchas culturas, el acceso a la edad adulta ha venido determinado atendiendo básicamente a criterios psicosociales que incluían las

transiciones evolutivas y circunstanciales propias del adulto (véase, por ejemplo, la significatividad del matrimonio como marcador último de la llegada a la adultez en diversos tiempos y culturas, o la importancia del acceso al mundo laboral), cabe considerar como criterios determinadores del inicio de la adultez:

- Los *criterios biológicos*, referidos a la finalización definitiva de los cambios físicos;
- los *criterios cronológico-legales*, por ejemplo, la mayoría de edad legal a los 18 años en nuestro país, y que supone, por ejemplo, que a partir de entonces estamos facultados para tomar una serie de decisiones que hasta entonces se nos vetaban;
- los *criterios socioeconómicos*, que recorren el largo camino hacia la plena independencia económica, incluyendo la posibilidad definitiva de no residir en el hogar de los padres,
- los mencionados -e indiscutiblemente importantes- *criterios psicosociales*, que incluirían los sucesos típicos del final de la escolarización formal, el acceso al mundo laboral de forma estable, casarse, convertirse en padre/madre, etc.; y, por supuesto (y quizá aquí se marque una diferencia significativa en el planteamiento de los nuevos estudios al respecto del acceso a la edad adulta),
- los *criterios psicológicos*, referidos al proceso hacia la madurez psicológica y el esfuerzo por el logro de una identidad personal. Los procesos incluidos en este último bloque son los que hacen referencia a la consecución de la *autonomía* tanto emocional como de conducta y de valores (o ideológica), la *intimidad*, la *responsabilidad*, la *madurez cognitiva* y la experiencia subjetiva de “*sentirse adulto*”.

Estos cinco tipos de criterios quedan reflejados en la clasificación propuesta por Arnett, elaborada a partir de sus múltiples estudios empíricos y del cuestionario que utilizó en ellas. Así, en muchos de sus trabajos previos (Arnett, 1994, 1997, 1998, 2001) propone una serie de criterios para la adultez, acerca de los que consulta a los participantes en sus investigaciones. Estos criterios son agrupados en 6 categorías:

1. Independencia:

- Ser económicamente independiente
- No vivir en casa de los padres
- No estar emocionalmente atado a los padres
- Decidir sobre las propias creencias y valores independientemente de los padres u otras influencias
- Aceptar la responsabilidad por las consecuencias de sus actos
- Establecer con los padres una relación equitativa entre adultos

2. Interdependencia:

- Comprometerse en una relación de pareja estable
- Establecer compromisos a largo plazo
- Aprender a tener siempre buen autocontrol sobre las propias emociones
- Volverse menos orientado hacia sí mismo, desarrollar una mayor consideración hacia los demás.

3. Transiciones de rol:

- Haber terminado los estudios
- Casarse
- Tener por lo menos un hijo
- Establecerse en una carrera profesional duradera
- Comprar una casa
- Tener trabajo a tiempo completo

4. Conformidad con las normas:

- Evitar emborracharse
- Evitar las drogas ilegales
- No tener más de una pareja sexual
- Conducir de forma segura y ajustándose a los límites de velocidad
- Evitar usar palabrotas y lenguaje vulgar
- Si se es sexualmente activo, utilizar métodos anticonceptivos e intentar no concebir un hijo
- Evitar conducir en estado de embriaguez
- Evitar cometer pequeños delitos, como hurtos en tiendas y vandalismo

5. Transiciones biológico-cronológicas:

- Haber alcanzado la altura esperada
- Si es mujer, alcanzar la madurez biológica para dar a luz
- Si es hombre, alcanzar la madurez biológica para engendrar un hijo

- Haber tenido relaciones sexuales
 - Sacarse el carné de conducir
 - Alcanzar los 18 años
 - Alcanzar los 21 años
6. Capacidades familiares (distinguiendo, en cada uno de los criterios, si es hombre o mujer)
- Ser capaz de mantener económicamente una familia
 - Ser capaz de cuidar niños
 - Ser capaz de llevar una casa
 - Ser capaz de proteger a la propia familia

Se trata de una estructura de criterios que, necesariamente, sufre cambios más o menos moderados según el contexto social y/o cultural en el que se aplica el cuestionario, como podrá apreciarse en la Tabla 4, cambios que afectan especialmente a los criterios relativos a la conformidad con las normas y, especialmente, a las capacidades familiares.

De otra parte, es cierto que en las generaciones previas y en las culturas tradicionales, la entrada en la adultez se indicaba a partir de sucesos tales como el matrimonio, la finalización del período formativo y la paternidad (Schlegel, 1998). El matrimonio ha sido, y todavía continúa siendo, el marcador definitivo de transición a la adultez en las culturas tradicionales y lo que define el logro de estatus adulto para ambos sexos. En estas culturas, tras el matrimonio se considera que una persona ha alcanzado el nivel de competencias necesarias para poder asumir responsabilidades adultas, especialmente las que implican obligaciones hacia los demás como el engendrar, proteger y criar a la propia descendencia.

Sin embargo, la investigación reciente revela que la mayoría de los adultos emergentes no consideran ya el matrimonio y otros sucesos y transiciones (acabar la escuela, conseguir un trabajo estable o la paternidad) como marcadores importantes de la condición adulta (Arnett, 2003; Badger, Nelson y Barry, 2006). De hecho los sujetos que podrían ser considerados “adultos emergentes” asumen en mayor medida una serie de criterios individuales internos que tienen que ver con lo que Arnett (1998) denomina

“*cualidades de carácter*”, y que afectan, una vez más, al proceso de búsqueda de identidad y vinculan el estatus adulto con lo psicológico y moral del sujeto.

Los criterios actuales más representativos considerados marcadores del acceso a la edad adulta son los que hacen referencia al hecho de “ser independientes y autónomos”. En concreto, los tres criterios más nombrados son la aceptación de la propia responsabilidad, el decidir sobre los propios valores y creencias independientemente de los padres y otras influencias y el ser económicamente independiente (Arnett, 2003, 2004, 2011). La independencia y autonomía se unen también con un desarrollo paralelo de la identidad, lo que ya nos introduce en el conjunto de recursos personales de tipo psicológico que llamamos “madurez personal” (Zacarés y Serra, 1998).

4.2. Acerca de la universalidad de los criterios para la adultez y la etapa de la adultez emergente

Pero, ¿puede decirse que la adultez emergente es universal? Recordemos todas las críticas que este aspecto de la teoría acerca de la adultez emergente ha recibido. En realidad, desde sus inicios, Arnett ha insistido en que se trata de una teoría de carácter cultural. Siempre ha hecho énfasis en que es una etapa que existe “solo en aquellas culturas que posponen la entrada en los roles y responsabilidades adultas permanentes hasta bien pasados los veinte años” (Arnett, 2000, p. 478), es decir, bajo ciertas condiciones culturales y demográficas, propias de la cultura occidental de países industrializados.

Aunque no se trataría de un período universal (podría ser muy corto o inexistente en muchas culturas), numerosos estudios han constatado que las características propias de la adultez emergente están definiendo la transición a la adultez en entornos geográficos y culturales muy diversos (Arnett, 2003; Fierro y Arias, 2007; Macek, Bejcek, y Vanicková, 2007; Nelson, 2009).

La conclusión general es incontestable: la adultez emergente, en principio propia de la sociedad occidental, se ha extendido y generalizado a países o sectores que comparten,

o empiezan a compartir, las características socioeconómicas y culturales propias de esta sociedad, según sus países se van acercando más al perfil de los países de la cultura occidental y del capitalismo (Arnett, 2011).

En cuanto a las características de esta adultez emergente y los criterios considerados importantes para la adultez, hay tanto semejanzas como diferencias entre países y culturas, y también alguna variación intracultural. Las diferencias encontradas vienen determinadas por factores socioculturales específicos de esa sociedad o grupo. De hecho, la influencia de la cultura resulta relevante, como muestran otros estudios (Badger et al., 2006; Cheah y Nelson, 2004) que reflejan la influencia de valores comunitarios sobre otros de naturaleza más individualista a la hora de considerar los marcadores de la adultez.

En general, sin embargo, hay que hacer referencia a una ostensible consistencia, a través de países y culturas, de tres criterios: *responsabilidad, toma de decisiones autónoma e independencia económica*. Por otra parte, los sujetos van otorgando mayor importancia a las capacidades familiares y la conformidad con las normas según se acercan a la adultez. A continuación relacionamos, de forma resumida, algunos resultados encontrados en diversas investigaciones.

Tabla 4: Resumen de estudios intra e interculturales sobre adultez emergente y criterios de adultez.

ESTUDIOS INTRACULTURALES	
ESTUDIO	RESUMEN Y COMENTARIOS
<p>Subgrupos étnicos en EE. UU.</p> <p>(Arnett, 2003) (Phinney, 2006) (Arnett y Brody, 2008)</p>	<p>Factores culturales hacen que los afroamericanos, asiático-americanos y latino americanos utilicen criterios más colectivos que los blancos.</p> <p>El estatus socio-económico inferior de afroamericanos y latinoamericanos puede hacer que se sientan adultos antes, por la obligación de asumir roles y responsabilidades más tempranamente.</p> <p>Afroamericanos sometidos a más amplio contexto étnico y social en el campo laboral y/o educativo.</p> <p>Importancia de responder a las expectativas del grupo de referencia.</p>
<p>Subgrupo religioso.</p> <p>(Arnett y Jensen, 2002) (Nelson, 2003) (Barry y Nelson, 2005)</p>	<p>Influencia del sistema de creencias y valores al seleccionar los criterios para la adultez.</p>
<p>Estos resultados han sido refrendados por los obtenidos por Rankin y Kenyon (2008), estudiando la adultez emergente desde la perspectiva del interaccionismo simbólico, en la que defienden que cada rol jugado por un sujeto tiene un significado valioso para él en su contexto, por razón de cultura, raza o religión.</p>	

ESTUDIOS INTERCULTURALES

EUROPA

ESTUDIO	RESUMEN Y COMENTARIOS
Alemania (Meulemann, 2003) (Reitzle, M., 2006) (Douglass, 2007) (Buhl y Lanz, 2007)	Los marcadores externos para la adultez pierden fuerza según avanza la vida. Lo importante pasa a ser la “vida privada”, aunque hay diferencias en función del contexto y de la educación recibida en la autopercepción de los sujetos como adultos emergentes o como adultos. Efecto de la educación, porque junto a Francia, el sistema educativo está organizado de modo que conduce directamente al mercado laboral. El bienestar aumentó en el paso de la universidad al trabajo.
Reino Unido (Bynner, 2005) (Horowitz y Bromnick, 2007)	Resaltan la influencia de fuerzas procedentes de lo social, cultural y normativo en la conformación de la identidad adulta del sujeto.
Francia (Douglass, 2007)	Importancia relativa de marcadores externos. El sistema educativo está organizado de modo que permite el acceso prácticamente directo al mercado laboral.
Austria (Sirsch, Dreher, Mayr y Willinger, 2009)	Se observa que va en aumento la postergación de los roles de transición a la adultez. Acusan especialmente el sentirse entre dos mundos. Tanto los adultos emergentes como los que ya se consideran adultos dan más importancias a las capacidades familiares y la conformidad con las normas según se acercan a la adultez.
Finlandia (Buhl y Lanz, 2007)	Marcadores externos ganan importancia por efecto de la educación, cuya organización y calidad favorecen un más rápido acceso al mercado laboral y, por tanto, a la posibilidad de asumir responsabilidades consideradas adultas. Aumenta su autopercepción como adulto por el acceso temprano a funciones familiares y parentales.

ESTUDIOS INTERCULTURALES

EUROPA

ESTUDIO	RESUMEN Y COMENTARIOS
	Consideradas sur de Europa (con Grecia, países mediterráneos).
España e Italia (Buhl y Lanz, 2007)	Efecto socioeconómico, cultural y del sistema de valores que altera el marco temporal de la adultez emergente, retrasándola un poco. En términos generales, se le da menos importancia a la independencia, que se alcanza más tardíamente que en otros países.
España (junto a México) (Fiero y Moreno, 2007)	En la tardanza de la consecución de la independencia adquiere un grave peso la incidencia de los factores estructurales y culturales: la escasez de políticas de emancipación, la solidaridad con generaciones precedentes, las dificultades para comprar una casa, la inseguridad laboral...
España (Moreno, 2012) (Zacarés, Serra y Torres, 2015)	Por otra parte, en el estudio de España de 2015 se ha podido concluir la conformación de perfiles diferenciados combinando las diferencias en autopercepción como adultos y la adopción de distintos roles psicosociales.
	Creciente ritmo de europeización, con influencia de cultura norteamericana y norte-europea, por efecto de la globalización.
Grecia (Petrogiannis, 2011)	Como España e Italia, la dependencia con respecto a la familia de origen se prolonga, haciéndose evidente la influencia de las creencias culturales y religiosas. Se da alto valor a la conformidad con las normas y a las capacidades familiares. La independencia no se entiende como algo emocional, sino como una adquisición de responsabilidades.

ESTUDIOS INTERCULTURALES

EUROPA DEL ESTE Y ORIENTE MEDIO

ESTUDIO	RESUMEN Y COMENTARIOS
Rumanía (Nelson, 2009)	<p>País que acusa importantes cambios socioculturales.</p> <p>Se verifica la existencia de la adultez emergente: los porcentajes relativos a no considerarse todavía adultos son similares a otros países y otras culturas. Pero la mayor parte de los sujetos manifiestan un acentuado sentimiento de ambivalencia y conformidad con las normas como criterio importante, porque aún reconocen el impacto que su comportamiento puede tener en su entorno.</p>
Turquía (Atak y Çok, 2008) (Atak, 2011) (Atak y Tastan, 2012)	<p>Importancia de la cultura colectiva y valores familiares, como obediencia y conformidad con las normas.</p> <p>Las dimensiones de adultez emergente que más puntúan son la exploración de identidad y sentirse entre dos mundos. Se trata de una ambigüedad generada por la gran influencia cultural del país, que conjuga características de países preindustrializados y de países industrializados totalmente insertos en la cultura occidental.</p> <p>Factores culturales y sociales hacen que rasgos como la autonomía estén más presentes en hombres que en mujeres.</p> <p>Existen algunas diferencias en la propia etapa de adultos emergentes que recuerdan a las tres fases del recentramiento propuesto por Tanner (2006).</p>
República Checa (Buhl y Lanz, 2007) (Macek, Bejcek y Vanícková, 2007)	<p>Importantes cambios socioeconómicos.</p> <p>Las actuales condiciones socioculturales favorecen los rasgos típicos de la adultez emergente.</p> <p>Aumenta la importancia del sentido de libertad e independencia.</p> <p>Mayor importancia a las capacidades familiares, entendida como cuidado de los padres, con respecto a los países de la Europa occidental.</p> <p>Aumentan las conductas de compromiso entre los que ya se consideran adultos.</p>

ESTUDIOS INTERCULTURALES

EUROPA DEL ESTE Y ORIENTE MEDIO

ESTUDIO	RESUMEN Y COMENTARIOS
	<p>Se entiende la adultez emergente como una etapa en la que no ocurre nada significativo psicosocialmente. El sujeto se centra en la búsqueda de su madurez social, desde donde se entiende la responsabilidad.</p>
Estonia (Nugin, 2010)	<p>Dan importancia a los criterios internos, pero muy vinculados aún a transiciones mensurables, a rasgos sociales y biológicos.</p> <p>Se percibe aún una gran influencia de los cambios sociales y económicos, que generan incertidumbre.</p>
Eslovenia (Zupancic, M., Komidar, L., Levpuscek, M. P., 2014)	<p>En Eslovenia se reproducen las características de los adultos emergentes de los países del sur de Europa, y aunque dependen en gran medida del soporte emocional (sobre todo por parte del género femenino) y financiero de sus padres, las relaciones intergeneracionales son positivas y no entorpecen los procesos de individuación, aunque, por otra parte, se ven favorecidos por los perfiles de mayor búsqueda de autonomía.</p>
Israel (Mayseless y Scharf, 2003) (Scharf y Mayseless, 2010) (Yannir y Guttmann, 2011)	<p>Mayor nivel de conformidad con las normas, posiblemente por ser una sociedad muy preocupada por lo comunitario, y valorando en gran medida las estructuras y roles sociales.</p> <p>Las actuales características socioculturales del país generan dos tipos de retos para los sujetos: unos referidos a los roles individuales como miembros de una sociedad, y otros a lo emocional y relacional.</p>

ESTUDIOS INTERCULTURALES

AMÉRICA DEL NORTE

ESTUDIO	RESUMEN Y COMENTARIOS
Canadá (Galambos, Barker y Tilton-Weaver, 2003) (Cheah y Nelson, 2004) (Molgat, 2007)	<p>Importancia a la competencia afectiva, el autocontrol emocional y el abandono de los comportamientos considerados infantiles.</p> <p>Evidencia de los profundos vínculos entre criterios internos y criterios estructurales, por la importancia que tienen en la historia biográfica de los sujetos.</p> <p>Las dimensiones centrales de autonomía, independencia y responsabilidad aparecen como criterios internos, pero también referidos a momentos de transición (convirtiéndose en criterios estructurales).</p> <p>Entienden la autonomía no solamente vinculada a lo económico y material, sino como control sobre su propia vida. Abren la posibilidad a que algunas decisiones tomadas desde esta autonomía sean reversibles.</p>

AMÉRICA CENTRAL

México (junto a España) (Fiero y Moreno, 2007)	<p>Dudas sobre cuándo empieza la adultez.</p> <p>Menor sentimiento de inestabilidad y menor moratoria de identidad que en España.</p> <p>Mejores impresiones que en España acerca de sus opciones de futuro.</p> <p>Claro efecto cultural y del sistema de valores, que retrasa, como en España, la adultez emergente.</p>
---	--

ESTUDIOS INTERCULTURALES

AMÉRICA DEL SUR

ESTUDIO	RESUMEN Y COMENTARIOS
	En general, en toda América Latina se observa la influencia de las desigualdades existentes en las condiciones de vida de distintos sectores de la población, y también de las diferencias culturales que afectan al significado de la familia, la sexualidad o el rol de la mujer en el hogar.
Argentina (Facio y Micocci, 2003)	Abrumadora mayoría de acuerdo con los criterios de la adultez emergente. Mayor énfasis en los valores familiares y en la interdependencia, usando criterios más colectivos, de forma similar a lo que podría ser un país del sur de Europa, como España, Italia o Grecia.
Uruguay (Ciganda, 2008) (Filardo, 2011)	Las diferencias estructurales, pero también las de corte simbólico y cultural, tienen un gran impacto en la configuración de proyectos de vida. El nivel de oportunidades está altamente fragmentado. Se aprecian trayectorias diferenciales en los cuatro eventos tradicionalmente marcadores de la transición a la vida adulta: constitución de un hogar diferente al de origen, ingreso en el mercado laboral, salida del sistema educativo y tenencia del primer hijo.
Perú (Mannucci de Cárdenas, 2009)	Características de los adultos emergentes con gran contenido emocional y cultural. Importancia de la asunción, desde jóvenes, de las responsabilidades con su entorno familiar y social.
Colombia (Marzana, Pérez-Acosta, Marta y González, 2010)	La autopercepción como adultos está unida, sobre todo, a la responsabilidad, tener un proyecto de vida y a la madurez. Gana una importancia fundamental la generatividad. La presencia del apoyo familiar en la transición a la adultez, por razones socioculturales, justifica, según estos autores la que llaman <i>teoría relacional-intergeneracional</i> .

ESTUDIOS INTERCULTURALES

ASIA

ESTUDIO	RESUMEN Y COMENTARIOS
China (Nelson, Badger y Wu, 2004) (Zhong y Arnett, 2014)	Cultura con valores mucho más colectivos. Dan gran importancia a tener siempre un buen autocontrol emocional, para no comprometer la armonía de las relaciones interpersonales. Gran importancia de los criterios de responsabilidad familiar e interdependencia. Por ejemplo, es muy importante el criterio de ser capaz de mantener económicamente a los padres, y también a los hijos, por influencia de la religión confucionista.
Japón (Rosenberg, 2007) (Sugimura, Niwa, Takahashi, Sugiura, Jinno y Crocetti, 2015)	Límites culturales a la exploración de identidad de los adultos emergentes. Corren riesgo de sanción social, incluso con un término despectivo (<i>solteros parásitos</i>) si se exceden en su individualismo. Gran importancia, en general, de las capacidades familiares, incluyendo la de cuidar a los padres, y todos los roles de transición relacionados con la familia. Para los adultos emergentes japoneses son importantes tanto sus necesidades individuales de identidad personal como el peso que para dicha identidad tiene el mantenerse orientado a una relación armoniosa con los demás, dado su sentido de autoconstrucción personal.
India (Citado en Arnett, 2011) (Chopra, 2012)	Va disminuyendo el peso de la tradición cultural en algunos roles de transición, por ejemplo, el matrimonio: algunos jóvenes rechazan los matrimonios concertados típicos de su cultura. Parece existir la etapa de la adultez emergente, al menos en algunos segmentos de la población joven, si bien se percibe de manera diferente según las diferencias culturales de creencias y valores. La importancia de la familia es particularmente significativa en la sociedad hindú.

En este punto queremos hacer una apreciación específica de nuestro entorno europeo. En general, los países del sur de Europa son los que más han retrasado –por motivos culturales- los distintos eventos en la transición a la adultez, mientras que los países nórdicos presentan una transición relativamente temprana. Billari (2004; en Ciganda,

2008) ha propuesto un modelo de esquema de transiciones, en el que Italia y España encabezarían el modelo extremadamente tardío y los países escandinavos liderarían el extremadamente temprano. Según este autor, los países de Europa continental, junto a Reino Unido e Irlanda, se encontrarían en situaciones intermedias.

En términos generales, además, podemos decir que las mayores diferencias interculturales en los criterios para la adultez se producen cuanto más presentes están en esas culturas los criterios colectivos frente a los internos e individuales, circunstancia especialmente relevante en los países de América Central, América del Sur y Asia, en cuanto que los criterios más tradicionales de sus culturas mantienen un peso aún bastante significativo frente a los criterios de corte más psicológico de los sujetos individualmente considerados.

4.3. El problema de la identidad

Una vez analizada la importancia de los criterios psicológicos en los adultos emergentes para la consideración de la adultez, no se puede obviar que la autopercepción de estos sujetos les ayuda a conformar su identidad.

¿Hacia dónde caminan, pues, estos adultos emergentes? Quizá haya que iniciar la pregunta no en el “hacia dónde”, sino en el “desde dónde”. ¿Cuáles son sus puntos de partida y su meta de llegada en lo relativo a la identidad?

Los retos de distinta índole que, en forma de “tareas evolutivas”, ha de afrontar el adulto emergente, se sintetizan en la formación y consolidación de un sentido de identidad personal al final de la etapa, que le dote de criterios internos válidos y suficientes para conformar su modo de ser y estar en el mundo (McNamara et al., 2010). La etapa de la adultez emergente puede ser considerada como especialmente oportuna para el desarrollo de la identidad, puesto que, como sucedía también en la adolescencia, por ese carácter iterativo de los procesos de identidad al que más arriba aludíamos, se da un progreso evolutivo en la identidad global (Zacarés, Iborra, Tomás y Serra, 2009).

Entre sus tareas evolutivas propias, la adultez emergente es la fase del ciclo vital en el

que la tarea central es la de acercarse de forma gradual a los compromisos permanentes que el sujeto va a mantener, al menos en teoría, durante el resto de su vida (Arnett, 2011), además de satisfacer la necesidad de hacerse autónomo, expresar su propia individualidad y disfrutar de las posibilidades que ofrece esta etapa. En síntesis, la tarea madurativa principal consistiría en alcanzar no la identidad, en general, sino la identidad adulta.

Junto a Arnett (1998, 2000), también Côté (2006) asume la moratoria de identidad otorgada a los adultos emergentes para experimentar varios roles sin que se espere de ellos aceptar o asumir responsabilidades ni compromisos permanentes, dada la crisis de identidad, o confusión acerca de la misma, en la que pueden estar inmersos. Acepta, sin embargo, la existencia de la moratoria, y reconoce que el contexto sociocultural actual – más permisivo y con menos normas a asumir- supone nuevos y complejos retos en la búsqueda de la identidad, haciendo necesario que los sujetos cuenten con un “capital de identidad” (Côté, 2006), un repertorio de recursos personales que poder esgrimir para alcanzar satisfactoriamente la resolución de su identidad e integrarse con éxito en la sociedad adulta, si es que así lo desean. Los estudios de este autor, partiendo de su medida de resolución de identidad, apoyan la idea de que ésta diferirá en función tanto de criterios psicológicos como por el contexto sociocomunitario, cultural e incluso económico de los sujetos, y la asunción, por parte de los mismos, de roles psicosociales tradicionalmente considerados como adultos. Su índice indica la medida en que los sujetos (a) han madurado una identidad adulta, y (b) han encontrado un “nicho”, una ubicación psicosocial en su comunidad. Puntuaciones altas indicarían que un sujeto ha establecido aspectos claves de la formación de su identidad en el sentido convencional de aceptar la madurez psicosocial y adoptar compromisos en una comunidad adulta, mientras que puntuaciones bajas indicarían que el sujeto aún no siente que haya madurado y no ha asumido ningún rol estable en su comunidad (Côté, 2006).

El proceso de desarrollo de la identidad es dinámico e iterativo. El sujeto debe resolverlo en distintas fases de su desarrollo. Es importante captar la naturaleza intrínsecamente psicosocial y transaccional del desarrollo de la identidad, tal y como Erikson ya puso de manifiesto (Erikson, 1968). La identidad se sitúa en plena encrucijada de los procesos individuales y sociales: de un lado, aporta individualidad –

experimentarse como una persona única- y del otro, un sentido de pertenencia ligado al contexto social y reconocido por el sujeto. La identidad adolescente es el resultado de un mutuo reconocimiento entre el adolescente y la sociedad: el adolescente forja una identidad pero a la vez la sociedad le dota de una identidad y se la reconoce (Zacarés e Iborra, 2015). La formación de la identidad implica por tanto una continua interacción entre la persona y el contexto (Schwartz, Zamboanga, Luyckx, Meca y Ritchie, 2013), y el ajuste de ese proceso de formación puede tener efectos en el desarrollo saludable y el bienestar psicológico de los sujetos (Schwartz, Hardy, Zamboanga, Meca, Waterman, Picariello et al. (2015).

Hammack (2015) nos recuerda que habitamos un mundo sumido en constantes cambios, de ideas en constante movimiento, de límites imprecisos, en el que los sujetos sienten la continua necesidad de ‘nombrarse’ o ‘categorizarse’ para encontrar y dotarse a sí mismos de significado. Para este autor, la identidad es la herramienta de anclaje que nos permite pensar sobre nosotros mismos en términos de continuidad en la semejanza y la diferencia.

En esta misma línea se pronuncia Kroger (2015): para esta autora, la identidad es la entidad que nos permite desenvolvemos de forma efectiva, encontrar salida a la actualización de los propios intereses, talentos y valores en nuestro medio. A nuestra identidad le dan forma una y otra vez las variables contextuales, y, al mismo tiempo, está mediada por ellas.

Para comprender plenamente el proceso de identidad debemos considerar tres aspectos en conjunto: el yo como actor, como agente y como autor (McAdams y Zapata-Gietl, 2015). Como *actor*, porque se desenvuelve en un contexto social, como *agente* porque el desarrollo de la identidad es un proceso orientado a una meta, y necesita de la motivación a través de objetivos, valores y proyectos, y *autor* porque traza su propia narrativa en el discurso de su vida. No puede haber identidad sin compromiso. Coinciden en la importancia de la narrativa, en cuanto a enfoque centrado en la persona, Crocetti y Meeus (2015). Por su parte, Waterman (2015) refuerza la idea del sujeto como actor de su propio desarrollo identitario. Para este autor, el *yo* sujeto construye el *mi-mismo* complemento, dotándolo de un contenido de identidad (qué, a saber: objetivos, valores, creencias, conductas) a través de unos procesos (un cómo) para servir

al sujeto en una serie de funciones (un para qué, esto es, dar dirección, propósito, sentido y significado).

Por su parte, Eichas, Meca, Montgomery y Kurtines (2015) revelan que los procesos de identidad pueden suponer una serie de procesos de autotransformación, que incluyan autoconstrucciones y autodescubrimientos. Las intervenciones positivas para favorecer el desarrollo de identidad de los sujetos supondrán crear contextos de intervención que los fortalezcan y promuevan el desarrollo de una estructura de identidad autoconstruida de manera cada vez más compleja y más coherente.

Es cierto que hoy la identidad es fruto de una doble desorientación. De En realidad, esto se debe a que los individuos están siguiendo un proceso de individualización “débil”, entendiendo individualización como la formación de una identidad personal (Zacarés e Iborra, 2006). Siguiendo a estos autores, podría pensarse que las identidades postmodernas ofrecen una oportunidad de desarrollo personal continuado, pero siempre que se dispusiera de los recursos psicológicos apropiados. El individuo puede haber realizado una selección pasiva de opciones sin mucho esfuerzo, y con poca resistencia a las presiones recibidas, dejando que los “otros” decidan por uno mismo. El individuo, entonces, estaría siguiendo un proceso de individualización débil. Sin embargo, si conseguimos que el joven realice una búsqueda activa, consciente y deliberada de oportunidades de crecimiento, disfrutará de mayor efectividad en su adaptación al contexto sociocultural que le ha correspondido vivir, realizando una individualización “evolutiva” que le llevará a la consecución de una identidad firme, madura y consolidada.

Además, por un lado, las personas se ven obligadas a cuestionar las circunstancias sobre las cuales desarrollan su proyecto de vida; de otro, también colectivamente cada grupo, sea cual sea su carácter, reclama su espacio, y, además, como ya hemos apuntado, cada vez más hay que hacer frente a un mundo globalizado, como ya nos indicaba Guitart (2008). Hoy en día la formación de la identidad se ve sometida a un proceso complejo de desarrollo, como resultado del afrontamiento de los diferentes ‘inputs’ que reciben los individuos en esta realidad globalizada.

Arnett llega a hablar de *biculturalidad*, como efecto de la doble necesidad a la que se somete el sujeto: construir su identidad respondiendo a las demandas de su entorno más próximo, con sus valores, creencias y comportamientos aceptados, y a las de un mundo globalizado, con una pronunciada apertura a muy diversas opciones que pueden incluso oponerse al entorno cultural habitual del individuo. Para él, los adolescente y adultos emergentes son especialmente sensibles a esta realidad, especialmente, los residentes en países en vías de desarrollo, donde se hace más patente el conflicto entre una cultura más enraizada en la tradición y la apertura a las nuevas opciones y los cambios producto del fenómeno de la globalización. En palabras de Arnett, (2015), aunque desarrollar una identidad bicultural significa que la identidad ‘local’ del sujeto se conserva junto a su identidad ‘global’, no puede negarse que las culturas ‘locales’ están siendo modificadas por la globalización, afectando, a su vez, a la conformación de la identidad.

Efectivamente, pensamos que en la sociedades contemporáneas aumenta el cuestionamiento de las certezas y el envejecimiento de las clásicas estructuras sociales, los saberes tradicionales de algunas instituciones, los anclajes que aportaban la familia nuclear. Frente a ellos conviven y proliferan formas distintas de vivir en familia, de trabajar, de creer y de pensar. Dicho con otras palabras, frente a un “mundo hostil” (lleno de inseguridades, de incertidumbres, de riesgos, de conocimientos y relaciones frágiles), crecen las reivindicaciones identitarias, ya que aumenta el deseo de seguridad que proporcionan las comunidades locales (ya sean étnicas, religiosas, nacionales...) (Bauman, 2003; en Guitart, 2008).

Nos dice Bauman que la búsqueda incansable y desesperada de identidad (de fuente de sentido y significado, de seguridad y protección) aparece como una reacción frente a los cambios sociales, políticos y culturales del mundo actual. La identidad es relevante no porque nos habla del pasado o del presente, sino del futuro (quiénes queremos ser). Él la define como “aquella parte del autoconcepto (autodefinición) de un individuo que se deriva del conocimiento de sus rasgos o aspiraciones propias juntamente con el significado valorativo y emocional asociado a estos rasgos o aspiraciones. En ella caben características psicológicas y de identidad” (Guitart, 2008, p. 11).

Para Uriarte (2007), la construcción de la identidad es un proceso constante del ser humano que responde a la necesidad de ser uno mismo en el tiempo. En cada etapa del

desarrollo, el sujeto debe realizar, y retomamos aquí la idea de la plasticidad del desarrollo humano según Baltes que citábamos en el capítulo primero, una nueva forma de organización (quizá debiéramos decir “reorganización”) psicológica o ajustes del yo personal y social que le permita afrontar tanto las necesidades internas como las exigencias del medio. En los primeros años de la edad adulta, los jóvenes forman la identidad abandonando la identidad adolescente, una pérdida que indudablemente les va a generar una ganancia, de nuevo un impulso dialéctico en su desarrollo. Les queda un largo camino por recorrer. Sus diferentes perfiles de identidad permiten establecer algunas comparaciones que reflejan, en mejor medida, cuál es este espacio evolutivo por el que necesitan transitar. Según este autor (2007, p. 289), el adolescente se autodefine por carencias, por lo que le falta, y percibe el proceso hacia la adultez como las ganancias que obtendrá, mientras que el adulto se autodefine por lo que es, por lo que tiene y siente en sí mismo, consciente de haber llegado a una meta clave del desarrollo. Esta idea nos remite también directamente al planteamiento del desarrollo humano como balance entre pérdidas y ganancias planteado por Baltes que presentábamos más arriba. Reflejamos en la siguiente tabla esta comparación.

Tabla 5: Comparación entre identidad adolescente e identidad adulta. Adaptado de Uriarte (2007).

IDENTIDAD ADOLESCENTE	IDENTIDAD ADULTA
Inmadurez	Madurez psicológica
Dependencia en todos los sentidos.	Autonomía e independencia (que puede no corresponderse con la económica)
Sin responsabilidades, y demorando todo lo posible tenerlas	Más y mayores responsabilidades, además de autoperibirse como adulto.
Vive el presente, busca el disfrute y la diversión, actúa a impulsos	Orientado hacia el futuro, se apoya en la razón
Idealismo en sus planteamientos	Seriedad y realismo.

Sin embargo, dice Uriarte, sentirse adolescente, adulto, o tener una identidad no claramente definida no es principalmente una cuestión de edad, ni de cambio de estatus, sino un proceso subjetivo e individual en el desarrollo del yo orientado hacia la madurez psicológica. Es decir, tiene que ver con el concepto, fundamental en nuestro trabajo, de la autopercepción.

En su mismo trabajo de 2007, este autor presenta datos que nos confirman que en la década de los 20 a los 30 años se solapan cuatro formas de percibir la identidad propia: adolescente, adulto, ni adolescente ni adulto, en parte adolescente y en parte adulto. Esto indica que la construcción de la identidad adulta es un proceso que evoluciona a ritmos diferentes según las personas implicadas. Los jóvenes pasan por una fase de “identidad en transición” o difusa, que puede coincidir con la que hemos denominado adultez emergente (Arnett, 2000). El paso de la adolescencia a la edad adulta tiene unos perfiles a menudo difusos y es el propio sujeto, más que los roles sociales y las condiciones de vida, quien prefiere continuar con la adolescencia o avanzar hacia la adultez. Está claro que la edad, el género y los factores psicosociales más o menos normativos, como la ocupación laboral y las responsabilidades familiares no son suficientes ni determinantes de la madurez psicológica y la identidad adulta. El peligro está en que las actuales condiciones socioeconómicas favorezcan la aparición de una identidad no transitoria, sino “adulto emergente para siempre”, ni adolescente ni adulto, con los derechos y las ventajas de la adultez y la libertad y autonomía suficientes para decidir sobre sus asuntos, pero sin llegar a asumir nunca las obligaciones, compromisos y responsabilidades adultas.

Como ya hemos visto anteriormente, el desarrollo de los adultos emergentes está marcado por una serie de asincronías. Diversos autores han señalado la naturaleza asincrónica de la formación de identidad, es decir, que la construcción de la identidad personal avanza a diferentes ritmos en diferentes dominios, normalmente categorizados en dos grandes grupos: los “interpersonales”, referidos a las relaciones familiares y de intimidad, y los “ideológicos”, reflejados en esferas como el trabajo, la política o la religión. Sin embargo, el trabajo de Zacarés et al. (2009) parece demostrar que el desarrollo de la identidad no avanza totalmente por separado en cada uno de estos dominios. Se pone de manifiesto que la activación inicial de actividad exploratoria en un dominio –que ya hemos identificado como propia de la adultez emergente– incrementa la probabilidad de exploración en otro ámbito, pero no asegura ni que se establezcan firmes compromisos en ese otro dominio (con lo cual el sujeto pasaría del estado de moratoria al de logro) ni que se cuestionen los compromisos adquiridos tempranamente en esa área, aunque sean asincrónicos. Tampoco, por tanto, la formación de identidad es un proceso uniforme y generalizable entre dominios. Sería esperable, en

consecuencia, encontrar diferencias a través de los dominios en el ritmo del desarrollo de identidad, en la relevancia del dominio para el adolescente o el adulto emergente, y en el grado con que se explora cada dominio, que dependerá de la relevancia que tenga para el sujeto en ese período de su vida, puesto que las diferentes cuestiones de identidad llegan a ser relevantes o “críticas” en diferentes momentos evolutivos y se van afrontando secuencialmente, devolviéndonos al concepto de condicionamiento histórico y contextualización como paradigma de Baltes, si bien considerándolo en el ámbito más personal del sujeto, idea que exponemos a continuación.

Tal como hemos repetido más de una vez, la formación de la identidad tiene lugar en la intersección entre el desarrollo y la cultura. Para Hamamack (2014) el concepto de identidad evoca la idea dialógica entre la mismidad y la diferencia, en la que la identidad proporciona un sentido de coherencia interna y continuidad para el sujeto en un contexto social particular, pero también divide el contexto global en categorías significativas. Además, el resultado de la identidad es la interacción entre la experiencia interior del sujeto y el significado social que esta identidad recibe. La identidad es un concepto asociado al mundo del significado y la categorización otorgados.

El desarrollo del sentido de uno mismo está inevitablemente entrelazado con, y a su vez refleja, el contexto cultural propio y el global. Por ello, cabe decir que la construcción de la identidad de los adultos emergentes, como la de cualquier otro sujeto en cualquier otra etapa de su ciclo vital, no es culturalmente neutra, o imparcial, ni puede serlo. No puede serlo en su génesis, pero tampoco en sus objetivos. Va a depender de las opciones disponibles para el sujeto en su contexto en un momento dado, y de los valores reinantes en ese momento de su desarrollo, tal y como hemos visto en el capítulo uno de este trabajo al analizar el entorno en el que se desarrollan nuestros jóvenes de hoy.

Una identidad, que perseguirá una meta, está formada por el resultado de las acciones y decisiones de un sujeto en respuesta tanto a necesidades (por ejemplo, resolver aspectos relacionados con propósitos y metas en la vida y conseguir un sentido coherente de sí mismo) como a las oportunidades y posibilidades reales y percibidas en el contexto cultural al que pertenece. Actualmente, la formación de la identidad tiene lugar en contextos culturales múltiples que interactúan entre ellos (Phinney y Baldelomar, 2011).

No puede sostenerse la concepción de un desarrollo de la identidad sin considerar los límites y recursos disponibles en el contexto propio del individuo (Côté y Levine, 2002; Côté 2006).

Al hablar de la construcción de una identidad, lo hacemos habitualmente en una dimensión individual. Pero aunque nos centremos en el desarrollo de un sujeto, entendemos que es necesario aclarar que no negamos la existencia de dos dimensiones en la construcción de la propia identidad del adulto emergente: el individualismo y el colectivismo. Basándose en esta distinción, se propusieron dos tipos de constructos culturales sobre el sí-mismo: uno individualista, independiente de los otros, autónomo, único, y que valoraba especialmente los logros personales; el otro, colectivo, como interdependiente, conectado con los otros, valorando la subordinación de las metas individuales a las necesidades del grupo (Phinney y Baldelomar, 2011). Como hemos visto, diferentes trabajos han puesto de relieve que los adultos emergentes de algunas culturas particulares demuestran en su identidad, reconociéndose como tales, rasgos tanto de una de estas dimensiones como de la otra, en función de las características de sus culturas de origen. Además, en este tiempo de globalización, las repercusiones para los procesos de identidad no han dejado de hacerse sentir. Para Arnett (2014), sobre todo en los países en vías de desarrollo, se da un proceso de biculturalidad. En las áreas urbanas, es habitual entrar en contacto con los valores e ideologías promovidos por la globalización, entre los que encontramos, por ejemplo, el consumismo, la independencia y la posibilidad de elección absoluta por parte del sujeto. Pero, por otra parte, los jóvenes no pueden renunciar al contexto real en el que viven, y si, habiendo conocido (por ejemplo, en gran medida, gracias a las tecnologías de la información y la comunicación) otras realidades que pertenecen a zonas no urbanas o culturas donde predominan otro tipo de valores o circunstancias socioeconómicas, entendemos que el sentimiento de ambivalencia, de inestabilidad, puede acrecentarse. En los países en vías de desarrollo, resalta Arnett, es donde más dificultades de encontrar diversas opciones de identidad ideológica tienen los adultos emergentes.

La adultez emergente es el momento en la vida en el que los sujetos toman la mayor parte de las decisiones concernientes a su proyecto de vida: *¿se casarán?, ¿tendrán hijos?, ¿qué trabajo elegirán, el que les reporte mayor recompensa económica o mayor*

satisfacción personal? La tarea principal durante esta transición desde la adolescencia a la juventud adulta es determinar cómo las metas actuales que uno se plantea se van a convertir en roles adultos coherentes con ellas (Arnett, 2000).

Durante este período, los individuos comienzan a invertir esfuerzos en las tareas a desarrollar en su vida. Roberts, O'Donnell y Robins (2004) consideran que construir una identidad implica establecer compromisos con las instituciones sociales (tales como el trabajo, el matrimonio, la familia y la comunidad) en forma de roles sociales, pero que para hacerlo así, necesariamente el individuo debe hacerlo de forma muy consciente y percibirlo como un factor que aumente su bienestar. Se espera, pues, una relación entre las metas establecidas y sus rasgos de personalidad.

En definitiva, sentirse adolescente, adulto, adulto emergente, o tener una identidad no claramente definida es un proceso subjetivo e individual en el desarrollo del yo individual orientado hacia la madurez psicológica.

4.4. La madurez

La identidad adulta se construye internamente a través de la maduración psicológica. Manucci (2009) nos hace ver también cómo la madurez en los adultos emergentes está ligada a concluir el proceso de construcción de la identidad, de concretar lo que quiere y puede para ser competente, de buscar maneras claras, constructivas, de relacionarse con los demás, que le permitan a él mismo realizarse y a su vez realizar a la otra persona. Podríamos decir, en cierto modo, que el mayor nivel de madurez en la adultez emergente comporta la consolidación de identidad.

Acercarse a la adultez emergente invita a mirar con detenimiento todo el proceso del ciclo vital, entendiendo desde la perspectiva de Erikson, que en cada estadio se halla el Yo de la persona en maduración, en tanto que va redefiniéndose a sí mismo persiguiendo su optimización. Por eso creemos que en este trabajo se hace imprescindible el análisis del constructo de *madurez psicológica*, para aclarar cuál es el lugar heurístico en el que nos movemos.

Serra y Zacarés (1991) y Zacarés y Serra (1998) nos proponen en sus trabajos algunas acepciones del término madurez, entre las que queremos destacar las dos que en mayor medida podemos relacionar con nuestro marco teórico y nuestro trabajo:

- a) “Madurez” se le supone a alguien que, en un momento dado, posee características atribuidas, implícita o explícitamente, al “ideal” admitido en su contexto. En nuestro caso, por ejemplo, aplicaríamos el término “maduro” a un adulto emergente cuanto más próximo estuviera a alcanzar los criterios considerados propios de la adultez en nuestro contexto sociocultural. Es importante, sin embargo, apuntar que esta concepción se refiere a criterios de tipo psicológico (incluso emocional), y no a los de tipo instrumental (no basta con ser mayor de edad, conducir o incluso tener un hijo para ser considerado “maduro”, pero sí, por ejemplo, ser capaz de asumir las propias responsabilidades o asumir un sistema de creencias que rijan nuestra vida).
- b) Madurez entendida como un proceso dialéctico que se va gestando durante todo el ciclo vital de una persona. Ésta es nuestro lugar heurístico, la perspectiva que nosotros vamos a adoptar, y que pasamos a desarrollar a continuación.

Esta visión de la madurez como un proceso dialéctico proviene de y se inscribe en el acercamiento del ciclo vital al estudio del desarrollo. En términos generales, la tarea de madurez global del individuo consiste en adquirir una identidad positiva a medida que va pasando de una etapa a la siguiente. La entenderíamos, entonces, como un proceso dialéctico entre:

- *Pasado, presente y futuro*: el individuo necesita asumir su pasado, entendiendo las raíces de lo que es hoy, sin que este pasado sea necesariamente determinante. Puede ser re-creado desde el presente y de cara al futuro. Supondría una actitud de agradecimiento y eliminación de posibles resentimientos, integrando con naturalidad tanto la gratitud como el perdón. En la resolución de este proceso dialéctico, el individuo maduro se constituye en el presente, asumiendo y aceptando sus coordenadas sociobiográficas, y guiado por las posibilidades y condiciones de futuro. Es capaz de observar los

claroscuros de su vida en su dimensión real, sin ocultar ni resaltar hipertróficamente zonas del desarrollo pasado de la propia biografía.

- *Lo aprendido y lo innovado*: los cambios generacionales, el paso de una etapa a otra, hacen necesaria la innovación y re-creación de la vida cotidiana tomando de lo aprendido lo útil para los diferentes contextos, las diferentes áreas de la vida (familia, vida profesional, amistad...), siendo capaz de innovar formas, modos de hacer que enriquezcan, completen y optimicen el desarrollo individual y social. Sería una “creación personal”, una construcción del propio desarrollo.
- *Estabilidad y cambio*: A lo largo del desarrollo humano, es absolutamente necesario ser capaz de ajustarse a las distintas transiciones evolutivas. La resolución de este proceso dialéctico llevaría a ser capaz de integrar los cambios dentro de un estilo personal e individual incardinado en la estabilidad.
- *Interacción entre cambios biológicos, psicológicos y sociales*: El desfase o disarmonía entre estos determinantes en el ser humano reflejaría un cierto desajuste (no adecuarse, por ejemplo, a las necesidades de descanso, actividad física, pautas y formas de relación, roles adecuados a cada edad...). La propia naturaleza ayuda, marcando sus “tempos” a que el individuo consiga un buen ajuste de estos aspectos (por ejemplo, un adolescente o una persona de 50 años no pueden afrontar la típica experimentación que hemos visto como propia en la etapa de la adultez emergente).
- *Equilibrio entre la asunción del autoconcepto y los cambios de rol*: las diferentes tareas de desarrollo no deberían moldear del todo al hombre que las ejerce, sino que, a pesar de los ajustes necesarios, el individuo mantendrá su talante, su modo de ser y estar, en su tiempo y lugar determinados. Esta continuidad del sujeto es fundamental. De no darse, la acomodación continua podría producir desestabilización y desestructuración de la persona.
- *Masculinidad y feminidad como complementos*: En este proceso dialéctico se trataría de conseguir por parte de hombres y mujeres, la integración necesarias

de las funciones tanto instrumentales (tradicionalmente adjudicadas a los varones) como afectivas (tradicionalmente adjudicadas a las mujeres), como partes indisolubles del desarrollo maduro de la persona.

Muchos autores, por otra parte, han planteado y propuesto una serie de criterios para la madurez o para la inmadurez personal (destacan, para nosotros, por ejemplo, Griffin, 1976; Rojas, 1990 y Polaino-Lorente, 1990; los tres en Zacarés y Serra, 1998; Manucci, 2009). Y, por supuesto, el modelo de Allport (1973; en Viguer, 2004), el modelo de rasgos más conocido. Su punto de partida es un sujeto autónomo y activo, con posibilidades de trazar proyectos hacia el futuro y tomar decisiones a la hora de elegir. Los criterios característicos de la madurez de la personalidad según este autor son:

1. *Extensión del sentido de sí mismo.* Requiere un descentramiento personal que le hace ganar perspectiva y no caer en la autorreferencia exclusiva. Cuanto más extendido se encuentre el yo, más implicado y auténticamente comprometido en distintas actividades y con los demás.
2. *Relación emocional con otras personas.* Capacidad de empatía y de apreciar y respetar la condición humana en todas las situaciones, así como de alcanzar y desenvolverse en los niveles adecuados de intimidad con las personas que le rodean, según la naturaleza de la relación que las una.
3. *Seguridad emocional (aceptación de sí mismo).* Implica el ejercicio de las subcompetencias emocionales personales relativas al autoconocimiento y el autocontrol (Goleman, 1996). Templanza emocional y tolerancia a la frustración.
4. *Percepción realista, aptitudes y tareas.* Las personas maduras no distorsionan la percepción de la realidad, ni el significado del que la dotan. Habilidades cognitivas no necesariamente destacadas, pero con habilidad general para la resolución de problemas.
5. *Autoobjetivación de sí mismo y sentido del humor.* El autoconocimiento, como competencia emocional personal, está estrechamente relacionada con el autoconcepto y, por tanto, con la autoaceptación y la autoestima. El sentido del humor, por su parte, está relacionada con la virtud de la trascendencia (Seligman, 2003), que veremos más adelante. Cabe recordar que cuando

hablamos de optimismo no lo hacemos de un optimismo ingenuo, sino de una perspectiva realista pero lo más positiva posible de la realidad.

6. *Filosofía unificadora de la vida*, que le sirve para diseñar proyectos vitales de manera proactiva, y tratar de seguirlos. Los ideales unificadores, para este autor, proporcionan orientación y sentido. Desde nuestro punto de vista, estaría especialmente relacionado con una perspectiva trascendente de la vida.

Parece que existe, en general, cierto consenso entre los diversos autores de cuáles serían las dimensiones que habría que considerar como imprescindibles como categorías principales de madurez.

En este punto, no cabe sino definir el que consideraríamos un modelo completo e integrador de lo que es la madurez personal desde el punto de vista psicológico (Zacarés y Serra, 1998). Este modelo, multidimensional, da cabida a todas las dimensiones de la persona, incluyendo la de la trascendencia, sin la cual no podríamos hablar de madurez personal desde una perspectiva verdaderamente integral del ser humano.

El modelo descansa sobre dos ejes sobre los que van construyéndose el desarrollo maduro de una persona. En un primer lugar tendríamos las llamadas variables evolutivas que se gestan desde y a partir de la adolescencia, continuando a lo largo de todo el desarrollo. En segundo lugar, una serie de características psicológicas, una red básica sobre la que sería posible hacer una propuesta de optimización evolutiva, para la intervención o el acompañamiento. Estas características son las que hacen posible y potencian el desarrollo maduro del ser humano.

En el eje de las variables evolutivas encontramos las siguientes:

1. *Perspectiva del tiempo*: El individuo es capaz de adoptar una perspectiva temporal adecuada, y una orientación de futuro amplia, realista y optimista. Llega a entender que “cambio” no significa “pérdida”, y no se ancla en una nostalgia del pasado, bien sea individual, histórica o generacional, pero en cualquier caso regresiva, que puede resultar paralizadora.
2. *Desarrollo del afecto*, constituyéndose éste en una estructura rica y compleja que integra todos los sistemas de apoyo, ajuste y afianzamiento afectivo

mutuos. En las relaciones amorosas se busca y construye el equilibrio entre la intimidad, la pasión y el compromiso.

3. Desarrollo psicosexual ajustado y equilibrado. Adquieren su justa medida las diferentes dimensiones de la sexualidad: la del descubrimiento, la de manifestación del amor y la de reproducción humana, según cuál sean las opciones vitales de cada persona. La sexualidad se entiende como algo no meramente genital, sino integrador de la persona entera. El marco de referencia indiscutible para esta vivencia de la sexualidad es el respeto a uno mismo, el respeto por el otro y los otros, y el respeto por el propio curso vital.
4. Desarrollo de la autonomía e independencia conductual, emocional y moral, desarrollando paulatina y escalonadamente un esquema y una jerarquía de valores basados en su propio conocimiento y en su propio juicio. Sin embargo, eso no supone romper con el pasado, con la propia biografía, con lo aprendido, los valores que se le hayan transmitido ni los compromisos que haya adoptado. Sí supone, sin embargo, que el individuo profundice en su búsqueda y adopte sus propias decisiones de forma libre y comprometida.
5. Desarrollo del sentido de la responsabilidad personal y social, entrenado en un esquema atribucional ajustado a la realidad, que ignore escrúpulos estériles y culpabilizaciones infecundas para llegar a una asunción de responsabilidad indiluida y madura.

Y en cuanto a las características psicológicas, podemos hablar de:

- a) Asunción del cambio como algo inevitable, saludable y no asociado necesaria o exclusivamente a pérdidas ni a ganancias. El cambio se convierte en una oportunidad para el desarrollo.
- b) Pérdida progresiva del egocentrismo, dejando de lado cada vez más las cosmovisiones propias como las únicas posibles, valorando otras visiones, otros puntos de vista, conociendo y asimilando otras culturas, otras generaciones, etc.

- c) Afrontamiento frente a evitación. El individuo deberá elaborar estrategias adecuadas para afrontar las diferentes transiciones evolutivas, los conflictos, la toma de decisiones, las dudas, los temores... La persona madura no evita o se aleja de la situación difícil, no se concede una moratoria excesiva, ni desplaza la responsabilidad en el afrontamiento de las situaciones.
- d) Disciplina, como esfuerzo personal que va más allá del mero autocontrol, y que es el instrumento básico que necesitamos para afrontar y resolver los problemas de la vida. Entre sus componentes, encontramos la tolerancia a la frustración y la capacidad para postergar la gratificación, que constituyen elementos básicos de la madurez.
- e) Asunción de un sistema de creencias. Tener un sistema de creencias ayuda a estructurar y dar sentido a la propia vida. La persona madura asume este sistema en los diferentes ámbitos en los que se desenvuelve, sin renunciar a sus principios, valores y convicciones. Además, no lo hace de forma inconsciente, sino libre y voluntariamente.
- f) En general, es necesaria para la madurez la coherencia entre los conocimientos, sentimientos y comportamientos, el sistema de creencias, los afectos, el modo de estar en el mundo... Es necesario alcanzar un equilibrio, sin perder la capacidad de adaptación, que no suponga rigidez, pero que dé continuidad y estabilidad a la personalidad del individuo.

En definitiva, este modelo integrador y completo de la madurez humana sería el que adoptamos como propio para plantear como ideal de consecución por parte del adulto emergente, en la búsqueda y desarrollo de su propia identidad.

CAPÍTULO 5

TRAZANDO PERFILES

5.1. Autopercepción de la identidad adulta

Ni siquiera el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española nos da una entrada que recoja la perspectiva lega del término “autopercepción”. Necesitaríamos acudir al término “percepción”,

2. f. Sensación interior que resulta de una impresión material hecha en nuestros sentidos.
3. f. Conocimiento, idea.

Y al prefijo

auto-.

(Del gr. αὐτο-).

1. elem. compos. Significa 'propio' o 'por uno mismo'.

para aventurarnos a decir que la “autopercepción” vendría a ser *el conocimiento o idea sobre uno mismo, adquirido por el propio sujeto, y las sensaciones subjetivas que ese conocimiento o idea le provoca.*

Desde una perspectiva sociológica, el último estudio de FAD (2014) pretendía, entre otros objetivos, saber cómo se perciben los jóvenes españoles entre los 15 y los 24 años.

En la Figura 4 podemos encontrar los resultados que arrojan los datos recopilados, y su comparación con los de estudios anteriores.

Figura 4: Valores implícitos en la autopercepción de los jóvenes españoles actuales. Comparativa con estudio anterior.

Valores implícitos en la identidad propia comparativa con 2006			
Comparativa rasgos de identificación 2006-2014. Datos en medias. Excluidos NS/ NC			
IDENTIFICACIÓN CON RASGOS. ESCALA 1 "NADA"/10 "TOTALMENTE"	2006 ENUNCIADO: ¿HASTA QUÉ PUNTO ESTOS RASGOS CARACTERIZAN A LOS CHICOS Y CHICAS DE HOY?	2014 ENUNCIADO ¿HASTA QUÉ PUNTO CREES QUE ESTOS RASGOS TE CARACTERIZAN A TI COMO PERSONA?	DIFERENCIA 2014-2006
Honrado	6,07	8,44	2.37
Leal	5,95	8,38	2.43
Generoso	5,96	7,90	1.94
Comprometido	5,42	7,73	2.31
Responsable	5,73	8,08	2.35
Solidario	5,72	7,86	2.14
Tolerante	5,77	7,62	1.85
Bien integrado en la familia/ Familiar	6,10	8,22	2.12
Trabajador	6,26	8,16	1.90
Independiente	6,19	7,29	1.10
Rebelde	6,87	5,88	-0,99
Pensando sólo en el presente	6,80	5,70	-1.10
Con poco sentido del sacrificio	5,66	4,12	-1,54
Con poco sentido de deber	5,81	4,10	-1,71
Consumista	7,87	6,51	-1,36
Egoísta	6,31	3,86	-2,45

Fuente: Jóvenes y valores (I). Un ensayo de tipología, FAD, 2014.

La interpretación de los datos arroja una imagen claramente benévola de los jóvenes sobre sí mismos, subrayando los rasgos de carácter positivo y aquellos que indican preocupación por lo colectivo. Cabe recordar que, algunas veces, hay cierta distancia entre su identidad ideal y su identidad efectiva.

Consideradas estas perspectivas, y desde la propia de nuestro trabajo, no podemos sino aceptar el fundamental papel que la autopercepción juega no sólo en la determinación de la etapa de la adultez emergente, sino también en la propiamente considerada adultez. Efectivamente, desde la perspectiva de los propios interesados, los jóvenes, la transición a la adultez no se produciría en forma de sucesión de una serie de eventos transicionales concretos, sino más bien en función del criterio personal de que varios procesos psicológicos subyacentes hayan tenido éxito (Arnett, 1997). Por ello, acompañamos a Arnett y Galambos (2003) en la consideración de que la cuestión acerca

de si en una cultura existe o no una etapa de adultez emergente está íntimamente relacionada con cómo ven estos jóvenes la adultez, y cuándo creen que la han alcanzado, debido al sentimiento de sentirse entre dos mundos que caracteriza a la adultez emergente. Este sentimiento, uno de los más característicos de la etapa, se debe, precisamente, a que la mayoría de los criterios utilizados por los sujetos sean de carácter interno y psicológico. Es decir, no son eventos, sino procesos, y, como tales, su desarrollo se extiende en el tiempo. Consecuentemente, es comprensible que muchos adultos emergentes sientan que están inmersos en ellos, pero que aún no los han completado (Petrogiannis, 2011). En cualquier caso, es indudable la repercusión que este proceso autoperceptivo va a tener en la configuración de la identidad personal.

Algunos otros autores, por ejemplo, Molgat (2007), en su estudio con jóvenes canadienses, ha comprobado que los criterios utilizados por los jóvenes para determinar si son ya o no son aún adultos, no son solamente individualísticos, subjetivos o internos, sino que no dejan de atender a criterios estructurales, marcadores sociales que tienen una importante presencia en la vida de los sujetos y están íntimamente ligados a sus biografías. Otro argumento de Molgat a favor de la consideración de estos criterios estructurales es el propio cambio que éstos sufren a lo largo del tiempo, adaptándose a la realidad social en la que los individuos se desenvuelven.

Siguiendo a Petrogiannis (2011), si en cada etapa de su ciclo vital cada individuo trabaja de diferente manera para resolver sus propias tareas evolutivas y optimizar su desarrollo, esta diferenciación se aplicará también a cómo perciben la adultez. Así, el trabajo de Nelson y Barry (2005) sugiere que las diferencias individuales en el grado en que los jóvenes se perciben como adultos podría ser un factor importante que explicase las variaciones dentro de un país o cultura. En su estudio compararon sujetos entre 18 y 25 años que ya se consideraron adultos (“adultos autopercebidos”) con aquellos que no lo hicieron (“adultos emergentes”) y encontraron que no diferían en los criterios que juzgaban necesarios para ser adulto. Sin embargo, los adultos autopercebidos creyeron que habían avanzado más en el logro de los indicadores de adultez, mostraron una identidad personal e interpersonal más consolidada, se mostraron menos depresivos y se implicaron en menos conductas de riesgo (por ejemplo, uso de drogas ilegales y conducir ebrio). Estos datos sugieren que el estatus adulto percibido podría ser un

importante factor a tener cuenta cuando queremos analizar la amplia variedad de actitudes, creencias y conductas de los sujetos en esta fase. Podemos además dar un paso más allá y preguntarnos, siguiendo a Nelson (2009), hasta qué punto el adoptar un rol adulto en estos años (por ejemplo, matrimonio o relación estable de pareja en vivienda diferente a la de los padres, trabajo a tiempo completo, paternidad) incide o no en la autopercepción como adulto, pues parece, de algún modo, que la relación entre autopercepción y criterios de adultez es biunívoca. De un lado, el hecho de que los sujetos hayan asumido o no algún rol tradicionalmente considerado propio de la edad adulta puede influir en su grado de autopercepción como tal adulto. Por otro, su grado de autopercepción del estatus adulto podría estar influyendo en la selección de criterios considerados importantes para la adultez, incluso en la “aceleración” de sus procesos psicosociales de transición. En definitiva, podemos decir que las diferencias en los criterios que los sujetos tienen para la adultez, su grado de consecución y su autopercepción como adultos –el desarrollo de su identidad como tales- están íntimamente relacionados.

Cuando tenemos en cuenta ambos aspectos (percepción como adulto y roles adultos asumidos) de modo simultáneo se configura una tipología de estatus adulto que se muestra en el punto siguiente de este capítulo.

5.2. Hacia una posible tipología de estatus adulto

Hemos visto, en el análisis de estudios intra e interculturales, como, a pesar de la solidez del concepto, se da una cierta diversidad cultural en los rasgos de los adultos emergentes. Y, dado que la definimos como un estado de transición a la adultez, esta diversidad dará lugar a diferentes perfiles o trazados en el estatus adulto.

Recogiendo el testigo de Nelson y Barry (2005), quienes sugieren diferencias en la medida en que los jóvenes se perciben a sí mismos como adultos según los países o culturas, asumimos diferencias en la tipología de estatus adultos que los mismos jóvenes referían, y presentamos, en primer lugar, los datos de un trabajo anterior (Zacarés, Serra y Torres, 2015), en el que proponíamos como resultado del análisis estadístico de los

autoinformes de 347 sujetos el siguiente cuadro de doble entrada (Tabla 6), donde contemplábamos la autopercepción como adultos y la asunción de roles considerados típicamente adultos que habían asumido.

Tabla 6: Tipología de estatus adulto (adaptada a partir de Nelson, 2009).

	Sí se autoperciben como adultos	No se autoperciben como adultos
Ya han asumido algún rol adulto	<i>“Adultos en funciones”</i>	<i>“Adultos no preparados”</i>
No han asumido todavía roles adultos	<i>“Adultos autopercebidos”</i>	<i>“Adultos emergentes”</i>

Entendemos que son estos distintos tipos de estatus adulto los que pueden estar determinando diferencias individuales significativas, dibujando diferentes perfiles de desarrollo hacia la adultez.

La gran mayoría (79% de los participantes) no se consideraba a sí mismo como adulto. Este porcentaje es incluso más alto que los referidos en otros estudios en España (59%, Uriarte 2007) y en otros contextos culturales y geográficos, como China (41%, Nelson et al. 2004; 52%, Zhong & Arnett, 2014), Canadá (50% en población aborigen, Cheah & Nelson, 2004) y Argentina (54%, Facio & Micocci, 2003). Más próximos están algunos porcentajes de Grecia (60%, Petrogiannis, 2011), Rumanía (61%, Nelson, 2009), y Austria (62%, Sirsh et al. 2009). Así pues, aunque durante este período crece la tendencia a considerarse a sí mismo como un adulto, el sentimiento de ambivalencia sigue siendo predominante, y definitorio para la etapa en sí.

La percepción del logro del estatus adulto se incrementaba, como era esperable, con la edad si bien se constata que, aunque entre los 18 y 30 años va aumentando la autopercepción como adulto, ésta no llega a ser mayoritaria ni siquiera entre el grupo de sujetos mayores de 26 años, edad que suele indicar convencionalmente el fin de la adultez emergente (Arnett, 2004). A esa edad únicamente un 45% de los sujetos se consideraba ya adulto.

Hasta ese momento, como criterios de adultez, los cinco criterios valorados como más importantes fueron en orden decreciente: (1) “Aceptar la responsabilidad por las

consecuencias de tus actos”; (2) “Tener sentido de la responsabilidad personal y social”; (3) “Decidir sobre tus creencias personales y valores independientemente de los padres u otras influencias; (4) “Buscar la coherencia entre lo que se siente, se piensa y se hace” y (5) “Si se es sexualmente activo, evitar enfermedades de transmisión sexual”. Estos datos reflejan indicadores madurativos internos como los más importantes criterios de adultez, mucho más que sucesos transicionales tradicionalmente asociados a la entrada en la adultez (p.e. casarse, tener hijos) que se valoran en bastante menor medida.

Los resultados de los análisis realizados, para verificar hasta qué punto emergía una estructura subyacente de criterios de adultez similar a la de otros países, fueron similares a los presentados en estudios anteriores de otros autores (Arnett, 2003; Nelson, 2009). La versión final del instrumento utilizado incluye los siguientes factores: (a) *Transiciones de rol y biológicas*, (b) *Conformidad con las normas*, (c) *Madurez psicológica*, y (d) *Independencia económica-capacidades familiares*. Cinco ítems originales quedaron excluidos de esta estructura factorial: “establecer con tus padres una relación de adultos de igual a igual”, “aprender a tener siempre un buen autocontrol sobre tus emociones”, “alcanzar los 18 años”, “alcanzar los 21 años” y “tener una vida afectiva y sexual equilibrada y satisfactoria”. Estos factores son similares a los que han aparecido en otros estudios previos (Arnett, 2003; Nelson, 2009) si bien su número ha sido menor probablemente. Hay que tener en cuenta que al eliminar la duplicación asociada al sexo de los ítems referidos a capacidades familiares, éste se ha subsumido en otro más general que también incluye la independencia socioeconómica respecto a la familia de origen. El factor de transiciones de rol también ha incluido lo que otros trabajos anteriores aparecía como una categoría independiente de “transiciones biológicas y cronológicas”, definiendo una especie de dimensión normativa externa de hitos sociales hacia la adultez. Finalmente se ha identificado de modo claro un factor de madurez psicológica que abarca tanto aspectos de madurez interpersonal como la presencia de una identidad personal bien articulada, similar pero más amplio conceptualmente al de “madurez relacional” de Badger et al. (2006). Tomados en conjunto destaca el factor de criterios de madurez psicológica valorado como el más importante, seguido de otros dos con un nivel similar de importancia, el de conformidad con las normas y el de independencia socioeconómica-capacidades familiares. El

percibido con mucho menor peso para la consideración de una persona como adulta fue el de transiciones de rol y biológicas.

Junto al de *adultos en funciones* y *adultos emergentes*, surgieron otros dos perfiles de estatus adulto particularmente interesantes, el de *adultos no preparados* y el de *adultos autopercebidos*. Estos grupos no difieren entre sí en su edad promedio, si bien tenderían a ocupar una posición temporal intermedia entre los dos grupos anteriores (en torno a los 23-25 años). El grupo de *adultos no preparados* estaría conformado por aquellos que ya han asumido algún rol adulto sin sentirse completamente preparados para ello. En el estudio de Nelson (2009) este grupo se distinguió sobre todo por unos compromisos de identidad más débiles frente a los grupos que ya se consideraron adultos. En nuestro caso, el grupo de adultos no preparados otorgó mayor importancia a las transiciones de rol y los datos indicaban que habían avanzado también en su logro, pero no parecía que esto hubiera sido suficiente para hacerles autoperibirse como adultos. También parecían tener cierta dificultad a la hora de conformarse con las normas, a pesar de considerarlas como criterio importante de adultez, lo que tal vez indicaría una mayor presencia de conductas de riesgo y dificultades en el control de impulsos. De este modo, asumir roles adultos sin antes resolver algunas cuestiones de identidad podría situar a estos sujetos en riesgo evolutivo futuro. De hecho, su perfil de “inmadurez psicológica” y de ambivalencia es semejante al de los adultos emergentes, pero con menos tiempo y posibilidades que éstos para implicarse en un proceso de exploración al servicio de un desarrollo positivo.

La otra cara de la moneda lo constituye precisamente el grupo de *adultos autopercebidos*, cuya consideración como adultos parece provenir sobre todo de la adquisición de una serie de cualidades psicológicas “más maduras”, que al fin y al cabo son las consideradas más importantes como requisito de adultez. No parecían precisar de la vivencia de algún rol específico para esa autopercepción como adulto. Su identidad estaba más firmemente establecida y sus capacidades interpersonales se hallaban más desarrolladas en comparación con el grupo de adultos no preparados. Seguramente por ello mostraban igualmente una conformidad hacia las normas bastante elevada a pesar de que no otorguen a este factor tanta importancia.

Por lo que respecta a los *adultos emergentes*, aunque en general sí se confirmaron sus características típicas, como la “etapa de las posibilidades” y la “exploración de identidad”, como en los casos de otros autores (Arnett, 2003; Nelson, 2009; Sirsch et al. 2009), se analizaron variaciones en los perfiles que estuvieran asociadas a variables como el género de los sujetos y el estatus adulto al que se incorporaban según su autopercepción.

En este sentido, se constató un efecto principal asociado al sexo para la importancia otorgada a la conformidad con las normas, a la madurez psicológica y a la independencia socioeconómica-capacidades familiares: las mujeres dieron mayor importancia a estos factores. Por otra parte, como era esperable, los *adultos no preparados* concedieron mayor importancia a las transiciones de rol que los adultos autopercebidos y a la conformidad con las normas más que los adultos emergentes.

Por otra parte, comparaciones a posteriori usando la prueba de Tukey mostraron que el grupo de *adultos en funciones* tenían una edad significativamente superior a la del resto de grupos, y que los *adultos no preparados* y los *adultos autopercebidos* también diferían por su mayor edad del grupo de adultos emergentes. Investigaciones anteriores (Nelson, 2009; Nelson & Barry, 2005) sugieren que tal como sucede en los jóvenes españoles, las actitudes, creencias y comportamientos difieren en función de la medida en que los sujetos se consideren adultos.

En definitiva, los perfiles de estatus adulto que desde nuestro modelo podríamos trazar son cuatro:

- a) Los *adultos en funciones*, quienes presentan mayores niveles de cumplimiento de todos los criterios para la adultez, tanto los internos, más psicológicos, como los externos, sin dar, sin embargo, demasiada importancia a los roles de transición. Presentan compromisos más estables y están más orientados a los demás que los sujetos de los otros cuadrantes de la tabla.
- b) Los *adultos emergentes*, que son los que mejor responden al prototipo esbozado originalmente por Arnett (2004).

- c) Los *adultos no preparados*, quienes, por diferentes razones (p.e., paternidad/maternidad en embarazos no deseados, necesidad de asumir el rol de cabeza de familia, etc.), se han encontrado en la obligación de adoptar roles tradicionalmente considerados adultos sin sentirse plenamente preparados para hacerlo. De hecho, a veces, como nos dice Nelson (2009), establecen compromisos muy débiles y les cuesta cumplir las normas a pesar de considerarlas un importante criterio para la adultez. Su perfil incluye un cierto nivel de inmadurez psicológica y ambivalencia, pero, sin embargo, no tienen demasiado tiempo ni oportunidades para llevar a cabo su proceso de exploración, dadas las responsabilidades que han debido asumir. Podríamos esperar, por tanto, que su nivel de consolidación de identidad fuera menor, aumentando su experiencia de inestabilidad (Luyckx, De Witte y Goosens, 2011). En este sentido, asumir roles adultos sin haber resuelto anteriormente ciertos aspectos de identidad ponen al sujeto en riesgo para su futuro desarrollo psicológico saludable. Del mismo modo, asumir responsabilidades profesionales sin tener en cuenta sus intereses reales puede conllevar problemas a lo largo de su recorrido vital. El efecto de verse a sí mismo como obligado a actuar como un adulto sin considerarse como tal es una carga (también psicológica) que deben asumir.
- d) Los *adultos autopercebidos*, por el contrario con respecto al grupo anterior, parecen haber adquirido una serie de cualidades “de carácter” relativas a la madurez psicológica, que en definitiva son consideradas requisitos más importantes para la adultez. No necesitan adoptar un rol considerado típicamente adulto para considerarse como tales.

5.3. Un apunte sobre otros modelos

Otro modelo de perfiles adultos atendiendo a diferentes criterios, más bien de carácter estructural, en la línea de la crítica de Côté (2014) a la teoría de la adultez emergente, es el de Silva (2012). Silva ubica sus narrativas en un tiempo de creciente incertidumbre,

como es el actual, y, después de varias rondas de entrevistas y análisis cualitativo, hace una propuesta de cuatro tipos de perfiles, en ninguna de las cuales el sujeto está centrado en la exploración de sus posibilidades o de su identidad, sino en tratar de alcanzar los marcadores psicosociales y estructurales que se esperan de ellos como adultos:

- a) la tradicional, que pone el énfasis en el intento del sujeto de conseguir los marcadores psicosociales de la adultez;
- b) la terapéutica, centrada en el manejo de las heridas psicológicas que el propio crecimiento ha podido ir provocando, y de éste mismo;
- c) una combinación entre la tradicional y la terapéutica;
- d) la tradicional con incorporación del tema religioso, entendiendo el sujeto que el retraso de la transición a la adultez constituyera parte de algún tipo de plan divino para él/ella.

Encontramos especialmente interesante una propuesta de Silva: que en futuras investigaciones se examinen las narrativas propuestas por jóvenes de clase media para determinar en qué medida adoptan una narrativa terapéutica centrada en la transición a la adultez, aunándolo con la narrativa psicológica de Arnett sobre el autodescubrimiento y la sociológica de la consecución de los marcadores psicosociales.

En este mismo sentido de adopción de roles tradicionalmente considerados adultos, Osgood, Ruth, Eccles, Jacobs y Barber (2005) presentaron una investigación centrada en la transición de la formación al trabajo, así como en la adopción de un estilo de vida adulto y la formación de una familia. Analizaron a jóvenes americanos de 24 años ($n=1410$), y encontraron seis grupos de sujetos que dibujaban diferentes recorridos según cinco marcadores de adultez: terminar los estudios, tener una carrera, tener pareja, estar soltero y tener familia. Les llamaron *fast starters*, *parents without careers*, *educated partners*, *educated singles*, *working singles* and *slow starters*. Nos permitimos traducir estos términos como *precoces* (se entiende en el acceso a dichos roles adultos), *padres sin carrera*, *parejas con formación superior*, *solteros sin formación superior*, *solteros*

trabajadores y tardíos (ídem). Como vemos en todas las combinaciones, se consideraron únicamente marcadores psicosociales.

Por su parte, Schoon and Schulenberg (2013), basándose también exclusivamente en este tipo de marcadores, presentaron cinco grupos de transición en jóvenes de Reino Unido, USA y Finlandia: los de muy alta formación, los orientados al trabajo que no tenían niños, los que constituían un modelo de familia tradicional, los de “lento comienzo” (en este sentido coincidirían con los *tardíos* del modelo anterior) y los de transiciones frágiles. Este último concepto nos parece especialmente interesante para tener en cuenta en cualquier proceso de transición evolutiva.

CAPÍTULO 6

OPTIMIZACIÓN EVOLUTIVA Y DESARROLLO POSITIVO EN LA ADULTEZ EMERGENTE

En un estudio previo (Torres, 2012), presentamos a una muestra de 347 sujetos un cuestionario sobre criterios de autopercepción adulta. En este instrumento, se incluía un apartado en el que los sujetos que lo desearan podían indicar otros criterios que no se hubieran mencionado en el listado proporcionado, y que, sin embargo, creían importantes para considerar que una persona había alcanzado ya la adultez. Asimismo, les solicitábamos que les aplicaran la misma escala de valoración sobre el grado de consecución autopercebido que a los demás criterios del mismo cuestionario.

Prácticamente un tercio de la muestra total (110 sujetos) respondió a este ítem abierto con toda la información solicitada, aportando un total de 216 unidades de análisis. De entre ellas, algunas de las categorías que pudimos identificar fueron las de *participación social*, entendida como competencia social y ciudadana, que, entre otras cosas, hace posible comprender la realidad social en que se vive y ejercer la ciudadanía democrática en una sociedad plural (Cantón y Pino-Juste, 2012); *muerte, pérdida y duelo*; *resiliencia*, entendida como la capacidad humana de encajar, resistir y superar la adversidad (Rojas, 2010); *trascendencia*, entendida como un “ir más allá de mi propio yo” y “falta de superficialidad”, e, ineludiblemente, una categoría a la que denominamos *otros*, que incluía desde dos criterios absolutamente específicos de nuestro tema de estudio, hasta algunos relacionados con *ética*, hábitos de higiene o urbanidad.

Del análisis de contenidos de las respuestas abiertas de nuestros sujetos se desprendía que los constructos con los que de forma más estructurada podíamos relacionarlos eran

el de *inteligencia emocional* y el de *bienestar*, que, de alguna manera, venían a recordarnos la complejidad de la configuración del psiquismo humano, así como el hecho de que, en demasiadas ocasiones, veníamos centrándonos en las dificultades, retos y riesgos que las transiciones evolutivas, en concreto, hacia la adultez, suponen. Esta circunstancia nos hizo plantearnos la necesidad de abordar, en esta tesis doctoral, los conceptos de optimización evolutiva y desarrollo positivo, teorías que tienen más de un punto en común.

6.1. Optimización evolutiva y desarrollo positivo

6.1.2. Optimización evolutiva

Viguer (2004) señala que la *optimización evolutiva*, inserta en la Teoría del Desarrollo del Ciclo vital, set rata de una intervención en cualquier momento del desarrollo del sujeto no centrada tanto en los aspectos negativos o psicopatológicos, sino en los aspectos saludables. Se aplican los principios teóricos y las técnicas de intervención disponibles, desde un punto de vista interdisciplinar, y se pretende con ello facilitar la prevención, la promoción y la potenciación del desarrollo óptimo del individuo, tomando en consideración tanto los procesos que dificultan el cambio saludable como aquellos que lo facilitan.

El concepto de *optimización evolutiva* participa también de la idea del balance entre ganancias y pérdidas en el desarrollo (Baltes, 1987; Baltes et al., 1998, 1999; en Zacarés, 1999), buscando la maximización de las primeras y la minimización de las segundas, suponiendo, el resultante, el cambio o adaptación según avancemos en la edad. La plasticidad es otra característica del desarrollo que se tiene en cuenta, tratando de llevar a cabo intervenciones que garanticen el éxito a lo largo de todo el desarrollo vital, por eso se habla también de *desarrollo óptimo* (Viguer, *ibid.*).

De Bronfenbrenner (1987) recoge la perspectiva ecológica del desarrollo humano, lo que conduce ineludiblemente a considerar, a la hora de la intervención, todos los niveles

contextuales, no sólo el individual, sino los diferentes micro, meso, macro y exosistemas del sujeto.

Cuando se decide iniciar una acción optimizadora, bien sea de prevención o desarrollo (incluyendo a la población general, aunque no esté en riesgo de patología) como de intervención (cuando ya se ha manifestado algún problema y hay que reaccionar ante él), se hace siempre en consonancia con un esquema de valores, respetando en todo momento los derechos de los que el sujeto y la comunidad en la que se inscribe gozan, sin dejar de considerar también sus deberes. Esto le da a la intervención una perspectiva ética irrenunciable, y la vincula al sistema de creencias tanto del profesional como del sujeto, y en ese sentido, también a una perspectiva de trascendencia, lo que nos recuerda que su acción se realiza desde una punto de vista integral del sujeto (Viguer, íbid.)

Esta autora defiende que la optimización puede llevarse a cabo a lo largo de todo el ciclo vital. ¿Cabría, entonces, pensar en una posible intervención para la optimización evolutiva o desarrollo óptimo del adulto emergente? Según sus propias palabras (Viguer, íbid.),

“los ámbitos con más tradición en el estudio de las transiciones evolutivas [relacionadas con la adultez] son la familia y el trabajo, por lo que la mayor parte de los estudios o modelos de intervención en la vida adulta existentes plantean cómo mejorar el desarrollo adulto en el desempeño de dos de sus roles sociales básicos: su rol paterno-materno y su rol laboral” (p. 63).

Pero como hemos comentado en el capítulo correspondiente, no podríamos considerar a los adultos emergentes plenamente como adultos, siendo su característica más definitoria el “sentirse entre dos mundos”, el *ya- no- adolescente* y el *aún-no-adulto* (Arnett, 2000, 2004, 2011; Nelson y Barry, 2005). No cabría, entonces, aplicar un modelo típico de intervención para la optimización evolutiva ni para adultos ni para adolescentes, y se pondría de manifiesto la necesidad de crear un modelo *ad hoc* para la que hemos considerado una nueva etapa del ciclo vital, la adultez emergente.

Zacarés e Iborra (2006) se plantean, precisamente, si es posible la optimización de la identidad no solo en la adolescencia, sino también en la “transición a la vida adulta”, es decir, en la adultez emergente. Desde una revisión de los programas que trabajan la mejora del autoconcepto que no niega su pertinencia y utilidad, pero sí asume que

resultan insuficientes, se proponen actualizar las perspectivas para la intervención optimizadora del sujeto sin renunciar a ninguno de los tres ejes identitarios: el yo, la persona y el ser social.

Según estos autores, un programa de intervención optimizador para adolescentes y sujetos en transición hacia la adultez debería regirse por unos principios generales, respetando la perspectiva psico-social (p. 37):

1. - *Debería actuar multidimensionalmente sobre las relaciones entre la persona y su entorno, basando sus esfuerzos en la triple distinción entre identidad del yo, identidad personal e identidad social* porque los procesos de formación y mantenimiento de la identidad pueden ser diferentes en cada nivel [...] Se reconoce que hoy es más difícil para muchos adolescentes y jóvenes formar y mantener una identidad social adulta, de manera que muchos de ellos buscan en el nivel de la identidad personal sus fuentes de significación y validación, nivel atravesado por las fuertes presiones de una cultura de masas. Aquellos con un sentido de la identidad del yo relativamente fuerte afrontarán mejor estos desafíos.

2. - *Debería incidir en los procesos de diferenciación-integración y en el grado de conciencia subjetiva de dichos procesos, tanto en el plano estructural como en el plano de los compromisos manifestados por el sujeto a fin de favorecer un avance evolutivo de la identidad.* [...] La integración estructural constituye, como ya hemos visto, un rasgo esencial de la identidad desde una perspectiva fenomenológica: el sentido de continuidad espacio-temporal. [...] De ahí que uno de los objetivos de una intervención sería justamente ése, poder gestionar nuestros compromisos, o lo que es lo mismo, poder integrar mejor las diferentes representaciones que tenemos sobre nosotros mismos, bien cuando queramos hacerlo, bien cuando necesitemos hacerlo, por ejemplo durante un momento de cambio como puede ser una transición del desarrollo [...] que afecta a nuestra identidad personal y social y a nuestro sentido de estabilidad y continuidad personal. Es justo en este tipo de situaciones donde se requiere un mayor nivel de flexibilidad para poder adaptarse a las nuevas circunstancias, lo que probablemente implique una reorganización personal de nuestros

compromisos, intereses, valores y en definitiva de nuestra identidad.

3. - *Debería ser consistente con una visión teórica pero asegurando siempre la relevancia evolutiva y la significación personal de los procedimientos y actividades para el propio sujeto [...]*

Y concluyen este punto de su trabajo proponiendo para las intervenciones la posibilidad de plantearlas de un modo más preventivo o más interventivo, según cuál sea necesidad del sujeto.

¿Cuáles serían, entonces, las perspectivas desde las que fundamentar un programa de intervención? Las opciones propuestas son la perspectiva constructivista, la perspectiva del descubrimiento (revisadas desde el trabajo de Schwartz, 2002) y la perspectiva narrativa.

La *perspectiva constructivista* o de “self-construction” parte de que la identidad necesita ir construyéndose a través de un proceso de exploración y consideración de varias alternativas, evaluándolas según criterios externos. Recordemos que la exploración de la identidad es una de las dimensiones básicas de la adultez emergente, básicamente en lo que hace referencia al amor, el trabajo y la cosmovisión del mundo. El sujeto se verá en la tesitura de ir tomando decisiones que le ayuden a configurar su “mejor” identidad. Sus experiencias en relaciones interpersonales, especialmente de pareja, su sistema de creencias y valores, su realidad vocacional... Todo necesitará ir siendo ponderado para ayudar al adulto emergente a configurar la *identidad optimizada* que le conduzca a la adultez. Y esta configuración no podrá realizarse si el sujeto no es y se siente competente (competencia aquí entendida como capacidad del sujeto para el pensamiento crítico) para plantearse las alternativas e ir tomando las decisiones pertinentes. El estilo cognitivo para plantearse las alternativas y la competencia para la exploración de la identidad serán dos de los pilares a intervenir en la optimización del desarrollo desde esta perspectiva (Zacarés e Iborra, 2006).

Según Schwartz y los autores a los que seguimos, *la perspectiva del descubrimiento* se completa con la expresión “*de uno mismo*”. La intervención consistiría en ayudar al sujeto a que descubra sus fortalezas, talentos, habilidades y capacidades connaturales,

que están simplemente a la espera de ser desentrañadas y explotadas. No es importante el criterio externo para la evaluación, sino el eco emocional que las experiencias positivas, descubrimientos y sucesivas elecciones van generando en el individuo. Gana importancia, pues, el mundo interno del sujeto. El adulto emergente, en contra de lo que pueda parecer, según hemos visto en las críticas formuladas a la teoría que sostiene el concepto, tiene esa capacidad de reflexión interna, en parte gracias a la oportunidad del “self-focusing”, de centrarse en él mismo durante esta etapa de su vida. El tipo de procesamiento de la información que fluye en el sujeto, según esta perspectiva, sería un procesamiento afectivo-emocional. La intervención pasaría por ayudar a los adultos emergentes a identificar sus fortalezas y potenciales, y aquellas experiencias que les aportan mayor bienestar, y estimularles para la construcción de objetivos realistas fundamentados en sus posibilidades, de modo que les generen experiencias de éxito y, poco a poco, de autorrealización.

En tercer lugar, Zacarés e Iborra aportan la llamada *perspectiva narrativa*. La narrativa va

“más allá de una metáfora metodológica para constituir uno de los procesos principales que tenemos para construir un sentido de identidad personal coherente, continuo e integrado [...] Desde una perspectiva narrativa, la identidad sería, por lo tanto, la forma en que nos relatamos, hablamos o explicamos acerca de nuestras acciones” (pp. 42-43).

En la narrativa queda patente la existencia o falta de integración de las diferentes experiencias presentes del sujeto en distintos contextos y su continuidad o consistencia a lo largo del tiempo. Esta perspectiva implicaría una actitud proactiva en el sujeto, quien necesariamente tiene que ir interpretando y dotando de significado estas experiencias.

Como propuesta de intervención, desde esta perspectiva habría que incluir el trabajo para aumentar, si fuera necesario, las habilidades de los sujetos para la construcción, deconstrucción y, en su caso, reconstrucción de las historias sobre sí mismos y sus vidas, para darles la oportunidad de sentirse autores más activos en el proceso de creación de sus propias narrativas. Hacer objetivas nuestras historias personales puede ayudarnos a ganar competencia en el reconocimiento de los aspectos menos claros,

positivos o saludables de nuestra vida, y ayudarlos a reinterpretar y reorganizar todas las experiencias de manera que podamos aumentar la percepción de integración en la misma.

Vemos, pues, que desde la optimización evolutiva puede darse respuesta a la necesidad de ayudar y acompañar al sujeto en su proceso de maduración personal en la transición a la adultez, buscando su desarrollo óptimo.

De este último se ocupa también, de una manera muy especial, la Psicología Positiva.

6.1.3. Desarrollo positivo

La Psicología Positiva se define como el estudio científico de los aspectos de la experiencia humana que mejoran la calidad positiva de la misma (Sinnott, 2013), previniendo la aparición de trastornos mentales y patologías (Seligman, 2003; 2011). Surge como respuesta al reconocimiento de haber dedicado décadas de atención a los problemas psicológicos, y pretende focalizarse en aquello que puede ayudar a que las personas tengan un desarrollo positivo y una vida feliz, centrándose tanto en las fortalezas como en las debilidades del sujeto, interesándose tanto en construir lo bueno de la vida como en reparar lo malo, y comprometiéndose tanto en dotar de sentido la vida de la gente normal como en ayudar a sanar las heridas de aquellos que sufren (Peterson y Seligman, 2004).

El gran interrogante de la Psicología Positiva es: ¿qué hace a una persona *floreecer*? La metáfora del florecimiento, refiriéndose al *desarrollo positivo* de la persona, responde adecuadamente a las inquietudes de los especialistas interesados en conocer cuáles son las características individuales, los estilos y contenidos de pensamiento, los factores del medio y contextos de comportamiento que pueden ayudar a una persona a desarrollarse y crecer de modo psicológicamente saludable y considerarse feliz, a alcanzar el mejor desarrollo posible a lo largo de su vida. En tanto que individuos, o como miembros de una comunidad, deseamos optimizar las oportunidades de crecer y *floreecer* (Sinnott, op. cit.). Es evidente que los seres humanos, en el transcurso de todo su ciclo vital (e incluyendo, por ende, la adultez emergente y la adultez en sí) encuentran retos y situaciones que pueden ayudarles a crecer, a pesar de las dificultades, o vencerles,

provocando el sufrimiento y la patología. ¿Qué es lo que marca la diferencia? ¿Cómo pueden desarrollarse y ponerse en juego factores como, por ejemplo, la esperanza, el gozo, la resiliencia, la gratitud, el afrontamiento adecuado de las circunstancias, la espiritualidad, el coraje, la cooperación, la aceptación de la diversidad, la tolerancia a la frustración, el compromiso por conseguir una vida plena, con sentido para uno mismo y para su comunidad? ¿Tienen realmente valor adaptativo las emociones positivas?

Para responder a esta cuestión, la Psicología Positiva se centra en tres temas relacionados entre sí: el estudio de las experiencias subjetivas positivas, el estudio de los rasgos individuales positivos y el estudio de las instituciones que permiten el desarrollo de experiencias y rasgos positivos (Seligman y Csikszentmihalyi, 2000). Además, su concepto nuclear, a través de cuyo ejercicio puede construirse una identidad y conseguirse un desarrollo positivo es el de *fortaleza*, más concretamente *fortaleza del carácter*. De hecho, Seligman (2002) define el *buen carácter* por aquel formado por un conjunto de estos rasgos positivos, que, a su vez, se agrupan en *virtudes*.

Según Peterson y Seligman (2004), algunas de las características más importantes de estas fortalezas, para el tema del desarrollo óptimo del sujeto que nos ocupa son que

- a. Las personas las poseen en niveles variables;
- b. Se manifiestan a través de pensamientos, sentimientos y acciones;
- c. Son modificables a lo largo de la vida (por tanto, pueden aprenderse);
- d. Son mensurables;
- e. Están sujetas a las influencias contextuales.

Los iniciadores de la Psicología Positiva se preocuparon desde el principio en determinar cuáles eran estos rasgos positivos de la personalidad que nos hacían considerar a alguien como una *buen persona*, entendiendo con esto que su desarrollo era positivo y saludable, si no óptimo. Pero no sólo eso. Entendían que, como columna vertebral para la investigación, la diagnosis y la intervención, era imprescindible disponer de una clasificación consensuada de estos rasgos positivos. Como un primer paso, analizaron las tradiciones religiosas, filosóficas y culturales más representativas, desde China (Confucionismo y Taoísmo), pasando por el sur de Asia (Budismo e Hinduismo), hasta los filósofos de la Antigua Grecia y el Judaísmo, el Cristianismo y el

Islam, para conocer y contrastar las respuestas que cada una de estas tradiciones daba a las preguntas sobre el *comportamiento moral* o lo que es una *vida buena*. (Dahlsgaard, Peterson y Seligman, 2005). Estos autores encontraron una convergencia sorprendente a lo largo de las distintas culturas, tradiciones y épocas estudiadas: A pesar de los lógicos matices y alguna discrepancia puntual, dicha convergencia parece constituir un fundamento no arbitrario para la determinación y clasificación de las fortalezas y virtudes humanas. Los seis rasgos principales (ellos les llamaron *virtudes*) que de forma recurrente aparecían a lo largo de sus investigaciones como rasgos positivos, deseables, y de indiscutible amplia aceptación universal, fueron el *coraje*, la *justicia*, la *humanidad*, la *templanza o moderación*, la *sabiduría* y la *trascendencia*.

Dado el carácter general y abstracto de estas virtudes, surgió la necesidad de hacerlas lo más concretas y operativas posible, se han concretado a través de una serie de *fortalezas personales*, que pueden definirse como *estilos moralmente valorables de pensar, sentir y actuar, que contribuyen a una vida en plenitud* (Peterson y Seligman, 2004). En total, se han identificado 24 fortalezas personales, y cada una de las seis virtudes se manifiesta en la práctica y se puede identificar mediante las fortalezas personales que la caracterizan.

Para considerar que una fortaleza es tal, debe cumplir una serie de criterios (Park, Peterson y Seligman, 2004), a saber:

- a. *Ubicuidad*: es ampliamente reconocida en todas las culturas.
- b. *Plenitud*: contribuye a promover la plenitud personal, la satisfacción, el bienestar y la felicidad, entendidos en sentido amplio.
- c. *Valor moral*: es deseable en sí misma, y no como un medio para un fin, ni por los resultados tangibles que puede producir.
- d. *No empequeñecer a los demás*: engrandece a los que son testigos de la misma, provocando la admiración y no la envidia.
- e. *Opuestos no deseables*: tienen contrarios (o antónimos) evidentes, que son negativos.

- f. *Apariencia de rasgo*: constituye una característica diferencial del individuo con demostrable posibilidad de generalizarse y estabilidad.
- g. *Mensurable*: se ha podido medir satisfactoriamente por los investigadores como □ una rasgo o característica diferencial individual.
- h. *Distintividad*: no es redundante, ni conceptual ni empíricamente, respecto a otras fortalezas del carácter.
- i. *Ejemplos paradigmáticos*: se conocen casos de personas que pueden considerarse □ ejemplos especialmente representativos de la misma.
- j. *Niños prodigio*: puede encontrarse precozmente en casos de niños o jóvenes.
- k. *Ausencia selectiva*: hay casos de individuos en los que esa fortaleza esté totalmente ausente.
- l. □ *Instituciones*: son objetivo de educación en la sociedad, intentando ser fomentadas deliberadamente a través de diversas prácticas y ritos sociales; son socialmente reforzadas y se intentan cultivar.

Así, la clasificación de Peterson y Seligman es la que puede verse reflejada en la tabla siguiente, que proporciona el *VIA Institute on Character*, creado en el año 2000, a iniciativa de Martin E. P. Seligman y Neal H. Mayerson. En ella, podemos ver las 24 fortalezas agrupadas bajo la virtud en la que se engloban.

Tabla 7: Clasificación de las virtudes y fortalezas personales. Adaptado y traducido de: VIA Institute on Character (disponible en línea en www.viacharacter.org).

SABIDURÍA Y CONOCIMIENTO:

Fortalezas cognitivas que implican la adquisición y el uso del conocimiento.

1. Creatividad [originalidad, ingenio]. Pensar en nuevos y productivos modos de conceptualizar y hacer las cosas. Incluye la creación artística pero no se limita exclusivamente a ella.

2. Curiosidad [interés por el mundo, búsqueda de novedades, apertura a experiencias]. Tener interés por lo que sucede en el mundo, encontrar temas fascinantes, explorar y descubrir nuevas cosas.

3. Apertura mental [juicio, pensamiento crítico]. Pensar sobre las cosas y examinar todos sus significados y matices. No precipitarse al sacar conclusiones, sino tras evaluar cada posibilidad. Ser capaz de cambiar las propias ideas en base a la evidencia. Ponderar adecuadamente cada evidencia.

4. Amor por el aprendizaje. Llegar a dominar nuevas habilidades, materias y conocimientos, ya sea por sí mismo o mediante un aprendizaje formal. Está obviamente relacionada con la fortaleza de curiosidad pero va más allá, describiendo una tendencia sistemática a añadir cosas a lo que uno sabe.

5. Perspectiva [sabiduría]. Ser capaz de dar consejos sabios y adecuados a los demás, encontrando modos para comprender el mundo y para ayudar a comprenderlo a los demás.

CORAJE:

Fortalezas emocionales que implican el ejercicio de la voluntad para la consecución de metas ante situaciones de dificultad, externa o interna.

6. Valentía [valor]. No dejarse intimidar ante la amenaza, el cambio, la dificultad o el dolor. Ser capaz de defender una postura que uno cree correcta aunque exista una fuerte oposición por parte de los demás. Actuar según las propias convicciones aunque eso suponga ser criticado. Incluye el valor físico pero no se limita a él.

7. Perseverancia [tenacidad, diligencia, laboriosidad]. Terminar lo que uno empieza. Persistir en una actividad aunque existan obstáculos. Obtener satisfacción por las tareas emprendidas y que consiguieran finalizarse con éxito.

8. Autenticidad [integridad, honestidad]. Ir siempre con la verdad por delante, presentarse ante los demás de un modo genuino y actuando con sinceridad; no ser pretencioso; asumir la responsabilidad de los propios sentimientos y acciones.

9. Entusiasmo [ánimo, vitalidad, vigor, energía]. Afrontar la vida con entusiasmo y energía; hacer las cosas con convicción y dando todo de uno mismo; vivir la vida como una apasionante aventura; sentirse vivo y activo.

HUMANIDAD:

Fortalezas interpersonales que implican cuidar y ofrecer amistad y cariño a los demás.

10. Amor [capacidad de amar y ser amado]. Valorar las relaciones cercanas con otras personas, en particular aquellas en las que el afecto y el cuidado son mutuos. Sentirse cercano a otras personas.

11. Amabilidad [bondad, generosidad, cuidado, compasión, amor altruista, simpatía]. Hacer favores y buenas acciones para los demás, ayudar y cuidar a otras personas.

12. Inteligencia social [inteligencia emocional, inteligencia personal]. Ser consciente de las motivaciones y los sentimientos, tanto de uno mismo como de los demás; saber cómo comportarse en las diferentes situaciones sociales; saber qué cosas son importantes para otras personas, tener empatía.

JUSTICIA:

Fortalezas cívicas que conllevan una vida en comunidad saludable.

13. Trabajo en equipo [responsabilidad social, lealtad, civismo]. Trabajar bien dentro de un equipo o grupo de personas; ser fiel al grupo; cumplir las tareas asignadas dentro de él.

14. Ecuanimidad [Sentido de la justicia]. Tratar a todas las personas como iguales en consonancia con las nociones de equidad y justicia; no dejar que los sentimientos personales influyan en las decisiones sobre los otros; dar a todo el mundo las mismas oportunidades.

15. Liderazgo. Animar al grupo del que uno es miembro para hacer cosas, así como reforzar las relaciones entre las personas de dicho grupo; organizar actividades grupales y procurar llevarlas a buen término.

MODERACIÓN:

Fortalezas que nos protegen contra los excesos.

16. Capacidad de perdonar, misericordia. Capacidad de perdonar a aquellas personas que han actuado mal; aceptar los defectos de los demás; dar a los otros una segunda oportunidad; no ser vengativo ni rencoroso.

17. Modestia, humildad. Dejar que los propios logros hablen por sí mismos; no buscar ser el centro de atención; no considerarse más especial de lo que uno es en realidad.

18. Prudencia [discreción, cautela]. Ser cauteloso a la hora de tomar decisiones; no asumir riesgos innecesarios; no decir ni hacer nada de lo que después uno se pueda arrepentir.

19. Autocontrol, autorregulación. Tener capacidad para regular los propios sentimientos y acciones; ser disciplinado; controlar los propios impulsos y emociones.

TRASCENDENCIA:

Fortalezas que forjan conexiones con la inmensidad del universo y proveen de significado a la vida.

20. Apreciación de la belleza y la excelencia [admiración, asombro]. Saber reconocer y apreciar la belleza, la excelencia y las cosas bien hechas en variados ámbitos de la vida como la naturaleza, el arte, la ciencia, las experiencias cotidianas...

21. Gratitud. Ser consciente de y agradecer las cosas buenas que suceden; saber expresar agradecimiento.

22. Esperanza [optimismo, proyección hacia el futuro]. Esperar lo mejor para el futuro y trabajar para conseguirlo; creer que un buen futuro es algo que está en nuestras manos conseguir.

23. Sentido del humor [capacidad de diversión]. Gustar de reír y bromear; sonreír con frecuencia; ver el lado positivo de las cosas.

24. Espiritualidad [sentido religioso, fe, sentido en la vida]. Pensar que existe un propósito o un significado universal en las cosas que ocurren en el mundo y en la propia existencia; sentir que tu propia existencia se inserta en un marco más amplio de significados; tener creencias acerca del significado de la vida que dan forma a nuestra conducta y nos confortan.

Aunque es cierto que la Psicología Positiva ha hecho un esfuerzo por superar la tradición meramente terapéutica de la Psicología (Vera, 2006), y se centra deliberadamente en actuaciones dirigidas a mejorar la calidad de vida de las personas, también puede ser útil en la promoción, prevención e intervención, dado que se

aproxima al individuo teniendo en cuenta tanto sus cualidades como sus dificultades (Park, Peterson y Sun, 2013). Esto hace posible que las cualidades personales, sociales y culturales identificadas en los sujetos se conviertan en auténticos recursos aliados para superar momentos difíciles e incluso críticos, como puede acontecer en los momentos de transición evolutiva. Gran parte de los modelos de intervención desarrollados son breves, y pueden ayudar a corto plazo, a aumentar el bienestar del sujeto (Seligman, Steen, Park y Peterson, 2005). Aunque las técnicas propuestas presentan diferentes nombres (p.e. *Saboreo*, *Counting blessings*, *Mindfulness*, *Flow*, entre otras muchas), consideramos que en general se trata de un enfoque basado en la identificación de las mayores fortalezas del carácter del sujeto y su utilización de nuevas maneras.

La práctica de las fortalezas y virtudes ayudará al sujeto a tener una vida placentera, una vida con sentido, una vida comprometida (que son los tres niveles marcados por Seligman, 2003), a obtener gratificaciones personales auténticas, a alcanzar una vida lograda (aumentando la motivación de logro del individuo). El exceso en cualquier fortaleza que se posea no disminuye la satisfacción vital de la persona, sino más bien al revés: cuanto más se posee una fortaleza, más satisfacción en la vida se manifiesta.

Park, Peterson y Seligman (2004), demostraron que hay una serie de fortalezas que se asocian de forma consistente y robusta a la satisfacción vital. Estas eran la esperanza, el entusiasmo, la gratitud, el amor y la curiosidad. En contraste, sin embargo, encontraron una débil asociación entre la satisfacción vital y la modestia, la apreciación de la belleza, la creatividad, el juicio crítico y el amor por el conocimiento. Estos resultados podrían adelantarnos la idea de que algunas de las fortalezas propuestas por Seligman y sus colaboradores están más relacionadas con el llamado bienestar subjetivo o hedónico, relativo a la satisfacción vital, y otras con el bienestar psicológico o eudaimónico, relacionado con un propósito vital último, por ejemplo la espiritualidad o el perdón (Huta, 2013b). La diferencia entre ambos y sus implicaciones serán tratadas en el siguiente punto de este trabajo.

La propuesta de la Psicología Positiva (Seligman, 2003; 2011) se completaría con la importancia otorgada al establecimiento de relaciones significativas y a las instituciones que adopten también, en su funcionamiento y gestión, una perspectiva positiva para ayudar al desarrollo óptimo del sujeto completan la propuesta de la Psicología Positiva.

Pero todavía seguimos sin saber si las fortalezas *causan* el bienestar o la felicidad: las investigaciones efectuadas hasta la fecha han encontrado correlaciones entre ambas variables, pero es difícil saber cómo actúan las fortalezas sobre el bienestar humano. No obstante, de acuerdo con el concepto de *eudaimonía* de Aristóteles que veremos en el punto siguiente, la felicidad no es una consecuencia de la acción virtuosa, sino que es inherente a tal acción. Es decir: la felicidad no viene *después* de la buena acción, sino que la acompaña.

Como hemos podido ver, ambos planteamientos, tanto el de la optimización evolutiva como el del desarrollo desde la psicología positiva, persiguen que el sujeto pueda alcanzar el máximo de su potencial, un desarrollo integral, el completo despliegue de sus competencias en todas sus dimensiones, y con todo ellos, por tanto, su bienestar.

6.2. Bienestar en la adultez emergente

En este punto, cabría que nos preguntáramos si un sujeto de las características del adulto emergente está en las condiciones ideales para desarrollarse de forma positiva y conseguir el bienestar. No olvidemos que una de sus características definitorias es la inestabilidad (Arnett, 1998, 2000), implicando, en términos del mismo autor, un “tiempo del estrés” (Arnett, 2007a). Pero tampoco podemos obviar que es el tiempo de las posibilidades, y el tiempo de estar centrado en uno mismo, procurando satisfacer todas sus necesidades antes de establecer compromisos definitivos de cara a los demás. Sin embargo, van ganando progresivamente autonomía y capacidad de toma de decisiones de asunción de consecuencias... Luego, ¿qué tipo de bienestar pretenden hallar? ¿Un bienestar más relacionado con la satisfacción propia que con la búsqueda de sentido y de un propósito? ¿Se encaminan más hacia la satisfacción vital que hacia un propósito vital? Una vez más, parece que nos encontramos con la habitual confrontación entre bienestar hedónico y bienestar eudaimónico. La perspectiva que aquí adoptamos es la *eudaimónica*, en contraposición a la *hedónica* (aunque veremos más adelante cómo la satisfacción hedónica puede ser una consecuencia más del bienestar eudaimónico). Según Fernández-Ríos (2008), ésta última se centra en la felicidad, considerada desde la

orientación del placer, mientras que la *eudaimonía* se focaliza en hacerse cargo responsablemente del proceso histórico-personal. Busca construir recursos para generar proyectos personales que potencien y desarrollen el *self* en su mejor expresión posible.

Ya hemos comentado más arriba que el objetivo último de cualquier intervención sería alcanzar el bienestar del sujeto. Curiosamente, el término *bienestar* es la traducción del inglés *well-being*, y, siendo que el verbo inglés *to be* se traduce como ser/estar, consideramos arriesgado, por incompleto, dejar atrás la visión del *ser* en esa traducción que se focaliza sólo en el estar de la persona. Como sea que en nuestra lengua disponemos de un único término, nos atrevemos a decir que el juego lingüístico que hemos comentado parece corresponderse con la continua controversia entre bienestar eudaimónico y bienestar hedónico que se da no solo en nuestra ciencia de la Psicología, sino también en muchas otras disciplinas. Podemos plantearlo también como el enfrentamiento entre el *bienestar subjetivo o hedonista* y el *bienestar psicológico o eudaimónico*. Aunque ahora pasaremos a desarrollarlo en mayor medida, podríamos resumir la oposición de estos conceptos diciendo que el bienestar hedónico se centraría en la consecución de experiencias y emociones positivas, la ausencia de experiencias y emociones negativas, y la satisfacción vital. Por su parte, desde la perspectiva eudaimónica, el denominado bienestar psicológico parece estar más relacionado con el desarrollo, el crecimiento personal y la consecución de nuestros potenciales, la realización de aquello que podemos ser, en su óptima expresión.

Tanto en Peterson, Park y Seligman (2005) como en Huta (2013a) encontramos una breve pero aclaratoria revisión histórica del origen y de la confrontación del concepto de bienestar basado en la *eudaimonia* o en la *hedonia*, desde sus orígenes en Aristóteles la primera y Epicuro la segunda, su tratamiento no solo desde la filosofía, sino también desde la religión a lo largo de la historia, y hasta el trabajo teórico y empírico de los psicólogos y psiquiatras modernos. De hecho, Huta y Waterman (2014) hacen una muy buena síntesis de los principales estudiosos actuales de esta oposición *eudaimonia vs. hedonia*, aportando sus puntos de vista sobre ambas definiciones, sus elementos nucleares y colaterales, los elementos con los que correlacionan, los mejores criterios para su operativización desde el comportamiento y su nivel de medida. Los expertos que

analizan ambos conceptos son (además, por supuesto, de los propios Huta y Waterman), Ryff, Keyes, Fowers, Ryan y Deci, Seligman, Vittersø, Bauer y Steger.

Como breve punto de partida utilizaremos la distinción que entre ambos conceptos hace Huta (2013a): *eudaimonia* como búsqueda, manifestación y/o experiencia de la virtud, del crecimiento personal, de la autorrealización, el florecimiento, la excelencia y el significado. El punto esencial es lograr lo mejor de cada uno de nuestros auténticos “yo”. Frente a esta idea, el hedonismo representa la búsqueda y /o la experiencia del placer, el disfrute, la comodidad y la reducción del dolor. Es importante también indicar, con Ryan, Huta y Deci (2008), que la eudaimonia es un concepto multifacético, de tal modo que en ocasiones se conceptualiza como una forma de bienestar; en otras como una manera de actuar y/o pensar, y en otras como ambas. Aunque estos autores no hacen referencia a ello, en lógica cabría pensar que lo mismo sucede con el concepto de hedonismo.

Según Triadó (2003), el bienestar subjetivo o hedónico vendría conformado por dos grandes componentes: el afectivo y el cognitivo. Para esta autora, el componente afectivo-emocional tiene que ver con las experiencias de placer y displacer de la persona. Dependiendo de cómo cambien estas experiencias o circunstancias en el corto y medio plazo, así cambia el nivel de felicidad de la persona. El componente más cognitivo, prosigue, tiene que ver con el juicio de valoración sobre el nivel de satisfacción vital – global o en dominios específicos- alcanzado a lo largo de su trayectoria evolutiva. Contrariamente al anterior, es un componente más estable, menos sometido al cambio en períodos de tiempo cortos o medios. Es lógico pensar que ambos componentes estén correlacionados de manera positiva. Mayordomo (2013) cita diversas evidencias empíricas que lo corroboran.

Por su parte, el bienestar psicológico o eudaimónico sitúa el concepto de bienestar en el proceso y la consecución de aquellos valores que nos hacen sentir vivos y auténticos, que nos hacen poner en juego nuestras fortalezas, lo mejor de nosotros mismos, que nos hacen crecer como personas, y no tanto en los aspectos placenteros o que nos alejan del dolor (Huta, 2015), aunque es cierto que la satisfacción vital ligada al bienestar subjetivo hedónico puede incluirse entre las consecuencias del eudaimónico.

Una de las teorías utilizadas para la explicación del bienestar eudaimónico es la de la autodeterminación (Ryan y Deci, 2000; Ryan, Huta y Deci, 2006). Parten de que la eudaimonia es en realidad un estilo de vida que ayuda a satisfacer las necesidades psicológicas básicas de autonomía, competencia y relación. Entienden la autonomía como la capacidad de elegir y ejercer la voluntad en la autorregulación del comportamiento. La necesidad psicológica de la competencia se refiere a sentirse eficaz en la gestión interna y de los diversos contextos donde el sujeto puede estar inmerso. Por último, la necesidad de relación se refiere a la necesidad de conexión con los demás y de sentirse significativos para otro/s. Según la teoría, la satisfacción de esas tres necesidades fomentan el bienestar y es condición necesaria para que una persona pueda crecer y desarrollarse de manera íntegra. Por su parte, Lamers, Westerhof, Bohlmeijer y Keyes (2013) destacaron tres componentes nucleares de la salud mental positiva, a saber: (1) sentimientos de felicidad y satisfacción con la vida, a lo que denominaban *bienestar emocional*, (2) funcionamiento individual positivo en términos de autorrealización, a lo que denominaban *bienestar psicológico* y (3) funcionamiento social positivo, en términos de tener un valor en la comunidad, a lo que denominaban *bienestar social*.

Otra de las teorías utilizadas es la de Ryff (1989a, 1989b), autora que define seis dimensiones para el bienestar psicológico: autoaceptación, relaciones positivas con los demás, dominio del ambiente, autonomía, crecimiento personal y propósito en la vida.

La autoaceptación implicaría reconocer y aceptar los diversos aspectos, positivos y negativos, que componen nuestro yo, manteniendo una actitud positiva hacia uno mismo. Según Zacarés y Serra (1996), implicaría también la existencia de sentimientos positivos hacia lo que se ha vivido. Las relaciones positivas con los demás, que suponen confianza mutua y empatía, e ir avanzando en diferentes niveles de intimidad, implican que el sujeto es capaz de preocuparse de manera genuina por el bienestar del otro, además de por el propio. Por otra parte, se espera que los adultos emergentes sean capaces de ir expandiendo su red de relaciones significativas y de desarrollar su capacidad de establecer niveles de intimidad más profundos y maduros con sus iguales (Maysseless y Keren, 2014). Mayordomo (2013), por su parte, aporta evidencias de estudios que demuestran que la ausencia de estas relaciones positivas está relacionada

con la falta de salud y bienestar. El dominio del ambiente supondría la capacidad de crear o seleccionar y gestionar adecuadamente los contextos que resultan favorables al sujeto para satisfacer sus deseos y necesidades.

La cuarta dimensión aportada por Ryff es la de la autonomía, la capacidad para consolidar las convicciones propias sin depender de los demás, manteniendo una saludable independencia. Pareciera que esta dimensión estuviera especialmente vinculada a la característica de *self-focusing* propia de los adultos emergentes.

En cuanto al propósito en la vida, entendemos que supone marcarse metas y objetivos que permitan al sujeto dotar a su vida de un cierto sentido. En este punto cabe recordar, como ya sabemos, que a la vista de los cambios socioculturales y psicológicos que ha comportado la postmodernidad, un aspecto clave del desarrollo de los adultos emergentes es la búsqueda de significado en sus vidas. De ahí que se trate de un momento de exploración, tanto en cuanto al aspecto de las relaciones y el amor, la dimensión vocacional y del trabajo, y el establecimiento de una cosmovisión propia. Como dijimos en su momento, compartimos con Frankl (1979) la idea de que el impulso a buscar un sentido es la fuerza primaria y más poderosa para motivar y guiar la conducta del ser humano. Frustrar dicho impulso llevaría a un vacío existencial caracterizado por la falta de sentido, el hastío, el desinterés y la indiferencia. También para Allport (1973; en Viquer, 2004), como vimos anteriormente, el hecho de tener una comprensión clara del sentido de la vida y una filosofía unificadora de la vida está incluido en la definición de madurez personal.

La última dimensión propuesta por Ryff es la del crecimiento personal. El desarrollo de las potencialidades del sujeto, maximizando sus fortalezas y virtudes, en un funcionamiento positivo, sería quizá la idea más próxima a la eudaimonia aristotélica. Dentro de la Perspectiva del Ciclo Vital esta dimensión gana especial importancia, dado que pone el acento en el crecimiento continuo y en el afrontamiento de nuevos retos en las distintas etapas del desarrollo. Para Zacarés y Serra (1996) el crecimiento personal gana especial relevancia en tanto que supone no sólo el éxito en la adecuada consecución de todas dimensiones mencionadas anteriormente, sino que implica una continuidad positiva en el desarrollo del sujeto.

En resumen, entendemos con Huta (2013b) que el bienestar eudaimónico proporciona sentido, experiencias de trascendencia, y autorrealización. Sus resultados y consecuencias son más duraderos en el tiempo. Por su parte, el bienestar hedónico conlleva aumento de emociones positivas en tanto que placer, descenso de emociones negativas, despreocupación, y se mueve en términos de inmediatez temporal. Sin embargo, esta autora defiende que existe una serie de denominadores comunes entre ambos tipos de bienestar, a saber: satisfacción vital, vitalidad y aumento de la autoestima. Otro aspecto a destacar es el efecto que la búsqueda del bienestar hedónico o eudaimónico tiene ya no en el propio sujeto, sino en los que le rodean. En ocasiones se ha criticado que el bienestar eudaimónico hace que el sujeto esté tan centrado en su propio crecimiento y autorrealización, que se olvida de los demás. Sin embargo, la realidad es que la autorrealización personal correlaciona directamente con la actividad prosocial (Waterman, 1981, 1984; en Huta, 2013b). También el bienestar hedónico parece provocar efectos positivos en las personas pertenecientes a los contextos más próximos del sujeto, pero el bienestar eudónico lo hace en mayor medida: los sujetos orientados eudaimónicamente no sólo se preocupan del bienestar de los demás y les pueden provocar emociones positivas, sino que pueden llegar a tener un impacto real en sus vidas.

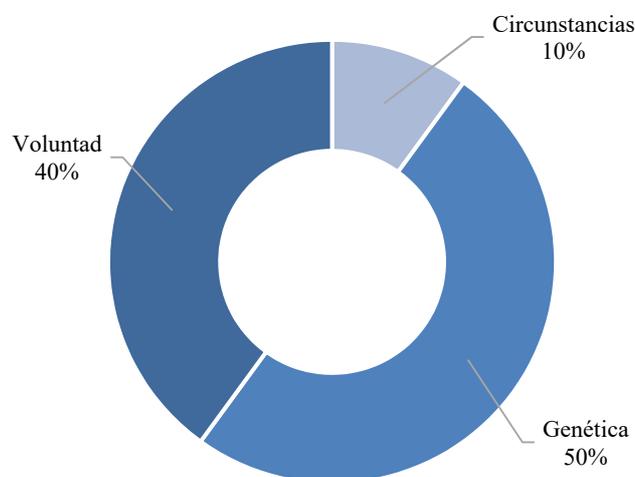
Aparte de estos modelos, no podemos dejar de mencionar, por su relación con el epígrafe inmediatamente anterior, el modelo de felicidad y bienestar propuestos por Seligman (2003; 2001).

Como hemos comentado más arriba, Seligman en su libro *La auténtica felicidad* (2003) desarrolla y explica su teoría de la felicidad, la cual estaría compuesta por tres elementos, más fácilmente mensurables que el constructo global que, según él, conforman: (a) la emoción positiva, que nos llevaría a una vida placentera, en su concepción hedónica, (b) el compromiso, que nos llevaría a una vida comprometida, caracterizada por el *fluir* de Csikszentmihalyi (1990, 2009), y (c) el sentido, que nos llevaría a una vida llena de sentido en su concepción eudaimónica.

Este autor llega, incluso, a formular lo que él llama la *fórmula de la felicidad*, donde $F=R+C+V$, siendo F el nivel de felicidad duradera (un sentimiento permanente y estable), R un rango fijo dado por temperamento connatural del sujeto, de carácter

genético, C las circunstancias que nos rodean y V las acciones que dependen de nuestra voluntad, lo cual indica claramente que un altísimo porcentaje de nuestro sentimiento de felicidad duradera queda depositado en la posibilidad de trabajo y desarrollo personal, prevención o intervención. Gráficamente, para poder apreciar mejor el peso ponderado que supone cada uno de los elementos del modelo, quedaría representado como sigue:

Figura 5: Felicidad duradera.



Pero para Seligman (2011), la teoría del bienestar va más allá. Estaría formado no por tres, sino por cinco elementos, todos ellos mensurables. A los ya mencionados en su teoría de la felicidad, añade las relaciones positivas (que recordemos forman parte del modelo de Ryff citado) y el logro, que se basa en la motivación intrínseca del sujeto y nos lleva a lo que llamaría una vida *realizada, lograda o conseguida*.

6.3. Religiosidad, espiritualidad y trascendencia

La Perspectiva del Ciclo Vital en la que se enmarca todo nuestro trabajo es un teoría que defiende la evolución del sujeto, en todo su desarrollo, desde una perspectiva integral. Compartimos plenamente ese punto de vista. El individuo no puede ser entendido si no es en su plenitud, desde todas las dimensiones posibles. En capítulos anteriores hemos

visto que en todos los modelos de madurez que suponen una identidad consolidada del individuo, está presente la dimensión moral y/o trascendente, y la adopción de un sistema de creencias que orienta e impulsa al sujeto en su toma de decisiones, conformando su sistema de valores e inspirando sus actitudes y comportamientos. El bienestar eudaimónico del sujeto tiene también relación con la proyección del sujeto más allá de sí mismo. De hecho, una de las virtudes reconocidas en todas las culturas es la de la trascendencia, que, además de otras fortalezas, incluye la fe, la espiritualidad, el sentido religioso y el sentido de la vida, y que implica, según el modelo propuesto por Peterson y Seligman (2004), “pensar que existe un propósito o un significado universal en las cosas que ocurren en el mundo y en la propia existencia; sentir que tu propia existencia se inserta en un marco más amplio de significados; tener creencias acerca del significado de la vida que dan forma a nuestra conducta y nos confortan” (véase Tabla 7).

Steger y Frazier (2005) demostraron que la percepción de tener sentido de la vida mediaba entre la religiosidad y el bienestar autopercebido cuando éste era medido según la satisfacción del sujeto con su vida y según su autoestima. Sugirieron que los sujetos religiosos tenían un mayor nivel de bienestar porque obtenían el sentido de la vida de sus sentimientos y actividades religiosas. Milevsky y Leh (2008), por su parte, demostraron que la religiosidad correlacionaba con el bienestar, y que la implicación religiosa estaba relacionada con el ajuste positivo en la adultez emergente. Este desarrollo positivo, según O’Connor, Sanson, Hawkins, Letcher, Toumbourou, Smart et al. (2011), incluiría la competencia social, la satisfacción con la vida, la confianza y tolerancia para con los demás y las autoridades e instituciones, y el compromiso cívico y democrático. Las creencias religiosas, efectivamente, permiten muchas funciones positivas, desde la seguridad psicológica a la solidaridad comunitaria, por ejemplo (Arnett, 2008b).

Además, Roeser, Isaac, Abo-Zena, Brittian y Peck (2008) proponen que una de las formas más fructíferas de estudiar la religión y la espiritualidad durante la adolescencia y la adultez emergente es desde la perspectiva privilegiada de los procesos de identidad y el desarrollo de la misma. De hecho, afirman la importancia de lo que ellos denominan “Presencia de sentido (de la vida)” para el óptimo funcionamiento

psicosocial durante la transición a la adultez. Del mismo modo, Dezutter, Waterman, Schwartz, Luyckx, Beyers, Meca et al. (2013) apuntan la existencia de paralelismo entre los procesos de búsqueda de identidad, en los que están implicados aspectos como el compromiso y la exploración, y los de búsqueda de sentido de la vida. También para Park, Peterson y Seligman (2004), entre otros muchos, el sentido de la vida forma parte de la trascendencia como constructo y virtud del ser humano.

Entendemos, pues, que el nivel de mayor satisfacción si atendemos a los objetivos vitales, es el de tener una vida con sentido. Si defendemos, como hemos dicho, una perspectiva integral del desarrollo del ser humano, entendemos que no podemos renunciar a plantear esta dimensión, que, desde nuestro punto de vista, juega un papel más que significativo.

El último capítulo de esta tesis doctoral está siendo plenamente dedicado a la optimización evolutiva y el desarrollo evolutivo positivo del ser humano. Ambos, como hemos dicho más arriba, persiguen hacer del sujeto un individuo completo, desarrollando al máximo todas sus potencialidades, virtudes y fortalezas, buscando su bienestar, en el sentido más amplio posible del término, desplegando todas sus competencias.

Ser competente supone que el individuo es capaz de seleccionar, movilizar y gestionar sincronizadamente todos sus conocimientos, cualidades, capacidades, habilidades, valores y actitudes que, de forma interrelacionada le permiten intervenir de forma reflexiva, creativa, eficaz y adaptada en las distintas situaciones, complejas o novedosas que se le presentan en el transcurso de su existencia, tanto en el ámbito personal como en el social (González et al., 2011). Todo ello implica inteligencia. Hoy en día no se discute el rigor de la Teoría de las Inteligencias Múltiples de Howard Gardner (1983), y se admite la existencia de diversas inteligencias, algunas de cuyas formas podemos desarrollar, manteniendo otras en estado potencial (Torralba, 2011). Aceptamos la inteligencia lingüística, musical, lógico-matemática, corporal y kinestésica, espacial y visual, intra e interpersonal, e incluso naturista. Pero, ¿entendemos una inteligencia espiritual? Los currícula de las etapas educativas obligatorias incluyen diferentes competencias para ser trabajadas transversalmente al hilo de los contenidos de las diversas materias... Sin embargo, ¿podría hablarse de una competencia espiritual?

La inteligencia espiritual, también denominada existencial o trascendente, acompaña a la concepción del ser humano

“[...] como una unidad multidimensional, exterior e interior, dotado de un dentro y de una fuera, como una única realidad polifacética, capaz de operaciones muy distintas en virtud de las distintas inteligencias que hay en él”. (Torralba, 2011, p. 13).

Según este autor, le permitiría al sujeto hacer un análisis valorativo de su propia existencia y de los ideales y horizontes de sentido de la misma. Responde a unas necesidades de orden espiritual que pueden desarrollarse tanto en el marco establecido de cualquier tradición religiosa como fuera de ella. Gardner (1999) se refiere a esta inteligencia como *existencial o trascendente*, y le da al ser humano la capacidad de situarse a sí mismo con respecto al cosmos. Esta es una reflexión que nos aproxima al recuerdo del adulto emergente tratando de establecer su cosmovisión propia, autónoma, independiente de los criterios heterónomos que, hasta su adolescencia, habían regido su concepción de la vida y el mundo. De nuevo en palabras de Torralba (2011),

“La inteligencia espiritual permite, pues, acceder a los significados profundos, plantearse los fines de la existencia y las más altas motivaciones de ésta. Es la inteligencia del yo profundo la que se enfrenta a las graves cuestiones de la existencia, y, a través de ella, busca respuestas creíbles y razonables”. (p. 47).

Para el autor, esta inteligencia, y por ende, que el ser humano sea espiritualmente competente, faculta al individuo para tener aspiraciones profundas e íntimas, anhelar una visión de la vida y de la realidad que integre, conecte, trascienda y dé sentido a la existencia.

Gómez-Villalba (2014) recoge las palabras de Ortega y Gasset de que toda persona es un *ser credencial*. Quiere referirse con ello a que son las creencias, sean seculares o religiosas, las que nos mueven. Nos distinguimos entre nosotros, prosigue la autora, por lo que creemos y el modo en que lo creemos, pero no por el hecho de creer, connatural al ser humano, sin implicar necesariamente, dicho coloquialmente, un contenido religioso, espiritual o trascendente.

Para Emmons (2000), la inteligencia espiritual es la capacidad del hombre que abarca su trascendencia, el sentido de lo sagrado y las conductas virtuosas (aplicando aquí el sentido de virtud que hemos visto más arriba en el modelo de Seligman). Según este autor, los elementos que conformarían esta inteligencia espiritual serían la capacidad de trascendencia, capacidad de experimentar estados elevados de conciencia, capacidad de influir en las actividades cotidianas y relacionarlas con un sentido de lo sagrado, posibilidad de utilizar recursos espirituales para resolver problemas de la vida cotidiana y la capacidad de comportarse virtuosamente.

Como dato anecdótico, diremos que nosotros pretendemos apuntar simplemente a qué responde el concepto de *inteligencia espiritual* cuando ya hay quien, valientemente, está hablando de *inteligencias espirituales múltiples*. En efecto, en Bautista (2014), se nos propone una clasificación que contempla nueve inteligencias espirituales, a saber: social, emocional, ética, simbólica, ontológica, metafísica, religiosa, mística y profética.

Centrándonos en los conceptos de espiritualidad y trascendencia, podemos decir que la primera referencia, partiendo del pensamiento europeo de posguerra, la encontramos en Frankl (1979). Este autor percibe el espíritu como un eje que atraviesa el consciente, preconsciente e inconsciente. Entiende que el ser humano es existencial, dinámico y capaz de trascenderse a sí mismo. De esta manera el hombre ya no es considerado un “manejo de instintos” ni un compuesto de actos reflejos. Es un ser libre y espiritual, y además la trascendencia es lo que le permite superar los condicionamientos biológicos, psíquicos y sociales.

En Psicología, tradicionalmente, algunos autores han menospreciado el estudio de la religión, la espiritualidad y la trascendencia (Piedmont, 1999a). Sin embargo, encontramos también una larga serie de nombres relevantes de nuestra disciplina que se han interesado por estos temas. Como nos recuerda Bernabé (2012),

“El interés de los psicólogos por estudiar la religión, en sus distintas dimensiones (fenómeno socio-cultural, experiencia personal) no es nuevo. No hay más que recordar los clásicos trabajos, desde planteamientos muy distintos, de E. D. Starbuck (*The Psychology of Religion: An Empirical Study of the Growth of Religion Consciousness*), William James (*Las variedades de la experiencia religiosa*), Wilhelm M. Wundt (*Elementos de Psicología de los Pueblos*), Sigmund Freud (*Los actos obsesivos y las*

prácticas religiosas, Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci, Una experiencia religiosa, Tótem y tabú, Moisés y el monoteísmo, El porvenir de una ilusión) o Carl G. Jung (*Psicología y religión, Simbología del espíritu*), entre otros, en los inicios y primeras décadas de la psicología científica.” (p. 110)

Hoy en día, es innegable el aporte que los aspectos positivos de la religión y la espiritualidad han hecho al crecimiento psicológico y la madurez de la persona, y se reconoce que son componentes esenciales de nuestro bagaje psicológico, no simples extensiones de otras necesidades o disposiciones. Cada vez son más estudios los que consideran que la religiosidad y la espiritualidad son constructos psicológicos relevantes para la autonomía de los individuos (Brown, Chen, Gelhert y Piedmont, 2012), y aunque la expresión de esta espiritualidad y de los sentimientos religiosos puedan variar por edad o género, el significado fundamental de estos constructos permanece invariable.

Recordemos que la consecución de la autonomía es una de las tareas evolutivas de los adultos emergentes (en todos los ámbitos de la vida, y, por tanto, también en éste). Durante esta etapa, los jóvenes, autofocalizados en sí mismos, buscan ser menos dependientes de sus padres y de las instituciones religiosas, y se interesan más por las creencias en sí que por la práctica religiosa de un rito concreto (Arnett y Jensen, 2002). De hecho, es típico, en la población general, el fenómeno de la disminución de la práctica religiosa en la veintena. Además, en ocasiones se *autoetiquetan*, quizá en un ejercicio de identidad frente a ellos mismos y de cara a los demás (Hadad y Schacter, 2011). Los adultos emergentes, en general, ven la independencia con respecto a las creencias de sus padres como algo bueno y necesario. Ello no quiere decir que no puedan compartirlas, pero sí lo hacen quieren que sea como una decisión propia, autónoma y personal, no como una extensión de la educación recibida en su familia y/o su entorno. Smith y Snell (2009) encontraron, en muestra norteamericana, diferencias significativas en el compromiso personal religioso de adultos emergentes. Habían conformado cuatro grupos diferenciados de compromiso en la población general, e incluimos entre paréntesis el porcentaje de los cuales eran adultos emergentes:

1. Los devotos (5% de EA):
 - a. Acuden a servicios religiosos semanalmente o con mayor frecuencia
 - b. La fe es para ellos extremadamente o muy importante en su vida cotidiana
 - c. Se sienten extremadamente cerca o muy cerca de Dios
 - d. Rezan algunas veces a la semana o con mayor frecuencia
 - e. Leen la biblia (o equivalente) una o dos veces al mes, o más a menudo

2. Los normales (14.3% de EA):
 - a. Acuden a servicios religiosos dos o tres veces al mes o semanalmente
 - b. La importancia de la fe en su vida cotidiana oscila de no mucha a mucha
 - c. La cercanía a Dios, la oración y la lectura de la biblia son variables, pero en cualquier caso menores que en el grupo de los devotos

3. Los esporádicos (17.9% de EA):
 - a. Acuden a servicios religiosos mensualmente o algunas veces al año
 - b. La importancia de la fe en su vida cotidiana oscila de alguna a no mucha
 - c. La cercanía a Dios, la oración y la lectura de la biblia son variables

4. Los no comprometidos (25.5% de EA):
 - a. No acuden nunca a servicios religiosos, o solo alguna vez al año, y se identifican como “no religiosos”
 - b. La importancia de la fe en su vida cotidiana es alguna, no mucha o ninguna
 - c. Se sienten únicamente algo próximos a Dios, o menos próximos que los demás
 - d. Rezan únicamente una o dos veces al mes, o con menor frecuencia
 - e. Leen la biblia solamente una o dos veces al mes, o con menor frecuencia

Según estos autores, el 63% de los adultos emergentes norteamericanos se ajusta a uno de estos cuatro tipos de categorías. Algo más del 37% no se ajusta claramente a ninguna de ellas, aunque pueden compartir características de una y de otra. Parece que también en este ámbito los adultos emergentes hacen honor a su características definitorias de la inestabilidad, el “sí pero no” o el “sentirse entre dos mundos”.

Más allá de cualquier categorización, Fowler (1991, en Ávila, 2013, pp. 185-194) propone un modelo para presentar no cómo la fe acompaña el proceso de ciclo de la

vida, sino cómo crece, evoluciona y madura en su propio desarrollo. A partir de una investigación con sujetos de amplio espectro de edad (de 4 a 84 años) y, lo que es fundamental, de confesiones religiosas diferentes, comprobó que no existe correlación entre la edad y el nivel de desarrollo de la fe. En las próximas páginas presentamos sintéticamente su modelo. Según este autor, los estadios sucesivos de la fe son:

- a) Estadio 0: fe indiferenciada u original: Se trataría de los rudimentos de la fe como actitud de confianza en el otro, basada en la relación de cuidado del adulto por el bebé. Los ritos de cuidado y de intercambio mutuo, que permite sufrir las separaciones y compensar la ansiedad y el miedo que provocan, son la raíz de la posibilidad de ‘creer en el otro’. La referencia a lo religioso estaría en la génesis de una preimagen de Dios, compuesta de las primeras experiencias de mutualidad, en las que se forma un conocimiento básico de nuestro yo como algo separado y dependiente de los otros, a los que se percibe como algo inmensamente poderoso.
- b) Estadio 1: la fe intuitivo-proyectiva: La transición a este estadio empieza con la aparición de los procesos de pensamiento y de lenguaje, que posibilitan la apertura del niño al uso de símbolos y ritos. Es el estadio del primer conocimiento de sí mismo, y desde él de toda la realidad. Es un estadio en muchos aspectos imitativo, y muy rico en producción de imágenes y sentimientos. A partir de las experiencias de los niños respecto a sus padres o a otros adultos significativos, y gracias a la fuerza emergente de la imaginación, es como se van perfilando y haciéndose conscientes las representaciones de Dios, sanas o enfermizas. El sujeto, en definitiva, va representándose su propia experiencia, que le permitirán continuar su comprensión del mundo y unificar las imágenes que le orientan hacia una realidad última.
- c) Estadio 2: la fe mítico-literal: Así como el estadio anterior coincide con la etapa pre-operacional piagetiana, el factor que precipita la transición a este nuevo estadio es la aparición del pensamiento concreto. El individuo ya muestra preocupación por saber cómo son las cosas y por diferenciar entre lo real y lo imaginario. Comienza a asumir las historias, creencias y prácticas de su comunidad, pero éstas, junto a las normas morales y las actitudes, se

interpretan literalmente, y a los símbolos y ritos se les da un significado unidimensional y literal, lo que constituye la limitación esencial del estadio. Aunque su finalización procede a los 10 o 12 años, algunos adolescentes e incluso algunos adultos, al hablar de su fe, manifiestan aún las características propias de este estadio.

- d) Estadio 3: la fe sintético-convencional: Entorno a los 12 años de edad, hay dos factores que favorecen la transición a este estadio de la fe: por una parte, la contradicción entre las historias con la realidad (un ejemplo claro es la oposición entre las teorías creacionistas y las evolucionistas de la explicación del ser humano y la vida) y, por otra, la necesidad de una relación más personal con el poder, como resultado de la importancia que gana lo interpersonal en este momento de desarrollo del sujeto. Por otra parte, en el inicio de la adolescencia, se amplía el mundo de la experiencia, y se hace mucho más complejo. Se abren nuevas búsquedas, entre ellas la de la fe como fuente de sentido, así como la necesidad de tener un ideal personal y de llegar a tener una fe propia, como resultado del intenso proceso de búsqueda de la identidad en el que está sumergido el sujeto. Sin embargo, y precisamente al no tener aun suficientemente segura su identidad y, por consiguiente, su juicio autónomo, el individuo asume las opiniones y la autoridad de aquellos moralmente significativos para él. La relación con lo trascendente se sirve, sobre todo, de los símbolos, indisolublemente unidos, en este estadio, a su significado, su sentido y las fidelidades que representan. Muchos adultos alcanzan en este estadio su lugar de equilibrio permanente, sin avanzar a los siguientes.
- e) Estadio 4: la fe individual-reflexiva: Este estadio no suele darse hasta en torno a los 25 años, y muchos individuos no lo alcanzan hasta los 30 o 40. Hay un distanciamiento crítico de la situación anterior, que lleva al sujeto a poner en cuestión y relativizar lo recibido hasta ahora. La transición hace que el individuo pierda la confianza en las fuentes de autoridad externas, que haya cambios importantes en la valoración de los líderes ‘oficialmente’ establecidos y que se dejen de considerar válidas las prácticas que hasta ahora juzgaba sagradas e inamovibles. Es el momento del análisis crítico y la reflexión sobre

los símbolos, ritos, mitos y creencias que median y expresan la tradición religiosa particular del sujeto, sea cual fuere. Cuestiona su sentido e intenta hacer formulaciones conceptuales que le permiten ganar en claridad, precisión y razonabilidad e su fe, pero, al mismo tiempo, esos símbolos, ritos y/o mitos pierden fuerza expresiva en la relación del sujeto con lo sagrado. Aquí el peligro se encuentra en depositar una confianza excesiva en la razón, llegando a romperse la relación íntima entre lo simbólicamente religioso y la identificación afectiva con lo que representa. La superación de esta prueba crítica y reflexiva no supone el abandono de la fe que se profesa, sino que la identidad religiosa del sujeto deviene una identidad por opción y asentimiento explícito, no solo por tradición o aceptación implícita y tácita.

- f) Estadio 5: la fe paradójico-consolativa o conjuntiva: El sujeto comprende que los símbolos y las tradiciones pueden integrarse con el pensamiento racional y también con la experiencia (de ahí la denominación de ‘conjuntiva’). Hay una apertura a múltiples concepciones en un mundo complejo, lo que supone ser capaz de integrar la propia perspectiva y la de los otros, y lo cognitivo con lo afectivo. Supone estar abierto a las verdades de otras comunidades y tradiciones, y, al mismo tiempo, reconocer que posiblemente la verdad última se halle más allá de cada una de las explicaciones concretas que las distintas culturas utilizan como referencia. La dificultad de este estadio está en superar la posibilidad de disgregación y perplejidad que pueden suponer las paradojas y polaridades, generando en el sujeto un sentimiento de soledad y falta de conexión con cualquier cosmovisión.
- g) Estadio 6: la fe universal: Según Fowler, este estadio superior implica una experiencia de unión con el Dios de la fe propia de cada individuo. Se caracteriza, por una parte, por un descentramiento del yo, no por falta de valoración del mismo, sino porque el sujeto pasa a percibirse a sí mismo en comunión con su Dios y su creación, y, por otra, porque esa comunión radical implica una opción de vida por la justicia, el amor y la entrega a los demás, explicitándose en el sentimiento de universalidad y la actitud de compromiso inclusivo hacia los demás, en un esfuerzo continuo de humanización de su entorno y la sociedad.

En otro orden de cosas, y en cualquier caso, la religiosidad, espiritualidad y trascendencia son reconocidos como auténticos constructos que juegan un rol fundamental en la conformación de la dirección y coherencia de nuestras vidas, así como en el bienestar psicológico y la salud –incluidas conductas de riesgo- (Emmons, Cheung y Tehrani, 1998; Bartlett, Piedmont, Bilderback, Matsumoto, Bathon, 2003; Piedmont, 2004; Golden, Piedmont, Ciarrocchi, Rodgerson, 2004; Horn, Piedmont, Fialkowski, Wicks y Hunt, 2005; Quiceno y Vinaccia, 2009), la búsqueda de sentido de la vida (Steger y Frazier, 2005), la autoestima (Milevsky y Leh, 2008), el desarrollo de estrategias adecuadas de afrontamiento y el desarrollo positivo global del individuo (Benson, Roehlkepartain y Scales, 2012), incluyendo competencia social, satisfacción con la vida, confianza y tolerancia hacia los demás y las instituciones sociales y compromiso cívico (O'Connor et al., 2011). Yendo más allá, Plante (2009) y Plante y Thoresen (2012) proponen incluso que herramientas espirituales como la oración, la meditación, la exploración del significado, propósito y vocación en la vida, la biblioterapia, la asistencia a servicios religiosos, el voluntariado, el perdón, la gratitud, la apreciación de lo sagrado de la vida y otras pueden ofrecer recursos útiles a los psicoterapeutas dedicados a la llamada “terapia espiritual integrada”, así como al counseling, reportando importantes beneficios a los sujetos para mejorar su estado psicológico.

Por su parte, para adultos emergentes en concreto, Magyar-Russell, Deal y Brown (2014) encontraron que la religiosidad y espiritualidad reportaban beneficios tanto individuales como colectivos, como el bienestar, propósito de vida y objetivos de salud. Advirtieron también, sin embargo, que era posible encontrar algún problema de desajuste que tenía que ver con la vivencia extremista de la religión. Asimismo, se comprobó que para algunos adultos emergentes las comunidades de carácter religioso constituían recursos valiosísimos de confort y seguridad en la etapa de inestabilidad general en la que se encuentran (Whitney y King, 2014).

El mismo Piedmont (1997) propone que la trascendencia espiritual se refiere a la capacidad del individuo de “mantenerse fuera de tiempo y lugar”, es decir, ganar distancia, para ver su vida desde una perspectiva más amplia y objetiva. Esta perspectiva trascendente le permite darse cuenta de la unidad entre todas las cosas y los

lazos que nos unen con los demás. Desde esta perspectiva más amplia es más sencillo, nos dice el autor, que individualmente reconozcamos una sincronización con la vida y nos sintamos comprometidos con y hacia los otros.

La trascendencia es definida, en muchas ocasiones como una capacidad fundamental del sujeto, una fuente de motivación intrínseca que le lleva a tomar decisiones de cómo actuar. En un momento dado, es una virtud que llevará al individuo a establecer compromisos de largo alcance en diferentes ámbitos de su vida (Piedmont, 1999a; 1999b; 2001).

Por su parte, en algunas ocasiones, espiritualidad y religiosidad son tenidas como sinónimos, refiriéndose ambas al interés del individuo en un significado y un propósito de vida más elevados, que trasciende nuestra existencia (Piedmont, 2001). Nosotros, con Zinnbauer, Pargament y Scott (1999) preferimos distinguir ambos términos, aunque estén íntimamente relacionados entre sí.

Varios autores han aportado evidencia de que la espiritualidad y la trascendencia son independientes del modelo de los Cinco Factores y que se pueden generalizar a otras culturas (Piedmont, 1997; 1999a; 1999b; 2001; 2002; 2006; 2007; Leach, Piedmont y Monteiro, 2001; Piedmont y Leach, 2002; Dy-Liacco, Kennedy, Parker y Piedmont, 2005; Piedmont, Werdel y Fernando, 2009; Rican y Janosova, 2010), aunque también hay alguna evidencia de que los modelos propuestos difieren en algunas religiones. En todas, sin embargo, la religiosidad, espiritualidad y trascendencia dan fe de que existe un paradigma explicativo de la existencia que trasciende la inmediatez de nuestra conciencia individual y lo une todo en una armonía con sentido. La trascendencia espiritual, para Piedmont, incluiría la conexión (creencia de que formamos parte de algo más grande y que nuestro rol es importante), la universalidad (creencia en la unidad de todas las cosas y de la vida), y la satisfacción por la oración (sentimientos de felicidad en los momentos de encuentro con esa realidad trascendente). Además, dice el autor, la trascendencia espiritual incluiría otros aspectos que necesitarían un estudio en mayor profundidad: la tolerancia a las paradojas, inconsistencias y contradicciones de la vida, la mentalidad para no emitir juicios de valor, el deseo de vivir el momento presente con todas las oportunidades que provea de crecimiento y disfrute y la gratitud. Algunos de estos elementos recuerdan al modelo de bienestar de Seligman.

Religiosidad, espiritualidad y trascendencia están relacionadas entre sí, y son válidas como predictoras de logros psicosociales independientemente del Modelo de los Cinco Grandes Factores de la Personalidad, según Piedmont, Ciarrochi, Dy-Liacco y Williams (2009). Sin embargo, aunque es cierto que la religiosidad es un camino habitual para expresar la espiritualidad y son constructos que se solapan, no podemos decir que sean equivalentes. Para Bartlett et al. (2003), la espiritualidad sería una cualidad intrínseca del individuo, el deseo de una conexión con la realidad trascendente, mientras que la religiosidad sería la práctica externa de una comprensión espiritual particular, e incluiría determinado marco de creencias, valores y ritos. Para muchos, la espiritualidad sería fuente de esperanza, de sentido y de oportunidades para el crecimiento personal y para mejorar el apoyo social, que, en determinadas circunstancias (por ejemplo, la adversidad) pueden ser especialmente necesarias para el individuo.

Para ganar profundidad sobre el tema de la definición teórica de los constructos de religiosidad y espiritualidad, puede verse Zinnbauer, Pargament y Scott (1999), aunque posiblemente la aportación más valiosa de estos autores sea la distinción que establecen entre el enfoque psicológico tradicional y moderno de la religiosidad y la espiritualidad. Resumidamente, diremos que trazan una clara separación entre una religiosidad exteriorizada e institucionalizada y las experiencia y sentimientos religiosos, que calificarían en mayor medida de espiritualidad. Sus aportaciones establecen cada vez mayor distancia epistemológica y de significado individual y social para el sujeto. Según esta polarización, podría incluso llegar a hablarse de un religión rutinaria dañina frente a una espiritualidad idealista fecunda y útil para el individuo, aumentando consecuentemente la popularidad del concepto de espiritualidad, en perjuicio, entendemos, del de religiosidad. La diferencia fundamental es que por espiritualidad se entiende generalmente los pensamientos, sentimientos y conductas implicadas en la búsqueda de una relación con lo que se considera sagrado, mientras que la religiosidad se definiría como esos mismos pensamientos, sentimientos y conductas pero específicamente relacionados en una religión formalmente organizada e identificada (Smith, Ortiz, Wiggins, Bernard y Dalen, 2012). Para Melloni (2013) la distinción entre religión y espiritualidad se ha evidenciado cada vez más. Las religiones han pasado a ser en gran medida marcos interpretativos –más o menos institucionales o institucionalizados- que custodian una determinada experiencia de lo sagrado: la

espiritualidad. Y cuando el que debería ser espacio de lo sagrado se satura de palabras e interpretaciones, surge la sed de la dimensión interior.

La dimensión que proyecta al individuo hacia los demás y, en última instancia, hacia lo sagrado y hacia un Ser superior o dios de su fe se complementa totalmente con la interioridad, como dimensión antropológica fundamental en la cual puedan darse las condiciones para la subjetividad, la escucha, el sentimiento, la receptividad, la conciencia (Ylla, 2013; en Ylla, Melloni, Rambla y Oller, 2013). Algunas veces se ha acusado al adulto emergente, como hemos visto más arriba, de egoísta, de estar totalmente centrado en sí mismo. En realidad, respondíamos a esa crítica, está centrado en sí mismo en un momento en que lo necesita, dadas las decisiones y encrucijadas frente a las que puede encontrarse. Se encuentran, también, explorando cuál es la cosmovisión que convence sus inquietudes. Y su búsqueda de sentido se asocia a un proceso de adaptación positivo, que puede conllevar oportunidades de crecer y *floreecer* (Barry y Abo-Zena, 2014). Quizá podríamos decir que la adultez emergente es un momento privilegiado para el desarrollo de esta interioridad que fomente la escucha y la receptividad a las respuestas a todos los interrogantes que se le presentan en esta etapa evolutiva.

Es importante destacar de nuevo aquí que aunque se suele vincular interioridad con práctica religiosa y espiritualidad, la primera puede desarrollarse como una dimensión autónoma. La espiritualidad es la experiencia de lo sagrado, y puede existir en un marco religioso que la custodie, o sin él. Según Ylla (2013),

“Cuando al cuidado de la dimensión interior le sumamos un sentido (ético, estético, noético), el cuidado de la interioridad se convierte en espiritualidad” (p. 9).

La interioridad, según Melloni (2013; en Ylla, Melloni, Rambla y Oller, 2013) nos permite acceder a la profundidad de las cosas, respetar radicalmente la alteridad, discernir las situaciones desde una perspectiva suficientemente amplia, recibir las ideas y circunstancias con quietud y distanciamiento suficiente. Y, por supuesto, antes las creencias, nos permite comprender la forma que adquiere para mí, o para mi comunidad, el Absoluto, pero entendiendo que ésa no es la única posible, y nos permite comprender diversas expresiones religiosas. Es necesario cultivarla, alimentarla y hacerla crecer. Y

dado que necesita cultivo, alimento y crecimiento, necesitar de un tiempo, un espacio y unos soportes, en forma de corporeidad, palabras, textos, imágenes y gestos) que muchas veces aporta la religiosidad, con sus recursos de expresión y sus diversas manifestaciones.

En cualquier caso, podemos concluir que religiosidad, espiritualidad y trascendencia, expresadas a través de creencias, sentimientos, valores, actitudes, conductas, vinculan al individuo hacia su interioridad y hacia una dimensión que va más allá de él mismo y le acerca no sólo a los demás, sino a lo sagrado, y, para nosotros, a Dios mismo.

Cuando con Huta (2013b) hablábamos de eudaimonia, encontrábamos, entre sus funciones la de búsqueda de sentido, experiencias de inspiración y elevación moral, sentido de conexión con un todo trascendente, relacionado con valores de autorrealización, y dotando al sujeto de una identidad más auténtica y profunda, más madura. Recordábamos más arriba las palabras de Ortega y Gasset acerca del ser humano como un ser credencial. Entendemos que la religiosidad, la espiritualidad y la trascendencia pueden coadyuvar al avance hacia la consecución de la identidad, hacia la madurez, del adulto emergente. En definitiva, en cualquier etapa del ciclo vital, al desarrollo completo del individuo, a su optimización evolutiva, su desarrollo integral y positivo. Desde este punto de vista, sólo una religión, una espiritualidad y una trascendencia humanizadoras son posibles. En caso contrario, no son. La polaridad básica está en si fomenta que el individuo sea capaz de salir de sí mismo, alabar, expandirse, reverenciar, servir, entregarse, o no, permaneciendo, entonces sí en un autocentramiento infértil. En palabras de José Antonio Pagola (1996), “es bueno creer”. Para nosotros, además, también con Pagola (2012), “es bueno creer en Jesús”.

PARTE EMPÍRICA

CAPÍTULO 7

OBJETIVOS E HIPÓTESIS

7.1. Punto de partida y objetivos generales

Como hemos comentado anteriormente, en trabajos previos hemos identificado diferentes estatus de adultez, caracterizados por distintos niveles de avance en la transición hacia la adultez. Las primeras diferencias encontradas entre ellos aludían precisamente a la autopercepción de los sujetos como tales adultos, y a la asunción de roles psicosociales tradicionalmente considerados como propios de esa etapa. De este modo, en nuestro trabajo de investigación concluíamos el establecimiento de la tipología “adultos” (categoría actualmente denominada “adultos en funciones”), “adultos autopercebidos”, “adultos no preparados” y “adultos emergentes” (Torres, 2012).

Éste trabajo, que surge como resultado del estudio original sobre la etapa de la adultez emergente, quiere ser, precisamente, el punto de partida de nuestra tesis doctoral. Su primer objetivo general es ofrecer una visión global de cómo, en la etapa evolutiva comprendida entre los 18 y los 30 años, se dan relaciones significativas entre las variables de edad, estatus adulto, identidad, madurez personal, religiosidad y trascendencia, que moderan su bienestar. Por otra parte, como segundo objetivo general nos proponemos caracterizar con mayor detalle las diferencias entre los cuatro estatus de adultez propuestos, analizándolas en términos de desarrollo de los procesos de identidad, nivel de religiosidad, espiritualidad y trascendencia, y bienestar psicológico, esperando encontrar diferencias significativas entre ellos.

7.2. Objetivos específicos e hipótesis

- 1) Nuestro primer objetivo específico es caracterizar, en términos de madurez personal y consolidación de identidad, cada uno de los estatus de adultez definidos.

La primera hipótesis (1A) referida a este objetivo plantea que en los estatus asociados a una mayor autopercepción de adultez se dará mayor avance en la consolidación de identidad reflejada tanto por el logro de una identidad adulta como por los niveles más altos de compromiso de identidad en las áreas relacional, ocupacional e ideológica.

Una segunda hipótesis (1B) plantea, de modo paralelo, que los estatus de adultez diferirán en términos de madurez psicológica evaluada mediante autoinforme, de tal manera que los sujetos en el estatus de *adultos* mostrarán mayor grado de madurez personal que los *adultos autopercebidos*, éstos a su vez mayores puntuaciones que los *adultos no preparados* y este último grupo un mayor nivel madurativo que los *adultos emergentes*.

- 2) Como segundo objetivo específico, nos proponemos confirmar la relación entre madurez personal, consolidación de identidad y el bienestar psicológico.

Nuestra primera hipótesis a este respecto (2A) es la existencia de una correlación positiva entre estas variables.

La segunda hipótesis relacionada con este objetivo (2B) es que es esperable que las dimensiones de identidad y madurez personal predigan significativamente el bienestar psicológico y general.

- 3) Como tercer objetivo específico, nos proponemos comprobar la fiabilidad de las puntuaciones y evidencias de validez del ASPIRES (Assessment of Spirituality and Religious Sentiments Scale), en su adaptación al español europeo elaborada ad hoc para nuestra investigación.

La escala ASPIRES es el último de los cuestionarios que componen nuestra batería de instrumentos. Se trata de un instrumento registrado por el autor, y su proceso de adaptación ha sido laborioso. Más adelante profundizaremos en estos extremos.

Nuestra hipótesis 3, referida a este objetivo, es que el ASPIRES presentará buenas evidencias de fiabilidad y validez en una muestra española.

- 4) Como cuarto objetivo específico de nuestra tesis, pretendemos profundizar en el papel de la religiosidad y trascendencia espiritual en la adultez emergente, comprobar en qué medida influyen en su autopercepción como adultos y si favorecen sus procesos de consolidación de identidad.

Aunque la adultez emergente es una etapa evolutiva en las que los sujetos no se autodefinen como especialmente religiosos, la exploración y la construcción de una cosmovisión propia por parte del sujeto sí constituyen dos de sus rasgos esenciales. Por tanto, nuestra primera hipótesis relativa a este objetivo (4A) propone que habrá un aumento de la espiritualidad y trascendencia a medida que se avanza en edad, aunque no llegue a ser significativo.

Por otra parte, esperamos también que tanto la espiritualidad y trascendencia como la religiosidad sean variables que favorezcan la transición hacia la adultez de los sujetos, afectando positivamente a su desarrollo y la consecución de las tareas evolutivas propias de esta nueva etapa del ciclo vital. En términos operativos se plantea la hipótesis (4B) de que “la religiosidad y la trascendencia serán mayores en aquellos participantes con mayor nivel de adultez”, es decir, los sujetos que puntúen más alto en religiosidad y trascendencia tenderán a autoperibirse como adultos en mayor medida y a mostrar un mayor avance en la consolidación de identidad y en los compromisos de identidad ideológicos que los que presenten puntuaciones más bajas en estas variables.

- 5) Como último objetivo, deseamos explorar la contribución que sobre el bienestar psicológico realizan el resto de las variables estudiadas en nuestra investigación.

Nuestra hipótesis 5 es que edad, religiosidad, trascendencia, madurez, estatus adulto y consolidación de identidad contribuyen de manera significativa e independiente a la explicación del bienestar psicológico.

CAPÍTULO 8

MÉTODO

8.1. Diseño y Procedimiento

En la presente tesis se ha aplicado una metodología de encuestas con diseño muestral no probabilístico, utilizando el procedimiento de bola de nieve. Así, con parte de los sujetos participantes ha habido aplicación directa de la batería de cuestionarios utilizada, mientras que el resto de la recolección de información se ha realizado en “cascada”. Para la aplicación directa tomamos a estudiantes universitarios, que conformaron la primera parte de la muestra. Posteriormente, ellos mismos se convirtieron en aplicadores del instrumento a otros sujetos (universitarios, postuniversitarios y no universitarios), completando así nuestra muestra de investigación.

Para la admisión de sujetos presentados por los universitarios aplicadores, se establecieron diversos requisitos: a) De selección (previamente a aplicar los cuestionarios, se debería consultar si el perfil del sujeto seleccionado se ajusta a los requerimientos del estudio), b) De fiabilidad y validez de la aplicación, en dos niveles: identificación fidedigna del sujeto encuestado (para lo que se recabarán los datos aportados por el aplicador y se realizará una comprobación telefónica de la veracidad del caso), y de calidad de la aplicación (que se basará en la formación de los aplicadores y de la comprobación de que su modo de actuación se ajusta a los requisitos del estudio y a la ética que implica este tipo de acercamientos de investigación). La participación de todos los sujetos fue voluntaria, y fueron debidamente informados de los objetivos de la investigación.

Así pues, la recogida de datos se realizó mediante aplicación individual, salvo en los sujetos que formaron el primer grupo de investigación y que colaboraron en la misma, a los que se aplicó la batería de pruebas en una sesión colectiva, y tuvo lugar entre el 24 de marzo y el 30 de mayo de 2015.

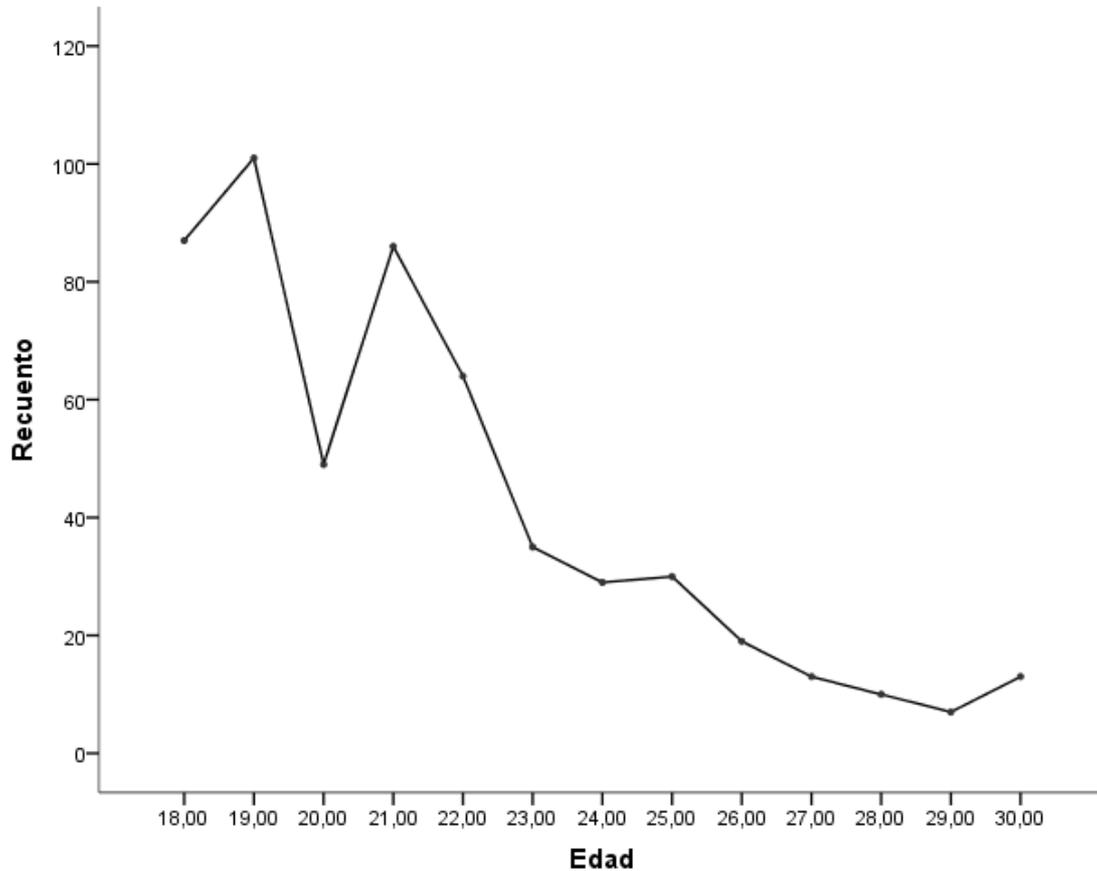
8.2. Participantes

Como ya hemos adelantado, se ha utilizado un diseño muestral no probabilístico. Nuestro objetivo era conseguir una muestra de no menos de 400 sujetos, tanto varones como mujeres, que se encontraran en la franja de edad característica de la adultez emergente, entre 18 y 30 años de edad. La muestra no podía ser totalmente aleatoria, pues nos interesaba controlar, además de la paridad de sexos y la distribución de edades, las variables de formación (con formación universitaria/sin formación universitaria) y de religiosidad (sujetos pertenecientes/no pertenecientes a movimientos, grupos religiosos y parroquias). La decisión de controlar la variable religiosidad se tomó en función de los objetivos de nuestra investigación, que requerían garantizar el concurso de sujetos que pudieran puntuar alto en la misma, para poder realizar los análisis oportunos. Conviene indicar que, tal como se vio en el marco teórico, diferenciamos religiosidad de espiritualidad y trascendencia, que no están necesariamente ligadas a una práctica religiosa de cualquier tradición, mientras que sí lo está la primera.

Finalmente, la muestra total estuvo compuesta por 546 participantes, de los cuales un 67.69% eran mujeres y un 32.1% hombres. La mayor parte de la muestra era de raza blanca (96.1%), seguida de latina (1.7%), asiática y árabe (ambas con un 0.6%), negra (0.4%) y otras (0.7%).

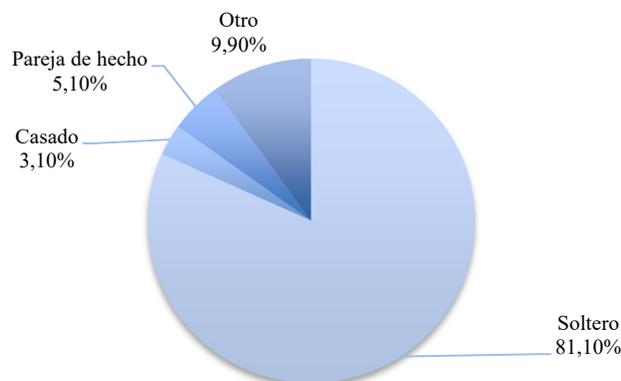
La media de edad de todo el grupo fue 21.45 ($DT = 3.03$), con un mínimo de 18 años y un máximo de 30. En la Figura 6 se puede observar la distribución de frecuencias de la edad de toda la muestra.

Figura 6: Distribución de frecuencias de edad de la muestra.



Tal y como se puede observar en la Figura 7, la mayor parte de la muestra era soltera, contando con una menor representación las parejas de hecho, casadas o separadas. El 97.8% no tenía hijos y, el restante 2.2% tenía una media de 1.45 hijos ($DT = .68$; Mín = 1; Máx = 2).

Figura 7: Distribución de la muestra según estado civil.

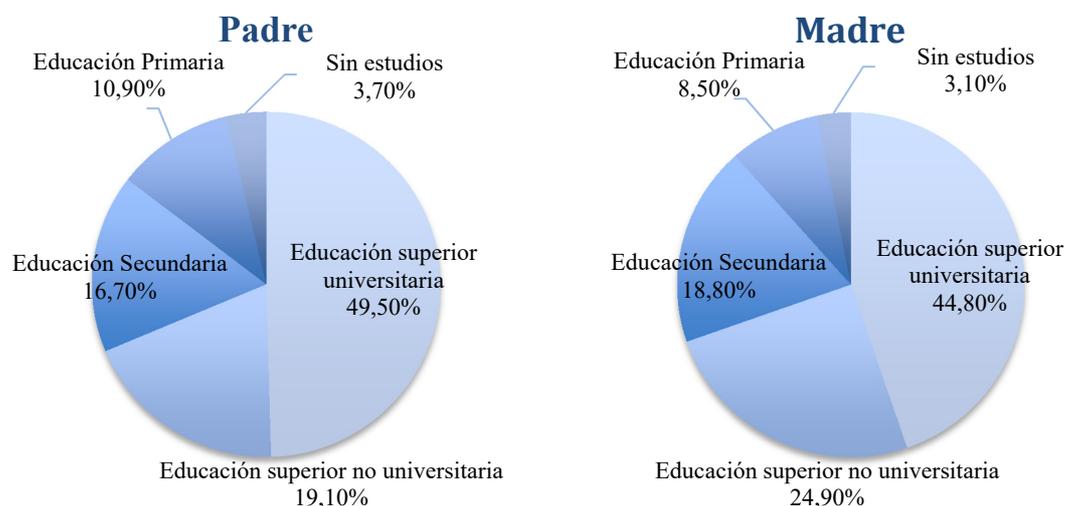


El 58.6% de la muestra vivía con sus familias, un 29.8% en una residencia o piso de estudiantes, un 3.9% en pareja, un 3.9% solos y un 2.6% se encontraba en otra situación de convivencia.

Los resultados descriptivos de las variables más relacionadas con el nivel de estudios indican que el 64.1% poseía estudios superiores (bachillerato) y se encontraba realizando estudios universitarios en ese momento, el 19.9% había superado la Educación Secundaria y el 16% contaba con algún título universitario, ya fuera grado, máster o doctorado. No fue posible conseguir ningún sujeto sin estudios o que sólo hubiera superado la etapa de educación primaria.

En el Figura 8 se puede visualizar el nivel de estudios de los progenitores de los participantes en el presente estudio. En ambos casos, tanto en el caso del padre como de la madre, la mayor parte de la muestra provenía de una familia en la que sus padres tenían estudios universitarios, seguido en porcentaje por estudios superiores no universitarios, educación secundaria, educación primaria y, por último, un bajo porcentaje cuyos padres no poseían ningún tipo de estudios.

Figura 8: Distribución en porcentajes del nivel de estudios de los progenitores de los participantes.



El 90% de los participantes eran estudiantes universitarios, contando además con un 5.2% de estudiantes de estudios superiores no universitarios, un 4.6% de personas que no estaban estudiando en ese momento y un 0.2% estudiantes de secundaria. Un 64.1% de la muestra eran estudiantes de una universidad de gestión privada de la Comunidad

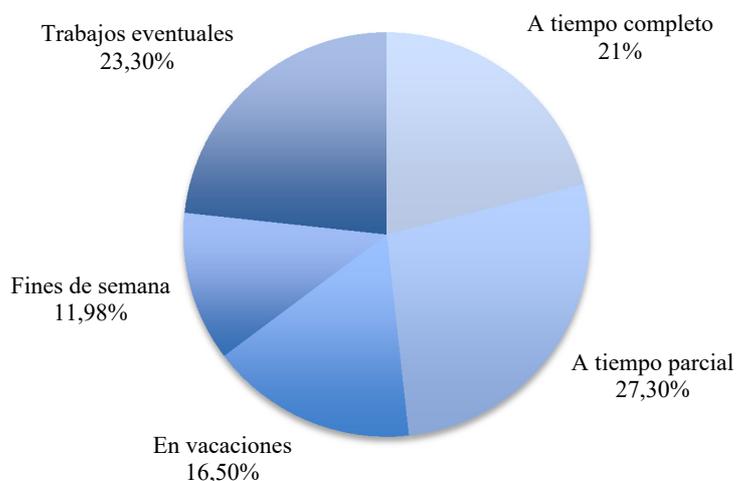
Valenciana, un 25.6% de una universidad pública de la misma Comunidad y el restante 10.3% provenían de otros centros.

Con respecto a los gastos derivados de los estudios, en la mayor parte de las ocasiones eran los padres o familias quienes corrían con estos gastos (77.5%) seguido, aunque con una gran distancia, por los estudiantes que disfrutaban de algún tipo de beca (10.6%), los que corrían ellos mismos con los gastos (8.8%) y los que se encontraban en otra situación diferente a las mencionadas anteriormente (3.1%).

En cuanto a los gastos personales, a un 73.1% le cubrían los gastos sus padres o familiares, un 18.6% ellos mismos y un 8.3% compartían gastos. En el caso de cubrir ellos mismos los gastos de alguien, un 66.1% eran de padres, hermanos u otros familiares, un 21% eran los gastos de su pareja y un 12.9% los de sus hijos.

Un 66.4% de la muestra se dedicaba exclusivamente a estudiar, un 28.3% compaginaba estudios y trabajo, un 4.6% exclusivamente trabajaba y un 0.4% ni estudiaba ni trabajaba o se encontraba en otra situación. Tal y como se puede observar en la Figura 9, de las personas que trabajaban, la mayoría lo hacía a tiempo parcial, de forma eventual o a tiempo completo, seguido de las personas que trabajaban en vacaciones o los fines de semana.

Figura 9: Distribución de dedicación laboral en porcentajes.



Respecto a la religión, se trataba, en su mayoría, de católicos (58.1%), ateos (22.1%) y agnósticos (16.9%), y, en menor medida, musulmanes (1.5%), protestantes (0.2%) y personas que profesaban otras religiones (1.3%). Sin embargo, la mitad de la muestra no participaba en actividades religiosas (50.9%), y si lo hacían, la mayoría era en fiestas especiales (26.5%). Un 13.7% participaba en actividades religiosas semanalmente, un 6.1% diariamente y un 2.8% mensualmente. Algo similar ocurría cuando se trataba de actividades de proyección social (tipo voluntariado, ONG...): un 58.7% no participaba, un 25.8% únicamente en fechas especiales, un 8.7% semanalmente, un 5% mensualmente y un 1.8% diariamente.

Un 46% pertenecía a alguna asociación, de las cuales el 31.9% era de tipo religioso, el 22.7% de voluntariado, el 22.3% de carácter deportivo, el 2% político y el 21.1% pertenecía a algún otro tipo de asociación.

8.3. Instrumentos

Además de los datos generales sociodemográficos, las variables definidas y medidas han sido: estatus adulto, consolidación de identidad, madurez personal, bienestar psicológico y religiosidad y trascendencia espiritual. Dado que en el marco teórico se han descrito extensamente las variables, procedemos a presentar y describir los instrumentos utilizados para su medición. La batería conformada y utilizada para nuestra investigación puede verse en el Anexo.

8.3.1 Cuestionario de datos sociodemográficos

Mediante preguntas directas se recogieron los datos sociodemográficos básicos del sujeto: sexo, edad, estado civil, nivel de estudios (finalizados y en curso), condiciones de convivencia en el hogar y ubicación del domicilio. Se recogieron también datos de la situación laboral y la económica (quién se hace cargo de sus gastos y de qué gastos se hace cargo él mismo, si es el caso). Se les preguntó sobre el nivel educativo de los padres y sobre actividades religiosas y de compromiso con la comunidad. La

información relativa a todas estas variables puede consultarse en la sección anterior 2.2 Participantes.

8.3.2 Estatus adulto

Para evaluar el estatus adulto se plantea la siguiente cuestión: “En general, ¿crees que ya has alcanzado la edad adulta?”, que cerraba el cuestionario sobre autopercepción de estatus adulto que fue elaborado ad hoc y utilizado en nuestro Trabajo de Investigación (Torres, 2012). Sus opciones de respuesta fueron “No”, “En algunos aspectos sí, en otros no” y “Sí”. Basándose en las respuestas a esta cuestión se configuraron las cuatro categorías descritas en la Tabla 6. Aquellos que se perciben como adultos (respondieron “Sí”) y ya han adoptado al menos dos roles adulto, se clasifican como “adultos en funciones”. Aquellos que no se autoperciben como adultos (respuesta de “No” o “En algunos aspectos sí, en otros no”) y ya han asumido al menos uno de los roles adultos, se clasificarán como “adultos no preparados”. Los participantes que se perciben a sí mismos como adultos pero sin asumir un rol adulto se etiquetan como “adultos autopercebidos”. Finalmente, aquellos sujetos que ni se consideran adultos ni han asumido ningún rol adulto se clasifican como grupo de “adultos emergentes”.

La información sobre esta variable se complementó también con un cuestionario de elaboración propia utilizado para nuestro trabajo de investigación (Torres y Zacarés, 2004; Torres, 2012), sobre dimensiones específicas de la adultez emergente que consta de 6 ítems. Estas dimensiones son: (a) las posibilidades abiertas, (b) la exploración de identidad, (c) la inestabilidad, (d) el estar centrado en los demás, (e) el estar centrado en uno mismo/a y (f) el sentirse entre la adolescencia y la adultez. Los sujetos indican ante cada descripción el grado en que “refleje lo que estás sintiendo en esta etapa presente de tu vida”, en una escala que variaba entre 1 (No, para nada) y 4 (Sí, muy de acuerdo).

8.3.3 Consolidación de identidad

Para la variable Consolidación de identidad se utilizaron dos instrumentos: una adaptación del Identity Stage Resolution Index (Côte, 2006) y las escalas de compromisos de identidad relacional, ocupacional e ideológica (CIR-2, CIO-2 o CIID-2), de Ruiz, (2003).

a) Índice de resolución del estadio de identidad (adaptado del Identity Stage Resolution Index, ISRI, Côté, 2006)

La escala ISRI está diseñada para evaluar el grado en que los participantes han alcanzado un estado subjetivo de adultez y de integración en la comunidad. Tanto el estatus adulto subjetivo logrado como el sentido de integración en la comunidad se consideran indicadores de que la persona ha desarrollado un sentido de identidad coherente y funcional. Esta escala está configurada por dos subescalas, la escala de Resolución de Identidad Adulta (RIA, 3 ítems, p.e. “Te consideras respetado y tratado por los demás como un adulto”) y la escala de Resolución de la Identidad Societal (RIS, 3 ítems, p.e. “Has encontrado un entorno social en el cual vivir para el resto de tu vida”). Presenta un rango de puntuación de 0 a 24, y cada ítem se responde en una escala de 5 puntos desde 0 (Totalmente en desacuerdo) a 4 (“Totalmente de acuerdo”). Este índice ha mostrado propiedades psicométricas aceptables en muestras multiétnicas (Côté, 2006). En la presente tesis doctoral se ha utilizado una traducción y adaptación al español del instrumento. El alfa de Cronbach para esta muestra fue de .762 para la dimensión de resolución de la identidad adulta, de .651 para la resolución de identidad societal, y de .776 para la totalidad de la escala.

b) Escalas de compromisos de identidad relacional, ocupacional e ideológica (CIR-2, CIO-2 o CIID-2, Ruiz, 2003)

Valoran los procesos de compromiso adolescente en el momento presente en tres áreas vitales significativas: las relaciones de amistad (p.e. “Las relaciones con mis amigos/as me ayudan a ver el futuro con optimismo y confianza”), los estudios/trabajo (p.e. “Creo que los estudios que hago ahora me servirán toda la vida”) y la visión general ideológica (p.e. “Estoy seguro de que mi actual filosofía de vida es la mejor para mí”). Cada escala está compuesta de 7 ítems que expresan la fuerza del compromiso en esa área. La escala de respuesta oscila entre 1 (“Completamente falso”) hasta 5 (“Completamente cierto”). Los coeficientes de fiabilidad oscilan entre .71 y .84 (Zacarés et al., 2009). El alfa de Cronbach fue de .880 para la dimensión de compromiso de identidad relacional, de .880 para la versión de estudios del compromiso de identidad

ocupacional y de .947 para la versión de trabajo, y de .915 para la dimensión de compromiso de identidad ideológica.

8.3.4 Madurez personal

La variable madurez personal autopercebida se midió a través de los 13 ítems contenidos en el factor “Madurez psicológica”, resultante del análisis factorial aplicado al cuestionario de criterios de adultez utilizado en nuestros estudios anteriores (alfa=.77). Contamos con la validez de que existe ya la constancia de que fueron los más valorados para considerarse adulto en el estudio previo (Zacarés, Torres y Serra, 2010; Torres, 2012). Esta subescala recoge una serie de criterios de madurez psicológica (p.e. “Aceptar la responsabilidad por las consecuencias de tus actos”) sobre los que se les pide a los sujetos que indiquen el grado en que “lo han alcanzado”. La escala de respuesta mostraba cuatro opciones posibles: 1 (No), 2 (Poco/apenas), 3 (A menudo/Casi del todo) y 4 (Completamente). El alfa de Cronbach en este estudio fue de .762.

8.3.5 Bienestar psicológico

Para medir esta variable se incluyeron en la batería tres instrumentos: la Escala de satisfacción vital, la Escala de Propósito Vital y el GHQ-12.

a) Escala de satisfacción vital (ESV, Diener et al.,1985; adaptación de Atizena, Balaguer y García-Merita, 2000).

La escala consta de cinco ítems orientados a obtener una evaluación general que la persona realiza sobre su propia vida, con lo que puede considerarse una medida de bienestar hedónico. Los ítems adoptan un formato de respuesta tipo Likert de 4 puntos (0 equivale a “Muy en desacuerdo”; 1, a “Más bien en desacuerdo”; 2 a “Más bien de acuerdo” y, finalmente, 3 corresponde a “Muy de acuerdo”). La puntuación total tenía un rango de 0 a 15 puntos, en el que a mayor puntuación corresponde una interpretación de mayor satisfacción con la vida. El instrumento posee unas buenas propiedades psicométricas, con un alfa de Cronbach de .87 en el caso de la escala original en inglés (Diener, et al.,

1985) y de .82 en la versión española. En esta muestra, el alfa de Cronbach fue de .796.

b) Escala de Propósito Vital (PIL-10, Crumbaugh y Maholick, 1969; adaptación de García-Alandete, Rosa y Sellés, 2013)

Se aplicará la Parte A del PIL, la más usada en investigación, que en esta versión se reduce a 10 ítems. Permite una puntuación que expresa el predominio de una experiencia de logro de sentido de la vida frente a su frustración de sentido (bienestar eudaimónico). Presenta una estructura bifactorial: un factor de Satisfacción y Sentido de la vida ($\alpha=.76$) y otro de Metas y propósitos en la vida ($\alpha=.67$). El alfa de Cronbach fue de .840.

c) GHQ-12

El *General Health Questionnaire*, GHQ-12, (Goldberg y Williams, 1988) es un instrumento cuyo objetivo es detectar morbilidad psicológica y posibles casos de trastornos psiquiátricos en contextos como la atención primaria o en población general. Está formado por 12 ítems, divididos en 6 enunciados positivos y 6 negativos. Los sujetos responden a través de una escala tipo Likert de cuatro puntos (0, 1, 2 y 3), donde 0 equivale a “No, en absoluto”, 1 a “No más que lo habitual”, 2 a “Bastante más que lo habitual” y 3 a “Mucho más que lo habitual”. El instrumento presenta una buena fiabilidad en los diferentes estudios realizados con alfas de Cronbach que varían entre 0,82 y 0,86 (Goldberg *et al.*, 1997; en Rocha *et al.*, 2011). El alfa de Cronbach para nuestra muestra fue de .834.

8.3.6 Religiosidad, espiritualidad y trascendencia

La variable religiosidad, espiritualidad y trascendencia la mediremos a través de la escala ASPIRES (Piedmont, 2010; Brown, Chen, Gehlert y Piedmont, 2012;), en una versión adaptada al español europeo, elaborada por la doctoranda, con autorización expresa y visto bueno de su autor original, Ralph L. Piedmont, del Departamento de Counseling Pastoral de la Loyola University of Maryland. Esta escala se presentaba en último lugar en la batería de instrumentos que se utilizó para nuestra investigación, respetando fielmente el formato del original en inglés, por exigencia del autor, quien

registró la marca. Para poder ser utilizada, fue necesario comprar un ejemplar de la misma, en su forma extensa, así como su manual de uso. La autorización recibida limitaba el número de sujetos de nuestro estudio a no más de 600, y excluía la posibilidad de publicar en el trabajo la versión original en inglés, por lo que no se ha podido incluir en el anexo.

Los trámites de contacto con el autor, explicación del proyecto, traducción, sucesivas supervisiones por parte de Piedmont y autorización final se demoraron aproximadamente un año.

El ASPIRES consiste en una escala de 35 ítems que mide dos dimensiones: por una parte, la trascendencia espiritual, es decir, la capacidad y motivación del individuo para crear un amplio sentido de significado personal para su propia vida, y, por otra, los sentimientos religiosos, es decir, la medida en que cada individuo se involucra y compromete con los preceptos, enseñanzas y prácticas de una tradición religiosa en particular. Existe una versión corta y una versión para observadores externos, que, por cuestiones de profundidad en la investigación la primera y de no viabilidad la segunda, fueron descartadas para nuestro trabajo.

Uno de los valores añadidos del instrumento es que es una escala no confesional, lo cual permite, por contra de algunos otros instrumentos contemplados para la elaboración de esta tesis doctoral, aplicarla a sujetos de muy diferentes confesiones religiosas, incluyendo agnósticos y ateos.

Según el propio Piedmont (2010), el trabajo original que culminó con la elaboración del ASPIRES se inició con el desarrollo de la STS (Spiritual Transcendence Scale, Piedmont 1999b, 2001). El objetivo inicial era crear una medida sólida que permitiera captar empíricamente los aspectos fundamentales de la espiritualidad, las cualidades comunes a cualquier fe. Para tal fin, se creó una comisión de expertos teólogos de diversas tradiciones religiosas, incluyendo el budismo, hinduismo, quáqueros, luteranismo, catolicismo y judaísmo. La finalidad era identificar cualidades de la espiritualidad comunes a todas esas tradiciones. El cuestionario resultante fue una escala unidimensional que medía tres aspectos: (1) la *universalidad*, que mide la creencia en una unidad de naturaleza universal, un sentido último y un propósito de la vida; (2) la

plenitud en la oración, o sentimiento de gozo y satisfacción resultante al practicar la oración y/o la meditación, y que provoca un sentimiento de elevación del propio ser hacia un Ser Superior, y (3) la *conexión* o vinculación, un sentimiento de pertenencia y responsabilidad para con la comunidad, que va más allá de las generaciones y grupos, y de unidad con los demás (Piedmont, 2009). La STS, además, demostró que la espiritualidad representa un constructo único, distinto y diferenciado del modelo de los Cinco Grandes (Piedmont, 1999a, 1999b).

Pero con el tiempo aparecieron algunas limitaciones de la STS: (a) el lenguaje utilizado en algunos de los ítems era algo sofisticado, y podía no ser bien comprendido por los sujetos más jóvenes o con menor nivel de formación; (b) una de las subescalas, la relativa a ‘Conexión’ mostraba sistemáticamente valores bajos de alfa de Cronbach (Piedmont, 2010, 2012) y, por último (c) no tenía una forma abreviada y habían observado que, aunque la escala estaba constituida por 24 ítems, a algunos sujetos, especialmente los de más edad, se les hacía demasiado larga.

El interés de construir una herramienta no unidimensional junto a las mejoras introducidas para solventar las limitaciones de la STS dio como resultado el instrumento denominado *Assessment of Spirituality and Religious Sentiments Scale* (ASPIRES, Piedmont, 2010), que incluye la medición de la religiosidad (o sentimientos religiosos) en una sección propia, y la trascendencia.

En cuanto a los sentimientos religiosos, se miden a través de dos escalas correlacionadas: el compromiso religioso (compromiso más o menos activo del sujeto con una religión concreta) y crisis religiosa (en qué medida un sujeto puede vivir la experiencia de dificultad o conflictos en su experiencia de fe), mientras que la trascendencia espiritual se mide a través de las tres escalas correlacionadas ya mencionadas: la plenitud personal a través de la oración, la universalidad y la conexión o vinculación.

Piedmont (2010) presentó los datos acerca de la fiabilidad y validez de esta escala. Los coeficientes alfa oscilan, en las diferentes subescalas, entre .60 y .95, con un coeficiente alfa medio de 0.82.

Las propiedades de fiabilidad y validez relativas a este estudio, dado que son uno de los objetivos, se presentan en la sección de Resultados.

CAPÍTULO 9

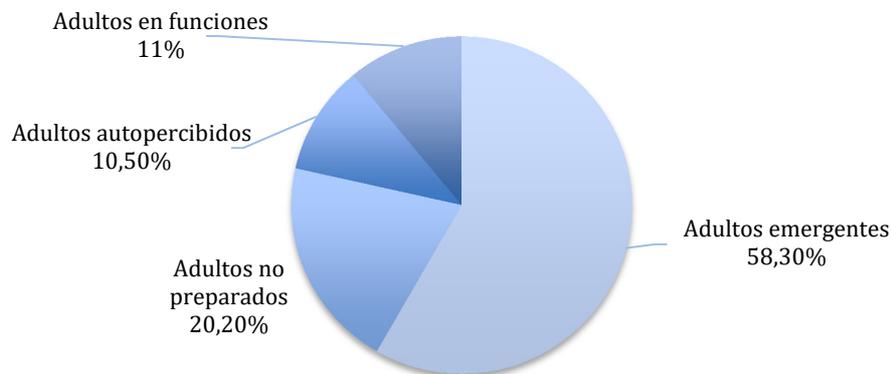
ANÁLISIS Y RESULTADOS

9.1. Análisis y resultados de datos descriptivos de las variables objeto de estudio.

Los análisis estadísticos realizados constaron, en primer lugar, de análisis descriptivos de las variables incluidas en el estudio. Para las variables cuantitativas y semi-cuantitativas, estos análisis incluyeron la media, desviación típica y rango inferior y superior. En el caso de las variables cualitativas o categóricas, se calcularon distribuciones de frecuencias.

El estudio de los grupos de adulthood de la muestra señala que la mayor parte de los sujetos se encuentran dentro de la categoría de adultos emergentes, que no se perciben adultos y no han asumido ningún rol propio de la adulthood. A esta categoría le sigue la de adultos no preparados, quienes no se perciben adultos pero sí desempeñan al menos un rol de adulto; a continuación, adultos en funciones, que se perciben como adultos y además han asumido al menos un rol de adulto y, por último, adultos autopercebidos, que se perciben como adultos pero no desempeñan ningún rol propio de éstos (Figura 10).

Figura 10: Tipos de adultos en porcentaje.



En la tabla siguiente mostramos la correspondencia entre porcentaje de estatus adulto y el número correspondiente de sujetos de la muestra:

Tabla 8: Correspondencia entre porcentajes muestrales y número de sujetos por categoría de estatus adulto.

Estatus adulto	%	N° de sujetos
Adultos emergentes	58,30%	318
Adultos no preparados	20,20%	110
Adultos autopercebidos	10,5%	58
Adultos en funciones	11%	60

En la Tabla 9 encontramos la información referida a las edades de cada una de las categorías. La edad constituye en nuestro estudio una variable relevante que, en algunos casos, necesita ser controlada, para no confundir su efecto sobre la/s variable/s dependiente/s analizada/s en cada hipótesis:

Tabla 9: Datos relativos a la edad de los sujetos por categoría de estatus adulto.

Estatus adulto	Media	DT	Mínimo	Máximo
Adultos emergentes	20.27	1.97	18	27
Adultos no preparados	21.94	3.09	18	29
Adultos autopercebidos	23.22	3.29	18	30
Adultos en funciones	25.05	3.46	18	30

Como vemos, tal como era esperable, el sesgo de edad más joven se produce hacia la categoría de adultos emergentes. En los apartados de análisis y resultados que sea oportuno se tratará el control o efecto de esta variable.

A nivel general, los participantes en el estudio obtuvieron un 2.10 de media en madurez personal ($DT = 0.52$; Mín = 0, Máx = 3).

El estudio de la identidad reveló que la muestra tenía una media de 2.12 ($DT = 0.72$) en identidad adulta resuelta, con una media de 2.37 ($DT = 0.76$) en resolución de la identidad adulta y una media de 1.87 ($DT = 0.90$) en resolución de la identidad societal. En todos los casos la puntuación mínima fue 0 y la máxima 4, acorde a la escala del instrumento.

Con respecto al compromiso de identidad, en todos los casos las medias estuvieron en torno al 4 (Tabla 10).

Tabla 10: Estadísticos descriptivos de compromiso de identidad.

	Media	DT	Mínimo	Máximo
Compromiso identidad relacional	3.93	0.74	1.29	5
Compromiso identidad ocupacional	4.22	0.72	1.43	5
Compromiso identidad ideológica	3.83	0.70	1.57	5

En bienestar general, medido a través del GHQ-12, los sujetos tuvieron una media de 1.79 ($DT = 0.50$, Mín.= 0.33, Máx. = 2.92). Con respecto al bienestar psicológico, obtuvieron una media de 2.10 ($DT = 0.52$, Mín.= 0, Máx. = 3) en satisfacción vital y 5.57 ($DT = 0.76$, Mín.= 2.40, Máx. = 7) en propósito de vida.

En cuanto a la religiosidad, espiritualidad y trascendencia, medidas a través del cuestionario ASPIRES, los participantes tuvieron medias bajas o en torno al punto medio de la escala en todos los factores (Tabla 11).

Tabla 11: Estadísticos descriptivos de religiosidad, espiritualidad y trascendencia.

		Media	DT	Mínimo	Máximo
Sentimientos religiosos	Religiosidad	2.57	1.30	1	6.13
	Crisis religiosa	2.06	0.64	1	4.25
Espiritualidad y trascendencia	Plenitud en la oración	2.75	1.13	1	5
	Universalidad	3.24	0.74	1	5
	Conexión	3.72	0.76	1	5

9.2. Puesta a prueba de las hipótesis

9.2.1. Análisis y resultados para las hipótesis 1A y 1B

Las hipótesis 1A y 1B se desprenden de nuestro primer objetivo específico, el de caracterizar, en términos de madurez personal y consolidación de identidad, cada uno de los estatus de adultez definidos.

La primera hipótesis (1A) fue formulada en los siguientes términos: “En los estatus asociados a una mayor autopercepción de adultez se dará mayor avance en la consolidación de identidad reflejada tanto por el logro de una identidad adulta como por los niveles más altos de compromiso de identidad en las áreas relacional, ocupacional e ideológica”.

Por su parte, la segunda hipótesis relacionada con el objetivo (1B) plantea que “los estatus de adultez diferirán en términos de madurez psicológica, de tal manera que los sujetos en el estatus de *adultos en funciones* mostrarán mayor grado de madurez personal que los *adultos autopercebidos*, éstos a su vez mayores puntuaciones que los *adultos no preparados* y este último grupo un mayor nivel madurativo que los *adultos emergentes*”.

En primer lugar, como vimos más arriba, se calcularon estadísticos descriptivos de las distintas variables objeto de estudio (resolución de la identidad adulta, compromiso de identidad y madurez personal) para cada uno de los estatus de adultez. A continuación, se aplicaron las pruebas estadísticas necesarias para contrastar nuestras hipótesis.

El MANOVA es una prueba estadística que evalúa las diferencias en el centroide (vector) de medias de las variables dependientes (en este caso, resolución de la identidad adulta y resolución de la identidad societal), para las diversas categorías de las variables independientes (adultos emergentes, adultos no preparados, adultos autopercebidos y adultos en funciones). De entre los diversos criterios multivariados para evaluar los efectos, se escogió el criterio de Pillai, el más robusto frente a los incumplimientos de los supuestos (Tabachnick y Fidell, 2007).

El segundo paso del MANOVA, si la prueba F muestra que el centroide (vector) de medias de las variables dependientes no es el mismo para todos los grupos formados por las categorías de las variables independientes, es realizar análisis de varianza (ANOVAs) de continuación, para estudiar en qué variables concretas se dan las diferencias estadísticamente significativas. Finalmente, en aquellos ANOVAs de continuación en los que se observen diferencias estadísticamente significativas, se realizan pruebas post-hoc, en este caso de Bonferroni, para las diferencias entre grupos, de forma que se determine qué grupos son los que difieren significativamente en medias.

En nuestro análisis, se estimó el tamaño del efecto mediante la eta-cuadrado parcial (η^2), tomándose como puntos de corte los establecidos por Cohen (1992): .02, .13 y .26 como puntos de corte para pequeños, medios y grandes efectos, respectivamente.

Así pues, para estudiar las diferencias en medias de resolución de la identidad entre los diferentes grupos de estatus adultos, se llevó a cabo un MANCOVA, pues ambas dimensiones de la escala, resolución de la identidad adulta y resolución de la identidad societal, se encontraban relacionadas ($r = .516, p < .001$), controlándose el efecto de la variable edad. Los resultados del MANCOVA mostraron diferencias estadísticamente significativas entre los grupos: $F(6,1074) = 29.080, p < .001, \eta^2 = .068$, aunque de pequeño tamaño (explicaban el 6.8% de la varianza).

Se llevaron a cabo ANCOVAs de continuación, que apuntaron que estas diferencias se encontraban en las dos dimensiones de resolución de la identidad, tanto en la identidad adulta ($F(3,537) = 27.560, p < .001, \eta^2 = .133$) como en la societal ($F(3,537) = 3.686, p = .002, \eta^2 = .028$), aunque, mientras que las encontradas en identidad adulta fueron de mediano tamaño, las de identidad societal fueron pequeñas.

Las pruebas post-hoc realizadas relativas a la resolución de la identidad adulta mostraron diferencias estadísticamente significativas entre adultos emergentes y no preparados frente a los grupos de adultos autopercebidos y adultos en funciones, teniendo menores niveles de resolución de identidad adulta los dos primeros grupos (ver Tabla 12). En el caso de la resolución de la identidad societal, las diferencias tan solo se encontraron entre el grupo de adultos en funciones, frente a los grupos de adultos emergentes y adultos no preparados, otra vez con mayores medias para los adultos en funciones (Tabla 12).

Tabla 12: Medias y desviaciones típicas de resolución de identidad adulta y resolución de identidad societal para cada uno de los estatus adultos.

	Resolución de identidad adulta		Resolución de identidad societal	
	M	DT	M	DT
Adultos emergentes	2.12	.65	1.72	.86
Adultos no preparados	2.29	.70	1.77	.90
Adultos autopercebidos	3.02	.69	2.21	.87
Adultos en funciones	3.21	.49	2.48	.76

Este mismo tipo de análisis se empleó para estudiar posibles diferencias en el compromiso de identidad de los diferentes estatus de la adultez, dado que las tres dimensiones de compromiso de identidad se encuentran relacionadas entre sí ($r_{relacional-ocupacional} = .202, p < .001$; $r_{relacional-ideológica} = .210, p < .001$; $r_{ocupacional-ideológica} = .259, p < .001$). El MANCOVA mostró diferencias estadísticamente significativas entre los grupos: $F(9,1545) = 1.896, p = .049, \eta^2 = .011$, aunque de pequeño tamaño (el estatus explicaba un 1.1% de varianza).

Los ANCOVAs de continuación, sin embargo, no encontraron dichas evidencias para ninguna de las tres dimensiones: compromiso de identidad relacional ($F(3,515) =$

2.428, $p = .065$, $\eta^2 = .014$), compromiso de identidad ocupacional ($F(3,515) = 2.584$, $p = .053$, $\eta^2 = .015$) ni compromiso de identidad ideológica ($F(3,515) = 0.720$, $p = .540$, $\eta^2 = .004$). Las medias en estas variables para los distintos grupos, tal y como puede consultarse en la Tabla 13, varían entre 3.77 y 3.99 para el compromiso con la identidad relacional; entre 4.07 y 4.32 para la ocupacional; y entre 3.74 y 4.09 para la ideológica.

Tabla 13: Medias y desviaciones típicas de las dimensiones de compromiso con la identidad para cada uno de los estatus adultos.

	C. relacional		C. ocupacional		C. ideológica	
	M	DT	M	DT	M	DT
Adultos emergentes	3.99	.72	4.22	.63	3.74	.69
Adultos no preparados	3.77	.75	4.07	.85	3.84	.72
Adultos autopercebidos	3.82	.79	4.32	.55	3.98	.57
Adultos en funciones	3.89	.73	4.28	.86	4.09	.74

Finalmente, se realizó un ANCOVA para estudiar las diferencias en madurez personal en los distintos tipos de estatus de adultez, que tampoco arrojó resultados estadísticamente significativos: $F(3,537) = 2.579$, $p = .053$, $\eta^2 = .014$. La edad, sin embargo, sí tuvo un efecto estadísticamente significativo: $F(1,536) = 14.831$, $p < .001$, $\eta^2 = .027$. Las medias en madurez personal para los diferentes estatus adultos, que oscilaron entre 3.13 para adultos emergentes y 3.38 para adultos, pueden consultarse en la Tabla 14.

Tabla 14: Medias y desviaciones típicas de madurez personal para cada uno de los estatus adultos.

	Madurez personal	
	M	DT
Adultos emergentes	3.13	.32
Adultos no preparados	3.19	.33
Adultos autopercebidos	3.24	.35
Adultos en funciones	3.38	.36

De esta forma, la evidencia recogida apoyó parcialmente la hipótesis 1A, “En los estatus asociados a una mayor autopercepción de adultez se dará mayor avance en la consolidación de identidad reflejada tanto por el logro de una identidad adulta como

por los niveles más altos de compromiso de identidad en las áreas relacional, ocupacional e ideológica”, puesto que las diferencias se encontraron en resolución de identidad, pero no en compromiso.

Por su parte, la hipótesis 1B, “los estatus de adultez diferirán en términos de madurez psicológica, de tal manera que los sujetos en el estatus de *adultos en funciones* mostrarán mayor grado de madurez personal que los *adultos autopercebidos*, éstos a su vez mayores puntuaciones que los *adultos no preparados* y este último grupo un mayor nivel madurativo que los *adultos emergentes*”, no fue apoyada en parte por los datos, pues no se obtuvo evidencia de diferencias en madurez personal. Se comprobó, sin embargo, un efecto de la edad que comentaremos en el apartado de Discusión.

9.2.2. Análisis y resultados para las hipótesis 2A y 2B

Las hipótesis 2A y 2B se desprenden del segundo objetivo específico de nuestro estudio, que se propone confirmar la relación entre madurez personal, consolidación de identidad y el bienestar psicológico.

Para comprobar la Hipótesis 2A, “*Existencia de una relación positiva entre la madurez personal, consolidación de la identidad y bienestar psicológico*”, se llevaron a cabo correlaciones de Pearson entre los tres constructos utilizados para evaluar el bienestar (la satisfacción con la vida, el propósito vital y la salud general) y las distintas dimensiones de resolución de la identidad adulta, compromiso de identidad y madurez personal.

Tal y como se puede observar en la Tabla 15, todos los factores definatorios de identidad presentaron correlaciones estadísticamente significativas y positivas tanto con madurez personal como con las medidas de bienestar, destacando la correlación entre el compromiso de identidad relacional y la salud general, por su menor cuantía, y la del compromiso de identidad ideológica con la madurez personal por su mayor valor. También la madurez personal correlacionó significativa y positivamente con las medidas de bienestar.

Tabla 15: Correlaciones entre los diferentes factores de identidad, madurez personal y bienestar.

	Identidad					Madurez personal	Satisfacción vital	Salud general	Propósito vital	
	IAR	RIA	RIS	CIR	CIO					CII
Identidad adulta resuelta (IAR)	1									
Resolución de la identidad adulta (RIA)	.848**	1								
Resolución de la identidad societal (RIS)	.892**	.516**	1							
Compromiso identidad relacional (CIR)	.121**	.100*	.109*	1						
Compromiso identidad ocupacional (CIO)	.226**	.142**	.245**	.202**	1					
Compromiso identidad ideológica (CII)	.446**	.306**	.458**	.210**	.259**	1				
Madurez personal	.459**	.435**	.371**	.182**	.298**	.535**	1			
Satisfacción vital	.418**	.278**	.440**	.253**	.378**	.433**	.319**	1		
Salud general	.348**	.250**	.349**	.152**	.329**	.403**	.415**	.502**	1	
Propósito vital	.404**	.319**	.382**	.292**	.435**	.403**	.352**	.605**	.478**	1

Nota: * $p < .05$; ** $p > .01$

En segundo lugar, para poner a prueba la hipótesis 2B, “Sería esperable que las dimensiones de identidad y madurez personal predijesen significativamente el bienestar psicológico y general”, se llevaron a cabo tres regresiones lineales múltiples. En las dos primeras, las distintas dimensiones se utilizaron como predictores del propósito vital (bienestar eudaimónico) por un lado, y de la satisfacción vital (variable que integra tanto bienestar eudaimónico como bienestar hedónico, constituyendo una medida de bienestar general) por otro.

El resultado de la primera de estas pruebas fue estadísticamente significativo ($F(6,512) = 42.247, p < .001; R^2 = .325$), llegando a explicar un 32.5% de la varianza. Tal y como puede observarse en la Tabla 16, resultaron predictores estadísticamente significativos todas las dimensiones excepto la resolución de la identidad adulta y la madurez personal.

Tabla 16: Regresión lineal de las dimensiones de la identidad y la madurez personal explicando satisfacción con la vida.

	Coeficientes no estandarizados		Coeficientes tipificados	<i>t</i>	<i>p</i>
	B	Error típ.	Beta		
(Constante)	-.011	.200		-.053	.958
Resolución de la identidad adulta	.021	.030	.030	.686	.493
Resolución de la identidad societal	.147	.026	.254	5.559	< .001
Compromiso identidad relacional	.095	.026	.136	3.636	< .001
Compromiso identidad ocupacional	.152	.028	.206	5.332	< .001
Compromiso identidad ideológica	.151	.034	.204	4.445	< .001
Madurez personal	.063	.069	.041	.903	.367

En cuanto a la regresión para predecir el propósito vital, ésta también resultó estadísticamente significativa ($F(6,511) = 46.414, p < .001; R^2 = .345$), explicándose un 2% más del propósito vital que de la satisfacción vital (34.5% de varianza explicada). En este caso, sin embargo, todas las variables resultaron estadísticamente significativas y positivas, tal y como se puede observar en la Tabla 17.

Tabla 17: Regresión lineal de las dimensiones de la identidad y la madurez personal explicando propósito vital.

	Coeficientes no estandarizados		Coeficientes tipificados	<i>t</i>	<i>p</i>
	B	Error típ.	Beta		
(Constante)	1.736	.290		5.987	.000
Resolución de la identidad adulta	.096	.043	.096	2.206	.028
Resolución de la identidad societal	.126	.038	.149	3.303	.001
Compromiso identidad relacional	.172	.038	.166	4.519	.000
Compromiso identidad ocupacional	.282	.041	.261	6.834	.000
Compromiso identidad ideológica	.141	.049	.130	2.873	.004
Madurez personal	.304	.101	.136	3.008	.003

La tercera regresión lineal múltiple se llevó a cabo con salud general como variable dependiente, utilizando los mismos predictores. Los resultados también fueron estadísticamente significativos ($F(6,512) = 38.905, p < .001; R^2 = .305$), aunque explicándose menor varianza (un 30.5% total) que en los dos casos anteriores (propósito vital y satisfacción vital). Tal y como se observa en la Tabla 18, los predictores estadísticamente significativos fueron compromiso con la identidad ocupacional, compromiso con la identidad ideológica y madurez personal.

Tabla 18: Regresión lineal de las dimensiones de la identidad y la madurez personal explicando salud general.

	Coeficientes no estandarizados		Coeficientes tipificados	<i>t</i>	<i>p</i>
	B	Error típ.	Beta		
(Constante)	.079	.155		.508	.611
Resolución de la identidad adulta	.044	.028	.066	1.542	.124
Resolución de la identidad societal	.027	.027	.047	.992	.322
Compromiso identidad relacional	-.007	.026	-.011	-.283	.778
Compromiso identidad ocupacional	.097	.029	.135	3.384	.001
Compromiso identidad ideológica	.133	.031	.185	4.237	.000
Madurez personal	.321	.044	.330	7.358	.000

Finalmente, se compararon las betas (β) o coeficientes de predicción de cada una de las variables. Los resultados muestran betas mayores para la resolución de la identidad

adulta, el compromiso con la identidad relacional y el compromiso con la identidad ocupacional en el caso del propósito vital (mayor capacidad explicativa/relación con el bienestar eudaimónico), mientras que la resolución de la identidad societal y el compromiso de la identidad ideológica se relacionan en mayor medida con la satisfacción vital. La mayor capacidad de predicción de madurez personal se observó en su relación con la salud general. Se cumple parcialmente, por tanto, la hipótesis 2B que planteaba que estas relaciones serían de mayor cuantía en el caso del propósito vital.

9.2.3. Análisis y resultados para la hipótesis 3

Nuestra hipótesis 3 propone que el ASPIRES obtendrá evidencias de fiabilidad y validez adecuadas en una muestra española. Esta hipótesis parte del tercer objetivo específico de nuestra tesis, que pretende replicar la escala original de Ralph Piedmont (2010).

9.2.3.1. Validación del cuestionario ASPIRES: Estudio de su validez y fiabilidad

Para estudiar las propiedades psicométricas de la escala ASPIRES en su primera adaptación para su uso en contexto español, se llevó a cabo un estudio de evidencias de validez, que tradicionalmente se ha llamado validez factorial o de constructo. Con este objetivo se especificó, estimó y evaluó un modelo de ecuaciones estructurales.

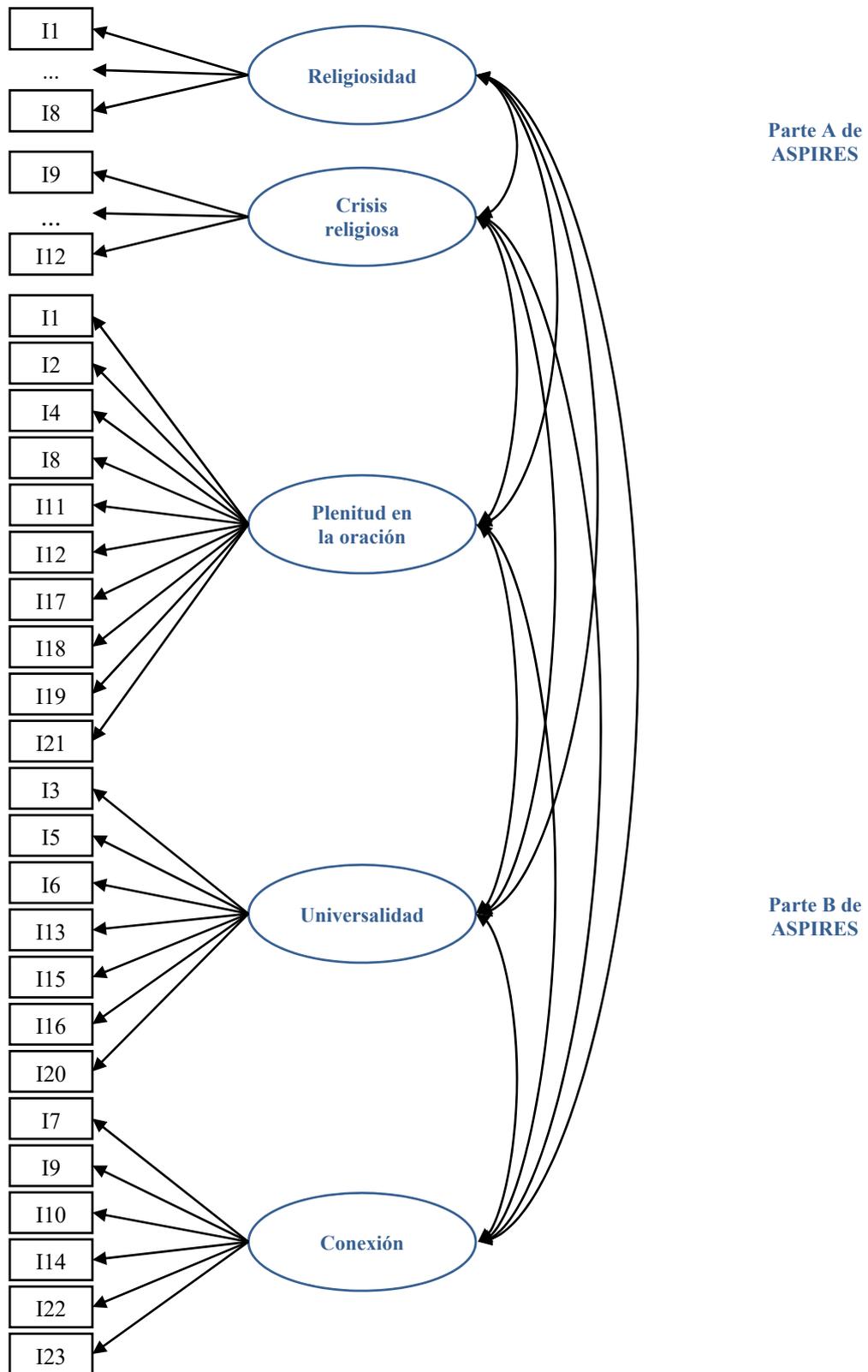
Los modelos de ecuaciones estructurales (MEE) son una metodología estadística que se caracteriza por adoptar un enfoque confirmatorio para el análisis de la teoría estructural que subyace a un fenómeno o constructo (Byrne, 2012). Tal y como su propio nombre indica, dos son los aspectos importantes de esta metodología: a) representa los procesos causales objeto de estudio mediante una serie de ecuaciones; y b) estas ecuaciones estructurales se pueden modelar de forma pictórica, para conceptualizar de forma más clara la teoría estudiada.

Dentro de esta metodología, el análisis factorial confirmatorio (AFC) es el procedimiento más antiguo y reconocido para investigar las relaciones entre conjuntos de variables observables y latentes. Este procedimiento examina la covarianza entre un conjunto de variables observables con el objetivo de obtener información sobre los constructos latentes que subyacen, o factores. Frente al análisis factorial exploratorio

(AFE), que se utiliza cuando las relaciones entre las variables observables, o ítems, y las latentes es incierta o desconocida, el AFC es apropiado cuando el investigador tiene algún conocimiento previo, bien de tipo teórico, bien empírico, sobre estas relaciones. Dado que la escala ASPIRES ha sido previamente utilizada y cuenta con una estructura original (Piedmont, 2010), se optó por utilizar análisis factorial confirmatorio.

El AFC que se puso a prueba tiene como punto de partida, pues, la estructura de cinco dimensiones propuesta originalmente para el ASPIRES, en la que cinco factores (religiosidad, crisis religiosa, plenitud en la oración, universalidad y conexión) explicarían los diversos ítems del instrumento. Este modelo puede observarse en la Figura 11.

Figura 11: Modelo de ecuaciones estructurales propuesto para el cuestionario ASPIRES.



La plausibilidad o adecuación del modelo fue evaluada mediante diversos criterios, tal y como recomienda la literatura (Hu y Bentler, 1995; Tanaka, 1993). En primer lugar, calculando el estadístico chi-cuadrado (χ^2), el índice de ajuste original de los modelos de ecuaciones estructurales (Wang y Wang, 2012). Este estadístico evalúa la magnitud de la discrepancia entre las matrices de varianzas y covarianzas de la muestra y las del modelo estimado. Se espera que resulte estadísticamente no significativo, es decir, no rechazar la hipótesis nula (Kline, 2011).

Sin embargo, este estadístico ha sido objeto de diversas críticas (sensibilidad al tamaño muestral, distribución de la muestra, sensibilidad al tamaño de las correlaciones, sensibilidad a la violación de las asunciones de normalidad multivariada...). Por estos motivos, se han desarrollado índices que evalúan la bondad de ajuste de los modelos. De éstos, los más utilizados y que se utilizarán en esta investigación son el índice de ajuste comparativo (*Comparative Fit Index*, CFI) y la raíz media cuadrática del error de aproximación (*Root Mean Square Error of Approximation*, RMSEA). El CFI compara el modelo especificado con el modelo nulo que asume covarianzas iguales a cero entre las variables observables. Puede obtener valores entre 0 y 1, siendo indicativo de un buen ajuste con valores superiores a .90 e, idealmente, a .95 (Hu y Bentler, 1998, 1999). El RMSEA, por su parte, evalúa la falta de ajuste especificado a la población. Valores de 0 se interpretan como un ajuste perfecto, y menores de .80 como indicativos de un ajuste adecuado (Browne y Cudeck, 1993; Byrne, 1998; MacCallum, Browne y Sugawara, 1996).

Para evaluar la consistencia interna de la escala, se calcularon estadísticos descriptivos para los ítems de la escala: medias, desviaciones típicas y puntuaciones mínimas y máximas, así como el alfa de Cronbach para las diferentes subescalas. Este es el coeficiente más utilizado y conocido para valorar la fiabilidad de las puntuaciones, con valores de .70 a .79 considerados moderados y estimaciones de .80 o superiores interpretadas como alta fiabilidad (Cicchetti, 1994; Clark y Watson, 1995). A nivel de ítem también se obtuvieron estimaciones de fiabilidad, en concreto, la correlación ítem-total, el alfa si se elimina el ítem y las correlaciones inter-ítem.

9.2.3.2. Validez de constructo

Para obtener evidencias de validez de constructo del cuestionario ASPIRES, se estimó y evaluó un análisis factorial confirmatorio en el que se identificaron cinco factores latentes que explicaban los distintos ítems del cuestionario: religiosidad, crisis religiosa, plenitud en la oración, universalidad y conexión, siguiendo la propuesta original del autor (Piedmont, 2010). Este modelo mostró un ajuste general adecuado: $\chi^2(550) = 1764.621$ ($p < .001$), CFI = .972, RMSEA = .071 (intervalo de confianza al 90%: .067 - .074). Sin embargo, el ajuste analítico, a nivel de ítems, mostró que el ítem 7 de la parte B del cuestionario (“*Los sentimientos emocionales de cercanía a otra persona terminan con la muerte*”) tenía una carga factorial mínima (.062), que no resultó estadísticamente significativa ($p > .050$). De esta forma, se decidió eliminar este ítem de la escala, estimando un nuevo modelo sin el ítem 7 de la parte B del ASPIRES.

El segundo modelo tuvo un ligero mejor general: $\chi^2(517) = 1675.442$ ($p < .001$), CFI = .974, RMSEA = .071 (intervalo de confianza al 90%: .067 - .074). Además, todos los ítems tuvieron una saturación factorial estadísticamente significativa ($p < .010$), tal y como se puede observar en la Tabla 19.

Tabla 19: Saturaciones factoriales del análisis factorial confirmatorio del cuestionario ASPIRES.

Religiosidad		Crisis religiosa		Plenitud en la oración		Universalidad		Conexión	
Ítem	λ	Ítem	λ	Ítem	λ	Ítem	λ	Ítem	λ
1	.868	9	.810	1	.801	3	.660	9	.742
2	.735	10	.937	2	.796	5	.656	10	.887
3	.939	11	.651	4	.763	6	.675	14	.581
4	.834	12	.333	8	.809	13	.258	22	.390
5	.932			11	.753	15	.614	23	.271
6	.923			12	.892	16	.537		
7	.938			17	.894	20	.812		
8	.639			18	.803				
				19	.899				
				21	.906				

Nota: Todas las saturaciones factoriales resultaron estadísticamente significativas ($p < .010$).

En cuanto a las relaciones entre los cinco factores, la dimensión de religiosidad mostró una relación negativa y estadísticamente significativa con crisis religiosa, y relaciones positivas y significativas con las tres dimensiones de trascendencia, siendo la de mayor tamaño la presentada con plenitud en la oración. La crisis religiosa, además, se relacionó en negativo con plenitud en la oración y universalidad, pero no mostró una relación significativa con la conexión. El resto de dimensiones, plenitud en la oración, universalidad y conexión, mostraron correlaciones positivas y estadísticamente significativas entre ellas. El detalle de estas relaciones puede consultarse en la Tabla 20.

Tabla 20: Correlaciones entre los factores del cuestionario ASPIRES.

	Religiosidad	Crisis religiosa	Plenitud en la oración	Universalidad
Religiosidad	1.00			
Crisis religiosa	-.263**	1.00		
Plenitud en la o.	.921**	-.211**	1.00	
Universalidad	.693**	-.233**	.770**	1.00
Conexión	.108*	-.035	.172*	.387**

Nota: ** $p < .010$; * $p < .050$.

De esta forma, el cuestionario ASPIRES, a excepción del ítem 7 de la parte B, mostró adecuada validez de constructo en esta investigación.

9.2.3.3. Fiabilidad

En cuanto a los resultados de fiabilidad, estos fueron adecuados en casi todos los casos. La subescala de religiosidad tuvo un valor de alfa de Cronbach de .920 en esta muestra, la de crisis religiosa de .632, el alfa de plenitud en la oración fue de .941, el de universalidad de .975 y el de conexión de .658. Los ítems también mostraron propiedades psicométricas adecuadas, como puede verse en las Tabla 21 a Tabla 25.

Tabla 21: Estadísticos descriptivos y propiedades de los ítems de la subescala de religiosidad del ASPIRES.

Ítem	M	DT	$r_{\text{total-}}^2$ elemento	$\alpha_{\text{si se}}^2$ elimina el elemento	Correlaciones inter-ítem									
					1	2	3	4	5	6	7	8		
1	1.92	1.81	.77	.90	1.00									
2	1.72	1.44	.64	.91	.69	1.00								
3	3.12	2.44	.85	.90	.69	.54	1.00							
4	2.55	1.32	.79	.90	.70	.52	.75	1.00						
5	2.18	1.23	.84	.90	.64	.52	.82	.71	1.00					
6	2.07	1.21	.83	.90	.66	.52	.79	.69	.85	1.00				
7	3.20	1.73	.74	.90	.58	.48	.71	.65	.71	.70	1.00			
8	3.90	1.52	.59	.92	.48	.44	.55	.49	.51	.53	.47	1.00		

Tabla 22: Estadísticos descriptivos y propiedades de los ítems de la subescala de crisis religiosa del ASPIRES.

Ítem	M	DT	$r_{\text{total-}}^2$ elemento	$\alpha_{\text{si se}}^2$ elimina el elemento	Correlaciones inter-ítem			
					9	10	11	12
9	1.66	.97	.52	.49	1.00			
10	1.81	1.01	.60	.43	.63	1.00		
11	1.86	1.00	.41	.56	.39	.48	1.00	
12	2.89	1.46	.22	.75	.18	.23	.12	1.00

Tabla 23: Estadísticos descriptivos y propiedades de los ítems de la subescala de plenitud en la oración del ASPIRES.

Ítem	M	DT	r^2 total- elemento	α si se elimina el elemento	Correlaciones inter-ítem															
					1	2	4	8	11	12	17	18	19	21						
1	2.85	1.42	.74	.93	1.00															
2	3.08	1.53	.71	.93	.77	1.00														
4	2.50	1.40	.69	.93	.43	.42	1.00													
8	2.59	1.26	.73	.93	.54	.45	.63	1.00												
11	2.93	1.39	.67	.93	.59	.58	.49	.50	1.00											
12	2.73	1.38	.81	.93	.61	.57	.61	.72	.54	1.00										
17	2.51	1.37	.82	.93	.59	.56	.70	.66	.55	.73	1.00									
18	3.01	1.44	.74	.93	.63	.59	.60	.55	.55	.60	.64	1.00								
19	2.71	1.35	.83	.93	.61	.61	.62	.68	.56	.79	.79	.62	1.00							
21	2.74	1.45	.81	.93	.60	.62	.59	.65	.58	.73	.74	.60	.75	1.00						

Tabla 24: Estadísticos descriptivos y propiedades de los ítems de la subescala de universalidad del ASPIRES.

Ítem	M	DT	$r_{\text{total-elemento}}$	$\alpha_{\text{si se elimina el elemento}}$	Correlaciones inter-ítem							
					3	5	6	13	15	16	20	
3	3.35	1.25	.58	.75	1.00							
5	3.38	1.11	.56	.76	.37	1.00						
6	3.29	1.18	.57	.76	.37	.57	1.00					
13	2.61	1.25	.50	.77	.39	.35	.41	1.00				
15	3.78	1.11	.19	.81	.22	.07	.02	.10	1.00			
16	3.48	1.16	.47	.77	.46	.26	.31	.29	.18	1.00		
20	2.96	1.08	.47	.77	.34	.33	.31	.29	.16	.24	1.00	

Tabla 25: Estadísticos descriptivos y propiedades de los ítems de la subescala de conexión del ASPIRES.

Ítem	M	DT	$r_{\text{total-elemento}}$	$\alpha_{\text{si se elimina el elemento}}$	Correlaciones inter-ítem					
					9	10	14	22	23	
9	3.40	1.30	.51	.55	1.00					
10	3.94	1.15	.59	.51	.61	1.00				
14	3.73	1.29	.39	.61	.32	.39	1.00			
22	3.55	1.07	.35	.63	.30	.32	.15	1.00		
23	3.99	1.02	.21	.68	.09	.13	.19	.18	1.00	

9.2.4. Análisis y resultados para las hipótesis 4A y 4B

Las hipótesis 4A y 4B están vinculadas al cuarto objetivo específico de nuestra tesis, según el cual pretendemos profundizar en el papel que la religiosidad y la trascendencia espiritual tienen en la etapa de la adultez emergente.

Para poner a prueba la hipótesis 4A, “*La religiosidad y la trascendencia aumentarán con la edad*”, se relacionaron, mediante correlaciones de Pearson, las cinco dimensiones del cuestionario ASPIRES con la edad.

Estas correlaciones mostraron relaciones positivas y estadísticamente significativas de la edad con la religiosidad, la plenitud en la oración y la universalidad, pero no con crisis religiosa y conexión.

Tabla 26: Correlaciones de la edad con las dimensiones de religiosidad, crisis religiosa, plenitud en la oración, universalidad y conexión.

	Edad
Religiosidad	.228**
Crisis religiosa	.000
Plenitud en la oración	.189**
Universalidad	.230**
Conexión	.068

Nota: ** $p < .01$

De esta forma, la evidencia sí da soporte parcialmente a la Hipótesis 4A, pues la edad correlaciona de forma positiva y estadísticamente significativa con la religiosidad, la plenitud en la oración y la universalidad, aunque solo con ellas. En cambio con Crisis religiosa y Conexión la correlación es prácticamente nula.

En cuanto a la hipótesis 4B, en términos operativos la formulamos “*La religiosidad y la trascendencia serán mayores en aquellos participantes con mayor nivel de adultez*”, es decir, en función del estado adulto. Lo esperado es que los sujetos que puntúen más alto en religiosidad y trascendencia tiendan a autoperibirse como más adultos y manifiesten mayores niveles de consolidación de identidad y de compromiso que aquellos sujetos con puntuaciones más bajas.

Para ponerla a prueba, se llevaron a cabo dos análisis de varianza multivariados (MANCOVAs). En el primero de ellos, se estudiaron las diferencias en el centroide calculado a partir de dos variables dependientes (religiosidad y crisis religiosa) para los cuatro grupos de estatus de adultez (adultos emergentes, adultos no preparados, adultos autoperibidos y adultos en funciones). En el segundo, y siguiendo la misma lógica, se estudiaron las medias en el centroide calculado a partir de tres variables dependientes (plenitud en la oración, universalidad y conexión), para estos mismos cuatro estatus de

adultez. En los dos casos, se utilizó la variable edad como covariable para controlar por el efecto de ésta.

Tal y como se explicó anteriormente, se escogió el criterio de Pillai por ser el más robusto frente al incumplimiento de supuestos (Tabachnick y Fidell, 2007). En el caso de que el MANCOVA muestre diferencias en el vector, se realizan ANOVAs de continuación. Si éstos resultan estadísticamente significativos, y tal y como se explicó anteriormente, se llevan a cabo pruebas post-hoc de comparación por pares, con ajustes de Bonferroni.

De igual forma, se utilizó la eta cuadrado-parcial para conocer los tamaños del efecto.

Los resultados no mostraron diferencias estadísticamente significativas en función del tipo de adulto: $F(6,1068) = 0.338, p = .917, \eta^2 = .002$. La covariable edad, por su parte, sí resultó estadísticamente significativa: $F(2,533) = 11.159, p < .001, \eta^2 = .040$. Las medias en religiosidad y crisis religiosa para los grupos de adultos puede consultarse en la Tabla 27.

Tabla 27: Medias y desviaciones típicas de religiosidad y crisis religiosa para cada uno de los estatus adultos.

	Religiosidad		Crisis religiosa	
	M	DT	M	DT
Adultos emergentes	2.47	1.27	2.08	.63
Adultos no preparados	2.59	1.30	2.01	.68
Adultos autopercebidos	2.60	1.23	2.04	.65
Adultos en funciones	3.00	1.53	2.09	.59

El segundo MANCOVA, que estudiaba las diferencias entre grupos de adultez en las variables de plenitud en la oración, universalidad y conexión, tampoco mostró diferencias estadísticamente significativas entre las puntuaciones de los diferentes estatus: $F(9,1587) = 0.345, p = .960, \eta^2 = .002$. La covariable edad, de nuevo, resultó estadísticamente significativa: $F(3,527) = 7.681, p < .001, \eta^2 = .042$. Las medias de las tres variables para cada tipo de adultez pueden observarse en la Tabla 28.

Tabla 28: Medias y desviaciones típicas de las dimensiones de trascendencia para cada uno de los estatus adultos.

	Plenitud		Universalidad		Conexión	
	M	DT	M	DT	M	DT
Adultos emergentes	2.69	1.11	3.18	.74	3.70	.73
Adultos no preparados	2.78	1.08	3.24	.70	3.67	.77
Adultos autopercebidos	2.72	1.19	3.25	.79	3.82	.85
Adultos en funciones	3.08	1.30	3.48	.76	3.78	.79

Vemos, pues, que los resultados obtenidos no refrendaron la hipótesis 4B, , pues no se encontró relación entre los estatus de adultez y las dimensiones de religiosidad y trascendencia, tal y como esperábamos.

9.2.5. Análisis y resultados para la hipótesis 5

El último objetivos específico de nuestro estudio era explorar la contribución sobre el bienestar psicológico del resto de las variables estudiadas.

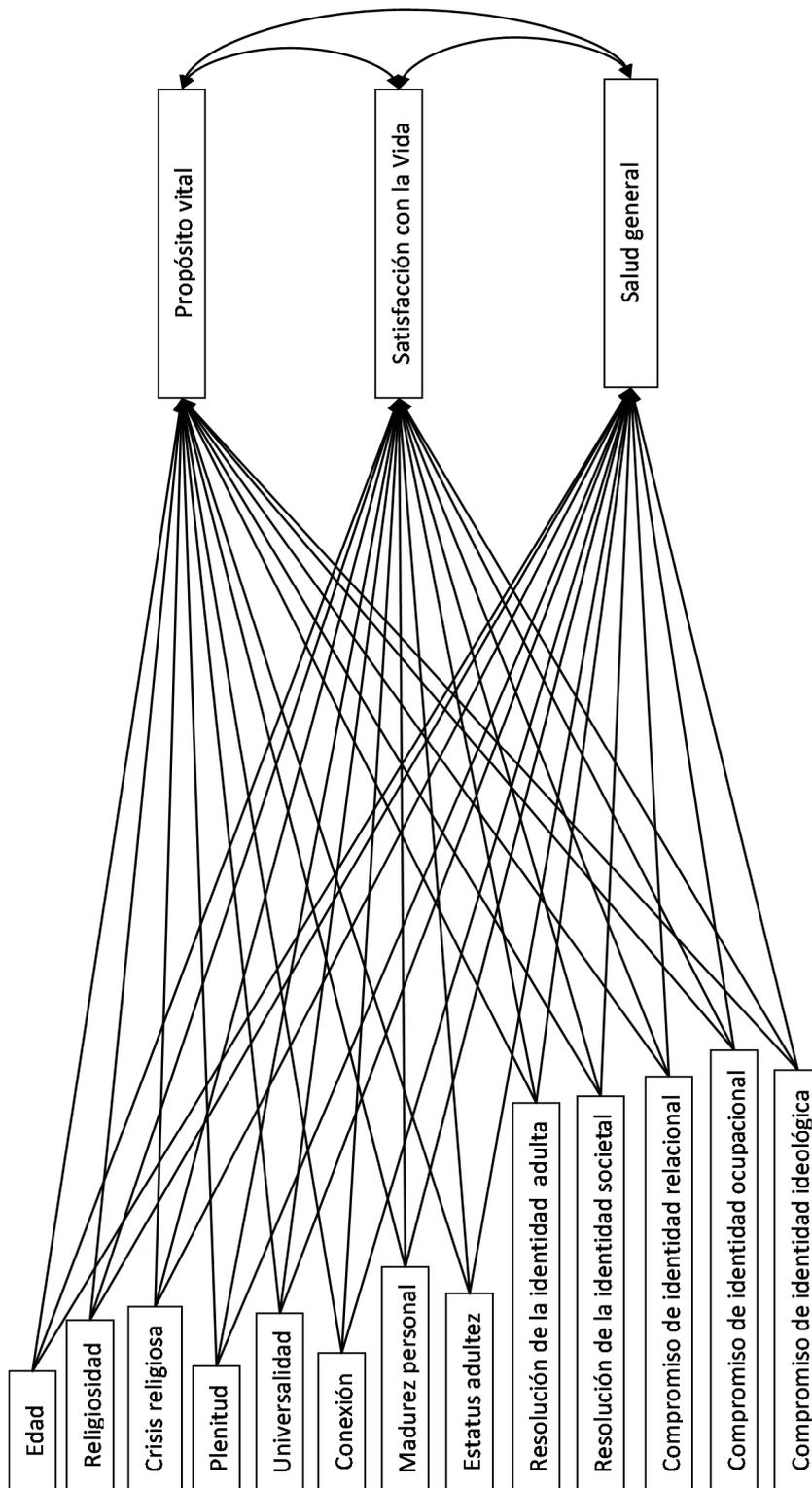
Para comprobar la hipótesis 5, *“Esperamos que edad, religiosidad, trascendencia, madurez, estatus adulto y consolidación de identidad contribuyan de manera significativa e independiente a la explicación del bienestar psicológico”*, en un primer acercamiento a los datos se pensó en valorar la contribución de cada una de las consideradas variables independientes sobre el bienestar psicológico (variable dependiente), y, además, hacerlo para cada una de las categorías resultantes de la clasificación según el modelo de estatus adulto. Esto se traducía en sucesivos análisis de regresión para cada una de las variables.

Aunque fueron realizados inicialmente, se consideró que no aportaban la información integradora que pretendemos ofrecer en este trabajo. Además de resultar algo tediosa para el lector por la multiplicación de análisis, no ofrecía finalmente la idea sintética de la relación global entre variables que buscábamos.

Se estimó, pues, la oportunidad de realizar un Path-Analysis, que sí proporciona esa visión integradora, y finalmente fue el método elegido para poner a prueba la relación entre las diferentes variables incluidas en el estudio y el propósito vital, la satisfacción

con la vida y la salud general (la tres dimensiones que en nuestra investigación integran el bienestar psicológico) de forma multivariada (Figura 12), mostrando un buen ajuste general y aportando valores que legitiman la presentación del modelo. Los índices de ajuste que permiten interpretar el modelo son los mismos que los estudiados en el caso del Análisis Factorial Confirmatorio explicado más arriba.

Figura 12: Modelo planteado a priori prediciendo propósito vital, satisfacción con la vida y salud general.



Nota: Se han omitido las correlaciones entre variables independientes para facilitar la comprensión del modelo. *Plenitud* se refiere a *Plenitud en la oración*.

El modelo de Path-Analysis planteado puso a prueba la influencia de edad, religiosidad, crisis religiosa, plenitud de la oración, universalidad, conexión, madurez personal, estatus adultez y las diferentes facetas de identidad medidas en el propósito de vida, la satisfacción vital y la salud general.

A fin de agilizar la comprensión de la representación gráfica, se han omitido del modelo las correlaciones entre variables independientes, pero pueden encontrarse en la Tabla 29. Además, se puede observar cómo existen correlaciones estadísticamente significativas entre el propósito vital, la satisfacción con la vida y la salud general.

Tabla 29: Correlaciones entre variables independientes incluidas en el modelo path-analysis.

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
1. Edad	-											
2. Religiosidad	.152*	-										
3. Crisis religiosa	-.032	.158*	-									
4. Plenitud en la oración	.133*	.825*	.038	-								
5. Universalidad	.192*	.607*	-.028	.728*	-							
6. Conexión	.081	.086	-.021	.152*	.311*	-						
7. Madurez personal	.170*	.020	-.002	.015	.147*	.019	-					
8. Estatus adultez	.522*	.057	-.044	.042	.069	.034	.149*	-				
9. Resolución de la identidad	.482*	.100*	-.026	.094*	.144*	.080	.374*	.484*	-			
10. Resolución de la identidad societal	.264*	.169*	-.001	.129*	.169*	.045	.335*	.226*	.479*	-		
11. Compromiso de identidad relacional	-.075	-.028	.028	-.034	.064	.222*	.180*	-.116*	.064	.086	-	
12. Compromiso de identidad ocupacional	-	-.083	-.090*	-.029	.089*	.217*	.299*	-	.145*	.251*	.184*	-
13. Compromiso de identidad ideológica	-	.277*	.079	.184*	.217*	.052	.503*	-	.182*	.398*	.227*	.251*

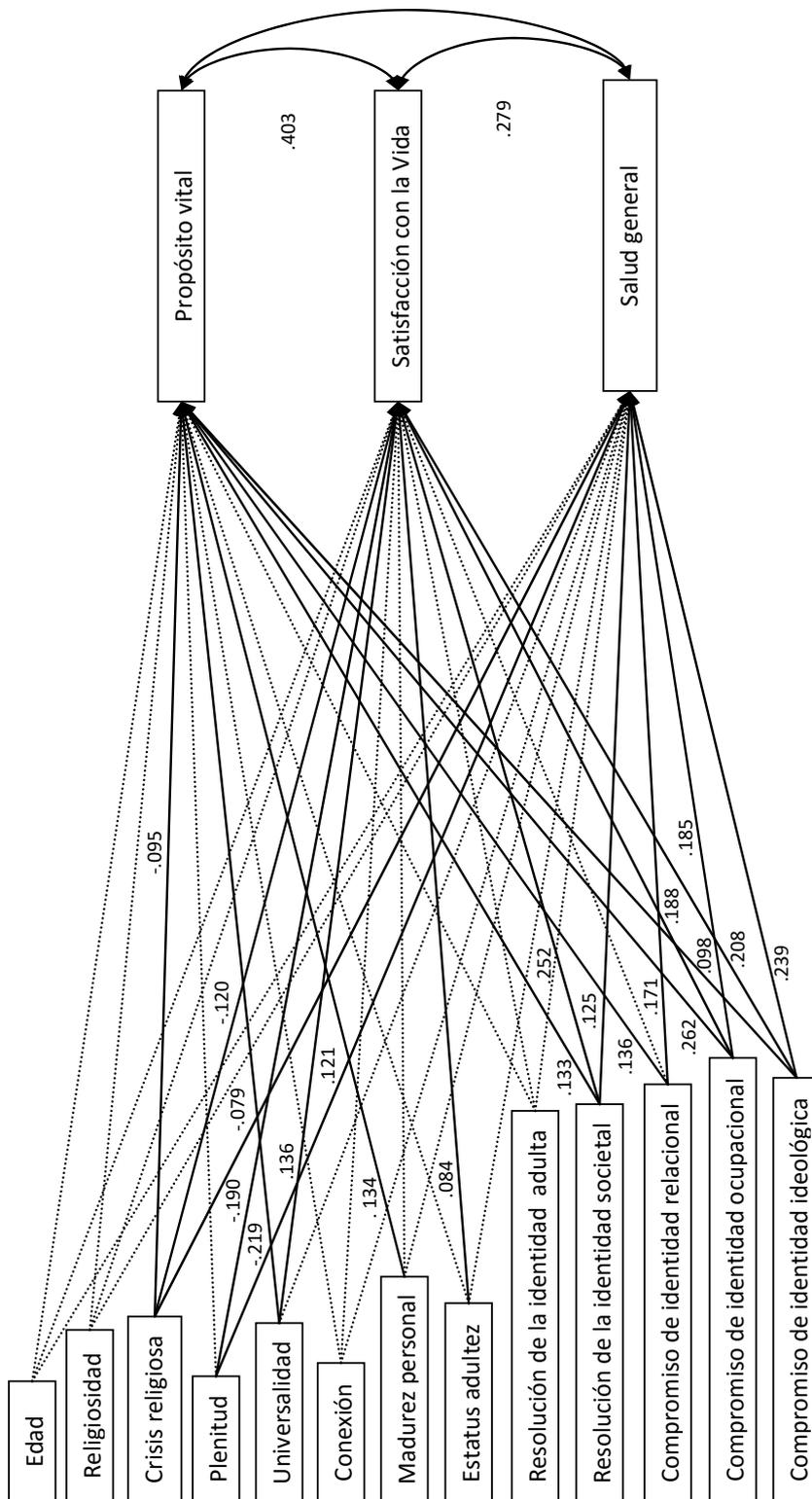
El modelo planteado y puesto a prueba (Figura 13) muestra un buen ajuste general, presentando valores superiores al .9 tanto en el CFI (= .99) como en el GFI (= .99) e inferiores al .08 en el SRMR (= .037), con una $\chi^2_4 = 30.533$ ($p < .001$). El valor de RMSEA fue superior a .08 (= .114; intervalo de confianza de .079 - .154), algo habitual cuando se trata de este tipo de análisis.

Tal y como se puede observar en la Figura 13, en primer lugar, respecto a propósito de vida, no existe un efecto estadísticamente significativo en el caso de la edad, la religiosidad, la plenitud, la conexión, el estatus de adultez, y la resolución de la identidad. Sin embargo, sí se halla un efecto estadísticamente significativo, y positivo, de la madurez personal, la resolución de la identidad societal, del compromiso de identidad relacional, ocupacional e ideológica. Además, aparece un efecto estadísticamente significativo, y negativo, de crisis religiosa y universalidad. Estas variables son capaces de explicar un 37.8% de la varianza de propósito de vida.

En segundo lugar, la satisfacción con la vida no recibe un efecto estadísticamente significativo de la edad, la religiosidad, la conexión, la madurez personal, la resolución de la identidad y el compromiso de identidad relacional. En este caso, existe una relación estadísticamente significativa, y positiva, de la universalidad, el estatus de adultez, la resolución de la identidad societal y el compromiso de identidad ocupacional e ideológico. Del mismo modo, se da una relación estadísticamente significativa, y negativa, de crisis religiosa y plenitud. Estas variables explican el 35.7% de la varianza de la satisfacción con la vida.

Por último, en el caso de la salud general no aparece un efecto estadísticamente significativo de edad, religiosidad, universalidad, conexión, madurez personal, estatus de adultez y resolución de la identidad. Por el contrario, existe un efecto estadísticamente significativo, y positivo, de la plenitud, la resolución de la identidad societal y el compromiso de identidad relacional, ocupacional e ideológico. Además, existe un efecto estadísticamente significativo, y negativo, de la crisis religiosa. Estas variables explican el 24.9% de la varianza de la salud general.

Figura 13: Modelo Path-Analysis prediciendo propósito vital, satisfacción con la vida y salud general.



Nota: Se han omitido las correlaciones entre variables independientes para facilitar la comprensión del modelo. Las relaciones no significativas se simbolizan con línea discontinua. *Plenitud se refiere a Plenitud en la oración.*

CAPÍTULO 10

DISCUSIÓN

Para la discusión de los resultados de la investigación empírica, comentaremos, en primer lugar el comportamiento de nuestra muestra general con respecto a las variables estudiadas, puesto que nos proporciona información valiosa a considerar, para, a continuación presentar la discusión relativa a las hipótesis planteadas en nuestra investigación.

10.1. Comportamiento general de la muestra.

10.1.1. Estatus adulto

En cuanto a la variable de estatus adulto, hemos observado que nuestros resultados son equivalentes a los obtenidos por el estudio de Nelson (2009) que, en su día, inspiró nuestro primer trabajo sobre estatus adulto con muestra española (Zacarés, Serra y Torres, 2015).

Comparamos a continuación los porcentajes según tamaño de cada una de las muestras y las categorías establecidas, para ver más gráficamente esta equivalencia.

Tabla 30: Comparación entre Nelson (2009), Zacarés, Serra y Torres (2015) y la presente investigación.

Estatus adulto	Nelson (2009)			Zacarés, Serra y Torres (2015)			Presente investigación		
	N*	n**	%	N*	n**	%	N*	n**	%
Adultos (en nuestra investigación, <i>adultos en funciones</i>)		27	11,74		39	11,34		60	11
Adultos autopercebidos	230	64	27,83	344	34	9,89	546	58	10,5
Adultos no preparados		36	15,65		85	24,70		110	20,20
Adultos emergentes		103	44,78		186	54,07		318	58,30

* y **: N representa el número total de sujetos de cada muestra y n el número de sujetos correspondiente a cada porcentaje.

Dada la semejanza de los valores, podemos afirmar que, aunque hubieran sido deseables mayores *n* en alguna de las categorías, los distintos grupos están suficientemente representados. En ningún caso el porcentaje en nuestra investigación ha sido inferior al 10%, valor que hubiera constituido el límite de viabilidad de estudio sobre el modelo propuesto. Ciertamente, aparece un sesgo, aunque esperable, dada la población de estudio, hacia la categoría de adultos emergentes, que, además es algo más joven que el resto de sujetos, como vimos más arriba.

10.1.2. Madurez e identidad

Nuestros sujetos obtienen una media general de 2.12 en consolidación de identidad. Sin embargo, la de identidad adulta es de 2.37, y la media general de identidad societal es de 1.87. La diferencia entre estas dos últimas nos sugiere que la resolución de la identidad de nuestros sujetos avanza mucho más claramente en el sentido de la autopercepción como adulto, referida a factores más individuales psicológicos internos que en el sentido de resolución de la identidad societal, que tiene que ver con la adopción de los roles psicosociales esperados en un adulto. Côté, autor de referencia para nosotros en cuanto al desarrollo de la identidad ya apuntaba este fenómeno asumiendo que los adultos emergentes necesitan experimentar diversas posibilidades y roles antes de la consolidación de su identidad societal como adultos, dados los nuevos retos que el actual contexto sociocultural impone. Es importante recordar aquí su

concepto de “capital de identidad” al que ya aludíamos en nuestro marco teórico, entendido como el repertorio de recurso y competencias personales de los que dispondría el sujeto para afrontar dichos retos y solventar con éxito su proceso de identidad (Côté y Levine, 2002; Côté, 2006; Côté y Levine, 2015).

Por otra parte, es interesante comprobar cómo, en términos generales, con relación a los compromisos de identidad, nuestros sujetos destacan en cuanto al compromiso de identidad ocupacional, sobre la relacional y la ideológica. Estos datos concuerdan con los referidos a los valores finalistas de la juventud actual (FAD, 2014) que presentábamos en nuestro marco teórico, donde lo laboral y crematístico quedaba por encima de las relaciones de amistad y los valores axiológicos. Cabe comentar, sin embargo, que, según dicho informe, habría una excepción en el lugar que ocupa el compromiso de identidad relacional, y sería el dato relativo a la importancia que los sujetos otorgan a la familia.

10.1.3. Bienestar

En cuanto al bienestar, nuestros sujetos obtienen puntuaciones similares a las que se pueden encontrar en otros grupos de universitarios valencianos. García-Alandete (2015), por ejemplo, en un estudio utilizando el PIL-10, obtuvo una media de 5.8, con DS de 0.76. Nuestros valores fueron 5.75 de media con 0.75 de desviación estándar. En cuanto al GHQ-12, la media de nuestros sujetos fue de 1.58, mientras que la obtenida por Rocha et al. (2011), en un estudio con sujetos de entre 16 y 65 años, fue de 1.41. En cuanto a la satisfacción vital, nuestra muestra obtuvo una media de 2.1. El dato de la FAD (2014) que proporcionábamos en nuestro primer capítulo, sobre satisfacción con la vida en general en una muestra de 1000 sujetos de todo el territorio de nuestro país, de 15 a 24 años de edad, correspondería a un 2.43 en una hipotética escala equivalente a la utilizada por nosotros, si bien es cierto que sólo se les presentaban 3 ítems, relativos a su satisfacción con las relaciones con sus padres, con sus amigos y con su vida en general, correspondiente al dato que hemos proporcionado.

10.1.4. Religiosidad y trascendencia

En cuanto a estas variables, nuestros sujetos puntuaron más alto en trascendencia que en religiosidad. Los datos medios en la sub-escala de Sentimientos Religiosos del ASPIRES resultan bastante bajos dentro del espectro posible de puntuación, que va del 1 al 7, no alcanzando, ni en Sentimientos Religiosos ni en Crisis Religiosa el valor de 3. Curiosamente, Piedmont no ofrece medias generales de estos dos aspectos, sino que los presenta ítem por ítem. Sus medias oscilan entre el 1.59 (ítem relativo a sentirse abandonado por Dios, y el 5.30 (ítem relativo a la frecuencia de oración). Vemos, pues, que la muestra general no ha resultado ser un grupo especialmente religioso, recordando que la religiosidad la entendemos como la práctica de ritos y participación en actividades vinculados a una determinada institución o confesión de corte religiosos. Los datos obtenidos, por otra parte, concuerdan perfectamente con la importancia concedida por los jóvenes a las cuestiones religiosas según el informe FAD (2014).

Piedmont (2010), en el manual técnico del ASPIRES, con una muestra de 965 sujetos de entre 17 y 94 años, presenta los siguientes valores totales relativos a espiritualidad y trascendencia:

Tabla 31: Estadísticos descriptivos de espiritualidad y trascendencia de Piedmont (2010).

		Media	DT	Mínimo	Máximo
Espiritualidad y trascendencia	Plenitud en la oración	3.44	1.01	1	5
	Universalidad	2.44	0.58	1	5
	Conexión	2.10	0.40	1	5

Recordamos a continuación los valores que obtuvimos en nuestro estudio, relativos también a esta variable, sin tener en cuenta la religiosidad:

Tabla 32: Estadísticos descriptivos de espiritualidad y trascendencia (nuestro estudio).

		Media	DT	Mínimo	Máximo
Espiritualidad y trascendencia	Plenitud en la oración	2.75	1.13	1	5
	Universalidad	3.24	0.74	1	5
	Conexión	3.72	0.76	1	5

Observamos que en Universalidad y Conexión (aspecto que, como veremos un poco más adelante, tiende a dar puntuaciones menores) nuestros sujetos puntuaron por encima de los de Piedmont, no así en Plenitud en la oración, quizá por ser éste el aspecto de la espiritualidad que, de alguna manera, podría ser considerado más próximo a la práctica religiosa. Aun así, cabe notar que las puntuaciones globales medias están ligeramente por encima del valor medio de la dimensión (2.75 sobre 5 posibles).

10.2. Discusión sobre las hipótesis de investigación

10.2.1. Hipótesis 1A y 1B

Nuestro primer objetivo en este trabajo era caracterizar cada uno de los estatus de adultez definidos (según autopercepción de adulto y adopción de roles psicosociales) en términos del nivel de madurez y de consolidación de identidad.

La primera hipótesis formulada al respecto (1A) planteaba que en los estatus asociados a una mayor autopercepción de adultez se daría mayor avance en la consolidación de identidad, reflejada tanto por el logro de una identidad adulta como por los niveles más altos de compromiso de identidad en las áreas relacional, ocupacional e ideológica.

En realidad, al hablar de consolidación de identidad hablamos a la vez de dos aspectos de la misma: resolución y compromiso. Côté (Côté y Levine, 2002; Côté, 2006; Côté y Levine, 2015) se refería a *resolución* significando que el proceso de identidad del sujeto ya estaba finalizado, mientras que el *compromiso* hace referencia a una dinámica aún inconclusa, si bien aporta seguridad y confianza al sujeto, ya que el proyecto personal se sustenta en las tres áreas que lo componen (relacional, ocupacional e ideológica).

Observamos que los sujetos de nuestra muestra obtuvieron bajas puntuaciones en resolución de identidad societal. Ello quiere decir que aún no tienen un ‘sitio’, una ‘ubicación’, un ‘lugar’ propio y definitivo donde echar raíces como adultos. Para ello sería necesario que hubieran podido adoptar los roles psicosociales típicamente adscritos a la etapa adulta. Al hablar de los criterios sociales, económicos y

demográficos del contexto social y cultural de la transición a la adultez en nuestro país actualmente, en el Capítulo 1, ya aludíamos a datos relativos a la emancipación y autosuficiencia económica, y las dificultades para acceder a trabajo (casi el 40% de varones entre 16 y 30 años, y una cifra equivalente de mujeres estaban en paro en el tercer trimestre de 2014, según el CJE, 2014). Por ello no es de extrañar que los sujetos de nuestra muestra reflejen las dificultades que se encuentran en la población general.

Sin embargo, los grupos sí que difieren en la medida de resolución de identidad, tanto en la resolución de identidad adulta (que hace referencia a su autopercepción como adultos, y se relaciona con factores psicológicos internos) y la resolución de identidad societal, referida a la adopción de roles psicosociales. La diferencia es clara por bloques: los adultos en funciones y los adultos autopercebidos tienen una diferencia significativa, en ambos tipos de resolución con respecto a los adultos no preparados y adultos emergentes. Esta diferencia, además, es algo más clara en la adulta que en la societal, pero en ambas es significativa.

Así, pues, los análisis van en la línea de lo esperado. De hecho, adultos en funciones (considerado el estatus de mayor adultez) sí destaca de forma muy importante con respecto al estatus considerado de menor adultez, el de adultos emergentes. Podemos afirmar que la resolución de identidad societal está directamente relacionada con la asunción de roles propios de la etapa adulta, tal como defendía Côté (Côté y Levine, 2002; Côté, 2006; Côté y Levine, 2015). Los adultos autopercebidos, como en realidad no tienen asumidos los roles correspondientes, el nivel de resolución de identidad societal es más bajo.

En los resultados referentes a esta hipótesis se hace patente una interesante relación entre madurez, resolución de identidad y adopción de roles adultos. De hecho, llamaría la atención lo bajo de la puntuación en la dimensión de resolución de identidad societal que presentan los adultos no preparados. La explicación podríamos encontrarla en que la asunción del rol o de los roles que hayan asumido, quizá por sobrevenidos, quizá por obligación, no les resulta suficiente para considerar que ya han resuelto adecuadamente su identidad adulta. Es decir, el hecho en sí de asumir roles tradicionalmente entendidos como adultos no garantiza, en ningún caso, la resolución de la identidad como tales.

Por último, respecto a lo relativo a la identidad, podríamos decir que la dimensión de resolución de identidad adulta es más potente que la resolución de identidad societal a la hora de generar diferencias entre los sujetos. Dicho de otra manera, los factores psicológicos internos tendrían más peso que los puramente psicosociales en la conformación de la identidad de los individuos.

Por lo que respecta al compromiso de identidad, a pesar de que los ANCOVAS no encontraron evidencia para ninguna de las tres dimensiones (relacional, ocupacional e ideológica) los resultados apoyarían un pequeño efecto general, aunque no sea significativo analizándolo por tipos de compromiso. Esto podría deberse al pequeño tamaño de algunos de los subgrupos de estatus de nuestra muestra. Con los datos actuales tendríamos que aceptar que el compromiso de identidad no parece ser una variable que diferencie entre los grupos de estatus, aunque, sobre todo en compromiso de identidad ideológica, los valores obtenidos reflejan la dirección esperada. Quizá con un mayor número de sujetos en alguno de los estatus se hubieran reflejado las diferencias propuestas en compromiso relacional, ocupacional e ideológico entre adultos en funciones, adultos autopercebidos, adultos no preparados y adultos emergentes.

En la segunda hipótesis vinculada a nuestro primer objetivo (hipótesis 1B) proponíamos que los estatus de adultez diferirían en términos de madurez psicológica, esperando diferencias, de mayor a menor, entre adultos en funciones, adultos autopercebidos, adultos no preparados y adultos emergentes, en este orden.

En este caso, los resultados tampoco llegan a ser estadísticamente significativos, aunque de nuevo van en la dirección esperada. Las puntuaciones siguen el decremento esperado, siendo el 'más maduro' el grupo de adultos en funciones, y el de menor puntuación en esta variable el de adultos emergentes. Son muchos los autores que ligan la madurez al proceso de consolidación de la identidad (entre ellos, p.e., Zacarés, 1999; Manucci de Cárdenas, 2009). Pero es obvio que, aunque se cumplan los criterios considerados más psicológicos, el déficit de variables evolutivas culminadas, según el modelo de Zacarés y Serra (1998), sigue siendo definitivo para la consideración de sí mismo como un sujeto adulto. Quizá con submuestras mayores de los diferentes estatus sí hubiéramos obtenido la evidencia esperada, pues hubiera habido una posibilidad de

regularizar la tendencia obtenida. Aunque no podamos confirmar nuestra hipótesis, la dirección que se entrevé en los resultados nos resulta en sí satisfactoria. Por otra parte, debería aceptarse que el efecto que se intuye puede deberse a la tipología de estatus propuesta, ya que, en este caso, el posible efecto de la edad está controlado, y no podríamos hablar de un “criterio biológico” (Zacarés, 1999) de la adultez que esté actuando en las diferencias encontradas.

10.2.2. Hipótesis 2A y 2B

El segundo objetivo específico perseguido en nuestra investigación era confirmar la relación entre las variables de madurez, consolidación de identidad y bienestar psicológico.

La primera hipótesis que se desprendía (hipótesis 2A) era que existe una correlación positiva entre estas variables. Hemos podido confirmar plenamente esta hipótesis, aunque no podemos olvidar que la correlación no indica causalidad, lo cual deja abiertos nuevos caminos para la investigación. Es muy interesante comprobar cómo la correlación de mayor cuantía es la del compromiso de identidad ideológica con la madurez personal. La práctica totalidad de los modelos de madurez personal proponen a las personas maduras como más seguras de su sistema de valores, como resultado de haber profundizado más en la reflexión y como efecto de haber tomado ya una serie de decisiones (p.e., Zacarés y Serra, 1998). Este sistema de valores consolidado les ayuda a organizar su comportamiento y les aporta mayor coherencia existencial, beneficiando también a sus identidad relacional.

En cuanto a la relación de la madurez con nuestro modelo de estatus adulto, aunque no estaba incluido en la hipótesis, podemos decir que lo apoyaría, puesto que la autopercepción de los sujetos como adulto tiene que ver también con el grado en que se ha consolidado su esquema de valores. Los más maduros (recordemos que la progresión, de menos a más, era adultos en funciones, adultos autopercebidos, adultos no preparados y adultos emergentes) se han ocupado más, o han tenido más oportunidad, de trabajar en la exploración y consolidación de su esquema de valores, parte fundamental de su identidad ideológica.

En definitiva, podemos decir que los resultados obtenidos en la comprobación de la hipótesis 2A se pronuncian en la línea esperada.

Nuestra hipótesis 2B, vinculada al mismo objetivo específico, planteaba como esperable que las dimensiones de identidad y madurez personal predijesen significativamente el bienestar psicológico y general.

Compartimos con Ryan, Huta y Deci (2008) la concepción de la eudaimonia como un factor multifacético, y con Huta (2013a) la idea del bienestar psicológico como una búsqueda, una oportunidad de crecimiento y autorrealización. El bienestar, en nuestra investigación, venía conformado por tres dimensiones: la satisfacción con la vida, el propósito vital y la salud general, aunque hemos evitado los instrumentos relacionados con el bienestar entendido como una dimensión puramente hedónica. Los resultados de las regresiones lineales realizadas ordenan la proporción de varianza explicada, de mayor a menor porcentaje del siguiente modo: propósito vital (34.5%), satisfacción con la vida (32.5%) y salud general (30.5%).

En cuanto a la satisfacción vital, el mayor peso explicativo recae sobre la resolución de la identidad societal (reflejando la necesidad del sujeto de verse asentado en su entorno socioeconómico) y los compromisos ocupacional e ideológico. En estos dos tipos de compromiso no se compromete tanto el dominio interpersonal de la identidad como el intrapersonal, los proyectos vitales para el futuro y los valores del sujeto (Côté, 2006).

Todas las variables estudiadas en la regresión sobre el bienestar contribuyen en alguna medida a la explicación del propósito vital. Las que mayor peso aportan, en este caso, son las de compromiso identidad ocupacional, compromiso de identidad relacional y resolución de la identidad societal, en este orden, seguida la última muy de cerca por la madurez personal y el compromiso de identidad ideológica. Podría decirse que el grado en que la vida del individuo resulta significativa, con sentido, plena, abriéndose a una dimensión proyectiva colabora también a la madurez personal y a los compromisos en todas las áreas. El hecho de que el compromiso de identidad ocupacional sea el de peso explicativo más potente puede significar lo importante que es para los sujetos que lo que estén estudiando, o en lo que estén trabajando, forme parte de su proyecto de vida, incrementando su sentimiento de bienestar.

Al analizar los resultados de la regresión realizada explicando salud general, observamos que el único predictor que puede considerarse factor común a las tres dimensiones que componen nuestro concepto de bienestar es el compromiso de identidad ocupacional. Junto a él, la salud general se explica sobre todo por la madurez personal, que destaca con mucha diferencia. Posiblemente el avance en madurez personal ayuda a los sujetos a valorar más objetivamente el conjunto de ganancias y pérdidas que supone el desarrollo, apoyándose también en su sistema de valores. De hecho, el compromiso de identidad ideológico es el segundo mejor predictor de esta dimensión del bienestar.

Por tanto, generalizando, puede decirse que hay unas dimensiones claramente psicológicas, de identidad y madurez, es decir, propias del dominio intrapersonal, que explican parte del bienestar en la etapa cuyo estudio nos ocupa.

10.2.3. Hipótesis 3

Hemos comentado más arriba que el modelo de Análisis Confirmatorio realizado respalda el modelo de 5 factores propuesto por Piedmont (2009, 2010, 2012), presentando una adecuada validez de constructo, salvo el ítem 7 del factor *Conexión*, formulado en los siguientes términos: “*Los sentimiento emocionales de cercanía a otra persona terminan con la muerte*”. Ya hemos visto a Piedmont definir la conexión como el sentimiento de unidad con los demás que experimenta el sujeto, vinculación que va más allá de cualquier grupo de pertenencia del individuo, generando en él también un sentimiento de responsabilidad para con los demás (Piedmont, 2009, 2010). Según el autor del ASPIRES, se trata de una dimensión de la espiritualidad que es, por naturaleza, relativamente compleja, y, en ocasiones, de difícil comprensión para los sujetos. No siempre el enunciado de los ítems consigue reflejar la naturaleza de este factor. Así lo reconoce en diversas ocasiones (p.e., Piedmont, 2010, 2012).

En cuanto a la fiabilidad de las subescalas del instrumento, en nuestra muestra resultó adecuada prácticamente en su totalidad. De hecho, algunos de nuestros valores α fueron algo superiores a los presentados por Piedmont en el Manual Técnico del ASPIRES, sobre una muestra de 2999 sujetos. Salvo para la dimensión de Crisis religiosa, nuestros valores fueron de facto equivalentes a los suyos, cuando no ligeramente superiores.

Vemos la comparación, por subescalas y dimensiones, entre sus datos y los de nuestra investigación en la Tabla 33:

Tabla 33: Comparación entre Piedmont (2010) y la presente investigación para los valores α de las 5 dimensiones del ASPIRES.

Subescala de religiosidad	Piedmont (2010)	Presente investigación
Religiosidad	0.89	0.92
Crisis religiosa	0.78	0.63
Subescala de trascendencia		
Plenitud en la oración	0.95	0.94
Universalidad	0.86	0.97
Conexión	0.60	0.66

Teniendo en cuenta esta comparación, y dados los resultados que arrojaron los análisis realizados, podemos afirmar con rotundidad que nuestra hipótesis 3 queda confirmada.

10.2.4. Hipótesis 4A y 4B

Nuestro tercer objetivo específico lo constituye el interés por profundizar en el papel de la religiosidad y la trascendencia espiritual en la adultez emergente. Asumiendo que se trata de una etapa evolutiva en la que los sujetos no se autodefinen como especialmente religiosos, sí reconocemos la importancia que la exploración y construcción de una cosmovisión propia tiene en la formación de la identidad del sujeto. Aludíamos, en el capítulo dedicado a la adultez emergente, a cómo esta exploración y construcción de su modo de ver e interpretar el mundo incluye necesariamente una dimensión trascendente en la que Torralba (2001) incluye la capacidad de interrogarnos por el sentido de la vida, hacerse preguntas últimas, ser capaz de tomar perspectiva con respecto a lo que nos rodea, la capacidad de asombro, el autoconocimiento, la valoración de las cosas y del entorno, la sensibilidad artística, desarrollar el sentido del misterio, la universalidad junto a la sabiduría que conlleva, el sentimiento de vinculación, de pertenecer a una Totalidad, el ser capaz de superar las contradicciones y dualidades, encontrar significados, la apertura a una vocación interior, ser capaz de tener ideales y un proyecto de vida, desarrollar incluso la religiosidad, e incluir en nuestra vida el sentido del humor.

En la hipótesis 4A proponíamos que habría un aumento de la espiritualidad y trascendencia a medida que el sujeto avanzara en edad, aunque este incremento no llegara a ser significativo. Se optó por formular esta hipótesis de forma prudente, dado que no habíamos explorado sujetos de otras edades, ni cuáles eran los niveles de espiritualidad y trascendencia en edades previas o posteriores de nuestros sujetos, centrados en la franja de edad objeto de estudio, entre los 18 y los 30 años.

Así, obtuvimos también resultados prudentes. La edad presentó una correlación moderada con religiosidad, plenitud en la oración y universalidad. La relación moderada con estas dos últimas dimensiones, pertenecientes a la subescala de espiritualidad y trascendencia, podrían estar indicándonos que el avance en la edad ayuda a un cierto proceso de maduración que ayuda al individuo a clarificar su sistema de valores y creencias y así consolidar su identidad ideológica. En cuanto a la conexión, como era de esperar por su comportamiento en otros análisis, no presenta relación significativa con la edad. Sorprende el dato de que la correlación entre crisis religiosa y edad es totalmente nula. Si hubiera habido una correlación baja, podríamos haber interpretado que las posibles crisis desaparecen según se avanza en edad, pero encontramos un valor nulo. Este hecho puede sugerirnos que la crisis religiosa puede aparecer a cualquier edad.

En cualquier caso, salvo por lo que respecta a la crisis religiosa, los datos, aunque moderados, son nítidos, lo cual nos permite mantener la hipótesis desde la misma prudencia con la que la formulamos.

En esta misma línea parece arrojar resultados un estudio de Piedmont (2010), quien sobre un N total de 2989 sujetos de entre 17 y 94 años fragmentó la medición en tres segmentos de edad, apreciándose un ligero incremento entre el primero de ellos (de 17 a 25 años) y el tercero (entre 46 y 94) en las dimensiones de plenitud en la oración y universalidad. También Pérez-Delgado (2013) sostiene que, con la edad, las personas se han más permeables a la religiosidad.

Esperábamos también que tanto la espiritualidad y trascendencia como la religiosidad fueran variables que favorecieran el proceso transición hacia la adultez de los sujetos, afectando positivamente a su desarrollo y la consecución de las tareas evolutivas propias

de la adultez emergente. Así, nuestra hipótesis 4B se planteó de la siguiente manera: “La religiosidad y la trascendencia serán mayores en aquellos participantes con mayor nivel de adultez”. Así como la hipótesis 4A era una hipótesis prudente, asumir que nuestro modelo de progresión en la autopercepción como adulto desde la adultez emergente hasta el adulto en funciones era una hipótesis arriesgada.

De hecho, los resultados obtenidos nos obligan a aceptar que la tipología de estatus adulto propuesta no distingue el nivel de religiosidad ni de trascendencia de los sujetos. Así como veíamos que hay un efecto general que permite pensar que con la edad se tiende moderadamente a puntuar más en las variables de religiosidad y trascendencia, aceptándolo incluso como un efecto evolutivo general, debemos aceptar que, al menos tal y como está formulada, no podemos confirmar nuestra hipótesis 4B.

10.2.5. Hipótesis 5

El último objetivo específico de nuestro estudio era explorar la contribución sobre el bienestar psicológico del resto de las variables estudiadas.

Así, la hipótesis 5 quedó formulada en los términos “Esperamos que edad, religiosidad, trascendencia, madurez, estatus adulto y consolidación de identidad contribuyan de manera significativa e independiente a la explicación del bienestar psicológico”.

El Path-Analysis realizado arroja resultados algo desiguales. La edad, por ejemplo, no tiene ningún peso sobre las dimensiones del bienestar. Reconocemos que nuestras expectativas incluían una presencia más intensa de la religiosidad y la trascendencia (siempre medidas con el ASPIRES, que incluye ciertas limitaciones) Sin embargo, los valores obtenidos son bastante bajos, y, en concreto, la religiosidad, entendida como práctica externa vinculada a determinada confesión de fe, no aporta ningún peso a las variables dependientes (propósito vital, satisfacción con la vida y salud general) que componen el constructo de bienestar en nuestra investigación.

La crisis religiosa, reflejo siempre de dificultades que el sujeto puede estar viviendo en esta dimensión de su vida, tiene relaciones, lógicamente negativas, aunque muy bajas, con el bienestar, tanto con propósito vital, como con satisfacción con la vida y con salud general.

La plenitud en la oración, dimensión incluida en la trascendencia, tiene una relación negativa con satisfacción con la vida. Tal vez este efecto se deba a que los sujetos tienden a orar y/o meditar en los momentos difíciles, cuando precisamente no tendrían un sentimiento subjetivo elevado de bienestar, dibujando así una correlación negativa. Sin embargo, tiene una relación positiva con salud general, posiblemente, por ejemplo, porque puede ayudar a reducir el estrés y tiene múltiples efectos positivos en la salud, como vimos más arriba. Sin embargo, otro tipo de lectura nos llevaría a interpretar que el sujeto percibe un balance negativo en su vida, sintiéndose insatisfecho por lo conseguido, y busca ayuda y/o consuelo en su práctica de orar y/o meditar.

Las otras dos dimensiones de la trascendencia, la universalidad y la conexión, tienen comportamientos desiguales. La universalidad tiene una relación negativa sobre propósito vital, quizá porque es ésta una variable en que el sujeto puede encontrarse más autocentrado. La conexión, por su parte, se comporta de forma totalmente independiente de sus dimensiones “hermanas” incluidas en la trascendencia, y no tiene ningún peso sobre las variables dependientes.

La madurez personal tiene un peso positivo, pero solo sobre el propósito vital. El modelo de estatus adulto propuesto tiene solo una ligera relación positiva sobre satisfacción con la vida. De hecho, la variable resolución de identidad adulta no tiene ningún peso sobre las dimensiones del bienestar propuestas.

Las tres variables que presentan los pesos positivos más elevados sobre propósito vital, satisfacción con la vida y salud general son la resolución de identidad societal, el compromiso de identidad ocupacional y el compromiso de identidad ideológica. El compromiso de identidad relacional, por su parte, tiene relación positiva con propósito vital y salud general.

Así, se ve muy claro que lo que tiene que ver con la consolidación de identidad es lo que más contribuye al bienestar. Resulta muy llamativo que la resolución de identidad societal conceptualizada por Côté (Côté y Levine, 2002; Côté, 2006; Côté y Levine, 2015) es mucho más potente que la autopercepción como adulto. De hecho, como hemos comentado, parece fundamental para el sujeto sentir que está ubicado socialmente. Refrendaría esta idea el modelo de bienestar de Ryff (1989a, 1989b),

revisado después junto a Keyes (Ryff y Keyes, 1995), que incluye en sus niveles óptimos de funcionamiento para la dimensión de control ambiental o del contexto aspectos como la capacidad de gestión de la propia vida, la sensación de competencia y dominio sobre las actividades personales, ser capaces de sacar provecho de las oportunidades y poder elegir situaciones contextuales. Vemos, pues, que vendría a apoyar nuestros resultados en cuanto a la resolución de identidad societal. Sin embargo, nuestros datos sugieren que sigue siendo importante el peso del compromiso de identidad ideológica, que sustenta desde los valores y las creencias del individuo su proyecto vital, aportándole claridad, seguridad y confianza para desarrollarlo.

CAPÍTULO 11

CONCLUSIONES. LIMITACIONES Y PROSPECTIVA

En este último capítulo nos proponemos ofrecer las principales conclusiones que se pueden derivar del trabajo realizado, así como reconocer las limitaciones que puede presentar y sentar las bases para futuras investigaciones relacionadas con los aspectos tratados.

11.1. Conclusiones

Consideramos que, al hilo del marco teórico que fundamenta nuestra tesis, y de los objetivos generales y específicos planteados en el capítulo 7, podemos presentar las siguientes conclusiones de nuestra investigación:

- 1) El concurso de las variables religiosidad, espiritualidad y trascendencia en el desarrollo positivo y el bienestar del ser humano no puede despreciarse si pretendemos ofrecer un modelo integral del mismo. Recordemos las consideraciones, entre otros de Allport (1950; en Piedmont, 2009 y Torralba (2011). Dichas variables –especialmente la espiritualidad y la trascendencia– aportan valores de diversa consideración, y en muchos casos significativos, y deberían integrarse en un modelo explicativo de la personalidad humana, puesto que su contribución ha demostrado ser, en los estudios realizados, independiente y distinta del modelo de los Cinco Grandes rasgos de la personalidad (Piedmont, 1999a, 1999b; Piedmont, Ciarrochi, Dy-Lyaco y Williams, 2009).

- 2) La etapa de desarrollo comprendida entre los 18 y los 30 años, definida por Arnett (1998, 2000, 2006) como *adultez emergente* es una etapa en la que las relaciones entre las variables de edad, estatus adulto, identidad, madurez personal, religiosidad y trascendencia, son especialmente significativas.
- 3) Para el estudio del estatus adulto, es factible utilizar la tipología propuesta, aunque presenta un claro sesgo (directamente relacionado con la conclusión anterior) hacia los adultos emergentes, que resulta ser la categoría más representativa, donde los valores estadísticos suelen ser más significativos.
- 4) La tipología del modelo de estatus adulto presenta diferencias significativas en cada grupo de estatus por el efecto de la edad.
- 5) Existe una clara correlación positiva entre madurez, consolidación de identidad y bienestar psicológico. Aunque somos conscientes de que esta correlación no marca causalidad entre ellas, los resultados obtenidos nos estimulan para profundizar en esta línea de investigación y tratar de comprender mejor la dinámica de influencia entre estas variables. Esta correlación viene a confirmar, además, que la autopercepción de los sujetos como adulto está en parte determinada por el grado en que han avanzado en su tarea de consolidación ideológica.
- 6) Aunque en diferente proporción, tanto la madurez personal como las diferentes dimensiones de la identidad han explicado parte de la varianza del bienestar (con valores que oscilaban entre 30.5% y el 34.5%). La conclusión recorre también el camino inverso: nos atrevemos a afirmar que el grado de significación de la vida de un individuo le ayuda a ir avanzando en sus proceso de madurez y de resolución de identidad.
- 7) Aparece una tendencia clara que, aunque no llega a ser estadísticamente significativa, apunta hacia la relación esperada entre una mayor autopercepción de la adultez y una mayor madurez personal, así como mayor consolidación de identidad. Es decir, a mayor autopercepción como adulto del sujeto, mayores niveles de madurez y mayores logros de consolidación de identidad.

- 8) El mejor predictor de bienestar ha resultado ser el compromiso de identidad ocupacional, apuntando así a la importancia que hoy en día tiene para los sujetos dirigirse hacia la resolución de las tareas en los dominios específicos que le encaminen más directamente a la resolución de identidad societal (Côté, 2006).
- 9) Podemos decir que hay unas dimensiones claramente psicológicas, de identidad y madurez, es decir, propias del dominio intrapersonal, que explican parte del bienestar en la etapa cuyo estudio nos ocupa. De hecho, el segundo mejor predictor del bienestar ha sido, en muchos casos, el compromiso de identidad ideológica, que sería el más relacionado con las variables de religiosidad, espiritualidad y trascendencia.
- 10) La escala ASPIRES ha resultado un instrumento equivalente al original en cuanto a sus índices de fiabilidad y validez, y también en cuanto al comportamiento de nuestra muestra con respecto a esta escala. De hecho, incluso ha reproducido también las debilidades que el propio Piedmont (2005, 2010) ya reconocía en alguna de sus subdimensiones.
- 11) La edad no resulta una variable significativa en los puntajes de nuestros sujetos en cuanto a religiosidad, espiritualidad y trascendencia. El discreto efecto que aparece podría ser, antes bien, resultado del propio proceso madurativo del que esta variable cronológica es responsable. Además de en la religiosidad, espiritualidad y trascendencia, en general no resulta una variable explicativa, pero sí aparecen indicativos de que está actuando un proceso de maduración asociada a ella.
- 12) El modelo de estatus adulto propuesto no aprecia diferencias en la religiosidad, espiritualidad y trascendencia de los sujetos que componen cada una de las categorías, que, por su parte, sí reflejaban el efecto de la edad.
- 13) El modelo global defiende especialmente la importancia de los procesos de consolidación de identidad, que en este período de la vida contribuye de forma muy significativa al bienestar de los sujetos. En cuanto a la religiosidad, la

espiritualidad y la trascendencia, las dimensiones trascendentes son las únicas que han aportado algunos valores significativos de predicción sobre el bienestar, aunque consideradas separadamente en general las personas más religiosas y trascendentes tienden a ser las que mayor resolución de identidad y compromiso de identidad ideológica presentan.

11.2. Limitaciones y prospectiva de la investigación

Aunque el trabajo realizado ha sido intenso y satisfactorio, entendemos que presenta algunas limitaciones que conviene considerar para mejorar nuestra investigación de cara al futuro.

La primera de ellas, que no podemos ni queremos obviar, ha sido una limitación muestral. En cuanto al número, aunque la muestra la componían 546 sujetos, al aplicar la tipología de estatus adulto ha habido subgrupos cuyo pequeño número ha podido impedir que se produjeran los resultados esperados. En concreto, han sido los adultos en funciones y los adultos autopercebidos aquellos en los que las dificultades han sido mayores. Esta limitación está relacionada con el problema de la representatividad. La mayor parte de nuestra muestra la componían sujetos todavía universitarios, y ha sido también difícil encontrar sujetos sin estudios, que solo trabajaran... El interés por estudiar las variables de religiosidad y trascendencia hicieron necesario, además, garantizar la presencia en muestra de participantes que estuvieran relacionados con entornos y/o movimientos religiosos. Además, sería muy enriquecedor ampliar nuestra muestra con sujetos procedentes del entorno rural, de diferentes niveles socioeconómicos y de diversos lugares de nuestro país. Asimismo, el fenómeno de la inmigración no puede ser obviado, y sería necesario incluir en nuestras investigaciones a jóvenes procedentes de otros países, con diferentes grados de inculturación en el nuestro. En definitiva, cabría mejorar la selección muestral, tanto en número como en representatividad.

La segunda limitación está relacionada con la variable edad. Aunque estuvo controlada en los análisis necesarios, nos cupo la duda de si estaba actuando de manera más potente que alguna de las variables independientes. Quizá hubiera sido oportuno hacer tres grupos de edades diferentes (por ejemplo, sujetos de 18 a 22 años, de 22 a 25 y de 25 a 30 años). De esta forma se hubieran visto con más claridad los efectos esperados. Sin embargo, por ejemplo en el caso de la tipología de estatus adulto, el no considerarla como variable independiente respondió a nuestro interés de hacer alguna aportación más aparte de una variable de corte cronológico.

Metodológicamente, y a pesar de todas sus virtudes y su adecuada adaptación, la principal limitación la hemos encontrado en la propia escala ASPIRES. Aunque se han reproducido los resultados de su autor en cuanto a fiabilidad y validez, fue difícil en análisis factorial confirmatorio, especialmente en lo referido al factor “Conexión”, de la subescala de trascendencia, como ya hemos comentado en diversos lugares de este trabajo. Entendemos que la escala ASPIRES, tal y como está formulada, es un instrumento útil pero limitado, y necesita una revisión, que incluiría especialmente la dimensión mencionada, y la eliminación o reformulación de los ítems más complejos. Convendría, además, probar la estructura y la consistencia interna del ASPIRES en otras muestras.

No obstante, hemos intentado aportar en este trabajo información y datos de valor para avanzar en la comprensión de una etapa evolutiva cuyo estudio e investigación ha experimentado un extraordinario desarrollo en apenas 15 años.

Somos conscientes, no obstante, de las limitaciones del mismo. El desarrollo humano es algo muy complejo, y las variables que intervienen en el mismo, algunas de las cuales hemos intentado estudiar aquí, dificultan, casi de forma connatural, el establecimiento de relaciones de causa-efecto, aunque las descripciones y correlaciones aportadas no dejen de ser valiosas.

Desde esta consideración como punto de partida, quisiéramos establecer la líneas de trabajo para el futuro.

En primer lugar, y dado que la religiosidad, espiritualidad y trascendencia nos siguen interesando, nos gustaría tener la posibilidad de explorar su comportamiento sobre el bienestar en otras transiciones del ciclo vital, sean normativas o no.

Asimismo, nos interesa especialmente profundizar, con las mismas variables, en la submuestra que se declara cristiana/católica, observando si se reproducen los resultados obtenidos en nuestro estudio o si la confesión particular de una fe supone diferencias significativas. De hecho, en nuestra recogida de datos participó un grupo reducido de seminaristas que colaboró en nuestra investigación (n=16). Aunque compartían algunas de las características de la adultez emergente, finalmente decidimos no incluirlos en el análisis de datos precisamente por la particularidad de su vocación. Sin embargo, no cerramos en absoluto la posibilidad de profundizar en el estudio de su realidad, incorporando la variable “vocación religiosa” y combinando metodología cuantitativa y cualitativa, introduciendo entrevistas e Historias de Vida.

Metodológicamente, las propuestas de investigación futura seguirían dos direcciones. Por un lado, cabría trabajar en la mejora de la escala ASPIRES, mejorando el factor de conexión, o eliminándolo de la escala para observar su comportamiento entonces. Por otro, nos gustaría trabajar en la mejora del instrumento utilizado para la medición de la madurez personal, para que nos permitiera profundizar más en ese constructo y su valor como variable predictora o predicha. Seguir trabajando sobre la madurez personal, la identidad y el bienestar, incluyendo siempre la espiritualidad y la trascendencia, a la luz de las propuestas de la Psicología Positiva nos permitiría no sólo el desarrollo del programas de intervención, sino también de optimización evolutiva, promoción de la salud y acompañamiento.

Sería también interesante abordar también desde la metodología cualitativa el tema que nos ha ocupado en nuestra investigación, a través de entrevistas desde el enfoque narrativo. A pesar de la necesaria reducción del número de sujetos incorporados a la investigación, aportaría información más que valiosa a los resultados cuantitativos que se obtuvieran.

En otro orden de cosas, además de profundizar en la investigación en las direcciones indicadas, entendemos que los resultados de este trabajo pueden contribuir a nuestro

interés por desarrollar intervenciones que promuevan el bienestar de las personas, ayudándonos a ampliar el foco de diagnóstico y tratamiento cuando sea necesario.

En el aspecto individual, los datos que se desprenden acerca de la consolidación de identidad nos permitirán centrarnos en el trabajo para ayudar a adultos emergentes (y a jóvenes de otros estatus de adultez) a optimizar su adaptación psicológica y sociológica ante los retos de la sociedad actual. Identificar su nivel de avance madurativo en la transición a la adultez contribuirá a que, tanto ellos mismos, en un ejercicio de autoconocimiento, como nosotros, en nuestro rol de terapeutas, counsellors o acompañantes, seamos capaces de incrementar su nivel de bienestar y ajuste. Además, favorecería, especialmente en los adultos emergentes, la exploración y el compromiso con un sistema de valores y una cosmovisión que les permitiera dotar de sentido su vida y perfilar su propósito vital. El tratamiento de la madurez personal y la trascendencia ayudaría a trabajar aspectos como el funcionamiento adaptativo, el afrontamiento de situaciones adversas, la personalidad resiliente y el trabajo sobre fortalezas como la esperanza, la creatividad, el optimismo, el perdón o la gratitud, entre otras (p.e., Pérez-Sales, 2008; Thompson, 2009; Carver, Scheier, Miller y Fulford, 2009; Magyar-Moe y Lopez, 2015; Bono, Krakauer y Froh, 2015). En su caso, también podrían contribuir al desarrollo de intervenciones específicas relacionadas con la interioridad y la espiritualidad en general, o el trabajo pastoral en alguna confesión religiosa concreta.

Los resultados relativos a la importancia otorgada por los sujetos de nuestra muestra a la identidad societal nos llevan a plantearnos, con Keyes, la necesidad de centrarnos también en los que esta autora denomina el “bienestar social” (Keyes y Waterman, 2003), y nos permitiría analizar en qué medida los jóvenes perciben como nutriente y satisfactorio el contexto social y cultural en el que están insertos, ayudándonos, desde una intervención multidimensional (no sólo psicológica, sino también social e incluso política) a diseñar programas de desarrollo personal y social, mejorando los entornos particulares y globales de modo que favorezcan también el desarrollo comunitario (Myers, 2015; Veenhoven, 2015). Al hilo de esta perspectiva, podríamos también plantear intervenciones en los ámbitos laboral, organizacional y de los recursos humanos (Salanova, 2008; Page, Govindji, Carter y Linley, 2006; Lewis, 2015; Henry, 2015).

Por otra parte, el trabajo desde el desarrollo positivo y el fomento del bienestar tiene aplicaciones directas en los campos de la salud, la terapia, el counselling y la rehabilitación (p.e., Salsman y Moskowitz, 2015; Maddux y Lopez, 2015; Vossler, Steffen y Joseph, 2015; Peter, Geyh, Ehde, Müller y Jensen, 2015). Y, aunque nosotros nos hemos centrado para su estudio en la adultez emergente, es posible, por supuesto, tenerlo también en consideración para trabajar en otras etapas del desarrollo (p.e., en la vejez, Latorre, Serrano, Ros y Sancho, 2008; Fernández-Ballesteros, 2008).

Para finalizar, quisiéramos cerrar esta tesis doctoral trayendo unas palabras de Steger y Frazier (2005, p. 574), quienes lanzan un gran reto, que nos gustaría aceptar, al plantear la siguiente cuestión:

‘The emerging consensus is that the link between religion and well-being is consistent and positive and that the next step is to establish WHY that link exists’.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aquilino, W. S. (2006). Family Relationships and support systems in emerging adulthood. En J. J. Arnett y J. L. Tanner (eds.), *Emerging adults in America. Coming of age in the 21st* (pp. 193-217). Washington, DC: American Psychological Association.
- Ardelt, M., Landes, S. D., Gerlach, K. R. y Polkowski Fox, L. (2013). Rediscovering internal strengths of the aged: The beneficial impact of wisdom, mastery, purpose in life and Spirituality on aging well. En J. D. Sinnott (ed.), *Positive Psychology. Advances in understanding adult motivation* (pp. 97-120). New York: Springer.
- Arnett, J. J. (1997). Young people's conceptions of the transition to adulthood. *Youth and Society*, 29, 3-23.
- Arnett, J. J. (1998). Learning to Stand Alone: The Contemporary American Transition to Adulthood in Cultural and Historical Context. *Human Development*, 41, 295-315
- Arnett, J. J. (2000a). High hopes in a grim world. Emerging adults' views of their futures and "Generation X". *Youth & Society*, 31 (3), 267-286.
- Arnett, J. J. (2000b). Emerging adulthood. A Theory of development from the late teens through the twenties. *American Psychologist*, 55, 469 – 480.
- Arnett, J. J. (2001) Conceptions of the transition to adulthood: Perspectives from adolescence through midlife. *Journal of Adult Development*, 8 (2), 133-143.
- Arnett, J. J. (2002). The Psychology of Globalization. *American Psychologist*, 57 (10), 774-783.
- Arnett, J. J. (2003). Conceptions of the transition to adulthood among emerging adults in American ethnic groups, en J. J. Arnett y N. Galambos (Eds.), *New directions for child and adolescent development: Exploring cultural conceptions of the transition to adulthood* (pp.63-75). S. Francisco, CA: Jossey-Bass.
- Arnett, J. J. (2004). *Emerging adulthood: The winding road from the late teens through the twenties*. Nueva York: Oxford University Press

- Arnett, J. J. (2005). Youth, cultures and societies in transition: The challenges of growing up in a globalized world, en F. Gale y S. Fahey (eds.), *Youth in transition. The challenges of generational change in Asia*, (pp. 22-35). The association of Asian Social Science Research Councils. Bangkok: UNESCO.
- Arnett, J. J. (2006). Emerging adulthood in Europe: A response to Bynner. *Journal of Youth Studies*, 9 (1), 111-123.
- Arnett, J. J. (2007a). The long and leisurely route: Coming of age in Europe today. *Current History. A Journal of Contemporary World Affairs*, 106 (698), 130-136, versión online. Obtenido el 13 de abril de 2012, desde http://www.jeffreyarnett.com/articles/Arnett_2007_Curr_his.pdf
- Arnett, J. J. (2007b). Emerging adulthood: What is it, and what is it good for? *Child Development Perspectives*, 1 (2), 68-73.
- Arnett, J. J. (2007c). Suffering, selfish, slackers? Miths and reality about emerging adults. *Journal of Youth and Adolescence*, 36, 23-29, versión online. Obtenido el 4 de enero de 2012 desde http://www.jeffreyarnett.com/articles/Arnett_2007_JYA.pdf
- Arnett, J. J. (2007d). Emerging adulthood, a 21st century theory: A rejoinder to Hendry and Kloep. *Child Development Perspectives*, 1 (2), 80-82.
- Arnett, J. J. (2010). Oh, grow up! Generational Grumbling and the new life stage of emerging adulthood – Commentary on Trzesniewski & Donnellan (2010). *Perspectives on Psychological Science*, 5 (1), 89-92.
- Arnett, J. J. (2011). Emerging adulthood(s). The cultural psychology of a new life stage. En L. A. Jensen, *Bridging cultural and developmental approaches to psychology. New syntheses in theory, research, and Policy* (pp. 255-275). New York: Oxford University Press.
- Arnett, J. J. (2012). Emerging adulthood: the new life stage after High School. Ponencia presentada a los *counselors* de la Clark University. Inédito.
- Arnett, J. J. (2015). Identity development from adolescence to emerging adulthood: What we know and (especially) don't know. En K. C. Leans y M. Syed (eds.), *The Oxford Handbook of Identity Development* (pp. 53-64). New York: Oxford University Press.
- Arnett, J. J. y Brody, G. H. (2008). A fraught passage: The identity challenges of African American emerging adults. *Human Development*, 51, 291-293
- Arnett, J. J. y Eisenberg, N. (2007) Introduction to the special section: Emerging adulthood around the world. *Child development perspectives*, 1 (2), 66-67.
- Arnett, J. J. y Galambos, N. L. (2003). Culture and conceptions of adulthood, en J. J. Arnett y N. Galambos (Eds.), *New directions for child and adolescent*

- development: Exploring cultural conceptions of the transition to adulthood* (pp. 91-98). S.Francisco, CA: Jossey-Bass
- Arnett, J. J. y Jensen, L. A. (2002). A congregation of one: individualized religious beliefs among emerging adults. *Journal of Adolescent Research*, 17 (5), 451-467.
- Arnett, J. J., Ramos, K. D. y Jensen, L. A. (2001). Ideological views in emerging adulthood: Balancing autonomy and community. *Journal of Adult Development*, 8 (2), 69-79.
- Arnett, J. J. y Taber, S. (1994). Adolescence terminable and interminable: When does adolescence end? *Journal of Youth and Adolescence*, 23 (5), 517-537.
- Arnett, J. J. y Tanner, J. L. (2011). Themes and variations in emerging adulthood across social classes. En J. J. Arnett, M. Kloep, L. B. Hendry y J. L. Tanner, *Debating emerging adulthood. Stage or process?* (pp. 31-50). New York: Oxford University Press.
- Atak, H. (2011). Gradual transition to adulthood: Is emerging adulthood only main road? *Elementary Education Online*, 10 (1), 51-67. Obtenido el 14 de mayo de 2012 en <http://ilkogretim-online.org.tr>
- Atak, H. y Çok, F. (2008). The Turkish versión of Inventory of the Dimensions of Emerging Adulthood (the IDEA). *International Journal of Human and Social Sciences*, 2 (3), 148-154.
- Atak, H. y Tastan, N (2012). Agency in the emerging adulthood period: An introductory study in Turkey. *European Journal of Social Sciences*, 32 (1), 97-107.
- Atienza, F. L., Pons, D., Balaguer, I. y García-Merita, M. (2000). Propiedades psicométricas de la Escala de Satisfacción con la Vida en adolescentes. *Psicothema*, 12, 314-319.
- Ávila Blanco, A. (2013). *Madurez, sentido y cristianismo*. Madrid: PPC.
- Badger, S., Nelson, L.J. y Barry C.M (2006). Perceptions of the transition among Chinese and American emerging adults. *International Journal of Behavioral Development*, 30(1), 84-93
- Baltes, P. B. (1987). Theoretical propositions of Life-Span Developmental Psychology: On the dynamics between growth and decline. *Developmental Psychology*, 23 (5), 611-626.
- Barraca, J. (2000) *Hijos que no se van*. Bilbao: Desclée de Brouwer.

- Barry, C. M., Madsen, S. D., Nelson, L. J., Carroll, J. s. y Badger, S. (2009). Friendship and romantic relationship qualities in emerging adulthood: Differential associations with identity development and achieved adulthood criteria. *Journal of Adult Development, 16*, 209-222.
- Bartlett, S. J., Piedmont, R., Bilderback, A., Matsumoto, A. K. y Bathon, J. M. (2003). Spirituality, well-being, and quality of life in people with rheumatoid arthritis. *Arthritis & Rheumatism (Arthritis Care & Research), 49* (6), 778-783.
- Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2007). *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Bautista, J.M. (2014). *Inteligencias espirituales múltiples*. En López-González, L. (coord.), *Maestros del corazón*. Madrid: Wolters Kluwer, pp. 123-160.
- Bautista, J.M. (2015). *Generación Y. ¿Cómo son los hijos y alumnos del siglo XXI?* Madrid: PPC.
- Benson, P. L., Roehlkepartain, E. C. y Scales, P. C. (2012). Spirituality and Positive Youth Development. En L. J. Miller (ed.), *The Oxford Handbook of Psychology and Spirituality* (pp. 468-485). NY: Oxford University Press.
- Bernabé, M.G. (2012). *La gratitud como actitud existencial: papel predictivo de la religiosidad, la espiritualidad y el sentido de la vida* (Tesis doctoral). Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir, Valencia.
- Bolinches, A. (2010). *Peter Pan puede crecer: El viaje del hombre hacia la madurez*. Barcelona: Grijalbo.
- Bono, G., Krakauer, M. y Froh, J. J. (2015). The power and practice of Gratitude. En Joseph, S. (Ed.), *Positive Psychology in practice. Promoting human flourishing in work, health, education, and everyday life* (2nd ed., pp. 559-575). New Jersey: Wiley.
- Bronfenbrenner, U. (1987). *La ecología del desarrollo humano*. Barcelona: Paidós.
- Brown, I. T., Chen, T., Gehlert, N. C. y Piedmont, R. L. (2012). Age and gender effects on the Assessment of Spirituality and Religious Sentiments (ASPIRES) Scale: A cross-sectional analysis. *Psychology of Religion and Spirituality*. DOI: 10.1037/a0030137.
- Browne, M. W., y Cudeck, R. (1989). Single sample cross-validation indices for covariance structures. *Multivariate Behavioral Research, 24*, 445-455.
- Buhl, H. M. y Lanz, M. (2007). Emerging adulthood in Europe: Common traits and variability across five European countries. *Journal of Adolescent Research, 22* (5), 439-443

- Bynner, J. (2005). Rethinking the youth phase of the life-course: the case for Emerging Adulthood? *Journal of Youth Studies*, 8 (4), 367-384.
- Byrne, B. M. (1998). *Structural Equation Modeling with LISREL, PRELIS, and SIMPLIS: Basic Concepts, Applications, and Programming*. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates, Inc.
- Byrne, B. M. (2012). *Structural Equation Modeling with Mplus: Basic Concepts, Applications, and Programming*. New York, NY: Routledge.
- Cantón, I. y Pino-Juste, M. (2011). *Diseño y desarrollo del currículum*. Madrid: Alianza Editorial.
- Carver, C. S., Scheier, M. F., Miller, C. J. y Fulford, D. (2009). Optimism. En S. J. Lopez y C. R. Snyder (eds.), *The Oxford Handbook of Positive Psychology* (2nd ed., pp. 165-169). NY: Oxford University Press.
- Cerezo, J. J. y Gómez-Serrano, P.J. (2006). *Jóvenes e Iglesia. Caminos para el reencuentro* (3^a ed.). Madrid: PPC.
- Cheah, C.S.L. y Nelson, L.J. (2004). The role of acculturation in the emerging adulthood of Aboriginal college students. *International Journal of Behavioral Development*, 28 (6), 495-507.
- Cheah, C.S.L., Trinder, K.M. y Govaki, T.N. (2010). Urban/rural and gender differences among Canadian emerging adults. *International Journal of Behavioral Development*, 34 (4), 339-344.
- Cicchetti, D. V. (1994). Guidelines, criteria, and rules of thumb for evaluating normed and standardized assessment instruments in psychology. *Psychological Assessment*, 6, 284-290.
- Ciganda, D. (2008). Jóvenes en transición hacia la vida adulta: el orden de los factores ¿no altera el producto?, en C. Varela (Coord.), *Demografía de una sociedad en transición. La población uruguaya a inicios del siglo XXI*. Montevideo. Programa de Población – UNFPA y Trilce.
- Clarck, L. A., y Watson, D. (1995). Constructing validity: basic issues in objective scale development. *Psychological Assessment*, 7, 309-319.
- Cohen, J. (1992). A power primer. *Psychological Bulletin*, 112(1), 155–159.
- Cohen, P., Kasen, S., Chen, H., Hartmark, C. y Gordon, K. (2003). Variations in patterns of developmental transitions in the emerging adulthood period. *Developmental Psychology*, 39 (4), 657-669.
- Collins, W. A. y van Dulmen, M. (2006). Friendships and romance in emerging adulthood: Assessing distinctiveness in close relationships. En J. J. Arnett y J. L. Tanner (eds.), *Emerging adults in America. Coming of age in the 21st century* (pp. 219-234). Washington, DC: American Psychological Association.

- Comas, D., Aguinaga, J., Orizo, J. A., Espinosa, A. y Ochaita, E. (2003). *Jóvenes y estilos de vida: valores y riesgos en los jóvenes urbanos*. Madrid: INJUVE – FAD.
- Consejo de la Juventud de España (2014). *Observatorio de emancipación*. CJE.
- Côté, J. E. (2006). Emerging adulthood as an institutionalized moratorium: Risks and benefits to identity formation. En J. J. Arnett y J. L. Tanner (eds.), *Emerging adults in America. Coming of age in the 21st century* (pp. 85-116). Washington, DC: American Psychological Association.
- Côté, J. E. (2014). The dangerous myth of emerging Adulthood: An evidence-based critique of a flawed developmental theory. *Applied Developmental Science*, 18:4, 177-188, DOI: 10.1080/10888691.2014.954451
- Côté, J. E. y Levine, Ch. G. (2002). *Identity formation, agency and culture. A social psychological synthesis*. NJ: Laurence Erlbaum Associates.
- Côté, J. E. y Levine, Ch. G. (2015). *Identity formation, youth, and development. A simplified approach*. New York: Psychology Press
- Crocetti, E. y Meeus, W. (2015). The identity statuses: Strengths of a person-centered approach. En K. C. Leans y M. Syed (eds.), *The Oxford Handbook of Identity Development* (pp. 97-114). New York: Oxford University Press.
- Csikszentmihalyi, M. (2009). *Fluir (Flow). Una psicología de la felicidad*. Barcelona: Kairós.
- Dahlsgaard, K., Peterson, C. y Seligman, M. E. P. (2005). Shared virtue. The convergence of valued human strengths across culture and history. *Review of General Psychology*, 9 (3), 203-213.
- Delgado, I., Oliva, A. y Sánchez-Queija, I. (2011). Apego a los iguales durante la adolescencia y la adultez emergente. *Anales de psicología*, 27 (1), 155-163.
- Dezutter, J., Waterman, A. S., Schwartz, S. S., Luyckx, K., Beyers W., Meca, A. et al. (2013). Meaning in life in Emerging Adulthood: A Person-Oriented Approach. *Journal of Personality*, 82 (1), 57-68.
- Douglass, C. B. (2007). From duty to desire: Emerging adulthood in Europe and its consequences. *Child Development Perspectives*, 1 (2), 101-108.
- Eichas, K., Meca, A., Montgomery, M. J. y Kurtines, W. M. (2015). Identity and positive youth development: Advances in Developmental Intervention Science. En K. C. Leans y M. Syed (eds.), *The Oxford Handbook of Identity Development* (pp. 337-354). New York: Oxford University Press.
- Elzo, J. (2000). El adolescente en la sociedad actual: una visión sociológica. *Ponencia presentada en la Jornada del 26 de octubre de 2000, Sección de Pedriatría Extrahospitalaria, Guipúzcoa*. Inédito.

- Elzo, J. (2002). ¿Cómo y por qué consumen los jóvenes? *Ponencia presentada en el Congreso sobre "Jóvenes, noche y alcohol"*. Plan Nacional de Drogas. Madrid. Inédito.
- Elzo, J. (2006). *Los jóvenes y la felicidad. ¿Dónde la busan? ¿Dónde la encuentran?* Madrid: PPC.
- Erikson, E. H. (1971). *Identidad, juventud y crisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Erikson, E. H. (1972). *Sociedad y adolescencia*. México: S. XXI.
- Erikson, E. H. (1980). *Identity and the life cycle: A reissue*. New York, NY: Norton.
- Esteban, M. (2008). ¿Por qué nos importa tanto el tema de la identidad? *Aposta. Revista de ciencias sociales*, 39. Obtenido el 30 de diciembre de 2011 desde <http://apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/moises.pdf>
- Esteban, M. y Ratner, C. (2010). A macro-cultural psychology theory of identity. *Journal of Social Distress and the Homeless*, XIX, (1,2), 17-41.
- Esteban, M., Bastiani, J. y Vila, I. (2009) El impacto de la cultura en el autoconcepto. Un estudio con mestizos de distintos entornos educativos de Chiapas. *Cultura y Educación*, 21 (3), 361-370.
- Facio A y Micocci, F. (2003) Emerging Adulthood in Argentina. En J. J. Arnett y N. Galambos (Eds.), *New directions for child and adolescent development: Exploring cultural conceptions of the transition to adulthood* (pp.21-31). S.Francisco, CA: Jossey-Bass.
- Fernández-Ballesteros, R. (2008). El bienestar de los mayores. En C. Vázquez y G. Hervás (eds.), *Psicología Positiva aplicada* (pp. 339-369). Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Fernández-Ríos, L. (2008). Una revisión crítica de la Psicología Positiva: Historia y concepto. *Revista Colombiana de Psicología*, 17, 161-176.
- Fierro, D. y Moreno, A. (2007). Emerging Adulthood in Mexican and Spanish Youth. Theories and Realities. *Journal of Adolescent Research*, 22 (5), 476-503.
- Filardo, V. (2011). Transición a la adultez y educación. En V. Amarante, V. Filardo, J. Lasida y R. Operti, *Jóvenes en tránsito. Oportunidades y obstáculos en las trayectorias hacia la vida adulta*, (pp. 13-62). Montevideo: UNFPA - Rumbo
- Frankl, V. (1979). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder.
- Fundación de Ayuda contra la Drogadicción (2014). *Jóvenes y valores (I) Un ensayo de tipología*. Madrid: FAD y Centro Reina Sofía sobre adolescencia juventud. Disponible en <http://adolescenciayjuventud.org>, consulta realizada del 20 al 23 de junio 2015.

- Fundación Santa María (2010). *Jóvenes españoles 2010*. Madrid: SM.
- Galambos, N. L. y Tilton-Weaver, L.C. (2000) Adolescents' psychosocial maturity, problema behavior, and subjective age: Insearch of the adultoid. *Applied Developmental Science*, 4 (4), 178-192.
- Galambos, N. L., Kolaric, G. C., Sears, H. A. y Maggs, J. L. (1999). Adolescents' subjective age: An indicator of perceived maturity. *Journal of research on adolescence*, 9 (3), 309-337.
- Galambos, N. L., Barker, E. V. y Tilton-Weaver, L. C. (2003). Canadian adolescents' implicit theories of immaturity: What does "childish" mean?. En J. J. Arnett y N. Galambos (Eds.), *New directions for child and adolescent development: Exploring cultural conceptions of the transition to adulthood* (pp.77-89). S.Francisco, CA: Jossey-Bass
- García-Alandete, J., Rosa, E. y Sellés, P. (2013). Estructura factorial y consistencia interna de una versión española del Purpose-In-Life test. *Universitas Psychologica*, 12 (2), 517-530.
- García-Alandete, J. (2015) Does meaning in life predict psychological well-being? An analysis using the Spanish versions of the Purpose-In-Life Test and the Ryff's Scales. *The European Journal of Counselling Psychology*, 3 (2), 89-98. DOI: 10.5964/ejcop.v3i2.27.
- Gardner, H. (1983). *Frames of mind. The theory of multiple intelligences*. NY: BasicBooks.
- Gardner, H. (1999). *Inteligencias múltiples: la teoría en la práctica*. Barcelona: Paidós.
- Gaudet, S. (2007). *Emerging adulthood. A new stage in the life course: Implications for policy development*. Discussion paper. Ottawa, Canada: government of Canada Policy Research Initiative. En http://www.horizons.gc.ca/sites/default/files/Publication-alt-format/dp_youth_gaudet_200712_e.pdf [Consultado el 12 de junio de 2015].
- Gifre, M., Monreal, P. y Esteban, M. (2011) El desarrollo de la identidad a lo largo del ciclo vital. Un estudio cualitativo y transversal. *Estudios de Psicología*, 32 (2), 227-241.
- Goldberg, D. y Williams, P. (1988). *A user's guide to the General Health Questionnaire*. Windsor, UK: NFER-Nelson.
- Golden, J., Piedmont, R. L., Ciarrocchi, J. W. y Rodgerson, T. (2004). Spirituality and burnout: an incremental validity study. *Journal of Psychology and Theology*, 32 (2), 115-125.
- Goleman, D. (1996). *Inteligencia emocional*. Barcelona: Kairós.
- Gómez-Villalba, I. (2014). *Educación para la inteligencia espiritual*. Madrid: Khaf.

- González et al. (2011). *El aprendizaje por competencias en la educación obligatoria*. Valencia: Brief.
- González-Anleo, J.M. (2015). *Generación Selfie*. Madrid: PPC.
- Hadad, T. y Schachter, E. (2011). 'Religious-lite': a phenomenon and its relevance to the debate on identity development and emerging adulthood. *Journal of Youth Studies*, 14, (8), 853-859.
- Hammack, P. L. (2015). Theoretical foundations of identity. En K. C. Leans y M. Syed (eds.), *The Oxford Handbook of Identity Development* (pp. 11-30). New York: Oxford University Press.
- Hendry, L. B. y Kloep, M. (2007a). Conceptualizing emerging adulthood: Inspecting the Emperor's new clothes? *Child Development Perspectives*, 1 (2), 74-79.
- Hendry, L. B. y Kloep, M. (2007b). Redressing the Emperor! – A rejoinder to Arnett. *Child Development Perspectives*, 1 (2), 83-85.
- Hendry, L. B. y Kloep, M. (2011). A systemic approach to the transitions to adulthood. En J. J. Arnett, M. Kloep, L. B. Hendry y J. L. Tanner, *Debating emerging adulthood. Stage or process?* (pp. 53-75). New York: Oxford University Press.
- Henig, R. M. (2010). What is it about 20-somethings? Why are so many people in their 20s taking so long to grow? *The New York Times Magazine*. En <http://www.nytimes.com/2010/08/22/magazine/22Adulthood.html?pagewanted=all&r=0> [Consultado el 12 de junio de 2015].
- Henry, J. (2015). Applications of Positive Approaches in Organizations. En Joseph, S. (Ed.), *Positive Psychology in practice. Promoting human flourishing in work, health, education, and everyday life* (2nd ed., pp. 357-376). New Jersey: Wiley.
- Hu, L. T., y Bentler, P. M. (1995). Evaluating model fit in SEM: Concepts, issues, and applications. En R. H. Hoyle (Ed.), *Structural Equation Modeling. Concepts, Issues, and Applications* (pp. 76-99). London: Sage.
- Hu, L. T., y Bentler, P. M. (1998). Fit indices in covariance structure modeling: Sensitivity to under-parameterized model misspecification. *Psychological Methods*, 3, 424-453.
- Hu, L. T., y Bentler, P. M. (1999). Cutoff criteria for fit indexes in covariance structure analysis: Conventional criteria versus new alternatives. *Structural Equation Modeling*, 6, 1-55
- Huta, V. (2013a). Eudaimonia. En S. David, I. Boniwell y A. C. Ayers (eds.), *Oxford Handbook of Happiness* (pp. 201-213). Oxford: Oxford University Press.
- Huta, V. (2013b). Pursuing eudaimonia versus hedonia: Distinctions, similarities, and relationships. In A. Waterman (Ed.), *The best within us: Positive psychology perspectives on eudaimonic functioning* (chapter 7, pp. 139-158). APA Books.

- Huta, V. (2015). The complementary roles of eudaimonia and hedonia and how they can be pursued in practice. En Joseph, S. (Ed.), *Positive Psychology in practice. Promoting human flourishing in work, health, education, and everyday life* (2nd ed., pp. 159-182). New Jersey: Wiley.
- Huta, V. y Waterman, A. S. (2014). Eudaimonia and its distinction from Hedonia: Developing a classification and terminology for understanding conceptual and operational definitions. *Journal of Happiness Studies*, 15, 1425-1456. DOI: 10.1007/S10902-103-9485-0.
- Instituto Nacional de Estadística (2015). *Fenómenos demográficos*. INE. Disponible en www.ine.es. Consulta realizada del 20 y el 23 de junio de 2015.
- Jensen, L. A., Arnett, J. J. y McKenzie, J. (2011). Globalization and cultural identity. In S. J. Schwartz et al. (eds.), *Handbook of identity theory and research* (pp. 285-301). Springer Science+Business Media.
- Johnson, S. K., Goldman, J. A., Garey, A. I., Britner, P. A. y Weaver, S. E. (2011). Emerging adults' identity exploration: Illustrations from inside the "Camp Bubble". *Journal of Adolescent Research*, 26 (2), 258-295.
- Keyers, C. L. M. y Waterman, M. B. (2003). Dimensions of well-being and mental health in adulthood. En M. Bornstein, L. Davidson, C. L. M. Keyers y K. Moore (eds.), *Well-being: Positive Development throughout the Life Course* (pp. 477-499). Hillsdale: NJ: Erlbaum.
- Kline, R. B. (2011). *Principles and Practice of Structural Equation Modeling* (3^a Ed.). New York, NY: Guilford Press.
- Kloep, M. y Hendry, L. B. (2011a). Lifestyles in emerging adulthood: Who needs stages anyway? En J. J. Arnett, , M. Kloep, L. B. Hendry y J. L. Tanner, *Debating emerging adulthood. Stage or process?* (pp. 77-104). New York: Oxford University Press.
- Kloep, M. y Hendry, L. B. (2011b). Rejoinder to Chapters 2 and 3: Critical comments on Arnett's and Tanner's approach. En J. J. Arnett, , M. Kloep, L. B. Hendry y J. L. Tanner, *Debating emerging adulthood. Stage or process?* (pp. 107-120). New York: Oxford University Press.
- Kroger, J. (2015). Identity development through adulthood: the move toward "wholeness". En K. C. Leans y M. Syed (eds.), *The Oxford Handbook of Identity Development* (pp. 65-80). New York: Oxford University Press.
- Labouvie-Vief, G. (2006). Emerging structures of adult thought. En J. J. Arnett y J. L. Tanner (eds.), *Emerging adults in America. Coming of age in the 21st century* (pp. 59-83). Washington, DC: American Psychological Association.

- Lamers, S. M. A., Westerhof, G. J., Bohlmeijer, E. T. y Keyes, C. L. M. (2013). Mental health and illness in relation to Physical health across the lifespan. En J. D. Sinnott (ed.), *Positive Psychology. Advances in understanding adult motivation* (pp. 19-34). New York: Springer.
- Latorre, J. M., Serrano, J. P., Ros, L., Aguilar, M. J. y Navarro, B. (2008). Memoria autobiográfica, revisión de vida y emociones positivas en la vejez. En C. Vázquez y G. Hervás (eds.), *Psicología Positiva aplicada* (pp. 339-369). Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Leach, M. M., Piedmont, R. L. y Monteiro, D. (2001). Images of God among chirstians, hindus, and muslims in India. *Research in the Social Scientific Study of Religion*, 12, 207-225.
- Lefkowitz, E. S. y Gillen, M. M. (2006). "Sex is just a normal part of life": Sexuality in emerging adulthood. En J. J. Arnett y J. L. Tanner (eds.), *Emerging adults in America. Coming of age in the 21st century* (pp. 235-255). Washington, DC: American Psychological Association.
- Lewis, S. (2015). Bringing Positive Psychology to Organizational Psychology. En Joseph, S. (Ed.), *Positive Psycbology in practice. Promoting human flourishing in work, health, education, and everyday life* (2nd ed., pp. 329-340). New Jersey: Wiley.
- McAdams, D. P. y Zapata-Gietl, C. (2015). Three strands of identity development across the human life course: Reading Erik Erikson in full. En K. C. Leans y M. Syed (eds.), *The Oxford Handboo of Identity Development* (pp. 81-94). New York: Oxford University Press.
- MacCallum, R. C., Browne, M. W., y Sugawara, H. M. (1996). Power analysis and determination of sample size for covariance structure modeling. *Psychological Methods*, 11, 19-35.
- Macek, P., Bejcek, J. y Vanicková, J.(2007). Contemporary Czech emerging adults: Generation growing up in the period of social changes. *Journal of Adolescent Research*, 22 (5), 444-474.
- Maddux, J. E. y Lopez, S. J. (2015). Deconstructing the illness ideology and constructing an ideology of human strengths and potential in Clinic Psychology. En Joseph, S. (Ed.), *Positive Psycbology in practice. Promoting human flourishing in work, health, education, and everyday life* (2nd ed., pp. 411-427). New Jersey: Wiley.
- Magyar-Moe, J. L. y Lopez, S. J. (2015). Strategies for accentuating hope. En Joseph, S. (Ed.), *Positive Psycbology in practice. Promoting human flourishing in work, health, education, and everyday life* (2nd ed., pp. 483-502). New Jersey: Wiley.

- Mannucci, E. (2009). *La adultez emergente: un estudio en universitarios peruanos*. Trabajo de investigación no publicado. Lima: Instituto Pedagógico Superior CREA- Universitat de València.
- Martín-Serrano, M. y Velarde, O. (2001) *Informe Juventud en España 2000*. Madrid: INJUVE. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Marzana, D., Pérez-Acosta, A. M., Marta, E. Y González, M.I: (2010). La transición a la edad adulta en Colombia: una lectura relacional. *Avances en Psicología Latinoamericana*, 28 (1), 99-112.
- Mayordomo, T. (2013). *Afrontamiento, Resiliencia y Bienestar a lo largo del Ciclo Vital* (Tesis doctoral). Universitat de València, Valencia.
- Mayseless, O. y Scharf, M. (2003). What does it mean to be an adult? The Israeli Experience. En J. J. Arnett y N. Galambos (Eds.), *New directions for child and adolescent development: Exploring cultural conceptions of the transition to adulthood* (pp. 5-20). S.Francisco, CA: Jossey-Bass
- Mayseless, O. Y Keren, E. (2014). Finding a meaningful life as a developmental task in emerging adulthood: the domains of love and work across cultures. *Emerging Adulthood*, vol. 2 (1), 63-73.
- Meil, G. (2004). La pareja en los proyectos vitales de las nuevas generaciones: deseos y realidades. *Revista de Juventud*, 67, 37-54.
- Meseguer, J. (2011, octubre, 18). El lado oscuro de los adultos emergentes. *Aceprensa*. Obtenido el 14 de diciembre de 2011, de <http://www.aceprensa.com/articles/el-lado-oscuro-de-los-adultos-emergentes/>
- Meulemann, H. (2003). Biographical self-definitions from adolescence to adulthood and beyond. En J. J. Arnett y N. Galambos (Eds.), *New directions for child and adolescent development: Exploring cultural conceptions of the transition to adulthood* (pp. 51-62). S.Francisco, CA: Jossey-Bass
- Milevsky, A. y Leh, M. (2008). Religiosity in emerging adulthood: familial variables. *Journal of Adult Development*, 15, 47-53.
- Modell, J. (1998) Responsibility and Self-Respect: How Alone Do Americans Stand? *Human Development*, 41, 316-320.
- Molgat, M. (2007). Do transitions and social structures matter? How ‘emerging adults’ define themselves as adults. *Journal of Youth Studies*, 10 (5), 495-516.
- Moore, D. (1987). Parent-Adolescent Separation: The Construction of Adulthood by Late Adolescents”. *Developmental Psychology*, vol. 23, nº 2, 298-307.
- Moreno, A. (2012). The transition to adulthood in Spain in a comparative perspective: The incidence of structural factors. *Young*, 20, 1, 19-48. DOI: 10.1177/110330881102000102.

- Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales (2000). *Informe Juventud en España 2000*. Madrid: INJUVE.
- Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales (2004). *Informe Juventud en España 2004*. Madrid: INJUVE.
- Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales (2008). *Informe Juventud en España 2008*. Madrid: INJUVE.
- Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales (2012). *Informe Juventud en España 2012*. Madrid: INJUVE. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Myers, D. G. (2015). Balancing individuality and community in Public Policy. En Joseph, S. (Ed.), *Positive Psychology in practice. Promoting human flourishing in work, health, education, and everyday life* (2nd ed., pp. 713-729). New Jersey: Wiley.
- Nelson, L. J. (2003). Rites of passage in emerging adulthood: Perspectives of young Mormons. En J. J. Arnett y N. Galambos (Eds.), *New directions for child and adolescent development: Exploring cultural conceptions of the transition to adulthood* (pp. 33-49). S.Francisco, CA: Jossey-Bass.
- Nelson, L. J. (2009). An examination of emerging adulthood in Romanian college students. *International Journal of Behavioral Development*, 33(5), 402-411.
- Nelson, L. J. y Barry, C.M. (2005). Distinguishing features of emerging adulthood: The role of self-classification as an adult. *Journal of Adolescent Research*, 20, 242-262.
- Nelson, L. J., Badger, S. y Wu, B. (2004). The influence of culture in emerging adulthood: Perspectives of Chinese college students. *International Journal of Behavioral Development*, 28 (1), 26-36.
- Nelson, L. J., Padilla-Walker, L. M., Carroll, J. S., Maden, S. D., Barry, C. M. y Badger, S. (2007). "If you want me to treat you like an adult, start acting like one!" Comparing the criteria that emerging adults and their parents have for adulthood. *Journal of Family Psychology*, 21 (4), 665-674.
- Nosko, A., Tieu, Th., Lawford, H. y Pratt, M.W. (2011). How do I love thee? Let me count the ways: parenting during adolescence, attachment styles, and romantic narratives in emerging adulthood. *Developmental Psychology*, 47 (3), 645-657.
- Nugin, R. (2010). Conceptualising adulthood in the transition society context – The case of Estonia. *Studies of Transition States and Societies*, 2 (1), 36-55.
- O'Connor, M., Sanson, A., Hawkins, M. T., Letcher, P., Toumbourou, J. W., Smart, D. et al. (2011). Predictors of positive development in emerging adulthood. *Journal of Youth Adolescence*, 40, 860-874.

- Page, N., Govindji, R., Carter, D. y Linley, P. A. (2008). Gestión positiva de los recursos humanos: Aplicaciones de la Psicología Positiva a lo largo del ciclo vital del trabajador. En C. Vázquez y G. Hervás (eds.), *Psicología Positiva aplicada* (pp. 339-369). Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Pagola, J. A. (1996). *Es bueno creer. Para una teología de la esperanza*. Madrid: San Pablo.
- Pagola, J. A. (2012). *Es bueno creer en Jesús*. Madrid: San Pablo.
- Park, N., Peterson, C. (2009). Achieving and sustaining a good life. *Perspectives on Psychological Science*, 4, 422-428.
- Park, N., Peterson, C. y Seligman, M. E. P. (2004). Strengths of character and well-being. *Journal of Social and Clinical Psychology*, 23 (5), 603-619.
- Park, N., Peterson, C. y Sun, J. K. (2013). La psicología positiva. Investigación y aplicaciones. *Terapia Psicológica*, 31 (1), 11-19.
- Patterson, A. V. (2012). *Emerging adulthood as a unique stage in Erikson's Psychosocial Development Theory: Incarnation v. impudence*. Tesis doctoral. University of Texas at Arlington. Inédito.
- Pérez-Delgado, E. (2013). ¿Crece la religiosidad de las personas durante los años de la vida adulta? Análisis y comentarios de algunos datos sobre la religión en la sociedad española actual. *Escritos del Vedat*, vol. XLIII, 413-435.
- Pérez-Sales, P. (2008). Psicoterapia positiva en situaciones adversas. En C. Vázquez y G. Hervás (eds.), *Psicología Positiva aplicada* (pp. 155-190). Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Peter, C., Geyh, S., Ehde, D. M., Müller, R. y Jensen, M. P. (2015). Positive Psychology in Rehabilitation Psychology research and practice. En Joseph, S. (Ed.), *Positive Psychology in practice. Promoting human flourishing in work, health, education, and everyday life* (2nd ed., pp. 443-459). New Jersey: Wiley.
- Peterson, C. y Park, N. (2009): El estudio científico de las fortalezas humanas. En C. Vázquez y G. Hervás (eds.): *La ciencia del bienestar*. Madrid: Alianza, 181-207.
- Peterson, C. y Park, N. y Seligman, M.E.P. (2005): Orientations to happiness and life satisfaction: the full life versus the empty life. *Journal of Happiness Studies*, 6, 25-41.
- Peterson, C. y Seligman, M. E. P. (2004). *Character strengths and virtues. A handbook and classification*. New York: Oxford University Press.
- Petrogiannis, K. (2011). Conceptions of the transition to adulthood in a sample of Greek Higher Education students. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 11 (1), 121-137.

- Phinney, J. S. (2006). Ethnic identity exploration in emerging adulthood. En J. J. Arnett y J. L. Tanner (eds.), *Emerging adults in America. Coming of age in the 21st century* (pp. 117-134). Washington, DC: American Psychological Association.
- Phinney, J. S. y Baldelomar, O. A. (2011). Identity development in multiple cultural contexts. En L. A. Jensen, *Bridging cultural and developmental approaches to psychology. New syntheses in theory, research, and Policy* (pp. 161-186). New York: Oxford University Press.
- Piedmont, R. L. (1999a). Strategies for using the Five-Factor Model of personality in religious research. *Journal of Psychology and Theology*, 27 (4), 338-350.
- Piedmont, R. L. (1999b). Does spirituality represent the sixth factor of personality? Spiritual transcendence and the Five-Factor Model. *Journal of Personality*, 67, 985-1013.
- Piedmont, R. L. (2001). Spiritual transcendence and the scientific study of spirituality. *Journal of Rehabilitation*, 67 (1), 4-14.
- Piedmont, R. L. (2004). Spiritual transcendence as a predictor of psychological outcome from an outpatient substance abuse program. *Psychology of Addictive Behaviors*, 18, 3, 213-222.
- Piedmont, R. L. (2009). The contribution of religiousness and spirituality to subjective wellbeing and satisfaction with life. En M. De Souza et al. (eds.), *International Handbook of Education for Spirituality, Care and Wellbeing* (pp. 89-105), International Handbooks of Religion and Education 3, DOI: 10.1007/978-1-4020-9018-9_6.
- Piedmont, R. L. (2010). ASPIRES. Assessment of Spirituality and Religious Sentiments. Technical Manual (2nd ed.). Timonium. MD: Author.
- Piedmont, R. L. (2012). Overview and development of a trait-based measure of numinous constructs: the assessment of spirituality and religious sentiments (ASPIRES) Scale. En L. J. Miller (ed.), *The Oxford Handbook of Psychology and Spirituality* (pp. 104-122), NY: Oxford University Press.
- Piedmont, R. L. y Leach, M. M. (2002). Cross-cultural generalizability of the spiritual transcendence scale in India. *American Behavioral Scientist*, 45 (12), 1886-1899.
- Piedmont, R. L., Werdel, M. B. y Fernando, M. (2009). The utility of the Assessment of Spirituality and Religious Sentiments (ASPIRES) Scale with christians and buddhists in Sri Lanka. *Research in the Social Scientific Study of Religion*, 20, 131-143.
- Piedmont, R. L., Ciarrochi, J. W., Dy-Liacco, G., Mapa, A. T., y Williams, J. E. G. (2004). An evaluation of spirituality and religiosity as empirical constructs for personality research. Paper presented at the meeting of the Annual Convention of the Eastern Psychological Association. Baltimore, MD.

- Piedmont, R. L., Ciarrochi, J. W., Dy-Liacco, G. y Williams, J. E. G. (2009). The empirical and conceptual value of the spiritual transcendence and religious involvement scales for personality research. *Psychology of Religion and Spirituality, 1* (3), 162-179.
- Plante, T. G. (2009). *Spiritual practices in psychotherapy: Thirteen tools for enhancing psychological health*. Washington, DC: American Psychological Association. DOI:10.1037/11872-000.
- Plante, T. G. y Thoresen, C. E. (2012). Spirituality, Religion and Psychological Counseling. En L. J. Miller (ed.), *The Oxford Handbook of Psychology and Spirituality* (pp. 388-409). NY: Oxford University Press.
- Polaino-Lorente, A. (2000). *¿Síndrome de Peter Pan? Los hijos que no se marchan de casa*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2ª ed.
- Quiceno, J.M. y Vinaccia, S. (2009). La salud en el marco de la psicología de la religión y la espiritualidad. *Revista Diversitas: Perspectivas en Psicología, 5* (2), 321-336.
- Rankin, L.A. y Kenyon, D.B. (2008). Demarcating role transitions as indicators of adulthood in the 21st century: Who are they? *Journal of Adult Development, 15*, 87-92.
- Real Academia Española (1995). *Diccionario de la lengua española* (21ª ed., 2 Vol.), Madrid: Espasa Calpe.
- Reifman, A., Arnett, J. J. y Colwell, M.J. (2007). Emerging adulthood: Theory, assessment and application. *Journal of Youth Development, 2* (1), 1-12.
- Reitzle, M. (2006). The connections between adulthood transitions and the self-perception of being adult in the changing contexts of East and West Germany. *European Psychologist, 11* (1), 25-38. DOI: 10.1027/1016-9040.11.1.25.
- Roberts, B. W., O' Donnell, M. y Robins, R. W. (2004). Goal and personality trait development in emerging adulthood. *Journal of Personality and Social Psychology, 87* (4), 541-550.
- Roeser, R. W., Issac, S. S., Abo-Zena, M., Brittan, A. y Peck, S. C. (2008). Self and Identity Processes in Spirituality and Positive Youth Development. En R. Lerner, R. W. Roeser y E. Phelps (eds.), *Positive Youth Development & Spirituality* (pp. 74-105). West Conshohocken, Pennsylvania: Templeton Foundation Press.
- Rojas, L. (2010). *Superar la adversidad. El poder de la resiliencia*. Madrid: Espasa.
- Rosenberger, N. (2007). Rethinking emerging adulthood in Japan: Perspectives from long-term single women. *Child Development Perspectives, 1*: 92-95.

- Ruiz-Alfonso, J. M. (2003). *Procesos de identidad y estilos de pensamiento en la adolescencia* (Trabajo de investigación de doctorado). Universitat de València, Valencia.
- Ryan, R. M. y Deci, E. L. (2000). Self-Determination Theory and the facilitation of intrinsic motivation, social development, and well-being. *American Psychologist*, 55 (1), 68-78. DOI: 10.1037/110003-066X.55.1.68.
- Ryan, R. M., Huta, V. y Deci, E. L. (2008). Living well: a Self-Determination theory perspective on eudaimonia. *Journal of Happiness Studies*, 9, 139-170.
- Ryff, C. D. (1989a). Happiness is everything, or is it? Explorations on the meaning of psychological well-being. *Journal of Personality and Social Psychology*, 57, 1069-1081.
- Ryff, C. D. (1989b). Beyond Ponce de Leon and life satisfaction: New directions in quest of successful aging. *International Journal of Behavioral Development*, 12, 35-55.
- Ryff, C. D. y Keyes, C. L. M. (1995). The structure of Psychological well-being revisited. *Journal of Personality and Social Psychology*, 69 (4), 719-727.
- Salanova, M. (2008). Organizaciones saludables: Una aproximación desde la Psicología Positiva. En C. Vázquez y G. Hervás (eds.), *Psicología Positiva aplicada* (pp. 339-369). Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Salsman, J. M. y Moskowitz, J. T. (2015). Complementary strengths of Health Psychology and Positive Psychology. En Joseph, S. (Ed.), *Positive Psychology in practice. Promoting human flourishing in work, health, education, and everyday life* (2nd ed., pp. 393-409). New Jersey: Wiley.
- Scharf, M. y Mayselss, O. (2010). Finding the authentic self in a comunal culture: Developmental goals in emerging adulthood. En S. Shulman y J. E. Nurmi (Eds.), *The role of goals in navigating individual lives during emerging adulthood. New Directions for Child and Adolescent Development*, 130, 83-95.
- Scheer, S. D., Unger, D. G. y Brown, M. B. (1996). Adolescents becoming adults: attributes for adulthood. *Adolescence*, 31 (12), 127 – 131.
- Schlegel, A. (1998). The Social Criteria of Adulthood. *Human Development*, 41, 323 – 325.
- Schlegel, A. (2011). Adolescent ties to adult communities: The intersection of culture and development. En L. A. Jensen, *Bridging cultural and developmental approaches to psychology. Neew syntheses in theory, research, and Policy* (pp. 138-157). New York: Oxford University Press.

- Schulenberg, J. E. y Zarrett, N. R. (2006). Mental health during emerging adulthood: Continuity and discontinuity in courses, causes, and functions. En J. J. Arnett y J. L. Tanner (eds.), *Emerging adults in America. Coming of age in the 21st century* (pp. 135-172). Washington, DC: American Psychological Association.
- Schwartz, S. J. (2002). In search of mechanisms of change in identity development: integrating the constructivist and discovery perspectives on identity. *Identity, 2* (4), 317-339.
- Schwartz, S. J., Hardy, S. A., Zamboanga, B. L., Meca, A., Waterman, A. S., Picariello, S. et al. (2015). Identity in young adulthood: links with mental health and risky behavior. *Journal of Applied Developmental Psychology, 36*, 39-52.
- Schwartz, S. J., Zamboanga, B. L., Luyckx, K., Meca, A., & Ritchie, R. A. (2013). Identity in emerging adulthood: Reviewing the field and looking forward. *Emerging Adulthood, 1*, 96-113.
- Seligman, M. E. P. (2003). *La auténtica felicidad*. Barcelona: Ediciones B.
- Seligman, M. E. P. (2011). *La vida que florece*. Barcelona: Ediciones B.
- Seligman, M. E. P., Steen, T.A., Park, N. y Peterson, C. (2005). Positive psychology progress: Empirical validation of interventions. *American Psychologist, 60*, 410-421.
- Seligman, M.E.P. y Csikszentmihalyi, M.(2000). Positive Psychology: An Introduction. *American Psychologist, 55* (1), 5-14.
- Serra, E. (2013). La historia de vida como método de estudio en Psicogerontología. *Revista Ibero-americana de Gerontología, 1*, 91-117.
- Serra, E. y Zacarés, J. J. (1991). A qué llamamos madurez. *Revista de Psicología de la Educación, 8*, 1 – 18.
- Shulman, S. y Nurmi, J. E. (2010). Understanding emerging adulthood from a goal-setting perspective. En S. Shulman y J. E. Nurmi (Eds.), *The role of goals in navigating individual lives during emerging adulthood. New Directions for Child and Adolescent Development, 130*, 1-11.
- Silva, J. M. (2012). Constructing adulthood in an age of uncertainty. *American Sociological Review, 77*, 505-522.
- Simón, P. (2005, enero, 19) El 38% de los jóvenes dice no tener ninguna preocupación. *El País*.
- Sirsch, U., Dreher, E., Mayr, E. y Willinger, U. (2009). What does it take to be an adult in Austria? *Journal of Adolescent Research, 24* (3), 275-292.
- Smith, C. y Snell, P. (2009). *Souls in transition. The religious and spiritual lives of emerging adults*. NY: Oxford University Press.

- Smith, C., Christoffersen, K., Davidson, H. y Herzog, P. S. (2011). *Lost in transition. The dark side of emerging adulthood*. New York: Oxford University Press.
- Smith, B. W., Ortiz, J. A., Wiggins, K. T., Bernard, J. F. y Dalen, J. (2012). Spirituality, Resilience, and Positive Emotions. En L. J. Miller (ed.), *The Oxford Handbook of Psychology and Spirituality* (pp. 437-454). NY: Oxford University Press.
- Steger, M. F. y Frazier, P. (2005). Meaning in life: One link in the chain from religiousness to well-being. *Journal of Counseling Psychology*, 52 (4), 574-582.
- Sugimura, K., Niwa, T., Takahashi, A., Sugiura, Y., Jinno, M. y Crocetti, E. (2015). Cultural self-construction and identity formation in emerging adulthood: a study on Japanese university students and workers. *Journal of Youth Studies*. DOI: 10.1080/13676261.2015.1039964.
- Tabachnick, G. G., y Fidell, L. S. (2007). *Using Multivariate Statistics* (6ª Edición). Boston: Allyn and Bacon.
- Tanaka, J. S. (1993). Multifaceted conceptions of fit in structural equation models. En K. A. Bollen y J. S. Long, *Testing Structural Equation Models* (pp. 10-39). Newbury Park, CA: Sage.
- Tanner, J. L. (2006). Recentring during emerging adulthood: A critical turning point in Life Span Human Development. En J. J. Arnett y J. L. Tanner (eds.), *Emerging adults in America. Coming of age in the 21st century* (pp. 21-55). Washington, DC: American Psychological Association.
- Tanner, J. L. y Arnett, J. J. (2009). The emergence of ‘emerging adulthood’. The new life stage between adolescence and Young adulthood. En A. Furlong (ed.) *Handbook of youth and Young adulthood. New perspectives and agendas* (pp. 39-45). London y New York: Routledge.
- Tanner, J. L. y Arnett, J. J. (2011). Presenting “Emerging Adulthood”: What makes it developmentally distinctive? En J. J. Arnett, , M. Kloep, L. B. Hendry y J. L. Tanner, *Debating emerging adulthood. Stage or process?* (pp. 13-30). New York: Oxford University Press.
- Thompson, S. C. (2009). The role of personal control in adaptive functioning. En S. J. Lopez y C. R. Snyder (eds.), *The Oxford Handbook of Positive Psychology* (2nd ed., pp. 271-278). NY: Oxford University Press.
- Tilton-Weaver, L. C., Vitunski, E. T. y Galambos, N. L. (2001) Five images of maturity in adolescence: What does “grown up” mean? *Journal of Adolescence*, 24, 143-158.
- Torralla, F. (2011). *Inteligencia espiritual* (5ª ed.). Barcelona: Plataforma Editorial.
- Torres, F. (2012). *Un análisis de la adultez emergente: Criterios y autopercepción de la identidad como adulto en jóvenes valencianos* (Trabajo de investigación). Universitat de València, Valencia. Inédito.

- Torres, F. y Zacarés, J. J. (2004). La adultez emergente: ¿una nueva fase en el ciclo vital? Comunicación presentada en el *IV Congreso Internacional de "Psicología y Educación"*. Almería, 30 marzo-2 abril.
- Trzesniewski, K. H. y Donnellan, M. B. (2010). Rethinking "Generation Me": A study of cohort effects from 1976-2006. *Perspectives on Psychological Science*, 5, 58-75.
- Twenge, J. *Generation Me: Why today's young Americans are more confident, assertive, and entitled – and more miserable than ever before*. New York: Free Press.
- Uriarte, J. D. (2007). Autopercepción de la identidad en la transición a la edad adulta. *Revista de Psicodidáctica*, 12 (2), 279-292.
- Veenhoven, R. (2015). Happiness as a priority in Public Policy. En Joseph, S. (Ed.), *Positive Psychology in practice. Promoting human flourishing in work, health, education, and everyday life* (2nd ed., pp. 731-750). New Jersey: Wiley.
- Vera Poseck, B. (2006). Psicología positiva: una nueva forma de entender la Psicología. *Papeles del Psicólogo*, 27 (1), 3-8.
- Viguer Seguí, P. (2004). *Optimización evolutiva. Fundamentos del desarrollo óptimo*. Madrid: Pirámide.
- Vossler, A., Steffen, E. y Joseph, S. (2015). The relationship between Counseling Psychology and Positive Psychology. En Joseph, S. (Ed.), *Positive Psychology in practice. Promoting human flourishing in work, health, education, and everyday life* (2nd ed., pp. 429-441). New Jersey: Wiley.
- Waterman, A. S. (2015). Identity as internal processes: How the "I" comes to define the "Me". En K. C. Leans y M. Syed (eds.), *The Oxford Handbook of Identity Development* (pp. 195-209). New York: Oxford University Press.
- Whiting, B. B. (1998) The Meaning of Independence and Responsibility. En *Human Development*, 41, 321-322.
- Wilber, K. (2006). *Integral Spirituality*. Boston, Massachusetts: Shambala Publications Inc. □
- Williamson, G. M. y Christie, J. (2009). Aging well in the 21st Century: Challenges and Opportunities. En S. J. Lopez y C. R. Snyder (eds.), *The Oxford Handbook of Positive Psychology* (2nd ed.) (pp. 165-169). NY: Oxford University Press.
- Yanir, I. y Guttman, J. (2011). Emerging adulthood in Israeli families: Individual-social tasks and emotional-relational challenges. *Journal of comparative family studies*, 42 (2), 171-192.
- Ylla, L., Melloni, X., Rambla, J.M. y Oller, M.D. (2013). ¿De qué hablamos cuando hablamos de interioridad? Barcelona: Cristianisme i Justícia.

- Zacarés, J. J. (1999) Proyecto docente, Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación, Universidad de Valencia. Inédito.
- Zacarés, J. J. y Serra, E. (1998). *La madurez personal: perspectivas desde la Psicología*. Madrid: Pirámide.
- Zacarés, J. J. e Iborra, A. (2006). ¿Es posible la optimización del desarrollo de la identidad en la adolescencia? Intervenciones más allá del autoconcepto. *Cultura y Educación*, 18 (1), 31-46.
- Zacarés, J. J. e Iborra, A. (2015). Self and Identity Development during Adolescence across Cultures. *International Encyclopedea of the Social & Behavioral Sciences, 2nd edition, vol. 21*, pp. 432-438. Oxford: Elsevier
- Zacarés, J. J., Serra, E. y Torres, F. (2015) Becoming an adult: A proposed typology of adult status based on a study of Spanish youths. *Scandinavian Journal of Psychology*, 56 (3), 273-282.
- Zacarés, J. J., Iborra, A., Tomás, J.M. y Serra, E. (2009). El desarrollo de la identidad en la adolescencia y adultez emergente: una comparación de la identidad global frente a la identidad en dominios específicos. *Anales de Psicología*, 25 (2), 316-329.
- Zhong, J. y Arnett, J. J. (2014). Conceptions of adulthood among migrant women workers in China. *International Journal of Behavioral Development*, 38, 255-265.
- Zinnbauer, B. J., Pargament, K. I. y Scott, A. B. (1999). The emerging meanings of religiousness and spirituality: problems and prospects. *Journal of Personality*, 67 (6), 889-919.
- Zupancic, M., Komidar, L. y Levpuscek, M. P. (2014). Individuation in Slovene emerging adults: Its associations with demographics, transitional markers, achieved criteria for adulthood, and life satisfaction. *Journal of Adolescence*, en <http://dx.doi.org/10.1016/j.adolescence.2014.03.014>.

ANEXO

BATERÍA DE INSTRUMENTOS

1. Cuestionario de datos sociodemográficos (elaboración propia)
2. Estatus adulto (elaboración propia a partir de Zacarés, Torres, Serra, 2010; Torres, 2012)
3. Consolidación de identidad
 - a. Índice de Resolución de Identidad (adaptado del Identity Stage Resolution Index, ISRI, Côté, 2006).
 - b. Escalas de compromisos de identidad relacional, ocupacional e ideológica (CIR-2, CIO-2 o CIID-2, Ruiz, 2003)
4. Madurez personal (elaboración propia a partir de Torres y Zacarés, 2004; Torres, 2012)
5. Bienestar psicológico
 - a. Escala de Satisfacción Vital (ESV, Diener et al., 1985; adaptación de Atienza, Balaguer y García-Merita, 2000)
 - b. Escala de Propósito Vital (PIL-10, Crumbaugh y Maholic, 1969; adaptación de García-Alandete, Rosa y Sellés, 2013)
 - c. GHQ-12 (Goldberg y Williams, 1988)
6. Religiosidad, espiritualidad y trascendencia: ASPIRES (Piedmont, 2010; adaptación al español europeo de Torres y Zacarés, 2014, no publicado).



CEU
Universidad
Cardenal Herrera



UNIVERSITAT
DE VALÈNCIA

Desde el *Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación* de la Universitat de València, en colaboración con la Universidad CEU-Cardenal Herrera, estamos llevando a cabo una investigación sobre la relación entre identidad, espiritualidad y bienestar en jóvenes adultos de entre 18 y 30 años. Para ello, necesitamos recoger algunos datos sobre los diversos aspectos que se plantean en el presente cuadernillo de cuestionarios.

Te pedimos que respondas con la mayor sinceridad posible. No hay aciertos ni errores, todas las respuestas son igualmente válidas, aunque puedes dejar en blanco alguna cuestión si así lo consideras oportuno.

Toda la información que recojamos será tratada con absoluta confidencialidad, y utilizada únicamente para los fines de la investigación.

Muchas gracias por tu valiosa colaboración.

CUESTIONARIO I: SDD

1. Sexo
 1. Mujer
 2. Varón

2. Edad: años

3. Estado civil
 1. Soltero/a
 2. Casado/a
 3. Pareja de hecho
 4. Separado/a o divorciado/a
 5. Otro

4. ¿Tienes hijos?
 1. Sí
 2. No

¿Cuántos?

5. ¿Qué estudios has terminado?
 1. Educación superior universitaria (carrera, doctorado, máster, ...)
 2. Educación superior no universitaria
 3. Educación secundaria
 4. Sin estudios

6. Nivel de estudios de tu padre
 1. Educación superior universitaria
 2. Educación superior no universitaria
 3. Educación secundaria
 4. Educación primaria
 5. Sin estudios

7. Nivel de estudios de tu madre
 1. Educación superior universitaria
 2. Educación superior no universitaria
 3. Educación secundaria
 4. Educación primaria
 5. Sin estudios

8. ¿Qué estudios estás realizando actualmente?
 1. Educación superior universitaria (carrera, doctorado, máster,...)

Universidad Estudios

9. Si estás estudiando, ¿quién paga tus estudios?
 1. Padres o familia
 2. Tú mismo/a
 3. Disfrutas de algún tipo de beca
 4. Otro/a (Por favor, indicar quién

10. ¿A qué te dedicas?
 1. Solo estudio
 2. Solo trabajo
 3. Estudio y trabajo
 4. Ni estudio ni trabajo
 5. Otra situación (Por favor, indicar cuál

En el caso de trabajar, por favor, indica el tiempo de dedicación:

- 10.1. A tiempo completo
 - 10.2. A tiempo parcial
 - 10.3. Trabajo en vacaciones
 - 10.4. Trabajo fines de semana
 - 10.5. Trabajos eventuales
11. ¿Quién cubre tus gastos?
- 1. Padres o familia
 - 2. Tú mismo/a
 - 3. Otro/a (Por favor, indicar quién

12. En caso de cubrir gastos de otros, son los de

- 1. Tu/s hijo/s
- 2. Tu pareja
- 3. Tus padres, hermanos u otro/s familiar/es

13. ¿Con quién vives?

- 1. Con la familia
- 2. Solo/a
- 3. En pareja, en casa independiente de los padres
- 4. En pareja, pero con los padres u otros familiares
- 5. En una residencia o piso de estudiantes
- 6. Otra situación (Por favor, indicar cuál.....)

14. Localidad de residencia

- 1. Residencia habitual:
- 2. Si resides en una diferente durante el curso?

15. ¿Participas en actividades religiosas?

- 1. Diariamente/Casi diariamente
- 2. Semanalmente
- 3. Mensualmente
- 4. En fechas especiales
- 5. No participo

16. ¿Participas en actividades de proyección social (voluntariado, ong, etc)?

- 1. Diariamente/Casi diariamente
- 2. Semanalmente
- 3. Mensualmente
- 4. En fechas especiales
- 5. No participo

En caso afirmativo, por favor, indicar en cuál

17. ¿Pertenece a algún grupo o asociación?

- 1. Sí
- 2. No

18. En caso afirmativo, por favor, indica a qué tipo:

- 1. Deportivo
- 2. Político
- 3. Voluntariado/ONG
- 4. Religioso
- 5. Otro

CUESTIONARIO 2: EA

Esta etapa de tu vida...

	No, para nada	Bastante en desacuerdo	Bastante de acuerdo	Sí, muy de acuerdo
1. Es una etapa que te ofrece muchas opciones y posibilidades, en diferentes aspectos de la vida	1	2	3	4
2. Es una etapa de tu vida que te está permitiendo acalarar y reafirmar tu identidad	1	2	3	4
3. Es una etapa de tu vida de muchos cambios e inestabilidad	1	2	3	4
4. Es una etapa de tu vida en que estás muy centrado/a en los demás	1	2	3	4
5. Es una etapa de tu vida en la que no te sientes ya adolescente, pero tampoco te sientes todavía como un/a adulto/a	1	2	3	4

	No	En algunos aspectos sí, en otros no	Sí
6. En general, ¿crees que ya has alcanzado la edad adulta?	1	2	3

CUESTIONARIO 3: GHQ-12

Pensando en cómo te has sentido las últimas semanas, por favor, responde marcando la opción que mejor te describa.

	No, en absoluto	No más que lo habitual	Bastante más que lo habitual	Mucho más que lo habitual
1. ¿Has podido concentrarte bien en lo que hacías?	0	1	2	3
2. ¿Tus preocupaciones te han hecho perder mucho sueño?	0	1	2	3
3. ¿Has sentido que estás desempeñando un papel útil en la vida?	0	1	2	3
4. ¿Te has sentido capaz de tomar decisiones?	0	1	2	3
5. ¿Te has notado constantemente agobiado/a y en tensión?	0	1	2	3
6. ¿Has tenido la sensación de que no puedes superar tus dificultades?	0	1	2	3
7. ¿Has sido capaz de disfrutar de tus actividades normales de cada día?	0	1	2	3
8. ¿Has sido capaz de hacer frente adecuadamente a tus problemas?	0	1	2	3
9. ¿Te has sentido poco feliz o deprimido/a?	0	1	2	3
10. ¿Has perdido confianza en ti mismo/a?	0	1	2	3
11. ¿Has pensado que eres una persona que no vale para nada?	0	1	2	3
12. ¿Te sientes razonablemente feliz considerando todas las circunstancias?	0	1	2	3

CUESTIONARIO 4: ID

(CI)

A continuación verás algunas afirmaciones sobre cómo las personas se sienten en sus actuales circunstancias vitales. Utilizando la escala que se proporciona, indica tu grado de acuerdo ante cada afirmación.

	No, para nada	Bastante en desacuerdo	Algo de acuerdo	Bastante de acuerdo	Si, muy de acuerdo
1. Me considero a mi mismo/a como una persona adulta	0	1	2	3	4
2. Me siento tratado/a y respetado/a por los demás como un/a adulto/a	0	1	2	3	4
3. Siento que ya he madurado completamente	0	1	2	3	4
4. He encontrado "mi lugar" para el resto de mi vida	0	1	2	3	4
5. He desarrollado un estilo de vida con el que estar satisfecho/a el resto de mi vida	0	1	2	3	4
6. Sé cuál es mi postura en los problemas políticos y económicos	0	1	2	3	4

(CIR)

Este es un cuestionario para valorar lo que piensas normalmente sobre diversos aspectos de tu vida y de ti mismo/a. NO HAY RESPUESTAS BUENAS O MALAS. La mejor respuesta a cada pregunta es la que sientas y creas que es cierto para ti en este momento. Contesta a todas las preguntas, sin dejar ninguna en blanco.

Para contestar, marca la opción que mejor refleje tu opinión.

A continuación, contesta pensando en tus relaciones de amistad, especialmente en las relaciones con tus mejores amigos y amigas.

	Completamente falso	Falso	A veces cierto, a veces no	Cierto	Completamente cierto
1. Las relaciones con mis amigos/as me ayudan a ver el futuro con optimismo y confianza	1	2	3	4	5

2. Mis relaciones de amistad me ayudan a tener confianza en mi mismo/a	1	2	3	4	5
3. Mis relaciones de amistad me dan seguridad en la vida	1	2	3	4	5
4. Estoy satisfecho/a con mis mejores amigos/as	1	2	3	4	5
5. A pesar de todas las dificultades, estoy dispuesto/a a mantener las relaciones con mis mejores amigos/as	1	2	3	4	5
6. En este momento, no entendería mi vida sin mis mejores amigos/as	1	2	3	4	5
7. Creo que los/as mejores amigos/as que tengo ahora lo serán para toda la vida	1	2	3	4	5

(C10_E)**POR FAVOR, CONTESTA A ESTA ESCALA SÓLO SI ACTUALMENTE ERES ESTUDIANTE DE CUALQUIER NIVEL, AUNQUE LO COMPAGINES CON TRABAJO.**

Si actualmente eres estudiante en cualquier nivel, contesta pensando en tus *estudios actuales* y en los *planes que tengas respecto a tus futuros estudios*.

	Completamente falso	Falso	A veces cierto, a veces no	Cierto	Completamente cierto
1. Estoy seguro/a de que mis actuales estudios son los mejores para mí	1	2	3	4	5
2. Lo que estoy haciendo ahora me ayuda a ver el futuro con optimismo y confianza	1	2	3	4	5
3. A pesar de todas las dificultades, estoy dispuesto/a a seguir y acabar con lo que estoy haciendo ahora	1	2	3	4	5
4. Mis estudios actuales me dan seguridad en mi mismo/a	1	2	3	4	5
5. En este momento, querría abandonar lo que estoy estudiando	1	2	3	4	5
6. Estoy satisfecho/a con lo que estoy haciendo ahora	1	2	3	4	5
7. Creo que los estudios que hago ahora me servirán toda la vida	1	2	3	4	5

(C10_O)**POR FAVOR, CONTESTA A ESTA ESCALA SÓLO SI ACTUALMENTE ESTÁS TRABAJANDO O DESEMPLEADO/A, SIN REALIZAR NINGÚN TIPO DE ESTUDIOS OFICIALES.**

Si ahora no estás estudiando, contesta pensando en tu *trabajo u ocupación actual* y en los *planes que tengas respecto a tu futuro*.

	Completamente falso	Falso	A veces cierto, a veces no	Cierto	Completamente cierto
1. Estoy seguro/a de que mi actual trabajo u ocupación es lo mejor para mí	1	2	3	4	5
2. Lo que estoy haciendo ahora me ayuda a ver el futuro con optimismo y confianza	1	2	3	4	5
3. A pesar de todas las dificultades, estoy dispuesto/a a seguir con lo que estoy haciendo ahora	1	2	3	4	5
4. Mi trabajo u ocupación actual me da seguridad en mi mismo/a	1	2	3	4	5
5. En este momento, querría abandonar mi trabajo u ocupación	1	2	3	4	5
6. Estoy satisfecho/a con lo que estoy haciendo ahora	1	2	3	4	5
7. Creo que mi trabajo u ocupación actual me satisfará toda la vida	1	2	3	4	5

(C11D)

Contesta ahora pensando en tu *filosofía de vida actual*, es decir, en tu forma de ver el mundo en general. Contesta pensando en aquellas *creencias, actitudes y valores que mejor te identifiquen y que tal vez sean distintos a los de otras personas*.

	Completamente falso	Falso	A veces cierto, a veces no	Cierto	Completamente cierto
1. Estoy seguro/a de que mi actual filosofía de vida es la mejor para mí	1	2	3	4	5
2. Las creencias, actitudes y valores que tengo ahora me ayudan a ver el futuro con optimismo y confianza	1	2	3	4	5
3. Mis creencias, actitudes y valores me dan seguridad en la vida	1	2	3	4	5

CUESTIONARIO 5: BPSI

(ESV)

Por favor, indica tu grado de acuerdo o desacuerdo con las siguientes oraciones:

	Muy en desacuerdo	Más bien en desacuerdo	Más bien de acuerdo	Muy de acuerdo
1. En la mayoría de los aspectos, mi vida es como quiero que sea	0	1	2	3
2. Las circunstancias de mi vida son buenas	0	1	2	3
3. Estoy satisfecho/a con mi vida	0	1	2	3
4. Hasta ahora he conseguido de la vida las cosas que considero importantes	0	1	2	3
5. Si pudiera vivir mi vida otra vez, la repetiría tal y como ha sido	0	1	2	3

(PII-10)

En cada una de las siguientes afirmaciones, rodea con un círculo el número que refleje mejor la verdad sobre ti mismo/a. Observa que los números representan desde un sentimiento extremo hasta su contrario. Si contestas "(neutro)", significa que no te inclinas en ninguna de ambas direcciones, y es por eso que debes evitar en la mayor medida posible esta opción de respuesta.

1. Generalmente me encuentro:

1	2	3	4	5	6	7
Completamente aburrido			Neutral			Entusiasmado

2. La vida me parece:

1	2	3	4	5	6	7
Completamente rutinaria			Neutral			Siempre emocionante

3. En la vida tengo

1	2	3	4	5	6	7
Ninguna meta o anhelo			Neutral			Muchas metas y anhelos definidos

4. A pesar de todas las dificultades, estoy dispuesto/a a ser fiel a mi filosofía de vida	1	2	3	4	5
5. Estoy satisfecho/a con la filosofía de vida que mantengo ahora	1	2	3	4	5
6. Mi filosofía de vida me ayuda a tener confianza en mí mismo/a	1	2	3	4	5
7. Creo que las creencias, actitudes y valores que tengo ahora lo serán para toda la vida	1	2	3	4	5

CUESTIONARIO 4: MP

Por favor, indica en qué grado has alcanzado los siguientes criterios:

	No lo he alcanzado	Poco / Apenas	A menudo / Casi del todo	Completamente alcanzado
1. Soy capaz de tolerar las posibles frustraciones de la vida cotidiana	1	2	3	4
2. Busco la coherencia entre lo que siento, pienso y hago	1	2	3	4
3. Tengo sentido de la responsabilidad personal y social	1	2	3	4
4. Decido sobre mis creencias personales y valores independientemente de mis padres o de otras influencias	1	2	3	4
5. Trato de entender puntos de vista diferentes a los míos	1	2	3	4
6. Sé afrontar diferentes situaciones que puedan ser conflictivas sin evitarlas	1	2	3	4
7. Asumo los cambios en la vida de forma positiva, siendo capaz de adaptarme a nuevas situaciones	1	2	3	4
8. Tengo un sistema de creencias que me ayuda a dar sentido a mi propia vida	1	2	3	4
9. Tengo una posición clara acerca de temas considerados polémicos (consumo de sustancias, bioética, etc.)	1	2	3	4
10. No dependo emocionalmente de mis padres	1	2	3	4
11. Acepto la responsabilidad por las consecuencias de mis actos	1	2	3	4
12. Tengo una visión realista y constructiva del presente y del futuro, sin estar muy atado/a al pasado	1	2	3	4
13. Estoy ya menos preocupado/a por mí mismo/a y más por los demás	1	2	3	4

CUESTIONARIO 6: RELIGIOSIDAD, ESPIRITUALIDAD Y TRASCENDENCIA

ASPIRES™

ESCALA DE EVALUACIÓN DE LA ESPIRITUALIDAD Y SENTIMIENTOS RELIGIOSOS AUTOINFORME

Ralph L. Piedmont, Ph. D. (2010)

(Adaptación de Torres y Zacarés, 2014)

INSTRUCCIONES

Este cuestionario te preguntará acerca de diversas percepciones que mantienes sobre el mundo y el lugar que ocupas en él. Responde a cada cuestión en la escala que se te proporciona marcando la casilla que mejor exprese lo que sientes (por ejemplo, mediante una o un). Si no estás seguro/a de tu respuesta, o crees que esa cuestión no es pertinente en tu caso, marca la categoría de "neutral". Por favor, trabaja rápidamente, no dediques demasiado tiempo a pensar sobre tu respuesta a un ítem concreto. Normalmente, tu primera respuesta es la mejor, así que mantén tu primera reacción ante la pregunta.

Sección I

Fecha:

Religión:

1	Católica
2	Protestante (por favor, especificar cuál):
3	Judía
4	Musulmana
5	Ateo/a
6	Agnóstico/a
7	Otra (por favor, especificar):

Raza:

1	Blanca
2	Latina
3	Negra
4	Asiática
5	Árabe
6	Otra (por favor, especificar):

4. Cada día es:

1	2	3	4	5	6	7
Exactamente igual			Neutral			Siempre nuevo y diferente

5. Si pudiera elegir, preferiría:

1	2	3	4	5	6	7
No haber nacido			Neutral			Tener otras nueve vidas iguales a ésta

6. Después de jubilarme:

1	2	3	4	5	6	7
Holgazaría el resto de mi vida			Neutral			Haría las cosas emocionantes que siempre descé realizar

7. Mi vida es:

1	2	3	4	5	6	7
Vacía y llena de desesperanza			Neutral			Un conjunto de cosas buenas y emocionantes

8. Al pensar en mi propia vida:

1	2	3	4	5	6	7
Me pregunto a menudo la razón por la que existo			Neutral			Siempre encuentro razones para vivir

9. Considero que mi capacidad para encontrar un significado, un propósito o una misión en la vida es:

1	2	3	4	5	6	7
Prácticamente nula			Neutral			Muy grande

10. He descubierto:

1	2	3	4	5	6	7
Ninguna misión o propósito en mi vida			Neutral			Metas claras y un propósito satisfactorio para mi vida

1. ¿Con qué frecuencia lees la Biblia/la Torá/el Corán/la Guitá?

1	Nunca
2	Más o menos una vez o dos al año
3	Varias veces al año
4	Más o menos una vez al mes
5	Dos o tres veces al mes
6	Casi cada semana
7	Varias veces a la semana

2. ¿Con qué frecuencia lees literatura religiosa que no sea la Biblia/la Torá/el Corán/la Guitá?

1	Nunca
2	Más o menos una vez o dos al año
3	Varias veces al año
4	Más o menos una vez al mes
5	Dos o tres veces al mes
6	Casi cada semana
7	Varias veces a la semana

3. ¿Con qué frecuencia rezas?

1	Nunca
2	Más o menos una vez o dos al año
3	Varias veces al año
4	Más o menos una vez al mes
5	Dos o tres veces al mes
6	Casi cada semana
7	Varias veces a la semana

4. ¿Con qué frecuencia asistes a servicios religiosos (p.e. misas, celebraciones religiosas, etc.)?

1	Nunca
2	Raramente
3	En alguna ocasión
4	A menudo
5	Bastante a menudo

5. ¿En qué medida tienes una relación personal, única y cercana con Dios?

1	En ninguna medida
2	Escasa
3	Moderada
4	En gran medida
5	Total

6. ¿Tienes experiencias en las que te sientes en unión con Dios y con las que sientes alcanzar una verdad espiritual?

1	Nunca
2	Raramente
3	En alguna ocasión
4	A menudo
5	Bastante a menudo

7. ¿En qué medida son importantes para ti tus creencias religiosas?

1	Absolutamente importantes
2	Muy importantes
3	Bastante importantes
4	Algo importantes
5	Poco importantes
6	Nada importantes

8. En los últimos 12 meses, tus intereses y compromisos religiosos... (rodea el valor adecuado en el continuo de 1 a 7 que te ofrezcamos).

1 (han disminuído)-2-----3-----4 (no han variado)-5-----6-----7 (han aumentado)

9. Siento que Dios me está castigando

1	Totalmente en desacuerdo
2	En desacuerdo
3	Neutral
4	De acuerdo
5	Totalmente de acuerdo

10. Me siento abandonado/a por Dios

1	Totalmente en desacuerdo
2	En desacuerdo
3	Neutral
4	De acuerdo
5	Totalmente de acuerdo

11. Me siento aislado/a de otros que profesan mi misma fe

1	Totalmente en desacuerdo
2	En desacuerdo
3	Neutral
4	De acuerdo
5	Totalmente de acuerdo

12. Me siento incapaz de, o no estoy dispuesto/a a, implicar a Dios en las decisiones que tomo sobre mi vida

1	Totalmente en desacuerdo
2	En desacuerdo
3	Neutral
4	De acuerdo
5	Totalmente de acuerdo

Sección II

	Totalmente en desacuerdo	En desacuerdo	Neutral	De acuerdo	Totalmente de acuerdo
1. No he experimentado ningún sentimiento de plenitud y felicidad a través de mis oraciones y/o meditaciones	1	2	3	4	5
2. No siento conexión alguna con ningún Ser o Realidad superior	1	2	3	4	5
3. No creo que mi vida esté íntimamente ligada, de alguna manera, a toda la humanidad	1	2	3	4	5
4. Medito y/o rezo para poder alcanzar un nivel espiritual más elevado	1	2	3	4	5
5. Toda la vida está interconectada	1	2	3	4	5
6. Hay un orden en el universo que trasciende el pensamiento humano	1	2	3	4	5
7. Los sentimientos emocionales de cercanía a otra persona terminan con la muerte	1	2	3	4	5
8. En el silencio de mis oraciones y/o meditaciones encuentro un sentido de totalidad	1	2	3	4	5
9. He hecho cosas en mi vida porque creía que eso agradaría a personas significativas para mí ya fallecidas (padres, familiares, amigos)	1	2	3	4	5
10. Aunque hayan muerto, los recuerdos y pensamientos acerca de alguno de mis familiares siguen influyendo en mi vida cotidiana	1	2	3	4	5

11. La espiritualidad no es una parte central de mi vida	1	2	3	4	5
12. Encuentro fuerza y/o paz interior en mis oraciones y/o meditaciones	1	2	3	4	5
13. Aunque en las personas hay bondad y maldad, creo que la humanidad en su conjunto es básicamente mala	1	2	3	4	5
14. No tengo ningún lazo emocional fuerte con alguien ya fallecido	1	2	3	4	5
15. No existe ningún plano superior de conciencia o espiritualidad que una a todas las personas	1	2	3	4	5
16. Aunque algunas personas en particular pueden ser de trato difícil, siento un lazo emocional hacia la humanidad entera	1	2	3	4	5
17. Medito y/o rezo para poder crecer como persona	1	2	3	4	5
18. La oración y/o la meditación no tienen demasiado interés para mí	1	2	3	4	5
19. Mis oraciones y/o meditaciones me proporcionan un sentido de apoyo emocional	1	2	3	4	5
20. Siento que, en un nivel superior, todos nosotros compartimos un vínculo común	1	2	3	4	5
21. Quiero acercarme más al Dios en el que creo	1	2	3	4	5
22. El reconocimiento de los demás me proporciona una profunda satisfacción por lo que he conseguido	1	2	3	4	5
23. No me importan las expectativas que mis seres queridos tengan sobre mí	1	2	3	4	5

ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1: Orden jerárquico otorgado por los jóvenes a una serie de valores propuestos. Puntuaciones medias sobre 10. Adaptado de Comas et al., 2003.....	22
Tabla 2: Edad media de acceso al matrimonio en mujeres de países desarrollados y en vías de desarrollo (Arnett, 2012).....	39
Tabla 3: Visión general de la Teoría del desarrollo psicosocial de Erikson (1971, 1972).	58
Tabla 4: Resumen de estudios intra e interculturales sobre adultez emergente y criterios de adultez.....	81
Tabla 5: Comparación entre identidad adolescente e identidad adulta. Adaptado de Uriarte (2007).	94
Tabla 6: Tipología de estatus adulto (adaptada a partir de Nelson, 2009).	109
Tabla 7: Clasificación de las virtudes y fortalezas personales. Adaptado y traducido de: VIA Institute on Character (disponible en línea en www.viacharacter.org).	127
Tabla 8: Correspondencia entre porcentajes muestrales y número de sujetos por categoría de estatus adulto.....	170
Tabla 9: Datos relativos a la edad de los sujetos por categoría de estatus adulto.	170
Tabla 10: Estadísticos descriptivos de compromiso de identidad.	171
Tabla 11: Estadísticos descriptivos de religiosidad, espiritualidad y trascendencia. ...	172
Tabla 12: Medias y desviaciones típicas de resolución de identidad adulta y resolución de identidad societal para cada uno de los estatus adultos.	174
Tabla 13: Medias y desviaciones típicas de las dimensiones de compromiso con la identidad para cada uno de los estatus adultos.	175
Tabla 14: Medias y desviaciones típicas de madurez personal para cada uno de los estatus adultos.....	175
Tabla 15: Correlaciones entre los diferentes factores de identidad, madurez personal y bienestar.....	177
Tabla 16: Regresión lineal de las dimensiones de la identidad y la madurez personal explicando satisfacción con la vida.	178
Tabla 17: Regresión lineal de las dimensiones de la identidad y la madurez personal explicando propósito vital.	179

Tabla 18: Regresión lineal de las dimensiones de la identidad y la madurez personal explicando salud general.	179
Tabla 19: Saturaciones factoriales del análisis factorial confirmatorio del cuestionario ASPIRES.	184
Tabla 20: Correlaciones entre los factores del cuestionario ASPIRES.	185
Tabla 21: Estadísticos descriptivos y propiedades de los ítems de la subescala de religiosidad del ASPIRES.	186
Tabla 22: Estadísticos descriptivos y propiedades de los ítems de la subescala de crisis religiosa del ASPIRES.	186
Tabla 23: Estadísticos descriptivos y propiedades de los ítems de la subescala de plenitud en la oración del ASPIRES.	187
Tabla 24: Estadísticos descriptivos y propiedades de los ítems de la subescala de universalidad del ASPIRES.	188
Tabla 25: Estadísticos descriptivos y propiedades de los ítems de la subescala de conexión del ASPIRES.	188
Tabla 26: Correlaciones de la edad con las dimensiones de religiosidad, crisis religiosa, plenitud en la oración, universalidad y conexión.	189
Tabla 27: Medias y desviaciones típicas de religiosidad y crisis religiosa para cada uno de los estatus adultos.	190
Tabla 28: Medias y desviaciones típicas de las dimensiones de trascendencia para cada uno de los estatus adultos.	191
Tabla 29: Correlaciones entre variables independientes incluidas en el modelo path-analysis.	195
Tabla 30: Comparación entre Nelson (2009), Zacarés, Serra y Torres (2015) y la presente investigación.	200
Tabla 31: Estadísticos descriptivos de espiritualidad y trascendencia de Piedmont (2010).	202
Tabla 32: Estadísticos descriptivos de espiritualidad y trascendencia (nuestro estudio).	202
Tabla 33: Comparación entre Piedmont (2010) y la presente investigación para los valores α de las 5 dimensiones del ASPIRES.	209

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1: Dualidad entre el dominio personal/privado y el público en el sistema de valores de los jóvenes de hoy.	20
Figura 2: Importancia otorgada por la juventud actual a los valores finalistas.	21
Figura 3: Evolución en la última década de la importancia concedida por los jóvenes españoles a los valores finalistas.	21
Figura 4: Valores implícitos en la autopercepción de los jóvenes españoles actuales. Comparativa con estudio anterior.	106
Figura 5: Felicidad duradera.	136
Figura 6: Distribución de frecuencias de edad de la muestra.	159
Figura 7: Distribución de la muestra según estado civil.	159
Figura 8: Distribución en porcentajes del nivel de estudios de los progenitores de los participantes.	160
Figura 9: Distribución de dedicación laboral en porcentajes.	161
Figura 10: Tipos de adultos en porcentaje.	170
Figura 11: Modelo de ecuaciones estructurales propuesto para el cuestionario ASPIRES.	182
Figura 12: Modelo planteado a priori prediciendo propósito vital, satisfacción con la vida y salud general.	193
Figura 13: Modelo Path-Analysis prediciendo propósito vital, satisfacción con la vida y salud general.	197